

GUERRERO

T

FRONTAURA

CUENTOS

DE

SALON

TOMO X

CC:UF10E

619
L47

Marzo 5/73

287 (44)

PROPAGANDA DE LA FAMILIA

CUENTOS DE SALON

POR

T. GUERRERO Y C. FRONTAURA

4 RS. en Madrid.

5 RS. en provincias.

EL HIJO DEL SACRISTAN

POR

CÁRLOS FRONTAURA

SEGUNDA PARTE

MADRID

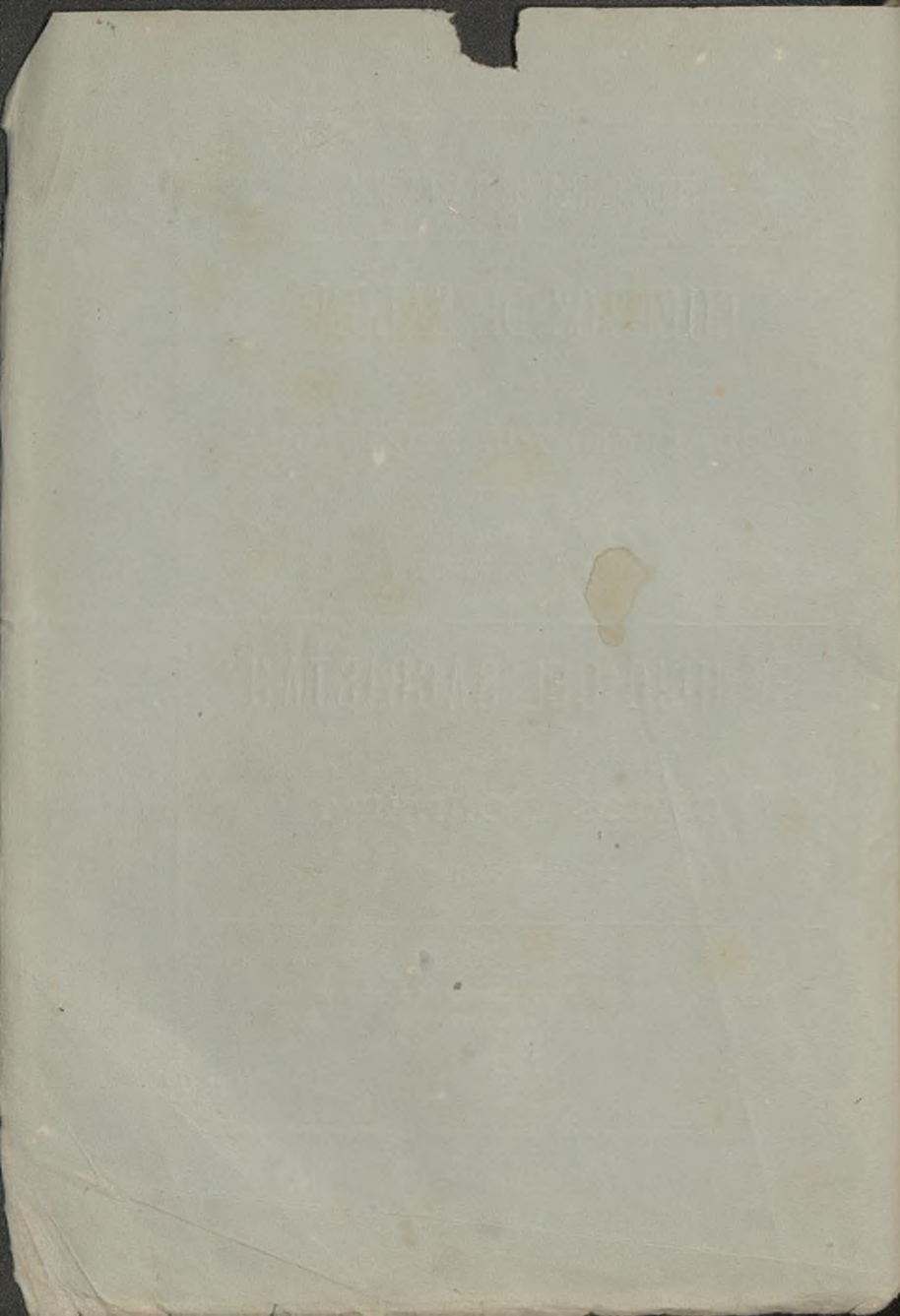
IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPA DE D. JUAN AGUADO

calle del Cid, núm. 4, Recoletos

1872

14364
May 1872

5912



L47-1199

6912

CUENTOS DE SALON

Gustav W. W. W.

CÁRLOS FRONTAURA

EL HIJO DEL SACRISTAN

NOVELA DE COSTUMBRES

SEGUNDA PARTE

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872

CARLOS PROSPER

EL HIJO DEL SACRISTAN

NOVELA DE ADVENTURAS

LIBRO PRIMERO

IMPRESA DE LA VIGILANCIA
CALLE DE LA VIGILANCIA, 10
MADRID

I

El hijo y la madre en el hospital.

—¡Loco! sí, ¡loco estoy! exclamaba el desdichado joven. Locura es, en efecto, haber amado tanto á una infame mujer. ¡Oh! pero ¿por qué me tienen aquí?

Y comenzaba á dar voces, con lo que le tenían por un loco de igual condicion que todos los locos.

Y por loco le tuvo todo Madrid, en vista de que los periódicos que refirieron el sin igual escándalo ocurrido en la famosa boda del Excmo. Sr. D. Tomas Meco, calificaron de loco rematado al autor de tamaño desafuero.

La pobre madre, que no leía periódicos, que no veía á nadie, no sabia absolutamente nada de lo ocurrido, y en vano esperó que su hijo regresara á su casa.

Habian pasado dos dias, y su hijo no venia.

Desolada corria por Madrid la pobre anciana, preguntando en el gobierno civil, en las alcaldías, y hasta al hospital fué, no suponiendo que su hijo podía estar encerrado en una jaula, sino temiendo que se hubiera suicidado y estuviese allí su cadáver.

Decidióse á ir á la casa de aquella doña Dolores, donde Isabel conoció al que fué luego su esposo, y la señora de la casa estaba ausente de Madrid, y los criados la recibieron de mala manera, y no quisieron darle noticia alguna.

Abrasados los ojos por el llanto, desfallecida de necesidad y de cansancio volvía la pobre madre, sin saber á dónde ir á buscar á su hijo; volvía á su casa y tornaba á salir, y volvía á entrar, y nadie le daba consuelo, y nadie le decia dónde estaba su hijo.

Era un día horrible de tempestad y lluvia el tercero de la desaparicion del infortunado artista.

La buena madre salia por cuarta ó quinta vez á buscar á su hijo, cuando un zapatero remendon que habia en el portal de la casa y que sabia la horrible pena de aquella infeliz mujer, la detuvo diciéndole:

—Señora, ¿no ha parecido todavía?

—No, señor.

—¡Vaya por Dios! ¡qué dias pasa V., señora!

—¡Oh! y lo que temo es no poder soportar ya muchos dias esta pena... yo me voy á morir.

—Señora, ¡por Dios!... Diga V., su hijo, ¿ha tenido algo de loco alguna vez?

—¡Oh! No, señor; siempre ha sido muy juicioso.

—No lo digo á humo de pajas.

—¡Ah! ¿Sabe V. algo?...

—Siéntese V., señora. Pues hoy he leído una cosa en un periódico, que dije á mi parienta:—Mira, tú, sería bueno que ese sujeto fuera el hijo de la señora del cuarto tercero...

—Diga V.... diga V....

—Pues, señor, la otra noche se casó uno que ha sido ministro...

—Buen hombre, no vaya V. á burlarse de una madre desdichada.

—Señora, es que la cosa empieza así. Ya comprendo que V. estará deseando saberlo todo en seguida, para saber si ha de volver á ver á su hijo ó ha de encomendarle á Dios; pero yo no puedo contar las cosas más que como han sucedido, ó, mejor dicho, como dice el papel que han sucedido, que la verdad... vaya V. á averiguarla.

—Por María Santísima, buen hombre, dígame V. lo que sepa. Si sabe V. dónde está mi hijo ó qué ha sido de él, no tarde V. en derramar en mi corazón el bálsamo del consuelo y de la esperanza... y si ha muerto, dígamelo V. también, por Dios se lo suplico... Todo, todo es preferible á esta duda horrible...

—Poco á poco, señora, y vamos por partes, y no me apure V. ni me corte el hilo del discurso, como quien dice, porque yo soy así, y no puedo atropellarme, y mucho ménos contar las cosas de mogoillon, sino tales cuales son y sin quitar ni poner punto ni coma... y permita V. que le dé una vuelta al gui-sado, que lo tengo en aquel barreño con lumbré, que

no me encargó otra cosa mi mujer, cuando salió *endenantes* á entregar la obra, porque mi mujer, para servir á V., es ribeteadora, y no es porque sea mi mujer, pero sabe cumplir con su obligacion.

La madre de Luis elevaba los ojos al cielo, como pidiendo á Dios que le diera resignacion.

—Pues, señor, continuó el zapatero, volviendo de dar un meneo al puchero del guisado y poniéndose en frente de la anciana, que se moria de impaciencia, la otra noche se casó uno que ha sido ministro; se casó, y despues de la ceremonia, segun dice el papel, empezó el jaleo, es decir, perdone V. el modo de señalar, empezó la fiesta, el baile, el convite, en fin... lo de cajon... cada uno celebra su boda segun sus medios, el pobre como pobre, y el rico como rico... El dia que me casé yo con mi mujer, no tuvimos para comprar media libra de escabeche y con un panecillo pasamos el dia mi mujer y yo, y tan contentos.

—¡Dios mio! exclamó la madre, ¡este hombre no comprende que me mata!...

—Pues, como digo, la fiesta era brillante... ya ve usted, uno que ha sido ministro... figúrese V. si tendrá el riñon bien cubierto; pero cuando estaban en lo mejor se presentó un primo de la novia, á quien no conocia nadie, que parecia muy fino y todo cuento, y es claro, se le recibió con gusto, con franqueza, como se recibe á un primo en un dia de boda, y el hombre tan agradecido y tan contento al ver que su prima le recibia tan bien y que el marido estaba tan amable, ofreciéndole la casa y porfiándole para que tomara

bizcochos y un sorbete, ó unas magras con tomate, porque de todo habia en la casa... ya ve usted, uno que ha sido ministro siempre tiene buena despena.

—¡Pero, hombre! hasta ahora yo no entiendo...

—Señora, yo tampoco; pero déjeme V. seguir el hilo; si me corta V. el hilo tendré que volver á empezar, y ya no podré, porque volverá mi mujer, que tiene empeño en que yo no hable, porque dice que no sé seguir una conversacion como es regular, y lo que yo la digo, los que no saben seguir la mia son los demas, que en seguida se convencen, y no saben qué contestarme...

Pues á lo que estamos: el primo tenia encantado á todo el mundo con su amabilidad, y ya habia bailado con la novia, y ya habia charlado por los codos y bebido y comido con toda confianza, cuando de pronto empezó á provocar á todos los que allí estaban, maltrató al novio, al que ha sido ministro, dijo á la novia mil picardías, y á los criados que le iban á echar les arrimó cada puñada que los volvió locos, y salió de estampía de la casa, perseguido por la guardia, que al fin le cogió y le llevó atado, como se lleva á un loco, al hospital.

La anciana reflexionaba sobre lo que en tan malas formas acababa de referir el zapatero, y de conjetura en conjetura, llegó á suponer que acaso el lance que contaba el zapatero podia ponerle en camino de averiguar el paradero y la suerte de su hijo.

—¿Y podrá ser ese mi hijo?

—Señora, cualquiera se vuelve loco de pronto, y ¿quién sabe?...

—Pero en la boda de uno que ha sido ministro... ¿qué tenía que hacer él allí?...

—Eso es lo que yo digo.

—¡Ah!... exclamó la anciana... sí, sí... ¡ella!... ¡la infame!... ¡ella será la novia!...

—¡Adios! dijo el zapatero, ¿se va V. á volver loca también?

—Todo lo entiendo. Luis habrá sabido que se casaba, y no habrá podido contenerse... ¡habrá ido allá!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre hijo de mis entrañas!... ¡Oh!... Y puede ser que en efecto haya perdido la razón... ¡Desdichada de mí!

Y en medio de la copiosa lluvia que caía y de la tempestad que tronaba imponente, transida de frío, sin fuerzas, sin alimento, aquella mujer corría en alas del santo amor maternal en dirección del Hospital general.

Era ya muy entrada la noche cuando llegó al santo asilo. Dirigióse á las oficinas; no había nadie.

Quiso ver al director del establecimiento; había salido.

En la portería no pudieron darle más noticias, que confirmarle lo referido por el zapatero acerca de haber entrado un hombre en el departamento de locos, autor de un gran escándalo en una casa muy distinguida, y al cual había razón para suponer privado de juicio.

—Yo quiero verle... debe ser mi hijo.

—No se le puede ver, señora.

—Es mi hijo.

—Señora, el médico tiene prohibido que vea á nadie.

—Esperaré al médico.

Y la pobre mujer se sentó á la entrada del primer patio en un banco de piedra.

Estaba aterida la infeliz; tenia los piés empapados en agua; su cabeza ardía; sus ojos, escaldados por el llanto, no podían resistir siquiera el reflejo de los farolillos que apenas alumbraban el patio del hospital. Daba pena ver á aquella pobre madre.

—Señora, le dijo uno de los empleados, el médico no viene hasta mañana; no le espere V.

—¡Oh! sí, no me voy sin ver á mi hijo.

—Bueno, tiene V. razón, justo es que vea V. á su hijo, pero ahora es imposible, mañana le verá V., yo se lo prometo.

—Bien, ya no exijo nada, si no puedo verlo ahora, lo veré mañana, pero no me voy de aquí hasta que le vea. Déjenme Vds. pasar la noche en este banco... aquí recibo consuelo... aquí... pensando en mi hijo, se me pasará el tiempo rápido... y amanecerá y verá á mi hijo.

Era preciso tener el corazón muy duro para negar á aquella mujer el favor que suplicaba.

—Pero venga V. á mi cuarto, dijo el portero; allí tendrá V. más abrigo...

—No, no, aquí he de pasar la noche...

—¿Quiere V. tomar algo, buena mujer?

—No, señor... pero... sí, sí, tomaré un pedazo de pan, porque no quiero morirme sin ver á mi hijo... un pedazo de pan nada más. Otra cosa no la tomaré, pero un pedazo de pan, sí.

Trajéronle el pan, y lo comió la infeliz.

—Gracias, dijo; ahora ya tengo fuerzas para esperar... ya estoy bien, ya siento un gran consuelo... tenia mucho frio, pero ya ha pasado.

Y la desdichada estaba tiritando.

Bajó uno de los practicantes de servicio, y la vió.

—Es preciso, dijo, llevar á esta mujer á la cama: ¿no ven Vds. que se muere?...

—¡Oh! ¡no! contestó ella; no crea V. eso. Dios no puede quitarme la vida ahora que tengo esperanzas de volver á ver á mi hijo... Y si está loco, segun dicen, no querrá Dios privarle de mis cuidados...

—Señora, añadió el colegial; V. dirá lo que quiera, pero no puede V. pasar la noche á la intemperie, porque en el estado en que se halla V. no podría resistir.

—Sí, señor, tengo fuerzas.

—Señora, yo sé que no las tiene V., y aquí no podemos consentir que se muera quien puede salvarse. Vamos, buena señora, déjese V. llevar á un sitio más seco y abrigado, y pase V. la noche en el hospital, ya que lo desea, pero en la cama... De lo contrario, no podrá V. ver, como dice, mañana á su hijo, porque sin remedio morirá V. en la noche.

Esto decidió á la anciana á aceptar la proposicion de aquel jóven practicante, acostumbrado á la cari-

dad, y que ya comprendia perfectamente los deberes á que le obligaba la honrosa carrera de la medicina que estaba siguiendo.

Llevaron á la buena señora á un lecho que el practicante hizo calentar; desnudáronla, abrigáronla, y la recomendaron mucho á las hermanas de la Caridad.

Media hora despues, la pobre mujer habia sucumbido al sueño, bien contra su voluntad.

Llevaba muchos dias de pesares y de insomnios, y no era extraño que la venciese el sueño. La naturaleza no transige jamás en sus derechos.

¡Qué sueño tan feliz fué el de la pobre madre!

Soñaba que su hijo lo era.

¡Qué mayor felicidad para una madre?

Soñaba que se habia casado el noble jóven con una hermosa mujer, llena de amor y de virtud, y que tenia dos hijos hermosísimos, que no hacian más que *hacer rabiar* á su abuela, que estaba loca con ellos. Su hijo era un gran artista, y todo el mundo le honraba y distinguia; no le faltaba trabajo, vivia en la mayor holgura, y su mujer era la envidia de cuantos la conocian.

La buena mujer soñaba lo que deseaba.

El sueño es el gran consuelo de los desgraciados; nadie puede creerse abandonado de Dios sino cuando, siendo muy desdichado, no puede gozar el supremo consuelo del sueño.

El sueño del pobre es la ventura y la riqueza.

El sueño del preso es la libertad.

Hasta el reo de muerte, cuando le faltan cortas horas para perder la vida, halla en el sueño inefable consuelo; vuelve á verse entre los suyos, inocente, feliz, amado por su familia, respetado por todo el mundo... y pensando luego al despertar en su felicísimo sueño, acaso ve ya con ménos espanto la muerte, que es otro sueño benéfico del que se despierta en los brazos del Señor.

La madre de Luis durmió, y fué feliz unas horas; ella que tanto tiempo llevaba de penas y amarguras.

Despertó, y todo estaba en tinieblas.

—Aún es de noche, dijo... ¡Qué buen sueño he tenido! mi hijo era venturoso. ¡Ay! ¡ojalá! ¡Dónde estoy? ¡Ah! ya recuerdo; estoy en el hospital, donde se cree que está también mi hijo, y en cuanto sea de día me han ofrecido que le podré ver... ¡Oh! yo me desesperaba... y aún hay caridad... no me han permitido pasar la noche en el banco del patio porque me hubiera quedado helada... Dios les pague el bien que me han hecho.

Quisiera que fuera ya de día; pero el tiempo no avanza á medida del deseo... tendré paciencia por unas horas más... ¡Dios mio! ¿será cierto que mi hijo se ha vuelto loco?... ¡Oh! bien temia yo que aquella ingrata iba á ser su perdicion y la mia. ¡Qué será de nosotros, Dios mio, si mi hijo ha perdido la razon?...

Pasaba el tiempo, y no aparecia la consoladora claridad del día, que con tanto afan esperaba la santa mujer.

—¡Jesus! decia, ¡qué despacio va el tiempo para el que espera! ¡Qué noche tan larga!

—¿Cómo está V., buena señora? le preguntó una voz que conoció por la del caritativo practicante que la habia conducido al lecho.

—Estoy bien; sólo quiero ver á mi hijo... que el corazon me dice que es mi hijo ese que han traído aquí por loco.

—Ahora si que le verá V., pero si se hubiera usted quedado abajo anoche, como queria, no le podria usted ver; á estas horas estaria V. muerta.

—¡Oh! Dios le pague á V. la caridad. ¡Ay! ¡qué noche tan larga! ¿cuándo amanecerá?...

—¿Qué dice V.? preguntó con asombro el practicante.

—Perdone V., pero considere si es natural mi impaciencia; quisiera que las horas fuesen minutos, que hubiera amanecido ya, que el sol viniera pronto á disipar las tinieblas de esta noche tan larga.

—¡Dios mio! exclamó el estudiante fijando la mirada en los ojos abiertos de la enferma.

—Usted me compadece, V. debe ser muy bueno, usted debe querer mucho á su madre. ¿Tiene V. madre?

Por las mejillas del estudiante corrian dos lágrimas; el noble jóven, que en efecto tenia madre y la adoraba, no podia ser indiferente al inmenso infortunio de aquella anciana que le miraba con los ojos fijos, y no le veia, y no veia tampoco el sol que penetraba por las grandes ventanas de la sala, consolando al enfermo y dando ánimo al moribundo.

La madre de Luis había adquirido aquella noche esa terrible enfermedad que se llama gota serena.

No podría volver á ver á su hijo. ¡Pobre madre!

—Vamos, señora, continuó el estudiante, que no podia contener sus lágrimas, esté V. tranquila.

—Sí, señor, sí, lo estoy; al fin he hallado un alma buena en el mundo, y tengo confianza.

—Sí, sí, no tenga V. cuidado alguno, añadió el jóven, cuidaré de V. como de mi madre, de su hijo de V. como de mi hermano.

—¡Ah! ¡cuánto siento que sea de noche y no pueda ver el rostro de quien tanto me consuela!... ¡Jesus! ¡qué noche tan negra y tan larga!...

Al lado de la cabecera de la pobre ciega estuvo el practicante hasta que la infeliz se durmió otra vez; ya sólo en sueños podia ver la luz; sólo soñando podia ver á su hijo.

Luis estaba en un estado indecible de desesperacion. Sacudia furioso los barrotes de la reja de su jaula, y gritaba:

—¡Infames! ¡yo loco!... ¡Oh! ¡mi madre! ¿dónde está mi madre?... Le ocultan que estoy aquí, porque si lo supiera, ya habria venido, ya habria venido á abrir esta maldita puerta.

El practicante se acercó á la reja.

—Hermano mio, le dijo con voz amable.

—¿Quién es? preguntó el loco, ¿quién me habla el lenguaje del amor y la caridad?...

—Yo, yo que me intereso por V., yo que le con-

sidero como mi hermano más querido, yo que vengo á consolarle y á acompañarle en su dolor.

—¡Ah! gracias, Dios mio, exclamó el pintor, ya me miras con ojos de piedad.

—¿Me permite V. que entre?...

—¡Oh! sí, sí; me hará V. gran favor. Tengo muchas cosas que decir á V., porque, aunque no le conozco, veo que V. es un alma buena, y me inspira completa confianza.

Y el practicante se hizo abrir la puerta de la jaula, y entró.

Luis le estrechó y le besó la mano, sin que aquel tuviera tiempo de impedirlo.

—¡Oh! ¡qué bueno es V.! le dijo.

—No hablemos de mí, hablemos de V.; dígame usted por qué le han traído aquí.

El pintor no ocultó nada al jóven; refirióle completa la triste historia de sus amores, y todos los detalles de las escenas habidas en la casa del ex-ministro la noche de la boda de este ridículo personaje con la ingrata Isabel, con lo cual el practicante quedó convencido de que Luis no estaba loco, y se propuso desbaratar la inicua trama de los que en aquel sitio habian sepultado en vida al artista.

—¡Cuánto celebro haber visto á V.!... Es una infamia tenerle á V. en este sitio.

—¿Es verdad? Aquí, estos hombres sin corazon, que por lo mismo que están consagrados á cuidar de pobres séres privados de la razon, debian ser piadosos y caritativos, se han reido cuando les he dicho

que no estaba loco, me han atado como á una fiera cuando me desesperaba. Pero V. me sacará de aquí.

—¡Oh! sí por cierto.

—Ahora, ahora mismo.

—No, ahora es imposible; es preciso que autorice la salida de V. la autoridad civil de la provincia.

—¡Dios mío! ¿aún he de sufrir más?

—Poderoso enemigo tiene V. en ese D. Tomás Meco. El querrá vengarse de la burla que le hizo usted en la noche de su boda, y tiene poderosa influencia para conseguirlo.

—¡Oh! ¡madre mía!

—A su madre de V. yo la veré, yo la tranquilizaré, y aseguro que V. volverá á verla pronto. Confíe usted en mí; yo veré á la autoridad, yo veré, si es preciso, al Sr. Meco.

—¡Oh! no se comprometa V. por mí.

—Tendré prudencia, porque podría de otro modo empeorar la causa de V.; hay que tener mucho miedo á los poderosos que tienen mal corazón; hacen el mal y quedan impunes.

—Luis tenía una tos seca y penosa, y el practicante le vió escupir sangre.

Llamó al encargado de aquel siniestro departamento de locos y logró que pusieran mejor cama á Luis con otro colchon sobre el jergon, y sábanas limpias y dos mantas de bastante abrigo, y luego dijo:

—Mientras esté aquí este caballero, á contar desde hoy, yo pago los diez reales de reglamento para que se le dé buena y sustanciosa comida.

—¿Cómo? exclamó Luis, ¿eso va V. á hacer por mí?

—¿Y qué tiene de particular? Seria una falta que no me perdonaria nunca, dejar de hacer el bien pudiendo hacerlo. Yo gano aquí diez reales; los dias que esté V. aquí, comeré de la comida de los enfermos, que yo estoy sano y robusto y necesito ménos cuidado que V., y luego que V. salga ya me lo pagará; que tampoco quiero humillarle ofreciéndole eso como una limosna.

—¡Ah! ¡qué noble y generoso corazon!

El pobre artista quedó tranquilo y consolado con aquella visita, y bendijo á Dios que le habia proporcionado conocer á un hombre tan bueno y caritativo.

Arregláronle el lecho como lo habia dispuesto el estudiante, y sintió Luis un benéfico calor en todo el cuerpo, y pensando en su pobre madre y en su generoso protector, se quedó dormido.

Era la primera vez, desde que *estaba loco*, que podia gozar tranquilo y apacible sueño.

No soñó ya con Isabel, como soñaba siempre ántes.

Soñó que Virginia, la pobre italiana, la que murió de amor purísimo por él, venia á sentarse á la cabecera de su cama, y le cuidaba y consolaba, y él, libre ya su corazon del malhadado amor que le habia destrozado, hacia promesas de eterna felicidad á la bella Virginia, y que la madre de ésta y la suya unian las manos de ambos y los bendecian.

¡Qué noche tan feliz para el mísero preso!

Sin duda el alma pura de Virginia le bendecia

desde el cielo, habiendo visto sus penas y sus terribles sufrimientos.

Dejemos á la madre y al hijo entregados á la felicidad del sueño, y sigamos al jóven practicante, que ha pedido licencia para salir del establecimiento dos horas.

Se dirigió á casa del ex-ministro recién casado.

—¿Está visible la señora? preguntó.

—No se puede ver á S. E., contestó el criado.

El estudiante sacó un papel, escribió en él algunas palabras con lápiz, y comprando un sobre en una tienda inmediata y cerrando en él el papel, volvió á entregárselo al criado.

—La señora, le dijo, tiene el mayor interes en recibir pronto esta carta; si V. se la entrega le hará usted un buen servicio. Yo volveré dentro de media hora.

El papel decia lo siguiente:

«Señora, Luis está encerrado por loco en el Hospital.—V. sabe que no está loco.—V. puede sacarle de allí y devolverle á los brazos de su madre.—Si lo hace V., nadie sabrá su historia; si no lo hace V., un hombre hay en el mundo que está resuelto á descubrir la verdad.—Volveré dentro de media hora.»

Y á la media hora volvió el estudiante.

—Pase V., dijo el criado.

El practicante entró en un precioso *boudoir*, que estaba casi á oscuras.

—¿Es V. el que ha traído ántes una carta? le preguntó una voz.

—Sí, señora.

—¿Y quién es V.?

—Soy un cualquiera, nadie, como quien dice, un practicante del Hospital general, donde he visto un loco que no es loco, pero que se volverá loco, si continúa allí. Me ha contado su historia, y yo, por mí y ante mí, sin consultarlo con él, que se hubiera opuesto, vengo á suplicar á V. que le saque de aquel lugar de tristeza.

—¿Y cómo?

—Es fácil: basta una orden del gobernador civil.

—La tendrá V.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Bien, esperaré hasta mañana.

—Doy á V. gracias por su buen proceder.

—No lo hago porque V. me lo agradezca.

—Tome V.

—¿Qué?...

—Esto.

—¿Y qué es eso?

—Una pequeña prueba de mi agradecimiento.

—Désela V. á los pobres, que están más necesitados que yo.

—Pero...

—Basta, señora. Si hace V. lo que ofrece, no me vuelvo á acordar siquiera del nombre de V., ni he de hablar de V. con nadie, ni he de procurar verla en mi vida.

Y salió el estudiante sin haber procurado descu-

brir en la sombra de la habitacion el rostro de aquella mujer. Ni la miró siquiera.

Bastábale saber que el dia siguiente podria salir del Hospital su pobre amigo.

—Pero ¡Dios mio! exclamó, recordando la terrible sorpresa que le esperaba al ver ciega á su madre; ¿cómo podrá resistir á este nuevo golpe, más tremendo que todos los que ha recibido?... ¿Cómo le prepararé yo para este gran dolor que le espera?... ¡Ah! ¡nunca se ha visto tan grande infortunio! Dios me inspirará, porque, á no ayudarme él, desconfío de salvar á la madre y al hijo.

El dia siguiente volvió el estudiante al departamento de locos.

Luis estaba contento.

—He pasado muy buena noche, le dijo.

—Y yo le traigo á V. buenas noticias. Hoy debe venir el permiso para la salida de V.

—¿No faltará?

—Creo que no, pero entre tanto, hablemos de usted y de su madre. ¿Ya habrá V. olvidado ese malhadado amor?...

—¡Oh! sí, lo he olvidado.

—Ahora debe V. consagrarse sólo al amor de su madre; ya ve V. qué pena tan grande le proporcionó con la locura que ha hecho.

—Es verdad, tengo que pedirle perdon, que no me lo negará.

—¡Ya lo creo! deseando está estrechar á V. en sus brazos. Y está muy cerca de V.

—¿Sí? ¿Dónde?... ¡Oh! por Dios le pido á V. que me la deje ver.

—No es posible ahora.

—¿Pues cómo está aquí?

—Ha estado muy malita la pobre; cuando vino aquí llevaba dos dias de no dormir, de no descansar ni comer, de correr todo el santo dia por Madrid, en medio de la lluvia y la tempestad.

—¡Madre de mi alma!

—Temimos por su vida, pero Dios no ha querido que muera, y ahora no está ya en peligro de muerte...

—¡Oh! tiemblo al pensar que podia no haber vuelto á ver á mi madre.

—Lo mismo dice ella ahora.

—¡Cuánto tarda la hora de verla!

Llegó por fin la hora; el director del hospital recibió una orden de la autoridad para que dejase salir libremente al jóven encerrado por loco.

Y si el lector tiene curiosidad de saber quién logró de la autoridad esta orden, y no lo ha adivinado, sepa que no fué la señora del ex-ministro, sino este mismo, á quien su mujer obligó á dar ese paso, aunque el ex-ministro se habia propuesto, rencoroso y vengativo, dar tiempo bastante á que Luis se volviera loco de veras, para que cuando se tratara de sacarlo de allí no fuese ya ocasion de sacarle, sino de meterle.

La esposa no tuvo más remedio que referir á su marido la verdad, diciéndole que Luis habia sido su prometido, y que el despecho de verse el pobre tan

cruelmente desairado habia sido el motivo de la escena famosa de la noche de boda, y esto irritó aún más al bueno de Tomasito Meco; pero esto era precisamente lo que ella queria, que se irritase mucho más, para poder domarle más radicalmente, por decirlo así, y obtener sobre él mayor triunfo.

Lloró la muy ladina, suplicó, abrazó las rodillas del viejo, y no consiguiendo así su intento, secó las lágrimas, le habló con entereza, le amenazó con abandonarle, y á esta amenaza ya no pudo resistir.

El temible seductor habia acabado su carrera como todos, viniendo á ser esclavo y juguete de una mujer que le despreciaba.

Hay muchos hombres de talento, tontos de capirote.

.....
 Cuando el practicante vió la orden de libertad para su amigo, tembló como si se viera en un gran peligro.

El pobre Luis iba á saber que su madre estaba ciega.

—Es preciso, le dijo, que tenga V. todavía un poco de paciencia.

—¡Oh! sí, lo que V. piense será siempre lo mejor; yo no puedo negarme á nada que me indique mi generoso salvador. A V. debo la razon, la dicha de volver á ver á mi madre, la vida, en fin... Yo haré todo lo que V. quiera.

—Así me gusta, que sea V. razonable; es todo lo más que se le puede pedir á quien ha vivido en una casa de locos.

—Es verdad, contestó Luis con una triste sonrisa.

—¡Qué buena señora es su madre de V.! Debe tener un corazón de oro.

—Para creerlo así basta saber lo desgraciada que ha sido. Dió su amor y su vida entera á una hija ajena, y ésta le ha sido ingrata, y luego, para mayor dolor, su hijo, su hijo verdadero, ha amado tanto á la ingrata, que por ella le ha causado tantos pesares... ¡Pobre madre mia! Y mi dolor es más profundo ahora, porque, á V. se lo digo que es mi amigo verdadero, tengo un triste presentimiento...

—¿Cuál?

—Que he de morir pronto.

—¡Qué idea!

—¡Oh! sí, yo mismo he llamado á la muerte.

—Deseche V. ese pensamiento.

—No podía. Siento en el pecho una cosa extraña, que nunca he sentido. En los días que he pasado en la mayor desesperación, encerrado en esa horrible jaula, he sentido en muchos momentos un dolor intenso en el pecho, como si me lo oprimieran con una piedra, y luego desvanecerse mi vista, y aquí en la garganta subir la sangre y como dos golpes en las sienes, y luego he arrojado sangre por la boca.... ¡Ay! amigo mio, condenado estoy á morir en la flor de mis años.

—¡Oh! no crea V. semejante cosa.

—Por mi madre lo siento, por mi madre, que no podrá resistir á ese golpe. Lo que es por mí, no temo que llegue pronto la hora de mi muerte. Un ángel

hay en el cielo que me llama, que me espera. Para mí será una dicha ir á reunirme con ese ángel.

—¡Olvida V. que su madre le necesita!... ¡Oh! es preciso que tenga V. valor y fortaleza, que no se deje usted vencer por nada, que viva V. para su madre, que es muy desgraciada, mucho más de lo que V. cree.

—¿Cómo?

—Muy desgraciada.

—¿Qué quiere V. decir? ¡Por Dios!... ¿qué nueva desgracia?...

—No, no se alarme V. todavía.

—Pero ¿vive mi madre, ó vive y está en peligro de muerte?

—No, por mi honor juro á V. que no está en semejante peligro, como ya se lo he asegurado á V. antes.

—Pues le ha sucedido una gran desgracia.

—Eso no lo he negado.

—Pero, ¿cuál?... ¿Está loca acaso?

—No. Dios es bueno, Dios no hace nunca más que aquello que conviene á sus criaturas. Hoy ha herido á su madre de V., pero acaso su intencion ha sido curar á V. radicalmente de su fatal pasion, hacerle volver al amor de su madre únicamente, y reconocer que el amor maternal es el único capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones, el único verdad, en fin.

—Pero, amigo mio, ¿y mi madre?...

—El cansancio, la debilidad, el frio, la humedad,

la pena que ha sufrido, el llanto que ha vertido sin cesar en estos tristes dias, todo eso ha contribuido á que la acometa un mal horrible...

—¿Cuál, Dios mio?

—Más horrible para los que lo ven en una persona querida que para la misma persona que lo padece.

—¿Una parálisis acaso?...

—No, no es eso...

Y el practicante no se atrevia á decir la verdad: esperaba que el mismo Luis fuese quien la adivinara.

—¡Ah! exclamó, ¡mi madre está muda!... ¿No es eso?...

El estudiante hizo una señal negativa.

—Entónces, no puedo adivinar... ¿Ha sufrido alguna caida?... ¿Acaso la voy á encontrar despues de haber sufrido alguna operacion?...

—¡Oh! no, no es eso.

Todo se le ocurría á Luis, todo, ménos la verdad.

No podia presumir que su madre estaba ciega.

Esta horrible idea acaso vino á su imaginacion, pero la deseó en seguida con espanto.

—Su madre de V., dijo el practicante, no podrá ver á V. hoy mismo.

—¡Dios mio! ¿por qué?...

—Ya he dicho á V. que está muy débil, sumamente débil, que una conmocion muy fuerte la mataria.

—Bien, yo no la hablaré, no la llevaré de aquí. Aquí estaremos hasta que esté repuesta...

—Pero ella no le podrá ver á V...

—Voy á volverme loco... ¿Por qué me dice V. eso?...

—Porque... porque... y una lágrima brilló en los ojos del practicante, que ya no podia contener su emocion.

—Por piedad, dígame V. la verdad.

—Pues bien, su madre de V... no le podrá ver á usted ahora... porque...

—¡Ah! exclamó Luis en un grito de agudo dolor, ¡mi madre... mi madre está ciega!...

.....

El practicante recibió en sus brazos á su nuevo amigo, y ambos lloraron con dolor profundo.

Pasado el primer momento, Luis cayó en el mayor extremo de la desesperacion.

—¡Oh! exclamó en un arranque de furor, ¡miserable de mí cien y cien veces, que he causado la desventura de mi madre!... Dios me ha maldecido sin duda.

—¡Por Dios! calma y resignacion.

—¡Oh! para mis males la tendria; pero para ver sufrir á mi madre...

—Y ella, á pesar de su desgracia, se sentia dichosa pudiendo abrazar á su hijo. ¡Oh! y parece providencial, la misma desgracia que ha caido sobre ella la evita un profundo pesar.

—¿Cuál?...

—Ver los estragos que han hecho en V. estos dias de desesperacion.

—¡Oh! es verdad.

—Si le viera á V. sufriría mucho la desdichada.

—¡Oh, Dios mio! si has querido castigarme, en verdad que no podias haberme dado mayor castigo.

—Todavía no hay que desesperar. Su madre de usted no ve ahora; pero eso no quiere decir que haya de ser ciega siempre.

—¿Hay alguna esperanza?...

—¿Quién lo duda?... Ahora, en su estado de postracion fisica y moral, seria inútil intentar una dolorosa y difícil operacion; pero cuando la enferma esté tranquila, y bien alimentada, y más fuerte que hoy, aquí, en el hospital, tenemos al más hábil operador, que es mi maestro querido, y se conceptuaria dichoso devolviendo la vista á su señora madre de V.

—¡Ah! V. siempre me quiere consolar.

—Estoy diciendo á V. la verdad.

—Amigo mio, vamos, ya lo sé todo; vamos á ver á mi madre. Ya no habrá inconveniente...

—Hay que evitar que su madre de V. sepa ahora que está ciega... porque se moriria.

—¡Oh! sí.

—Voy á dejar á V. un momento, y pronto vendré á buscarle para que vayamos al lado de su madre de usted.

—¡Oh! Dios le bendiga á V., alma buena.

El practicante se dirigió al lecho de la anciana, y la dijo:

—Señora, vamos á poner á V. un vendaje.

—¿Por qué?...

—Porque es preciso; ya va á amanecer, y no podría V. resistir la claridad; en el estado de debilidad en que se halla ese cerebro, es preciso evitar ciertas cosas. Su hijo de V. pronto estará aquí; pero cuidado con hacer locuras, cuidado con quererse quitar el vendaje, cuidado con querer abrir los ojos.

—¿No he de ver á mi hijo?

—Hoy no; podrá V. estrechar y besar su mano; pero verle no, porque se expondría V. á un terrible mal.

—Bien, tendré paciencia. Vds. han sido tan buenos conmigo, que en todo debo seguir su consejo y obedecerles.

.....

Entre tanto, Luis habia quedado en la sala del departamento de locos.

Estos le rodearon.

—¿Por qué lloras?... le preguntó uno. ¿Te se ha muerto tu mujer?... ¿Pues mira cómo bailo yo porque se me ha muerto la mia?... Ya me he quedado solo en el mundo. ¡Viva la libertad!...

—Mira, le dijo otro acercándose: si te vas de aquí, me vas á hacer el favor de buscar al ministro de la Guerra, y pegarle un palo. No ha querido hacerme general.

—Oye tú, yo soy Dios; yo te puedo cortar la cabeza y ponértela despues. Si tuviera un cigarrito, una puntita siquiera, te digo que no me faltaba nada para ser feliz. Dame un cigarrito, una puntita siquiera, y te hago inmortal... no tienes más que escribirme una

esquela cuando te mueras, y en seguida voy á resucitarte.

—¡Alza, morena! ¡vaya un baile que hemos tenido esta noche! Lo mejor de Madrid ha estado aquí. A mí me ha declarado su amor una duquesa, y hemos quedado en darle hoy al marido un venenillo, para que el apreciable caballero reviente como un triquitraque. ¡Oh! el amor es gran cosa.

—Yo quiero salir de aquí, que mis hijos me están llamando.

—Que me traigan la lanza y el caballo.

¡Guerra! ¡guerra al infiel marroquí!

—¡40.000 duros, 40.000 duros! Por 40.000 duros me como yo á mi padre... ¿Quién me da 40.000 duros?... Yo los tenía, pero los perdí... ¿Qué importa? Mañana los volveré á tener... Y si no, me pego un tiro, dos tiros, veinte tiros, mil millones de tiros, y así descansa un hombre para siempre.

—Ven acá, mujer querida,

ven que te quiero contar

que te amo más que á mi vida...

y que te voy á matar.

¡Já, já, já! ¡qué genio tan grande me ha dado Dios! Yo soy Byron, yo soy Virgilio, yo soy el gran poeta del siglo. ¿Quién quiere que le haga unas endechas á su amada?... Por dos reales un romance, por una peseta una oda, por dos pesetas, ¡ch! ¡por dos pesetas hago yo la *Jerusalem libertada*!

Y no concluiría nunca si fuera á copiar todos los desatinos que dijeron aquellos locos.

Por lo que cada uno decia podia comprenderse el motivo de su locura.

Para el curioso observador, una casa de locos es un mundo lleno de enseñanza y de ejemplos.

En una casa de locos, pueden estudiarse los vicios y las costumbres de la sociedad.

¿Qué es la sociedad más que una casa de locos que saben disimular?...

Los locos á quienes se encierra, son locos que no saben disimular.

No hay más diferencia entre unos y otros.

.....
El practicante volvió y condujo á la sala donde se hallaba el lecho de la anciana al pobre pintor.

—Prudencia recomiendo á V. otra vez.

—La tendré.

Llegaron al lecho.

La enferma estaba sentada y recostada en tres ó cuatro almohadas, con una venda sobre los ojos, con las manos cruzadas sobre el pecho y rezando.

—Vaya, dijo el practicante, aquí está este pícaro.

—Luis, dijo la anciana.

—Madre, perdon.

Y tomando las manos de la buena madre, las besó, y luego la besó tambien en la frente.

—¿De qué te he de perdonar?... Tú á mí, por haber sido loca, y haber creido que me habias abandonado. Tus manos abrasan: ¿cómo te sientes, hijo mio?

—Estoy bien, madre mia; aquí me han cuidado mucho, y mi salud no se ha resentido.

—Eso ya lo conoceré yo en viendo tu rostro. Ahora no puedo verte...

—No, no, madre mia.

—Me lo han prohibido los médicos. ¡Qué buenos son los de esta santa casa! Me han cuidado con un esmero y una caridad...

—Mañana me verá V.

—Sí, sí, mañana te veré, pero no creas que no te veo ahora con los ojos de mi alma. Una madre ve siempre á su hijo, aunque sea ciega.

—¡Dios mio! murmuró Luis.

—Verás cómo estoy quietecita para poder salir pronto, para poderirme contigo. Ya no nos separaremos.

—¡Oh! no, madre mia.

Y al lado del lecho de la pobre ciega pasó el día el jóven sin ventura, que más parecia un cadáver. Tales eran su decaimiento y su palidez.

Esta escena entre la madre y el hijo conmovió profundamente á cuantos la presenciaron.

Aunque ya todos los que la presenciaban tenían costumbre de escenas tristes y desgarradoras.

El hospital es el teatro donde tienen lugar casi siempre las últimas escenas de infinitos dramas sociales.

El que ha recorrido el mundo, penetrando en los más remotos confines, cruzando los ménos frecuentados mares, exponiendo su existencia á la barbarie de los salvajes, estudiando y aprendiendo en todos los pueblos civilizados, sabe mucho sin duda ha vis-

to mucho, ha podido meditar mucho, y conocer á la humanidad, y admirar y reconocer á Dios, autor de todo lo creado.

Pero no podrá decir que lo ha visto todo, no tendrá perfecto conocimiento del mundo, si no ha visitado un hospital, no como curioso indiferente, sino como observador y pensador.

En el hospital se purifican muchas almas, perversas en el mundo.

El dolor propio y la contemplacion del ajeno, hacen que vuelva los ojos á Dios el que acaso vivió olvidado de su Criador, sin religion y sin fé.

En el hospital acaban todas las vanidades del mundo.

La primera palabra que oye el que allí entra es la más grande y la más humilde, la que más expresa entre todas las del lenguaje humano, la palabra de Dios, en fin, la palabra *¡Hermano!*

¡Santa palabra! que da aliento al más fatigado espíritu, que desarruga el ceño de la más arrogante soberbia, que conmueve el corazon del criminal más empedernido, que trae á la memoria, aunque no se quiera, el nombre de Dios, autor de esa palabra consoladora.

En el hospital, la mujer perdida, por todos humillada y despreciada, arrojada del seno de la sociedad, repudiada y desconocida por su propia familia, encuentra á su lado una mujer pura, virtuosa, buena y caritativa, que la mira con amor, que toma en sus manos limpias y honradas su cabeza y sus manos

abrasadas por la fiebre, y la dice con humilde y cariñoso acento:

—¡Hermana!

En el hospital, el huérfano arrojado al mundo como se arroja á la calle un perro que no se quiere mantener, que, al verse solo en el mundo, ha maldecido de su suerte, que desconoce los encantos de la familia, que tiene la inmensa desgracia de no saber lo que es el cariño maternal, que no halló nunca entre los hombres más que soberbios é indiferentes, goza el inefable consuelo de que, ántes de morir, ántes de salir de un mundo tan risueño y benévolo para los demas, tan árido y cruel para él, le llamen:

—¡Hermano!

El pobre, desdeñado por sus parientes ricos, que entra en el hospital lleno de ira y de enojo contra aquellos, acariciando acaso la idea de la venganza, saboreando el deseo de que les suceda algun mal, no puede, á la vista de los infortunios ajenos que le rodean en aquel asilo, tan grandes ó mayores que el suyo, no puede, repito, insistir en sus ideas de venganza y en sus malos deseos.

Allí se despoja de toda mundana pasion; allí le consuela la idea de perdonar á los que le agraviaron; allí, en fin, quiere morir en paz con su conciencia.

.....
 Quien desee conocer el grado de civilizacion, cultura y religiosidad de un pueblo, no pregunte á sus habitantes, no tiene necesidad de leer los papeles públicos, no se fie de lo que le digan sus his-

toriadores; haga otra cosa: ir á visitar el hospital y la cárcel.

Allí donde se cuida del bienestar del desgraciado; donde se dispone para recibir al enfermo pobre lo mismo que si el enfermo fuera rico; donde al que cae bajo el imperio de la ley no se le abandona, no se le humilla, no se le maltrata, sino que se le cuida, se le considera, se le enseña, se le trata con caridad; allí se puede decir, sin temor de equivocarse, que existe un pueblo ilustrado, probo, generoso, fuerte y digno de la más amplia libertad; allí se puede decir que hay un gobierno patriota, inteligente y paternal.

Pero donde los hospitales están abandonados, donde los pobres quieren mejor morir en un rincón de su miserable tugurio ó en la plaza pública, donde los criminales están hacinados en las cárceles, llenos de miseria, abandonados, maltratados, sin que se les enseñe más que la vara, y sin que se les haga pensar en sus crímenes ni arrepentirse de ellos; donde todo eso sucede, bien se puede asegurar que existe un pueblo indolente y vicioso, donde hay más fanatismo que religion, más ignorancia que instruccion, más tabernas que escuelas, y un gobierno de vulgares medianías, de hombres ambiciosos, egoistas é ignorantes.

II

El hijo del sacristan hecho un caballero.

Han pasado algunos años.

El hijo del sacristan es, como siempre, el hijo del sacristan, porque hasta ahora no se ha dado ejemplo de que haya quien pueda dejar de ser hijo de su padre, aunque ejemplos se ven de renegar de su padre el hijo y lamentar no haber nacido con mejor fortuna.

Ya no le conocerian Vds., y mucho le habian de conocer los que le vieron en la aldea en su infancia y en su juventud, para poder conocerle ahora.

Su traje es el de un jóven elegante, su aire y su porte los de un hijo de Madrid bien nacido y bien educado, y la distincion de sus modales, y la elegancia de sus patillas, y lo acicalado y pulcro de toda su persona, disimulan perfectamente al tosco, testarudo

y receloso paleta que salió de la aldea escapado, empuzando su carrera con una infamia, que supongo no habrá olvidado el lector á la pobre, inocente y tierna compañera de la infancia de mi héroe, hija de la buena tía Torda, que fué con él tan noble y generosa, haciendo por el hijo del ladron y el asesino lo mismo que hubiera hecho por su propio hijo.

Por cambiar, ha cambiado de nombre.

Ahora se llama D. Antonio de Luna.

Luna es un apellido ilustre, un apellido ilustrado por muchos hombres de mérito.

La historia de D. Alvaro de Luna que leyó allá en la biblioteca del cura de su pueblo, le habia hecho gran impresion.

El tambien querria llegar á la altura á que llegó aquel personaje.

Lo único que le disgustaba era el trágico fin de D. Alvaro; pero habia aprendido que ya no solian los grandes señores morir degollados por mano del verdugo, como en los tiempos de D. Juan II, y aunque pudieran correr esa desagradable eventualidad, llegara él á tanto poder y valimiento como el famoso valido, que ya procuraria salvar el pellejo en llegando la ocasion.

En los tiempos de D. Alvaro y en los de D. Rodrigo Calderon y de otros grandes señores que despues de haber subido á la mayor altura de poderío y de grandeza cayeron hasta las manos del ejecutor de la justicia del rey, no habia los medios de escapar que hay ahora; y si alguna vez algun personaje ha sido

en nuestra época víctima del pueblo airado ó de la venganza del monarca, casi siempre ha recaído ese desastre en hombre confiado y valeroso, que él mismo se ha entregado, fiado en la nobleza del enemigo.

El hijo del sacristan, que tan bajo habia nacido, queria subir muy alto, y habia empezado el camino con el firme propósito de llegar al fin.

Dejando para despues referir lo que le pasó desde que en la primera parte de esta novela le abandonamos para contar la triste historia del pobre pintor, le hallamos ahora en una magnífica casa, en un cuarto muy elegante, mirándose al espejo, estudiando acaso la fisonomía con que le conviene presentarse, y fumando un magnífico cigarro legítimo de la Habana.

—Pues, señor, bueno, dice; el mundo es gran cosa.

Otro cualquiera que hubiera venido á Madrid con los recursos que yo traje, seria hoy un infeliz, que ó estaria trabajando en una obra, ó, si no tenia afición al trabajo, se habria dedicado al robo, ó tendria un puesto de fósforos en una esquina, ó limpiaria las botas á los huéspedes en una casa de ellos, ó seria, todo lo más, mozo de café.

Querer es poder. ¡Vaya si es!

Yo entré en esta casa poco más que de caridad; la primera semana saqué agua del pozo, fregué el suelo, y dormí en la cuadra entre dos yeguas que no sé cómo no me abrieron la cabeza de un par de coces; pero la segunda semana me propuse ascender, y lo conseguí, haciendo el amor á la segunda cocinera.

En lugar de dormir en la cuadra, logré dormir en el cuarto oscuro de la cocina, y en lugar de sacar agua del pozo, me dedicaron á los recados de escalera abajo; es decir, á llevar el cesto cuando iba á la compra la primera cocinera, y á echarle una mano á ella y á su compañera para el más pronto y mejor servicio.

Queriendo ascender más, enzarcé á las dos cocineras, y salió la segunda, y la primera se enamoró de mí, es claro.

Y fui á dormir al cuartito bonito del recibimiento, y tuve catre, y sillas, y mejor comia yo que los amos.

Pero ¿cómo habia de detenerme en la cocina?

Yo denuncié á la doncella los abusos de confianza de la cocinera, su falta de fidelidad, y el poco afecto que la tenia, y la calumnia que contra ella propalaba, suponiendo que servia á la señora de la casa en ciertos devaneos misteriosos.

Y salió de la casa la cocinera primera, y gané la voluntad de la doncella, quien me hizo, por su influencia en la casa, y para ponerme á su altura, así como ayuda de cámara del señor.

Estar cerca del señor era lo que yo queria. ¡Y qué señor!

El primer día, porque tenia una arruga la levita, me pegó un puntapié. Otro se hubiera ido de la casa. Yo me quedé, y me guardé el puntapié para devolvérselo cuando sea ocasion. El segundo día queria pegarme otro, de fijo, pero no pudo, porque la levita estaba más reluciente y estirada que acabada de traer

por el sastre. El hombre era una fiera conmigo, y lo es con todo el mundo, pero ya le voy amansando.

Desde la cuadra he subido á ser secretario del conde de Tres Puentes, personaje político de gran influencia, senador, gran cruz de no sé cuántas cosas, gentil-hombre, etc., etc.

El día que está de mal humor lo descarga en mí, me llena de improperios, y, por consiguiente, no puede pasar sin mí.

Con ese carácter tan violento que tiene, si no me tuviera á su lado para desahogar en mí la bilis, sería capaz de cualquier cosa, se comería á su mujer, se tiraría por el balcon.

Yo le soy absolutamente necesario, más que él á mí.

No ha podido tener un secretario dos días; todos han considerado incompatible con su dignidad un empleo que les obligaba á sufrir denuestos y humillaciones.

¡Qué tontos! Yo lo sufro todo... ahora, que después ya hablaremos.

¡Me gusta á mí este hombre político, á quien sirvo!

¡Qué bien habla en público de la moralidad, de los derechos del pueblo, de los deberes paternales de los gobiernos, de la modestia y sencillez, tan recomendables en los hombres políticos que aspiran á merecer las bendiciones del pueblo, del deber en que están los grandes de tratar humana y dulcemente á los pequeños!... ¡Cómo pintó en el Senado el otro día los sufrimientos de los esclavos, con ocasion de pedir

la abolicion de la esclavitud! ¡cómo hizo llorar al mismo capitán general, ponderando las humillaciones que los amos hacen sufrir á los esclavos, y con qué elocuencia encareció el amor al prójimo y la clemencia y generosidad!

Y luego, cuando vino á casa, y nos pusimos á trabajar, por pcco me pega un pistoletazo porque le observé que se habia equivocado en una fecha que citaba en cierto documento, para cuya redaccion me habia dado notas.

Un golpecito dado en la puerta de la estancia interrumpe sus reflexiones.

—Esta es mi enamorada doncella, dice... en pudiéndome librar de tí...

—¿Estás solo? dice la doncella asomando una cabeza muy linda y un cuerpo muy esbelto.

—Sí... entra pronto; pero mira, con esa costumbre de hablarme de tú, un día delante de tus señores me vas á tutear, y vas á perder la casa.

—¡Tomas un tono! ¡Tus señores! Parece que tienes empeño en recordarme que soy una criada... Y tú, ¿qué eres?

—Yo soy secretario del conde.

—¡Secretario!... un criado como yo.

—¡Vaya! dejemos eso, y cuéntame. ¿Qué dice tu señora?...

—No te puede ver; yo, como me has encargado, la he hablado de tí, y le he dicho que no me gustas nada, y ella, es claro, no ha ocultado su sentimiento, viendo que coincidía con el mio.

—Pues me tiene sin cuidado... ¿Y no has sabido tú nunca que haya tenido tu señora algún ligero devaneo?...

—No.

—Ya ves, una mujer guapa casada con esa fiera de marido, siempre metido en la política, que apenas la ve, que pasa la vida en los consejos de ministros, en las embajadas, en el Congreso ó en el Senado.

—Nunca he sabido nada; no tiene visitas... Sólo vienen algunas señoras de la beneficencia, y su primo

—¡Valiente primo! un tonto.

—Pues no he podido sospechar nada nunca; ella es muy buena, y si no hubiera sido porque tú me has encargado tanto que me manifestara lo ménos amiga tuya posible, ya le habria dicho...

—¿Qué?...

—La verdad, que nos queremos.

Dijo la doncella estas palabras con tal ingenuidad, que revelaban claramente su poco conocimiento de los hombres, y sobre todo del hijo del sacristan.

—¡Ya te librarás bien! dijo éste muy enojado.

—¡Jesus! ¡no parece sino que te da vergüenza! Pues yo no soy mujer de mala vida... y si estoy en esta casa sirviendo á la señora, ella sabe que mi familia es muy decente, que mi padre ha sido abogado; pero como el pobre se quedó ciego... vinimos á ménos... y sirvo para ayudar á mi pobre madre, que cuida del viejecito...

—Sí, sí, es una historia muy tierna; pero ya me la has contado muchas veces, y la sé de memoria.

—¿Por qué has venido á esta casa?... Yo era feliz.

—¿Vuelven las lamentaciones?

—Yo no me acordaba de hombre ninguno, al lado de mi señora, que es tan buena, y cuando los domingos iba á ver á mis pobrecitos padres, iba contenta, y no tenia nada que ocultarles... y sólo á ellos amaba, á ellos, que tanto me quieren, y tanto me agradecen los ocho duros que les doy todos los meses, como si ellos no me hubieran dado mucho más...

—Tambien me has dicho eso ya treinta veces.

—Seria yo tan feliz si pudiera decir á mi padre: «Padre mio: hay un jóven, bueno y honrado que me quiere, y que es muy trabajador y tiene mucho talento,—esto es verdad, que talento bastante tienes,—y vengo á pedirle á V. que me perdone porque yo le quiero tambien.»

—¡Qué bonito!

—Y mi padre, estoy segura, se alegraria pensando que ántes de morir podria dejarme unida á un hombre de bien, trabajador y cariñoso.

—¡Qué bien! Seria una cosa muy bonita, y nos iríamos á un valle, á una cabaña, con un corderito, una cabrita, dos vacas, tu padre ciego, y tú y yo cogiendo florecitas y haciendo guirnalditas todo el dia... Te digo que seria un espectáculo digno de un cuadro...

—Parece que te burlas de mis sentimientos... ¡Si tendrá razon la señora, que dice que debes ser un malvado!

—¿Eso ha dicho? preguntó con una diabólica sonrisa el secretario. Mucho decir es eso.

—Otra cosa tengo que decirte.

—¿Cuál?

—Que no me vuelvas á encargarme que espíe y sorprenda los pensamientos de mi buena señora, que empiezo á sospechar alguna cosa indigna.

—Vamos, quieres romper conmigo...

—Quiero que no te valgas de mi amor para cosas que no entiendo; quiero no hacer traición á mi señora, tan buena y generosa siempre conmigo.

—Está bien; ni volveré á encargarte cosa alguna, ni á hablarte tampoco. ¡Cómo ha de ser! Hay otras mujeres que hacen cualquier sacrificio por el hombre que las ama, y tienen completa confianza en él, y en todo siguen su dictámen... Pero con esas mujeres, por lo visto, no tienes tú punto de semejanza.

—¡Ah! ¡Qué desgraciada soy!...

—Mira, hija, no me gimas... Es gracioso esto... Las mujeres se dejan querer mientras en nada se las contraría y hacen su regalado gusto, y en cuanto no logran lo que desean tan pronto como quieren, ya se llaman desgraciadas...

—¡Ah! ¿por qué viniste á esta casa?...

Oyense pascs, y el secretario, ántes de que ella pueda impedirlo, coge á la doncella por un brazo, y la arrastra á una alcoba que hay en su despacho, y despues de hacerla entrar cierra la puerta.

Casi al mismo tiempo asoma en la del despacho un lacayo, que dice:

—El señor ha preguntado por V.

—Bueno, voy.

El criado se retira, y el secretario va á abrir la puerta de la alcoba.

—Vamos, vete, dice á la doncella. Un dia te van á sorprender en mi cuarto... y aquel dia concluimos.

—¡Jesus! ¡qué modos! murmura la pobre muchacha.

—No quiero que nadie lo sepa... ¿lo oyes?... Si alguien lo sabe será por tí, y te aseguro que no estarías un momento más en esta casa.

—¡Oh! ¡qué mal he hecho en dar oidos á tus mentiras! ahora lo conozco, ahora veo que tiene razon la señora... tú debes ser muy malo.

Y la affigida muchacha sale de la habitacion de su novio secándose los ojos para que no vean sus lágrimas.

—¡Que soy muy malo! murmura el señor Luna. ¡Pobre muchacha! es verdaderamente un modelo de doncellas, y un prodigio de dulzura y sentimiento; pero juzgo que será preciso que se vaya á casa de su padre ó á otra casa.

Vamos á ver á la fiera.

Y se dirigió al despacho de su principal.

Este estaba paseándose por la habitacion, murmurando no sé qué, y con una cara que manifestaba un humor de todos los demonios.

—Viene V. tarde, le dijo al verle entrar.

—Cuando me ha llamado V. E.

—¡V. E.! á mí no me diga V. eso, no me llame usted vucencia, ya se lo he dicho muchas veces, y no me gusta repetir las cosas.

—Como V. E. quiera.

—¡Voto á!... y lo soltó redondo; V. es un tonto ó un pillo.

—Lo primero acaso, contestó con la mayor sencillez el secretario.

—No, lo que es lo primero...

—V. lo ha dicho.

—Bueno, dejemos eso. Tengo que hablar á usted de un asunto que le interesa. Ya sabe V. que se ha aceptado la dimision del ministerio.

—Sí, señor; lo he leído.

—Pues bien, yo he sido llamado para formar otro...

—¡Ah! señor, mil y mil enhorabuenas.

—No, todavía no; despues de haber quedado admitida mi combinacion, he vuelto á ser llamado, y se me ha dicho que no se me necesita. ¡Este desaire á un hombre como yo!

—Es una cosa incalificable.

—Si me hubiera dejado llevar de mi carácter... Todavía no se ha resuelto la crisis, pero se cree que el favorecido va á ser el imbécil D. Tomás Meco, que ya ha hecho tantos desatinos en el gobierno en varias épocas.

—Sí, ya sé; es un hombre sin prestigio.

—Lo que es en eso, los hombres políticos del dia estamos casi, casi todos á la misma altura; todos nos hemos gastado grandemente, y al fin y al cabo, si Dios no lo remedia, vendrá un cataclismo del que todos tendremos la culpa y todos se la echaremos al vecino... ¡Pero confiar el gobierno á Meco y desai-

rarme á mí!... ¡Vive Dios que se ha de divertir mi amigo Meco!

—Siendo amigo de V., tendrá V. que respetarle y...

—¡Hombre! V. no siente lo que dice; V. no es tonto, y sabe que una cosa es la amistad y otra cosa es la política.

—¿Y qué piensa V. hacer?...

—Veremos; todavía no tengo un plan resuelto; pero... yo le aseguro á V. que no dura D. Tomás dos meses en el poder. V. me va á ayudar.

—¿Yo?

—V. no tendrá inconveniente en tomar un destino del gobierno.

—No, señor; yo no tengo inconveniente en nada.

—Pues bien, lo demas corre de mi cuenta. V. es jóven, atrevido, tiene V. desfachatez y ambicion.

—¡Vaya!

—Ahora va V. á salir, á oír lo que dice la gente preocupada con la crisis. Una crisis en la capital de España es un recurso grande para los desocupados, que aquí son innumerables, y para los embusteros. Y bueno es oír todo lo que se dice, aunque sean desatinos.—Yo le haré á V. lugar, yo le meteré á usted en el mundo de la política, y luego de V. depende lo demas. Ahora le hacen á V. falta dos cosas.

—¿Cuáles, señor?

—Unos amores y un desafío. Son dos buenos fundamentos para hacer carrera. Por los amores se llama la atención de las mujeres, y por el desafío la de los hombres.

Cualquiera de estos medios, ó los dos juntos, sirven acaso más que muchos años de carrera y muchas noches de insomnio empleadas en leer libros.

—No olvidaré el consejo.

—Es bueno. ¡Ah! esos amores de menor cuantía que tiene V. con la doncella de mi mujer, no le favorecen á V., y le estorbarán. Lo que conviene es que usted se vaya de aquí.

—¿Cómo?...

—Sí; toma V. un cuarto lo más léjos posible, ó va usted á una casa de huéspedes decente; esto es mejor.

—Como V. quiera.

—Pues vaya V., vaya V., y vuelva luego, que yo voy á escribir para *El Bien del País* un artículo, pronosticando todas las barbaridades que va á hacer mi amigo Meco en el poder. Y al periodismo, ¿le tiene usted aficion?

—¡Oh! sí, señor; pero no sé si mi poca instrucción...

—Ese no sería inconveniente; para escribir bien de política, para ser un periodista capaz de estudiar y tratar con acierto todas las cuestiones políticas, históricas, científicas, sociales, etc., etc., se necesita muchísima instrucción, ¿quién lo duda? pero para la política menuda á que estamos condenados y que hacemos aquí todos, yo el primero, porque así se medra más, no se necesita saber gran cosa. Yo estoy hace muchos años leyendo en los periódicos diariamente dos artículos de fondo enteramente iguales

siempre, uno de oposicion y otro ministerial. Suele variar, aunque no mucho, la forma; pero lo que es el fondo, siempre el mismo. El uno dice siempre: ¡*Muy mal!* y el otro: ¡*Muy bien!* Si Meco fuera un hombre más temible en el poder, ahora le soltaria yo un periódico mio para que se divirtiera; pero no merece ese majadero que me gaste los cuartos en esa empresa.

Mi D. Antonio de Luna salió encantado de la entrevista con su señor.

—¡Fortuna! exclamó, ¡bendita seas! ¡Unos amores! ¡un desafío! ¡Ah! ¡ya sé yo á quién consagraria mis amores! ¡Desafío!... esto es más grave: aquí hay cada señorito que se está muriendo y no tiene fuerzas para luchar con un mosquito, que le encaja á cualquiera un tiro entre las cejas ó le abre un agujero con un florete en medio del corazon... Pero yo no retrocedo por tan poca cosa: si un desafío puede servir á mi encumbramiento, lo tendré, ¡vaya si lo tendré!

—¿Te vas? le dijo la doncella, que le salió al encuentro cuando se dirigia á su cuarto á coger el sombrero.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué tienes? ¿Te ha reñido el señor?...

—¡Reñido!... ¿Pero tú te has figurado que soy algun criado? El señor, como tú dices, ha advertido tus imprudencias sin duda, nuestras relaciones, y por tí tengo que salir de esta casa.

—¿Cómo?

—Mañana mismo.

—¿Y te irás?

—Es claro, y tiene razon que le sobra; pero no debes quejarte: tú tienes la culpa.

—¡Dios mio! pues yo me iré tambien.

—Tú estás loca.

—Seguiré tu suerte... ¡Oh! si tú quisieras...

—Lo que debes hacer es dejarte de niñerías y no pensar en casamientos...

—¿Qué dices?

—Tengo que hacer carrera; el conde de Tres Puentes, mi señor, como tú dices, me quiere proteger, pero indudablemente dejaria de protegerme si me viera distraido en amores dentro de su casa...

—¡Ah, miserable!

—El me ha aconsejado que te hable francamente, por tu bien.

—¡Infame!...

—¡Calla!

—No quiero callar. ¡Maldita sea la hora en que te conocí!

Y rompió á llorar la pobre muchacha.

Hallábanse en una galería en la cual estaba el cuarto del flamante secretario.

En la entrada de la galería apareció una mujer alta y distinguida.

Antonio, que habia visto moverse el cortinon que cubria aquella entrada, habia querido arrastrar á la doncella á ocultarla en su cuarto; pero ésta, al ver á la señora que levantaba la cortina, se desasíó y exclamó:

—¡Ay, señora de mi vida!

—¿Qué es esto?... dijo la señora, que no era otra que la condesa de Tres Puentes; y, dirigiéndose al secretario, le preguntó:

—¿Puede V. explicarme qué es lo que hacia usted aquí?

—Señora, iba á mi habitacion.

—Me parece que tendré que decir á su amo de usted, y recalcó estas palabras, que le mande dejar esa habitacion.

—Señora, contestó Antonio sosteniendo la severa mirada de la condesa, puede V. E. excusarse la molestia, porque ya no la ocuparé más.

—¡En hora buena!

—El señor conde no me considera ya criado de su casa, y por lo tanto no necesito tener en su misma casa habitacion.

—Es una novedad que ignoraba.

—El señor conde utilizará mis servicios, mi adhesion y mi gratitud de otra manera, señora.

—Mucho mejor.—Ven, pobre niña, añadió la condesa con tono cariñoso, cogiendo de la mano á su doncella, y sin contestar al profundo saludo que la hacia el secretario, volvió la espalda llevándose á la muchacha, que la merecia tierno afecto, porque no podia olvidar que el padre de la doncella habia sido un buen servidor de su casa.

Antonio se tragó aquella humillacion, pero no la digirió.

No habia hablado tres veces con la condesa, pero

habia adivinado que la condesa no tenia formada de él la mejor opinion y le trataba con soberano desprecio.

Y era preciso que fuera grande la antipatía que le causaba el secretario, porque no podia hallarse un carácter más bello y bondadoso que el de la condesa de Tres Puentes, mujer de grandísimo talento, de gran virtud, compasiva y generosa con todo el mundo, y que evitaba con el mayor cuidado, áun respecto de sus criados, toda palabra, toda accion que pudiera traducirse por orgullo y vanidad.

Al contrario, para los pobres, para los débiles, tenia siempre frases amables, consuelos tiernísimos y generosa proteccion, y cuando iba á hacer limosnas, que era su más agradable ocupacion, más que la dádiva, estimaban los pobres aquel lenguaje sencillo y franco, y verla sentada en una silla rota, la mejor de la pobre morada, y teniendo en sus brazos el niño desnudito ó envuelto en pañales rotos y á veces nada limpios.

Y cuando alguno de sus criados enfermaba, no se desdénaba ella, la gran señora, de ir á su cuarto á visitarle, ó á la misma cuadra.

Sólo una cosa le mortificaba; la gran reputacion de buena y caritativa que habia alcanzado en todo Madrid, porque no hay como los pobres para hacerse lenguas de quien socorre sus desgracias, y las socorre tan discreta y noblemente.

En la calle del Aguila, en el Barranco, en los

barrios de Maravillas, en las afueras, en todos los sitios donde en verdaderos tugurios, en horribles focos de infeccion, viven los pobres en Madrid, era bien conocida la condesa de Tres Puentes, aunque, cuando iba á dar sus limosnas, llevaba el velo echado y vestia con la mayor sencillez.

En cambio en la alta sociedad, á la que pertenecia la noble dama, se murmuraba de ella, diciendo que era una hipócrita, que se habia metido á devota despues de haber sido un diablo, y que algun misterio habria en su conducta;—que no hay nada más implacable que la murmuracion cortesana, y no hay nada que tanto se persiga de obra y de palabra en la sociedad como la verdadera virtud.

Pero la condesa de Tres Puentes ni se enorgullecía con las alabanzas de los pobres, ni se desalentaba con las murmuraciones de sus iguales.

III

Como la espuma.

Después de una nueva y laboriosa crisis fué nombrado presidente del Consejo el Excmo. Sr. D. Tomás Meco, y de este modo se encontró Isabel, la que acabada de nacer fué arrojada á la calle, presidenta nada ménos que del Consejo de ministras, puesto que siéndolo su marido de los ministros, parecia natural que ella lo fuera de las ministras.

Estas cosas hace la caprichosa fortuna.

Quien parece nacido para ser un infeliz toda su vida, llega á las más altas alturas, y quien en estas nació suele descender á la posición más triste y miserable.

El conde de Tres Puentes, amigo particular del presidente del Consejo de ministros, era, como ya se ha dicho, su más irreconciliable enemigo político, y

así como en su calidad de amigo particular de aquel personaje, hubiera sentido que se le torciera un pié ó le dolieran las muelas, como enemigo político habría tenido mucho gusto y singular complacencia en verle colgado de un farol.

Esta es la política.

Figúrese, pues, el perspicaz lector qué gusto le daría, con aquel geniázo que tenía, al conde de Tres Puentes leer en la *Gaceta* los decretos nombrando el nuevo ministerio.

Encerróse el conde en su gabinete, echó hiel en el tintero, mojó en él la pluma, convertida en puñal, y escribió el más sangriento artículo que ha ilustrado las columnas de la prensa española, que en esto de artículos sangrientos puede presentar un completo y variado repertorio de atrocidades.

El articulista vertió sobre el papel todo el veneno de sus sentimientos, jugó con el gobierno como un gatazo con un ratoncillo, se burló de él soberanamente, y en fin, no le dejó hueso sano... Después de lanzado á los vientos de la publicidad aquel artículo, el gobierno quedaba hecho un guiñapo.

Cuando lo hubo terminado, lo leyó y relejó cien veces, y todavía recargó alguna frase, todavía interpuso algun adjetivo para dar más fuerza á la expresión, todavía se gozó en añadir apóstrofes é ironías, burlas y veras.

Cuando se le presentó su secretario, le dijo:

—Cierre V. la puerta; siéntese, y escriba.

Obedeció el hijo del sacristan, y escribió, dictada

por su amo, una copia de aquel libelo, que no por estar escrito con elegante estilo y buenos términos y elegantes giros, dejaba de ser un libelo, más temible sin duda que un artículo lleno de desvergüenzas é insultos; y cuando el amanuense hubo concluido, volvió á decir el conde:

—Ahí tiene V. hecha su fortuna.

—No entiendo.

—Yo le regalo á V. ese artículo.

—Muchas gracias.

—Ese artículo es de V., y no tiene V. más que poner debajo su nombre.

—¡Mi nombre!

—Justamente: *Antonio de Luna*.

—Pero...

—Yo quiero que se publique ese artículo firmado por V.; su nombre de V. es completamente desconocido en el periodismo y la política, y todos creerán que Antonio de Luna es un nombre de fantasía, y que yo, que paso por el inspirador de *El Bien del País*, donde se ha de publicar, soy su verdadero autor.

—Creerán la verdad.

—Bueno; pues esa creencia le dará á V. lugar de escribir un comunicado, diciendo que el artículo no es mio, y que el nombre que aparece al pié no es un pseudónimo, sino el de D. Antonio de Luna, que vive en tal parte.

El efecto del artículo se hace sin remedio, y yo me quedo detras de la cortina, que es donde ahora

me conviene estar, y V., si sabe aprovechar las circunstancias, hace su suerte. ¿Le acomoda á V.?

—Los deseos de V. son órdenes para mí. Mi agradecimiento...

—Déjese V. de frases; yo me utilizo de V. por lo que me utilizo, no por su linda cara. Quien lleva ya muchos años en la vida pública, sabe á qué atenerse respecto de esas frases tan bonitas como agradecimiento, abnegacion, desinterés, sacrificio, etc., etc.

Lleve V. mismo á la redaccion este artículo: basta que con esta tarjeta mia se lo entregue V. al portero. Le advierto á V. que pudiera suceder que este escrito firmado por V. le proporcionara una causa criminal por delitos de lesa majestad, de ataque á los poderes constituidos, de injuria y calumnia, y todo lo demas que se ha inventado para dar importancia á los periódicos.

—No importa, nada temo.

—Bien dicho; es V. de la madera de los que suben como la espuma.

El artículo se publicó, y cayó como una bomba en el campo de la política.

El fiscal de imprenta tenia aquel dia telarañas en los ojos, pensando si el nuevo ministro le dejaria en su puesto ó le limpiaria el comedero, y como el artículo empezaba hipócritamente felicitando al gobierno nuevo, creyó el buen hombre que era un artículo encomiástico, y hasta se alegró de que un periódico tan bien escrito como *El Bien del País*, tratase con benevolencia á la nueva situacion.

Cuando algun amigo fiel le llamó la atención sobre el artículo que era para el gobierno como un par de banderillas de fuego para un toro, quiso el pobre fiscal enmendar su error, pero ya era tarde; el artículo lo habia leído todo Madrid, y todo Madrid se reía del gobierno y de su fiscal de imprenta, quien, lleno de enojo y buenas intenciones, juró ser en lo sucesivo severo hasta la exageracion en el desempeño de su cargo, y leer los periódicos de cabo á rabo, para que no se la volviese á pegar ningun articulista maquiavélico; en fin, el hombre estaba dispuesto á servir al gobierno con la fidelidad y el interes de un perro de Terranova, pero ¡oh debilidad de los fuertes! el gobierno, que necesitaba manifestar lo que le habia herido el artículo en cuestion, quiso hacer una barbaridad, y miró, y viendo al fiscal de imprenta, en este empleó su venganza, dejándole cesante el mismo dia en la forma más seca y descortés; es decir, sin que nadie quedara satisfecho del celo, inteligencia y lealtad con que lo habia desempeñado.

Esta, como habrá comprendido el lector, es política pura.

Todas las personas metidas en política, es decir, metidas en el lio más grande del mundo, atribuyeron el artículo al conde de Tres Puentes, sin hacer caso maldito de la firma con que apareció impreso; pero *El Bien del País* publicó un suelto que decia:

«Algunas personas han atribuido equivocadamente nuestro artículo sobre el nuevo gobierno al conde de Tres Puentes; no es cierto: este importante

personaje no ha manifestado á nadie todavía su opinion sobre el nuevo gobierno, y espera que éste presente su programa para tomar la actitud más conveniente y patriótica. El artículo es de D. Antonio de Luna, un jóven que hace sus primeras armas en política.»

Y todo el mundo quiso conocer al jóven que habia puesto en berlina á un gobierno que tenia sus pretensiones de gobierno fuerte y enérgico.

El hijo del sacristan comprendió que su amo y señor le habia hecho un gran favor, y resolvió aprovecharse del prestigio y la reputacion que le habia proporcionado aquel artículo que no habia escrito.

Y vean Vds. lo que son las cosas: el mismo gobierno que castigó al fiscal de imprenta porque se habia publicado aquel artículo, trató en Consejo de ministros acerca de la conveniencia de atraerse al autor y ofrecerle una posicion oficial, quitando así un poderoso adalid á la oposicion.

¿No es esta política pura?

Antonio de Luna fué recibido en el Casino y en los círculos políticos; los periódicos importantes le ofrecieron sus columnas, y todo el mundo consideró á aquel hombre, que ni se sabia quién era, ni de dónde venia, y se habia dado á conocer cometiendo una infamia, porque, eso sí, todo el mundo pensaba que aquel artículo era una verdadera infamia política, una diatriba inspirada por el odio, y un ataque en el que se empleaban todas las armas ménos nobles.

Pero en política hay que ser temible; de otra manera nadie repara en uno.

Ahora sólo me falta, pensó Antonio lo que me dijo el conde, unos amores y un desafío. Habrá que seguir en todo el dictámen de mi protector, pues con sus consejos no me va mal.

Y ahora que lo pienso, parece imposible que tan pronto se adquiriera importancia política. Es cosa por extremo curiosa. Un hombre de ciencia, un artista, para llegar á tener una reputacion necesitan años y años de estudio, de penalidades, de decepciones y trabajos... y en política se hace uno un lugar sin haber hecho nada, sin haber servido al país en ningun concepto y sin haber estudiado ni una jota. Esto es pasmoso; yo sabia, habia leído en los libros, que algunos séres privilegiados hacian rápidamente fortuna, pero nunca podia sospechar que esta farsa del artículo escrito por el conde y firmado por mí habia de hacer tan prodigioso efecto.

Yo no tenia muy buena opinion del mundo, pero francamente, todavía le hacia favor.

Frecuentaba los círculos políticos un jóven de notable talento, hijo de un distinguido hombre de Estado, y esperanza del foro y la política, y se distinguia por su mucho juicio, su ingenio y la nobleza de sus sentimientos.

El hijo del sacristan odiaba á aquel hombre, en quien reconocia una gran superioridad, y que desde el primer dia le habia mirado con indiferencia, no tomando parte en el coro de alabanzas de tanto zánga-

no político que se había apresurado á rodear al autor de aquel trascendental artículo, en la prevision de que podia llegar á grandes posiciones.

Manuel Ramos, que así se llamaba aquel jóven bueno y honrado, conocia demasiado las farsas políticas, y no concedia su estimacion á ningun aventurero, sino á los hombres de verdadero saber, de probada probidad.

Ni un momento habia creido que el artículo era obra de D. Antonio de Luna, sino de su verdadero autor, y le repugnaba aquel hombre que con tal desenfado habia tomado su papel en la farsa política.

El hijo del sacristan habia adivinado los sentimientos de Ramos, y queria vengarse.

No anhelan cosa más noble las almas ruines y cobardes.

Una noche entró Antonio en el Casino.

Acercóse á un grupo de personajes, entre los que se hallaba Ramos.

Se hablaba de lo de siempre, de política.

—¿Cuándo da V. al gobierno otra embestida como aquella famosa? preguntó uno á Antonio.

—Aún no es tiempo, contestó éste.

—D. Tomás Meco está pasando la pena negra en la presidencia.

—Sí, lo creo.

—Dicen los que frecuentan su casa, que el hombre está desesperado.

—Aquella cabeza no está segura.

—¿Qué ha de estar? dijo un gracioso; no hay más que ver á su mujer.

—Verdad es; el hombre no puede con la bula, y su mujer es la mejor moza de España é Indias.

—¡Gran mujer! ¿la conoce V., Luna?

—Sí, la he visto alguna vez.

—Corren acerca de ella historias muy curiosas.

—¡Que se digan! ¡que se digan! gritaron los más.

Ramos oía y callaba.

—No, si el caso es que no se sabe nada seguro; lo que se sabe es que la mujer de Meco ha tenido una existencia misteriosa, y hay muchos que la suponen hija natural de algun personaje...

—¿No hay ningun galanteo?... Parece imposible que una mujer casada con Meco pueda ser virtuosa.

—No sé si habrá algun afortunado mortal... pero es de presumir. La que se casa con semejante estafermo...

—Hace tiempo se habló de salidas misteriosas y con disfraz que hacia esa señora.

—Otra cosa más grave he oido yo.

—¿Cuál? A ver. Sepamos.

—Se dice que la excelentísima señora es de la Inclusa.

—¡Já! ¡já! Sólo á Meco se le ocurriria ir á buscar mujer con tan noble origen.

—La historia se va haciendo interesante.

—¡Qué infamia! exclamó Ramos, poniéndose en pié.

—¿Qué le da á ese? preguntó uno.

—¿Qué dice Ramitos?

—Digo que lo que están Vds. haciendo es una infamia.

—¡Hombre!

—La palabra es un poco fuerte.

—Pues no la retiro; yo no tengo nada que ver con el presidente del Consejo de ministros, no estoy conforme con su gobierno; pero me parece una insigne villanía que, en odio á un hombre político, para hacer la oposicion al que manda, se le quite la honra, se haga de ella un giron, se injurie y calumnie á su mujer, que ya por ser mujer, nada más, merece consideracion y respeto de todo hombre de honor. Esto es una cosa corriente en la córte y entre personas que presumen de ilustradas; mis ideas, completamente contrarias á ese repugnante vicio, excitan acaso la risa y el desden de los *esprits forts* de la época; pero no quiero ocultarlas, no quiero dejar de protestar contra las ruindades y las miserias de esta sociedad que se llama culta, y que tan poco hace por merecer ese nombre.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Un Quijote de veinticinco años y guante blanco!

—Ríanse Vds. cuanto quieran; yo tengo mis ideas, Vds. las suyas, y estimo que las mías, por poco que se aprecien, son mejores.

—¡Vaya! ¿quién hace caso de niños?...

—Se conoce que la mujer de Meco le ha inspirado una pasion.

—A mí no me inspiran pasion las mujeres que

tienen dueño. El hombre de sentimientos honrados no busca jamás amores culpables. Y no se hable más de esto. Siga cada cual su camino.

—Tú sigues el del limbo.

Ramos se dispuso á salir; pero cuando se acercaba á la puerta del salon, se le acercó Luna de la manera más cortés del mundo.

—Caballero, le dijo.

—¿Qué tiene V. que mandarme?

—Hace un momento ha dicho V. en este lugar algunas palabras duras, dirigidas á todos los que las oíamos.

—¿Y qué?

—Todos esos señores á quienes V. se ha dirigido son amigos de V. y están habituados á sus genialidades; por eso sin duda no se han considerado ofendidos, ni han dado gran valor á sus palabras. Tal vez yo en su caso hubiera hecho lo mismo; pero no tengo el honor de ser amigo de V., y me creo en el deber de recoger las palabras que V. ha dirigido á todos sin distincion, y suplicar á V. que declare que no se ha referido de ninguna manera á mi humilde persona.

—¿Eso no más?

—Nada más.

—Pues debo decir á V. que yo tengo por accion honrosa, cuando he cometido alguna falta, reconocerla y dar espontáneas explicaciones; pero cuando se me quieren exigir, entónces mi honor no me consiente darlas. Beso á V. la mano.

—Un momento, señor Ramos, ¿á qué hora se le puede á V. hallar en su casa?

—A la hora en que se me quiera ir á buscar.

Pronto se supo en el Casino y en todo Madrid que el jóven D. Antonio de Luna tenia un duelo.

Ya estaba á punto de ser un hombre de los más importantes.

Pronto encontró padrinos el aventurero, pronto halló hombres que se prestasen á darle una patente de caballero, sin cuidarse de sus antecedentes, y sin saber si aquel hombre tenia honor siquiera.

Ramos era enemigo del duelo; pero no podia resignarse á pasar plaza de cobarde, y lo aceptó, decidido á no matar, aunque pudiese, á su adversario. El advenedizo le habia parecido desde el primer momento un miserable; pero era Ramos demasiado buen cristiano para querer la muerte de su semejante.

A los dos dias debía verificarse el duelo.

Ramos no se presentó en público; tenia vergüenza de tener un duelo.

Pero Antonio de Luna se presentó en todas partes y asombró á todos los papanatas de la corte, que le miraban con admiracion y respeto, más que si fuera un hombre de gran ciencia y acrisolada virtud.

Su primer padrino era Pepe Largo, un duelista famoso, perseguidor de mujeres, burlador de maridos, y con un gran talento para sacar dinero á todo el mundo y no pagar á nadie, y que ya habia muerto á dos ó tres hombres honrados. ¡Figúrense Vds. si seria hombre de honor aquel prójimo!

El segundo padrino era un marqués tonto, que se hombreaba con los hombres políticos y los periodistas, y daba convites y soirées, con la esperanza de que algun dia le nombrara un ministro agrado-cido enviado extraordinario ó cosa así, esperanza nunca realizada, porque si bien el marqués era un hombre que daba muy bien de comer y tenia famosa coleccion de vinos y magníficos cigarros, haciéndole justicia todos en este punto, convenian todos tambien en que era un solemne majadero.

Los padrinos de Ramos eran dos amigos de la infancia, médico el uno y autor dramático el otro, ambos jóvenes de buena reputacion y dignos de la amistad de aquel noble corazon.

El desafio era á sable. Antonio de Luna no era tirador, pero tenia mala intencion. Ramos sabia tirar perfectamente, pero tenia alma buena y corazon generoso. La ventaja estaba, pues, en favor de aquel. Llegó la hora del desafio.

Ramos conocia que su adversario era capaz de matarle, y que este seria su deseo, así como Antonio conocia tambien que nada grave debia temer de aquel niño.

Ramos dejó una carta para su padre y su madre, por si la suerte le era contraria. La carta quedó en poder de un fiel criado, que la entregaria, pasado un término que le fijó el valeroso joven.

Era el amanecer, y dos coches rodaban en la misma direccion fuera de la puerta de Alcalá.

Llegados á un sitio solitario, apeáronse los que

los ocupaban y se internaron en direccion á un barranco, que era el sitio elegido para el combate.

Ramos estaba sereno, pero triste.

Antonio de Luna tenia el aire insolente de siempre.

Entregados los sables á los dos adversarios, Antonio de Luna se dirigió á Ramos.

—Caballero, le dijo, si quiere V. reconocer y declarar que de ninguna manera aludí á mí en las palabras que pronuncié en el Casino...

—Doy á V. gracias por el deseo de evitarme el disgusto que me ocasiona este lance; pero ya he dicho á V. que no me dejo imponer por nadie.

—Siento de veras esta terquedad; yo quisiera ser amigo de V.

—Yo no concedo mi amistad tan pronto.

—Yo tampoco la solicito de nadie.

Y se pusieron en guardia.

Antonio fué el primero que acometió; Ramos se defendía solamente, pero se defendía muy bien.

—Así nos cansaremos inútilmente, dijo.

—Yo no sé tirar más, contestó Ramos sencillamente.

Antonio dió una acometida violenta, pero Ramos le hizo saltar el sable de la mano.

—¿Está V. satisfecho? le preguntó.

—No, señor.

Y volvió á acometerle, pero con tan aviesa intencion, con tan siniestro deseo, que Ramos, deseoso de acabar y de castigar á aquel malvado, le cruzó la cara con el sable; pero en el mismo instante, sin sa-

ber cómo, el noble jóven cayó en el suelo á tiempo que Antonio lanzaba una carcajada.

Antonio habia herido con la punta del sable en el pecho á su contrario.

—Es una infamia, dijo uno de los padrinos de Ramos.

—Yo me he defendido.

—Se habia dicho que no se usaria de la punta.

—El que se ve acometido hace lo que puede por defenderse.

—Es V. un miserable.

—¡Vive Dios! y cogió Antonio el sable.

—A mí no me asusta V. con eso.

—¡En guardia!

—Así contesto yo á los insolentes, añadió el padrino de Ramos, y con el baston que tenia en la mano dió tan fuerte golpe en el brazo á Antonio, que éste tuvo que soltar el sable.

—Cuando quiera V. buscarme, búscueme en hora buena; pero vea V. cómo le contestaré.

Y descargó sobre él unos cuantos palos.

Los padrinos de Antonio quisieron interponerse, pero ante la actitud resuelta de aquel jóven echaron á correr; los duelistas son así. Matan de un tiro á un hombre, pero huyen de un palo bien manejado.

—Nos veremos, dijo Antonio bufando de coraje.

—Si quiere V. recibir otra paliza, por mi parte no ha de haber inconveniente.

Antonio quiso coger alguno de los sables, pero el padrino de Ramos los defendia con su baston, y con

firme propósito de abrir la cabeza al valiente, que al fin tuvo que retirarse.

El otro médico y el otro padrino de Ramos se habían llevado al herido.

Su herida era grave; una línea más que hubiese penetrado la punta del sable, era hombre muerto.

Trasladáronle al coche con el mayor cuidado, y el coche emprendió lentamente el camino de la casa del herido, que no recobró el conocimiento hasta que se encontró en su lecho rodeado de su familia.

La desesperacion de los padres es imposible describirla.

Aquel hijo, que era la honra y la alegría de la familia, se hallaba en peligro de muerte, y todo porque un miserable aventurero habia querido hacer carrera, presentándose á la sociedad con el prestigio de haber muerto á un hombre en desafio.

Antonio se ocultó, porque la autoridad, por cubrir las apariencias, haria algunas averiguaciones; pero demasiado sabia que el duelo es uno de los crímenes que no se castigan; si se cumpliera la ley, si se castigara el duelo y se enviara á presidio por unos cuantos años á los duelistas de sable y florete, como se envia á los de navaja, no habria tantos duelos, y la sociedad no miraria con cierta ridícula admiracion á los que se batien.

El conde de Tres Puentes fué el que ocultó en su casa á su secretario.

—¿Ha herido V. á Ramos? le preguntó.

—Sí, señor; no sé si lo he muerto.

—¡Hombre! eso ya sería demasiado. Un muerto siempre estorba.

—No tardaré en tener otro duelo, y este con más motivo.

—¡Caramba! ¿con quién?

—Con un médico que ha servido de padrino á Ramos.

—¡Un médico!

—Sí, un jóven muy brusco y muy robusto.

—¡Ah! ya sé quién es: el doctor Ramirez, un jóven que concluyó hace poco la carrera, y que tiene fama de escéntrico y original.

—Ese, ese debe ser; á ese le mataré.

—¿Pues cómo le ha ofendido á V.?

Antonio, que no tenia secretos para su protector, le refirió la escena de los palos.

El conde de Tres Puentes se reía á carcajadas.

—¡Diablo! ¡Qué mozo! exclamó; pues lo que es á ese no le mata V. Ese le pega á V. cuantas veces quiera provocarle. Yo le aconsejaria á V. que se quedase con los palos recibidos á buena cuenta y no reclamara el saldo.

—¡Infame!

—Cuéntanse de él maravillas: hace dos meses salvó de un incendio á dos niños; visita de balde á los pobres, y ha tenido un pleito con la marquesa del Mirlo, que es riquísima, porque esta señora le llamó una noche para un resfriado, y luego le quiso pagar con un duro. Diez mil reales le ha sacado á la buena señora, y acto continuo los ha enviado al hospital

para los pobres enfermos; ántes de establecerse en Madrid, ha estado en un pueblo de médico de partipio, y habiéndose desarrollado el cólera, él ha sido médico, enfermero, boticario y sepulturero.

Y oiga V. otro detalle: conocida la abnegacion de ese hombre, el gobierno le envió la cruz de Carlos III, libre de gastos, y las insignias de la misma, y todo lo devolvió al ministerio, con un oficio en que decia que él no acostumbraba á aceptar nunca más que lo que consideraba haber ganado.

No se meta V. con él, porque saldrá V. mal.

—¿Y ese miserable se ha de reir de mí? ¡Oh! ¡yo he de vengarme!

—Váyase V. con tiento. No crea V. que no tiene sus peligros la vida de aventuras. Y no olvide usted esto; conviene tener un desafío para darse á conocer, pero luego ya no conviene tener otro. El duelista acaba siempre mal. El más cobarde le mata; el enemigo más ruin que tenga es el que al fin se encarga de vengar á los que fueron sus víctimas. El duelista suele morir sin gloria y sin honor.

.....

El médico Ramirez es ya conocido del lector. Como que es aquel practicante del Hospital general que tanto hizo por Luis y por la madre de éste.

IV

Sigue subiendo.

A los ocho días D. Antonio de Luna volvió á presentarse en el Casino y en todas partes, siendo perfectamente recibido.

El desafío bastó para destruir completamente algunas prevenciones que existían contra el advenedizo, de quien no se sabía de dónde había salido; pero un hombre que se había batido no podía ménos de ser un caballero; y sobre todo, más valía suponerlo así que dudar de la hidalguía del jóven que tan capaz parecia de convencer á cualquiera á cuchilladas. Faltábanle unos amores de esos que suelen constituir las más sabrosas páginas de la crónica escandalosa. Una mujer había visto en la corte el hijo del sacristan, que hizo en él una profunda impresion; una mujer que, acaso sin saberlo, había sido quien más

habia avivado su ambicion... Llegar hasta aquella mujer era para él la suprema felicidad; pero cuando pensaba en esto temblaba, temblaba como un niño... porque no sabia si aquella mujer le reconoceria, y al verle se acordaria del pobre lugareño que un dia se acercó á su casa á dar aviso de un robo, cuyo plan habia casualmente sorprendido, y que era precisamente el mismo á quien ella habia entregado aquella carta que contenia los cuatro mil reales destinados al pobre pintor y á la madre de éste. Pero Antonio tenia un secreto de aquella mujer, y esto le alentaba. Y acaso no le conoceria. Habian pasado años; él era otro completamente; en él nada habia ya del paleta aragonés, y bien podria suceder que, áun recordando vagamente su fisonomía, la mujer del presidente del Consejo de ministros no pudiera recordar en qué ocasion le habia visto otra vez.

El presidente del Consejo daba soirées, es decir, las daba su mujer, porque él no estaba ya para esas bromas, y Antonio se propuso ir á las soirées de la Presidencia; pero él, á quien se suponía ardiente opositorista de aquel ministerio, no podia solicitar ser presentado, ni esperar recibir invitacion directa.

Consultó el caso con el conde de Tres Puentes.

—¡Hombre! le dijo éste, no es mala idea... Hacer la oposicion á un ministro, y enamorar á la ministra, es ser un político de gran fuerza. Ser ministerial del marido y de la mujer ya se ha visto, pero lo que usted intenta es demasiado... Va V. demasiado léjos.

—¿Le parece á V?.... Ella no puede amar á Meco.

—Hombre, yo en esas cosas no entro ni salgo. Si usted hace el amor á la mujer de Meco, y ella se deja querer, sea enhorabuena... Como amigo particular mio que es Meco, sentiré verle en berlina, pero como enemigo político, me alegraré de su desprestigio... La política le hace á uno ver las cosas de una manera singular.

—¿V. no ve inconveniente político en que yo vaya á casa de Meco?...

—¿Qué he de ver? Al contrario. Y él se alegrará mucho, y... todavía le va á llevar á V. á la secretaría.

—¿Y qué haría yo entonces?

—Aceptar, hombre, aceptar. El que quiere medrar debe tomar siempre lo que le dé cualquier gobierno; si tiene buena vista, políticamente hablando, conocerá cuándo el gobierno esté quebrantado, y una dimisión á tiempo le rehabilita y le pone en situación de que utilice sus servicios el gobierno que reemplace á aquel.

—Pocos escrúpulos hay en política.

—¡Ah! los que los tienen no medran, y medrar es lo primero. Para muchos que yo conozco, cada inconsecuencia ha sido un adelanto en su carrera. Si hubieran sido consecuentes, acaso no hubiesen pasado del principio. Ya ve V. que le hablo francamente.

—Señor conde, mi gratitud...

—Calle V., hombre, ¿sabe V. lo que es gratitud?... usted es un hombre que me puede servir, y me servirá, porque ahora, si yo le abandonase, no haría V.

nada, pero por lo demas tengo poca fe en las virtudes de V.

—Me juzga V. con severidad.

—¡Qué tontería! le juzgo á V. como es. Yo soy céptico, ya lo habrá V. conocido, no creo en más virtud que en la de mi mujer, que teniéndome á mí por marido es una santa.

—¡Oh! la señora condesa...

—No, no la elogie V., porque esos elogios no serian sinceros; V. sabe demasiado que no es V. santo de su devocion, y V. la pagará en la misma moneda. Ya ve V. que no creyendo en la virtud de las mujeres, ménos creeré en la de los hombres. En fin, V. quiere enamorar á la mujer de Meco; sea enhorabuena; yo no he ido nunca por ese camino, no me ha ocurrido nunca disputarle la mujer al prójimo, pero conozco que á los que empiezan esta farsa de la política y el gran mundo, les conviene que se fije en ellos la atencion, y como si V. se mata á trabajar en su casa, ó se hace un santo, ó se casa por lo sensible con una muchachita modesta y hacendosa, nadie la fijaria en V. para cosa maldita, de aquí que no desapruebe su propósito, aunque no me parezca muy edificante.

Algunos dias despues habia reunion en los salones de la señora de Meco.

Antonio de Luna cuidó de manifestar en el Casino, entre las personas más allegadas al ministerio, una opinion más benévola que la que hasta entónces habia manifestado respecto del presidente del Consejo

de ministros, y no faltó algun amigo oficioso de este personaje que fuera á decirle que el autor de aquel artículo que tanto desprestigió al gobierno desde el primer momento, habia hablado en un sentido tal, que hacia presumir en él un cambio de opinion favorable á la situacion.

Meco se alegró mucho de tan fausto acontecimiento, y lo primero que dijo al oficioso amigo, ó mejor será llamarle dependiente, fué lo siguiente:

—¡Hombre! llévele V. á casa el lunes.

Y se habló del caso en Consejo de ministros.

Y vean Vds. cómo un cualquiera viene á ser un personaje importante, y cómo los políticos de más infulas se dejan engañar como chiquillos.

Faltóle tiempo al oficioso amigo para ir á invitar á Antonio de Luna, que ya esperaba este resultado.

La noche de la reunion, se dirigió Antonio á la casa de la Presidencia, y al penetrar en ella, tuvo un mal encuentro.

Salia el médico que fué padrino del pobre Ramos, y que arrimó la paliza á D. Antonio de Luna.

Este le miró con insolencia.

—¡Oh! exclamó el médico, ¿qué tal, señor de Luna? ¿Está V. mejor de aquella indisposicion en la espina dorsal?

—¡Vive Dios! exclamó con reconcentrado furor el hijo del sacristan.

—Si acaso, ya sabe V. la medicina que tengo siempre á su disposicion.

—Yo tengo otra á la de V...

Entraba en la casa mucha gente al mismo tiempo, y Antonio tenía que departir amistosamente, en la apariencia, con aquel hombre á quien odiaba de muerte, á quien de buena gana estrangularia en aquel momento.

—Amigo, es preciso no hacer valentias, porque suelen costar caras á la salud, le decia el bueno del médico.

—Tambien V. debe cuidarse.

—¡Oh! yo estoy bueno.

—¡Es V. un infame! añadió Antonio en voz baja.

—Eso lo dice V. porque no me cree capaz de emprender aquí á palos con V., contestó en el mismo tono el médico.

—Uno de los dos sobra en el mundo.

—Lo mismo creo; V. sobra completamente.

—¡Infame!

—¡Pillo!

Y mudando de tono y levantando la voz, añadió el médico, tomando la mano de Antonio:

—Adios, amigo mio; mis enfermos me esperan.

Y le apretaba la mano con fuerza.

—Adios, señor Ramirez, ya sabe V. que se le quiere... matar, añadió Luna en voz baja.

—Lo mismo digo, señor de Luna. Y diviértase usted mucho en el baile del ministro; debe ser cosa buena. Vaya, adios otra vez, señor de Luna; no olvide usted la medicina, que probablemente habrá ocasion de volver á aplicársela. Temperamentos como el de usted necesitan ciertos reactivos...

Y el médico salió de la casa riéndose, y Antonio subió á los salones lleno de ira y enojo, por no haber podido ahogar á aquel médico.

Mucho le contrariaba que tambien conociera el médico al presidente del Consejo, y sobre todo á su mujer.

Isabel habia tenido ya noticia de que iba á ser presentado en su casa Antonio [de Luna, de quien tenia algunas más noticias que su marido. Sabia que Antonio de Luna era hechura del conde de Tres Puentes, y que habia herido en desafio á Ramos, y el motivo de este desafio, á cuyo motivo no era ella ajena.

Ya recuerda el lector que la ocasion del desafio la produjo la noble defensa que de Meco y de su mujer hiciera el jóven Ramos.

Estaba, pues, muy prevenida contra Antonio de Luna, y al mismo tiempo sentia un vago temor, como si de aquel hombre esperase algo malo.

Meco recibió de la manera más afable del mundo al jóven articulista, que en su vida habia escrito artículo ninguno. Y le presentó á su mujer. El ser hombre político no estorba á nadie para ser tonto.

Isabel le miró con indiferencia, le dijo dos ó tres palabras de cortesía, y se puso á hablar con una linda embajadora de no sé qué nacion.

Antonio, que unia á todas sus cualidades una notable presuncion, vió que no habia hecho efecto.

Meco le cogió por su cuenta y le llevó á un apartado gabinete, donde habia otros ministros, prepara-

dos ya á hacer la conquista de aquel jóven que era capaz de inutilizar un ministerio con un artículo.

Hablaron de política. Encareciéronle la necesidad de que en rededor del gobierno se agrupasen los hombres de saber, los jóvenes de porvenir, para crear una situacion fuerte, enfrente de la oposicion radical, cuyas filas crecian cada vez más. El se manifestó conforme con tan buen propósito, y añadió que precisamente la consideracion de que debia combatirse por todos los partidos de orden al enemigo comun, le habia hecho modificar sus opiniones respecto del gobierno, y con las reservas convenientes á sus inmutables principios políticos, ofrecia su apoyo al gobierno contra los enemigos del orden y de las instituciones. Y los ministros, con la boca abierta, oyendo á aquel pillastre, que no entendia jota de política, pero tenia el verdadero y valedero diploma para entender de todo y atreverse á todo, es decir, la mayor desvergüenza que se puede imaginar.

—Ahora vamos á hacer las elecciones, dijo el de Hacienda, que de fijo no habia estudiado nunca más de las cuatro reglas de la aritmética.

—¿Tiene V. algun distrito por donde ser elegido? preguntó otro á Antonio.

—No he pensado...

—¡Hombre! un jóven de las cualidades de V., apasionado, batallador, de ideas y principios fijos, ¿no quiere tomar asiento en la Cámara?

—No habia creido que podria merecer tal honra.

—Calle V., por Dios, hombre; esa honra la mere-

ce ya todo el mundo. ¿No ve V. qué diputados vienen á las Córtes?...

—Presentado por el gobierno, tendria que ser ministerial.

—¡Ah! por supuesto.

—Y en mi carácter independiente...

—(¡Qué pillo! pensó el ministro de la Gobernacion.)

—Pues... ¿quiere V. salir por un distrito de Aragon, por Calatayud, por ejemplo?...

—Preferiria otro.

—V. ¿de dónde es?...

—Aragonés, precisamente.

—Pues allí tendrá V. personas de arraigo y de posicion.

—Sí, pero...

—Nada, eso no importa; se le busca otro distrito.

—Nada más fácil.

—Hay otra circunstancia contraria, señores ministros.

—¿Cuál?

—Que... no es una deshonra, ciertamente... pero yo soy pobre.

—¡Hombre!

—No pago la contribucion que exige la ley, no soy elector ni elegible.

—¡Oh! esa condicion de la ley ha de observarse en cuanto á los electores, pero en cuanto á los elegibles...

—Todo eso se arreglaria...

Y así hablaron aquellos hombres que tenían á su cargo nada ménos que la gobernacion de un pueblo, y de un pueblo noble y generoso, el primero del mundo, cuando Dios queria, y los hombres no estaban dominados por las miserables pasiones de partido.

El hijo del sacristan quiso dos ó tres veces acercarse á hablar con la dueña de la casa, pero esta siempre estaba conversando con otras grandes señoras, y le fué imposible.

Isabel no reparó en él ni un momento en toda la noche, y sin embargo, no le perdió de vista. Hay mujeres que tienen la difícil facilidad de ver sin mirar.

Alguna de las señoras hizo alguna alusion al jóven Luna, pero Isabel la oyó con indiferencia y nada contestó. Se habló del duelo que habia tenido. Isabel manifestó profundo desden hácia los espadachines, y vivo interes por la salud del herido.

El Sr. D. Antonio de Luna salió de casa del presidente del Consejo pensando en una cosa que acaso se les habrá ocurrido ya á mis lectores.

No podia ser diputado, porque su nombre no era Antonio de Luna, porque no podia presentar la fé de bautismo verdadera, en la que constaba que era hijo del famoso sacristan, de quien todó el mundo sabia el trágico y poco honroso fin.

Pero por infamia más ó ménos no quedaria sin ser diputado.

—Y una vez diputado, pensaba, poco he de poder si no suplanto á D. Tomás Meco, al conde de Tres Puen-

tes y á todos los personajes políticos, á quienes el vulgo mira con la boca abierta lleno de admiracion, porque no los conoce. Yo los voy conociendo ya, y veo que el oficio más fácil y socorrido en España es el de político; no se necesita saber nada.

¡La osadía es una gran cosa!

Es todo lo que yo sé, y me sirve más que ocho años de carrera universitaria y quince ó veinte de estudios y de hacer méritos. Es claro, al que se atreve á todo, ¿qué se le ha de negar?

.....

El día siguiente publicaron los periódicos el siguiente suelto de fondo:

«Se comenta en los altos círculos la larga conferencia que celebraron anoche los ministros con el joven y ya distinguido hombre público D. Antonio de Luna, en los salones de la casa del presidente del Consejo, donde hubo recepcion, como todas las semanas. No se ha podido traslucir el objeto de esta conferencia con una persona que pasaba por poco afecta á la situacion, pero los hombres políticos de experiencia suponen que puede indicar una modificacion en la marcha del gobierno.

»Los ministros guardan la mayor reserva.»

Y vean Vds. cómo se hacen las reputaciones políticas, y cómo la osadía y la desfachatez andan más camino que la modestia, y la virtud y la ciencia.

Desde aquel día llovieron las pretensiones y los pretendientes en casa de Luna.

Allí, en aquella escalera, pasaron horas muertas

esperándole los pretendientes vulgares, los que toda la vida están pretendiendo un empleo, que rara vez alcanzan; los que llevan memoriales de ocho pliegos con los méritos de sus abuelos maternos y paternos, de sus padres, de sus hermanos, de sus tios, de sus primos, unidos á los propios.

Allí acudian casadas, resueltas á pretender para sus maridos, de quienes decian ellas que no servian para nada, porque no tenian genio de pretender; solteronas avezadas á la vida de aventuras é intrigas, y viudas menesterosas en solicitud de un poco de influencia para el fácil logro de sus pretensiones.

Visitáronle periodistas, viéronle tambien capitalistas, contratistas, agiotistas, bolsistas y todo linaje de trapisondistas, y llegó á sus oidos envuelta en los más suaves y embriagadores perfumes de la adulacion la palabra *negocio*.

Y solia pensar el hombre:

—Pues, sí, señor; se pueden hacer en política muy buenos negocios.

Y tanto, decimos nosotros, y tantos.

Quien no suele hacer buenos negocios es el país.

A los pocos meses Antonio tenia una berlina con su yegua inglesa, muy buena moza, y no habia querido aceptar un empleo de 30.000 rs.

Cualquiera se extrañaria de que un hombre que no tenia oficio ni beneficio, ni rentas, ni propiedades, ni era capitan de ladrones en cuadrilla, ni sostenia amores con una vieja rica, pudiese estar en situacion de desdeñar 30.000 rs. El tenia más altas miras. Un

hombre de su importancia política no podia admitir esa miseria. Su *honra política* valia mucho más. Se hubiera desprestigiado por completo. El gobierno le hubiese perdido el miedo, y el gobierno siguiente le hubiera dejado cesante. No era negocio.

Una suerte así se queda para un empleado de toda la vida, muy versado en expedientes y muy trabajador y celoso, que se contente con que al cabo del año le queden 6.000 rs. libres para ponerlos en una sociedad de crédito, de cuyo consejo de vigilancia forma parte su jefe, y cuyos 6.000 rs., en pasando un par de años, se los devuelven convertidos en 1.500, á no ser que no los vuelva á ver ni aún reducidos á esa mínima expresion.

Antonio de Luna se creia destinado á más altas empresas, y á la verdad, no iba descaminado.

Pero ¿cómo vivia?

Con el dinero de los demas; es muy sencillo medio y muy usado.

El conde de Tres Puentes le habia aconsejado que si le ofrecian destino lo aceptase, pero él no queria ménos que un gobierno civil de primera clase.

Era á lo que podia acceder por deferencia al gobierno.

Pero el ministro de la Gobernacion, que no era tan majadero como sus dignos compañeros, habia dicho:

—Lo que es á mí no me ha de llamar tonto ese tuno, que por tal le tengo, y me quedo corto.

Dejemos ahora al hijo del sacristan haciendo car-

ra, y vamos á ver una simpática figura que ya conoce el lector, habiéndola visto en la miserable buhardilla donde vivian muriendo el pobre artista y su desventurada madre.

Hemos tambien de dar tiempo á Antonio de Luna para que pueda buscar los medios de ser legalmente diputado.

Para esto cuenta con lo que cuenta para todo, con su osadía. No podia traer su fé de bautismo verdadera; pero una falsa podia hacer el mismo servicio que la verdadera, dada la buena disposicion del gobierno en favor del candidato.

V

Sor Dorotea.

Sor Dorotea está al lado del lecho del jóven Ramos, herido malamente en desafío por Antonio de Luna.

Ramos avanza muy lentamente en su curacion y no está fuera de peligro. D. Serafin, el mismo médico que asiste al pintor, le asiste, y ha dicho que la más

leve causa puede comprometer su vida, un movimiento, una emocion, un recuerdo desagradable... y como no tiene confianza para el cuidado de sus enfermos más que en Sor Dorotea, la ha llevado á cuidar de su herido.

Tambien asiste á éste el jóven Ramirez, el que dió aquellos oportunos palos al gran personaje D. Antonio de Luna, pero respetando á D. Serafin, su sabio maestro, le deja por completo la direccion facultativa, limitándose él al papel de ayudante, y áun al de practicante, y se considera muy honrado.

Sor Dorotea acaba de levantarse de la silla inmediata á la cabecera del enfermo, que duerme tranquilamente, y ha ido á sentarse cerca de la puerta de la alcoba, donde hay alguna más luz.

Tiene en la mano un cuaderno, que no abandona nunca; es un diario donde escribe todo lo que le sucede, todo lo que ve, todas las impresiones que recibe en el desempeño de su caritativa tarea de cuidar á los enfermos.

Todos los dias escribe algunas líneas en el libro, y todos los dias tambien lee algunas páginas.

Abrelo y lee, pero como no lee alto, será preciso, querido lector, que nos coloquemos detras de aquella linda cabeza encerrada en las blancas tocas, y cometas una falta de educacion, leyendo lo que ella lea y sorprendiendo sus secretos.

Tú, lector amigo, no tienes responsabilidad alguna en esta verdadera falta; el lector de un libro tiene que ir á donde y por donde le lleve el autor, y si este

no tiene mucha inventiva que digamos, se ve obligado á ser condescendiente y benevolente, dejándole pasar cosas que á no ser en novela, no podrian pasar de ninguna manera entre gentes de buena crianza.

Precisamente ha abierto el libro por una página que nos interesa, si es que al lector le interesa todavía esta enmarañada novela. La página que lee Sor Dorotea es la que se refiere á la enfermedad del pintor, á quien parece que tengo olvidado.

«¡Dios mio! dice el Diario de la hermana de la Caridad, ¡cuántas gracias debo darte porque me has dado pensamientos de modestia y de mansedumbre! ¡Qué horrible dolor es la soberbia! Yo soy muy desgraciada, mucho; y sin embargo, ¡oh, Dios mio! en esta continua tarea á que estoy consagrada de cuidar y consolar á los enfermos, tengo mil ocasiones de estimar mi suerte y de comparar mi infortunio con los que soy llamada á presenciar. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡cuán grande es tu poder y qué ciego es quien te desconoce y niega! Para creer en Dios basta acompañar en los últimos momentos á nuestros hermanos. Basta asistir á la despedida del alma de un cuerpo postrado por la enfermedad. Basta presenciar la última hora de la vida de un ser que se siente abrazado por la muerte, y que presiente la presencia de Dios. Basta ver al hombre en la hora en que se despoja de toda humana pasion y se abraza al crucifijo que la religion pone en sus manos. ¡Bendito sea Dios!»

Sor Dorotea escribía siempre, ántes de consignar sus impresiones de cada día, algunos pensamientos cristianos, inspirados por las tristes escenas á que asistía. Sigamos ahora leyendo:

«¡Qué triste día el de hoy! No se mata sólo con puñal ó veneno. La ingratitud es el arma más terrible para los corazones sensibles. D. Serafin me ha hecho conocer una familia, compuesta sólo de dos personas, sobre las que parece que Dios ha querido reunir todas las penas de este mundo. Pobreza, enfermedades físicas, heridas morales hechas con el arma odiosa de la ingratitud, todo se reúne en la pobre familia, que no habrá otra más digna de ser feliz. Dios la ha sometido á todas las pruebas. La madre es ciega, y el hijo está casi tísico. Esa terrible enfermedad que nunca perdona, devora lentamente al pobre jóven, y su pobre madre no le ve. ¡Ah! si le pudiera ver, todavía sería más desgraciada. Vería que su hijo no tiene remedio. Es ciega, y la infeliz no puede darse cuenta del horrible estrago que la enfermedad ha causado en su pobre hijo. En todo se ve la misericordia de Dios. El hijo está más tranquilo porque sabe que su madre espera. Si pudiera verle no esperaría más que perderle. ¡Qué horrible miseria en la casa! D. Serafin ha sido, como en todas partes, la Providencia, ó, mejor dicho, el enviado de la Providencia para socorro y consuelo de los que sufren. ¡Con qué poco se consuela á los desgraciados! ¡con qué poco se gana el agradecimiento de los buenos corazones! La pobre madre me ha mostrado su gratitud besándome las

manos, arrodillándose, bendiciéndome. ¡Pobre señora! Está herida por la ingratitud de una hija, y es claro, la pobre se consolaba llamándome á mí *hijita*. ¡Ojalá fuera ella mi madre! ¡qué felicidad para mí que fuese la casa de mi madre aquella miserable buhardilla! ¡Tendría yo madre! ¡Ahora no la tengo! ó lo que es más horrible todavía, la tengo y no sé quién es. Sólo sé que es una gran señora. Acaso me cree muerta. Acaso, lo que es peor todavía, no se acuerda de mí. ¿Es posible que una madre se olvide de sus hijos? ¿Es posible que pueda vivir en calma la que, habiendo dado la vida á un hijo, se ha visto privada de él, y no sabe si es vivo ó muerto, y acaso no se atreve á decir: ¡Yo tengo un hijo!... ¡Qué extraños misterios encierra el mundo! ¡Qué horribles historias quedan ocultas largo tiempo ó siempre en las sombras del misterio. Pero para Dios no hay misterios. Dios todo lo ve, todo lo sabe, todo lo juzga. Y este es el supremo consuelo de los desgraciados. El sér más infeliz y más abandonado de sus hermanos, si tiene fe no está solo; sabe que á su lado está Dios. El pobre pintor está enamorado, y enamorado de una mujer que no le ha querido, que ha faltado á sus juramentos y se ha casado con otro. Esa mujer ha sido la ruina del infeliz enfermo y de la madre de éste. Y he sabido que es una desdichada como yo. Una niña abandonada al nacer, y recogida, y tratada y querida como hija propia por la familia del mismo de cuya muerte es culpable. ¡Qué horror! Ahora ha querido enmendar su falta, pero ya tarde. Esta mañana envió

dinero al enfermo. ¡Corazones miserables los que todo lo quieren redimir con dinero! Si sólo con el dinero se pudiera remediar el mal, sería un odioso privilegio en favor de los ricos. Ellos solos podrian hacer bien. No es posible describir la indignacion del enfermo al saber que una mano oculta le enviaba una limosna. Esta injuria abreviará su vida. Solamente las ideas de religion, de perdon que yo he murmurado á su oido le han podido calmar. El remordimiento ha entrado al fin en el corazon de la culpable. Pero lo que ha hecho ha sido poco meditado. La pobre mujer, que bien se la puede llamar pobre, aunque es una gran señora, ha sentido un instante la enormidad de su culpa, y ha querido echar fuera de sí ese remordimiento, yendo á pedir perdon á sus víctimas. Hay quien cree satisfacer á su conciencia con unas cuantas palabras que luego se olvidan. La prometida del jóven pintor, la ingrata, la gran señora, se ha dignado subir á la buhardilla donde mueren sus dos víctimas, la madre, sin la luz de los ojos de su hijo, porque ella tiene cerrados para siempre los suyos, y el hijo, sin la luz consoladora de la esperanza. ¡Qué horrible escena! Aprovechando la ocasion de estar abierta la puerta, ha entrado y ha ido al lecho del enfermo. Este ha dado un grito que aún suena terrible en mis oidos.

— «Luis, ha dicho ella, no me condenes.

»Y la madre, la ciega, al oir esta voz de la que asesinó á su hijo, ha saltado de su asiento como mordida por un reptil venenoso, y ha pronunciado con voz terrible:

—» ¡Maldita seas!...

»A estas palabras ha seguido una escena tristísima. La madre ciega ha logrado asir del vestido á la hija ingrata. Quería sacar los ojos á la gran señora ó ahogarla.

—» ¡Tú, infame, gritaba, tú has sido la causa, tú has herido en medio del corazón á una madre infeliz y á un hombre honrado! ¡Maldita mil veces seas!

»Y el hijo enfermo hacia desesperados esfuerzos para contener á su madre, que en el mayor furor quería destrozar entre sus manos el rostro de la gran señora. Yo pude al fin apartar á la anciana, y la gran señora salió de la buhardilla, desgarrado el traje, herido el rostro, rebosando ira y llena de vergüenza. El enfermo ha caído en un estado de postración, precursora sin duda de la muerte. Sería un milagro que pudiera salvarse. Dios sólo podría hacerlo. Para cuando la madre ciega pierda á su hijo, tengo tomada ya mi resolución. Será mi madre; yo la cuidaré, yo la alimentaré, yo haré con ella lo que hubiera hecho con mi madre, si mi madre me hubiera querido por hija. Será un consuelo grande para mí tener madre.»

Aquí concluían las impresiones de un día en el Diario de Sor Dorotea. La noble y bondadosa joven volvió la hoja y siguió leyendo. Nosotros, que seguimos la lectura sin que ella nos vea, continuaremos siendo indiscretos. Decía así la nueva página del Diario de la hermana de la Caridad:

«Hoy he tenido una carta. Es de la misma per-

sona que en varias ocasiones me ha escrito, alentándome y consolándome. Dios la bendiga. Ignoro quién pueda ser esta alma buena que se acuerda de mí. Debe ser, sin duda, alguna persona enterada del secreto de mi nacimiento, porque siempre me habla de mi madre y de mi padre, aunque nunca me da noticias explícitas por las que yo pudiera venir en conocimiento de quiénes son los autores de mis tristes días. Quiero copiar la carta, para tenerla siempre á la vista. Una carta puede extraviarse. Este libro que siempre me acompaña, no se me perderá fácilmente. Dice así: «Hija mía: permíteme, ángel de bondad, que te dé este nombre. Desde que naciste sigo tus pasos, y veo claramente que Dios es quien los guía. Conozco á la pobre familia á quien cuidas ahora, y en otras personas no podrías emplear mejor la caridad. No se puede determinar verdaderamente cuál de esos dos seres es el más desgraciado. El hijo á lo ménos va á morir, es decir, va á reposar, va á salir de un mundo envilecido, donde están mal las almas buenas. Estoy seguro de que tú, hija mía, has pensado ya en recoger á la madre. Dios te lo premiará, hija mía. Tú, en busca de una madre toda tu vida, no puedes ménos de mirar con piedad á una madre desventurada. También la tuya es muy desdichada, porque no sabe de tí, porque no sabe dónde hallarte. Yo conozco á tu madre y á tu padre también. Un juramento sagrado me impide decirte quiénes son. Pero Dios querrá que lo sepas algún día. No hice el juramento de abandonarte, y tu

existencia, tu bien, tu fortuna futura, me preocupan á toda hora. Me he propuesto cuidar de tí, y ántes perderé la existencia que faltar á esta palabra de honor que me he dado á mí mismo. Yo tengo en mis manos la vida de tu padre. Yo sabré desbaratar los planes de alguna persona que pretende desposeerte de lo que te pertenece. Yo obligaré á todos á que cumplan con su deber. Continúa, hija mia, la senda de la virtud, por la que caminas con tan firme planta y tan noble entereza. Dios te bendiga, hija mia. Acuérdate de mí en tus oraciones, que quiero vivir para llevar á feliz término la obra emprendida en tu favor. Acaso, cuando sepas quiénes son tus padres, cuando lo sepas todo, ignores quién es el autor de estas cartas, no te importe; yo no tengo interes en que me conozcas; lo tengo, y muy grande, en que tú seas tan feliz como mereces. Adios, hija mia. Dios nos dé fuerzas. Sigue ejerciendo la caridad. Yo velo por tí, hija mia.»

«Esto es lo que dice la carta. ¿Quién será este hombre? D. Serafin no me habla jamás de mi familia. Halla placer en hacer el bien, y haciendo el bien, nos hemos encontrado, y nos hemos unido. ¿Será él el autor de estas cartas que tanto me alientan y me consuelan? Y al mismo tiempo me dan ánimo y fuerzas para perseverar en el camino emprendido de hacer bien al prójimo, de ejercer la virtud, puesta en Dios la esperanza.»—Hasta aquí otra página del Diario de Sor. Dorotea.

Basta lo copiado para que pueda apreciarse el

carácter de esta noble mujer. Era el consuelo de los enfermos, la Providencia de los pobres. Habia nacido para la abnegacion y el sacrificio. Ninguna mala passion tenia lugar en su corazon. Como Isabel, la mujer del presidente del Consejo de ministros, excelentísimo Sr. D. Tomás Meco, era una hija abandonada, pero ¡qué contraste entre las dos!

Ahora digamos algo del nacimiento de Sor Dorotea.

Tenia 25 años, y no habia podido lograr otras noticias de su origen que las que le habia dado en el convento, donde se educó, la madre Ramona, una buena monja, muy ufana con los privilegios y preeminencias de su convento, visitado por seis ó siete reyes, y favorecido de todas suertes por la nobleza.

Una noche, — todas estas cosas suceden de noche en todas las novelas, como habrá tenido ocasion de observar el curioso lector por poco que sea aficionado á este género de literatura, — llamaron muy tarde á la puerta del convento, y la madre Ramona, que era entónces tornera y portera, toda azorada se despertó, creyendo que habian quitado otra vez la Constitucion, ó que habian vuelto á invadir los franceses la capital.

No eran franceses los que llamaban á las puertas del convento.

Era un español, andaluz por más señas, que abierta la puerta y entrado en el portal donde estaba el torno, se expresó de esta manera:

—*Pa servir á V., marecita.*

—¿Qué se le ofrece á estas horas, hermano?

—Un *negosio* muy *entrincao pa* lo que tengo que ver á la *Abaesa*.

—Está descansando, y hasta las cinco que se toque el alba no se la puede llamar.

—Pues, hija, digo *mare*, yo necesito que la señora *mare* mayor de la *comuniá* se *alevante* ántes y con ántes, y con eso ya no tiene que levantarse á las cinco, porque estará ya con los huesos en punta.

—¡Jesus, María y José! ¡qué lenguaje!

—Como yo no soy monja, no sé hablar más fino.

—¿De parte de quién viene V.?

—De una *presona* muy *prensipal*, que no sé quién es, porque á mí me han dado el recado por cuarta ó quinta *presona*.

—Pues se tiene V. que esperar hasta las cinco, que tocará la monjita.

Y la monja se retiró sin esperar las súplicas del andaluz, que tiritaba de frío en el portal del convento, y soltaba de cuando en cuando exclamaciones impropias á la verdad de aquel lugar de reposo y oración.

—Pues, señor, ¿cuándo tocará la monjita? se preguntaba soplándose los dedos y no de gusto. Me gusta á mí la monjita esa que no toca la campanita; ¡Várgame Dios, qué frío hace aquí!... Si tuviera este frío la monjita que ha de tocar, ya tocaría con fuerza la monjita.

Y daba el hombre paseos por el portal, dándose á

todos los demonios, y diciendo con una gracia que sería imposible querer copiar:

—¿Cuándo tocará la monjita?

Al fin llegó la hora y tocó la monjita, y minutos despues se oyó dentro del convento ruido de abrir puertas y ventanas, y la madre tornera volvió al torno y preguntó:

—¿Está ahí, hermano?

—Aquí estoy, señora.

—Debo decir á V., que la señora abadesa no recibe ni habla con nadie hasta la Pascua, porque estos dias los consagra á la oracion, como la regla lo manda.

—Pues, mire V., señora, aunque mande eso la regla, yo tengo aquí una carta muy urgente, que sólo á la *abadesa* he de entregar en su propia mano; y ella me ha de dar el sobre firmado, diciendo como que la ha recibido, y no me haga V. esperar más, porque voy á echar sapos y culebras, con perdon de V. y de todas las *mares y pares* de la Córte celestial.

—Pues voy á avisar á la señora; pero no sé si podrá salir mientras no la autorice el señor Vicario á infringir la regla.

—¿Tambien el Vicario?...

Al fin, despues de muchas idas y venidas de la tornera, y cuando ya estaba echando periquitos el andaluz, resolvió la Abadesa, con reserva de poner el suceso en conocimiento del Vicario, acercarse al torno y tomar la carta, que podia importarle mucho, pues, teniendo tantos conocimientos la comunidad entre la grandeza, no era la primera vez que en la

señora Abadesa se depositaba algun importante secreto de familia ó de Estado.

—¿Qué carta es esa? preguntó la Abadesa con voz severa, acercándose al torno.

—¿Es V. S. la señora mayor del convento?

—Yo soy la Abadesa.

—Eso digo. Pues, señora, aquí me han dado una carta *pa* que V. S. la lea y se entere, y me dé V. el sobre firmado de su puño *pa* que yo dé fé de que V. tiene la carta y se ha *enterao*.

—Pues póngala V. en el torno.

—¿No puede V. S. sacar la manita?

—No, señor.

—Entónces... á mí me han dicho que se la entregue á V. en su propia mano... pero si V. no puede sacar la mano... ahí va.

Pasaron algunos momentos, y el andaluz oyó clara y distintamente que la monja decia con asombro muchas veces:

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!

—La noticia debe ser gorda, decia el andaluz, comentando las exclamaciones de la madre.

—¡Válgame Dios! ¡Jesus mio! ¡Virgen de la O! ¡Madre mia de Covadonga! ¡*Sancta Dei genitrix!* ¡*Refugium peccatorum!* ¡Ave María Purísima!

—¡Echa! ¡echa!—Señora, déme V. S. el sobre, y luego puede V. seguir rezando en latin.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡Madre de los Desamparados! ¡Virgen de Atocha! ¡Santísimo Cristo de las Misericordias! ¿Cómo me habia yo de figurar esto?

Y un momento despues dió el sobre al andaluz, y se metió por el convento adentro, exclamando:

—¡Jesus, María y José! ¡lo que es el mundo! ¡Dios me libre! *et ne nos inducas in tentationem.* ¡Ora pro nobis!... ¡San Cosme y San Damian! ¡una niña!... ¡Ay! ¡me horrorizo de pensar!...

La Abadesa fué al coro, hizo con sus monjas todas las prácticas religiosas del día, pero todas tuvieron ocasion de observar que estaba distraida, preocupada, que se le enredaban en la lengua las palabras en latín, y que suspiraba frecuentemente, y no reprendia en medio del rezo, como tenia de costumbre, á las novicias, que, como jóvenes traviesas y juguetonas, siempre tenian ocasion de hacer burla de los anteojos desmesurados de la Madre Rita, de las narices de papagayo de Sor Filomena, de sustraer la caja de rapé de la Madre Cátedra de San Pedro en Roma, ó de hacer otras diabluras inocentes.

La Madre Abadesa tenia algo. Y en efecto, aquella carta la habia trastornado. Por la tarde la Madre Abadesa llamó á la mujer del demandadero y la habló en estos términos:

—Tu hija se ha muerto ayer, ¿no es verdad?

—¡Ay! sí, señora. Mire V., ¿para qué me la daría Dios?

—Yo tengo otra criatura.

—¡Jesus, María y José! señora Abadesa.

—No te asombres.

—Pero V., señora, ¿V. tiene otra criatura?... ¡Dios mio! señora.

—No seas tonta; es un secreto.

—¡Ay! sí, señora, ya lo supongo. ¡Jesus! nunca he visto otra.

—Es una niña, que persona á quien nada puedo negar y á quien tengo obligacion de servir, encarga á mi cuidado.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Has de decir á todo el mundo que es tuya...

—¿Y á mi marido?

—Le dices lo que quieras, pero sin mezclar mi nombre para nada en ese asunto.

—Lo haré así.

—Pues luego que cierre la noche vas á la plazuela de los Mostenses, y te paras á la puerta de la casa número 5, y allí llegará un hombre que te entregará la criatura.

—¿Será el padre de la criatura?

—No te importe. Te preguntará:—¿Es V. la madre? y tú le dirás:—Una servidora de Dios.

—No se me olvidará.

—Y no te hablará el hombre más palabra. Tomas la niña, la traes y la crias.

Todo se hizo como se habia proyectado, y el demandadero quedó grandemente sorprendido al ver en el regazo de su mujer otra criatura en reemplazo de la que se le habia muerto.

Algunos dias despues, paseándose por el jardin, sacó la Madre Abadesa del pecho el pañuelo y se le cayó un papel, cuya falta no notó. Paseábase, siguiendo á su superiora, Sor Ramona, la monja más curiosa

de la comunidad, á quien no se le escapaba nada, y que andaba siempre husmeando y averiguando todo aquello que ménos le importaba.

Sor Ramona cogió el papel y lo leyó.

Era la carta recibida por la Abadesa, y dentro habia otro papelito que contenia las indicaciones necesarias para recoger la niña, que fueron las mismas que dió la Abadesa á la mujer del demandado.

Sor Ramona, despues de leído, arrojó el papel en el mismo sitio donde se le habia caído á la Abadesa.

Y al dar la vuelta se acercó respetuosamente á su superiora, y con el más engañador aire de inocencia dijo:

—Se le ha caído á la señora este papel. ¿Será algo que sirva?

La abadesa lo cogió, y miró á Sor Ramona, pero ésta ni se inmutó siquiera, ni perdió un momento su aire inocente y candoroso.

La niña creció, y á los seis años era ya el encanto de las monjas, que la permitian entrar en el convento y la hartaban de dulces y golosinas, y la enseñaban á leer, á escribir y á rezar, prestándose á todo la niña con la mejor voluntad, costándole lágrimas separarse de las madres.

Llegó un dia al fin en que Dorotea se instaló definitivamente dentro del convento, con permiso del Vicario, y estaba por cierto encantadora la niña con su hábito de monjita, que llevaba con toda la dignidad y la gravedad de una monja profesa y con vocacion.

Sor Ramona era la mayor y más querida amiga de la niña.

Habíala tomado á su cuidado, y con ella dormía en la celda, y con ella rezaba y la acompañaba en todos los quehaceres.

La abadesa, hallándose una mañana en el coro, torció la cabeza y se quedó dormida para siempre.

Hiciéronle solemnes exequias en el convento, á las que asistió la corte, toda la aristocracia y todo Madrid, porque la señora abadesa pertenecía á la clase más empingorotada. También asistió la familia de la difunta, compuesta de su hermana, condesa y marquesa y dos sobrinas, hijas de esta, una de las cuales era una jóven de extraordinaria hermosura, y la otra una niña de doce á catorce años. Concluida la solemne ceremonia religiosa, las monjas bajaron á la reja del coro á despedir á la corte y á la nobleza.

Fueron desfilando por delante de la asombrada niña, que nunca habia visto tan deslumbrador espectáculo, tanto lujo, tanta riqueza y tanta hermosura, reyes, damas de honor, ministros, generales, autoridades, militares, togados, caballeros de las órdenes, en fin, un monton de uniformes, mantos, fraques y demas atavíos que hacen desiguales á los hombres; encantada estaba la criatura viendo de cerca tanta magnificencia, cuando Sor Ramona, que la tenia cogida la mano, se la apretó, y dijo al oído de la niña, en voz baja, de modo que ella sola lo oyera:

—Mira, hija, esa es tu madre.

Al mismo tiempo pasaba la familia de la difunta

abadesa, y Sor Ramona habia señalado á la sobrina mayor de aquella.

La niña dió un grito que no pudo reprimir:—¡Madre! dijo.

Volviéronse los rostros hácia el coro: la sobrina mayor de la abadesa tambien volvió la cabeza, pero encontró la mirada imponente y severa de su madre, señora alta y seca como un espárrago, y siguió andando.

—¡Calla! dijo Sor Ramona á Dorotea; y luego explicó el grito de la niña, diciendo que inadvertidamente la habia pisado, y que la fuerza del dolor habia arrancado á la criatura aquel ¡Madre! en medio de la ceremonia.

La explicacion era tan verosímil, que ninguna monja dudó, y nada hubieran podido sospechar, porque no estaban en los mismos antecedentes que Sor Ramona, cuya curiosidad le habia proporcionado ocasion de descubrir un secreto el dia que se le cayó el papel en el jardin á la señora abadesa.

La niña comprendió y confirmó la explicacion de Sor Ramona.

Cuando por la noche las dos se recogieron en la celda, Dorotea se abrazó llorando á Sor Ramona.

—Dime, hermana, ¿es aquella mi madre?...

Dorotea hablaba de tú á Sor Ramona en muestra de más cariño y confianza.

—¿Ahora te acuerdas de eso?

—¿Y cómo lo habia de olvidar? Al pasar aquella señora tan hermosa me dijiste esta mañana:—Esa es tu madre: bien me acuerdo.

—No lo creas.

—Júramelo.

—Niña, nos está prohibido jurar.

—Pues yo insisto.

—Basta, niña, añadió Sor Ramona, poniéndose seria.

La niña no replicó, porque tenía mucho cariño y mucho respeto á la monja, pero pasaron días y nada podía distraerla de su preocupacion constante.—«Aquella señora es mi madre, se decia; el corazon me dice que Sor Ramona me dijo la verdad, acaso sin querer-mela decir.» Así pensaba aquella niña, cuya clarísima inteligencia superaba mucho á su tierna edad. Y ¿por qué no vendrá á verme mi madre? Aquí hay novicias que tienen madres, hermanas, y vienen á verlas. A mí no me viene á ver nadie nunca. Y aquella señora es una gran señora, tan bella, tan ricamente vestida... Todavía me parece verla toda vestida de negro...

Será mi madre?... ¡Madre, madre mia! ¿por qué no vienes? Y lloraba la pobre con el mayor desconsuelo.

—Vamos, hija, le decia Sor Ramona... Yo fui una imprudente, yo no debí decirte nada; pero ¿cómo habia de suponer que habias de dar tal significacion á mis palabras?

Y Sor Ramona luchaba entre el deseo de descubrir á la niña el secreto que habia sorprendido y el temor del pecado que asaltaba su conciencia, porque Sor Ramona, aunque era curiosilla y chismosilla,—no lo podia remediar,—tenia temor de Dios.

—Si le digo la verdad, pensaba, ¡quién sabe si preparo á esta pobre criatura una vida de amargura y dolor! y si no se la digo... ¡Ah! ¡qué cosas hay en el mundo! Algunas de ellas llegan hasta estas casas, y ¡quién sabe los misterios que se habrán encerrado en estas sombrías paredes!

Sor Ramona era monja por fuerza.

Pasó tiempo, y Sor Ramona tuvo fuerza de voluntad bastante para no descubrir el secreto á Dorotea, para lo cual tuvo que hacer grandísimos esfuerzos, porque le dolía ver siempre triste á la pobre niña, preocupada siempre con la idea del abandono en que su madre la tenía. Sor Ramona enfermó gravemente, y conoció que llegaba su última hora. Dorotea la cuidaba con singular esmero, como si fuera su propia madre, y un día, viéndola muy grave, quiso probar á asegurarse completamente de la verdad.

—Dime, hermana mia, madre mia, dijo á la enferma acariciándola, ¿es verdad que aquella señora era mi madre?... Si tú lo sabes, hermanita mia, Dios te pagará que me quites esta incertidumbre, que me digas la verdad.

—No puedo, hija mia, no debo decirte nada.

Sor Ramona hizo su confesion, y sin duda obtuvo del sacerdote permiso para decir únicamente lo que la huérfana quería saber, porque, terminada la confesion, la llamó, y la dijo:

—Sí, hija mia, aquella señora era tu madre.

—¿Sí?... ¿y quién es? ¿cómo se llama?

—No te lo puedo decir; es un secreto, y seria un

pecado mortal en la hora de mi muerte, como fué un pecado descubrir ese secreto.

—¡Ah! calla entónce, repuso la huérfana.

Y pocas horas despues murió la monja en brazos de la hija de la gran señora.

Dorotea lloró mucho la muerte de su amiga, de su hermana, de su madre, que todo esto habia sido para ella.

Creció la niña, y se hizo una mujercita de diez y seis años, bella y buena como un ángel. Muerta su amiga, tenia que buscar una ocupacion que distrajera sus penas y su soledad, y la halló en efecto con su buena voluntad. En la comunidad habia muchas religiosas ancianas, y por consiguiente estaban frecuentemente enfermas las que no lo estaban siempre. Dorotea suplicó á la nueva Abadesa que la nombrase enfermera, pues de esta delicada manera queria ganar y agradecer el pan que comia en el convento. Muerta la Abadesa con el secreto del nacimiento de la niña, nadie sabia en aquella casa por qué habia entrado en ella la niña, y ménos á qué familia pertenecia; cosa que no dejaba de preocupar á la nueva Abadesa y á la comunidad entera y al mismo señor Vicario; pero callaban y no daban paso alguno para averiguar la situacion de la niña, en la duda de que fuera aquel un secreto que afectase á familia colocada en gran altura; como que todas las relaciones que tenia el convento eran con la más encumbrada nobleza del reino. La comunidad, á la que se consultó sobre la proposicion de la huérfana, la acogió con

agrado, y la superiora la autorizó para ejercer su nuevo cargo. Y Dorotea se dedicó con la mayor abnegacion á esta obra de caridad, y nunca estuvieron las monjas enfermas mejor y más cariñosamente asistidas, y nunca se sufrieron unas á otras sus impertinencias y rarezas como se las sufría á todas la jóven enfermera. Pasaron dos años más, en los que Dorotea hizo prodigios de abnegacion y caridad; pero un dia llamóla la Abadesa y la habló en estos términos:

—Dorotea, todas te amamos en el convento y no queremos separarnos de tí.

—¿Qué será esto? se preguntó la huérfana.

—Depende de tí, hija mia, continuó la Abadesa; tú viniste al convento, ó, mejor dicho, te trajeron en la más tierna edad, no se sabe quiénes ni de dónde. Mi digna antecesora en el cargo que, aunque indigna, ocupó ahora en esta santa casa, te tomó bajo su proteccion; aquella señora y reverenda madre, por la que siempre ruego á Dios, sabía á qué familia perteneces, pero llevó su secreto al sepulcro, y no hemos podido hasta el presente hallar indicio alguno del origen de tu existencia.

—Ya lo sé, y lo lloro, madre mia.

—Pues bien, hija, tu estancia en el convento constituye un hecho anómalo en las tradiciones y costumbres de esta santa casa.

—¡Oh, madre mia!

—He consultado el caso con nuestro reverendo padre Vicario, él lo ha hecho tambien con el Prela-

do, y... tengo que darte una buena noticia, que ha de llenarte de regocijo, y que te probará el cariño que te profesamos.

—¿Cuál, señora?

—No tendrás necesidad de salir del convento; al contrario, tu estancia en él será legítima y podrás considerar esta casa como la tuya propia.

—Tanta bondad...

—Todas las que hemos tenido la dicha de entrar en esta comunidad, hemos tenido que hacer pruebas de notoria nobleza; á tí te se dispensa, por gracia especialísima y mediante la absolución del Sumo Pontífice, nuestro Santísimo Padre, ese requisito esencial, y serás religiosa profesa cuando gustes, lo más pronto posible.

—¡Religiosa profesa!

—Sí; ya ves qué honra tan grande te dispensa la santa comunidad, en prueba de lo que agradece tus buenos servicios como enfermera solícita y cariñosa.

—He de pensarlo, madre mia, si la señora me lo permite.

—Hija mia, una buena voluntad todo lo puede. Todas hemos dudado ántes de consagrarnos á esta santa vida, todas nos hemos creído débiles para cumplir los eternos votos que se pronuncian al traspasar esas puertas, y, sin embargo, todas, con la gracia de Dios y de su Santísima Madre, hemos hallado agradable esta vida y preferible á la del mundo, donde una está expuesta al embate de encontradas pasio-

nes y á mil peligros de perdicion. ¿No te parece que tengo razon?

—La señora tiene siempre razon, pero... tiemblo al pensar que he de pronunciar votos que acaso luego me sea penoso cumplir.

—No te creia ingrata.

—Dios me libre de serlo.

—Pues lo eres, rechazando á las que venimos ofrecerte casa y amor, y vida tranquila y meritoria á los ojos de Dios.

—Señora, no me atrevo. Sin que fuera una obligacion precisa, sin estar ligada por solemnes votos, viviria contenta y feliz en esta casa, donde corrieron los dias de mi infancia, y no pensaria jamás en salir de ella, pero de otro modo... Yo creo, madre, que se puede ser virtuosa y buena cristiana, y adorar y servir á Dios, sin necesidad de hacer esos votos; yo para ser buena, para no hacer daño al prójimo, para conservar incólume mi virtud, para no tener otro pensamiento que Dios y sus divinos preceptos, no necesito obligarme con juramentos solemnes; me basta con hacer de ello firme propósito espontánea y libremente.

—Basta, niña; no está bien que entre yo en discusion contigo en ese punto, que es demasiado grave, y me extraña mucho tu osadía.

—Una gran pena será para mí haber disgustado á la señora.

—¿Y cómo no? Y por penoso que sea para mí lo que te voy á decir, debo advertirte que teniendo tú

tales ideas, tu permanencia en el convento seria peligrosa para la paz de la comunidad.

—Si así lo cree la señora, puede expulsarme. Será una gran desgracia para mí, pero Dios no abandona nunca á sus criaturas. Ya tengo mi propósito formado, si llego á merecer esa desventura.

—¿Qué propósito?...

—En el mundo hay muchos pobres, en el mundo hay muchos que sufren abandonados de todo consuelo, hay crueles combates en que los hombres se matan y se hieren inhumanamente, hay niños expósitos, criaturas abandonadas, más desdichadas que yo; hay, en fin, muchos seres que no tienen otra esperanza ni otro bien que la caridad; si llego á salir de esta bendita casa, á la que tanta gratitud debo, no renunciaré, señora, á vestir tosco sayal y blancas tocas; no iré á conocer los placeres del mundo; iré á conocer los dolores y las tristezas, iré á cumplir el santo precepto divino del amor al prójimo: iré, en fin, á ser hermana de la Caridad.

Dijo estas palabras Dorotea con digna y severa humildad, y la Abadesa, impresionada, á pesar suyo, por aquella fuerza de voluntad, contestó.

—Hágase la voluntad de Dios. Piensa todavía, hija mia, sobre esa determinacion, y dentro de algunos dias dame tu contestacion definitiva.

—Así lo haré, señora.

La resolucion de Dorotea era firme. No queria obligarse á ser buena; queria serlo sin que nada ni nadie la obligara. Y ademas, tenia otro poderoso mo-

tivo para no recluirse perpetuamente en un convento. Quería saber quién era aquella señora á quien años ántes habia visto desde la reja del coro. «Esa es tu madre.» Así le habia dicho Sor Ramona, y la huérfana no habia olvidado aquellas palabras ni el rostro de la señora. Habian pasado muchos años, y ¿cómo habia de descubrir á su madre? Aunque la viera, ya no la conoceria. El tiempo todo lo muda: de la hermosura de la juventud queda una sombra, una ligera huella en la edad madura, y luego en la vejez ni la sombra queda. Pero Dorotea tenia fe en Dios. Sabia que la Providencia lo dispone todo sabiamente, y todo lo descubre cuando conviene á sus altos fines. Dorotea salió del convento, pero no hizo más que pasar de aquella casa á otra casa, donde tambien habia religiosas, á un beaterio de hermanas de la Caridad, consagradas las unas á la enseñanza y las otras al cuidado de los enfermos, ó de los apestados en epidemias, ó de los heridos en campaña.

VI

¡Diputado!

«Electores, ya me conoceis...»

Así empezaba el manifiesto que dirigió D. Antonio de Luna á los de la circunscripción por donde le había indicado el gobierno que podría ser elegido, mediante la influencia moral. Y al mismo tiempo que caía este manifiesto sobre los electores, cayó sobre el gobernador civil este recadito de atención del ministro:

«Es preciso que por tal parte sea elegido D. Antonio de Luna; del celo de V. se espera este servicio. Le tengo á V. presente para una provincia importante, despues de hechas las elecciones.»

Esto era como decirle al gobernador:

«Si pierde V. las elecciones, no le levanta á V. ni la Paz y Caridad.»

Por supuesto que los electores á quienes decia gallardamente el candidato:—«Ya me conocéis,»—no le habian visto en la vida, pero habiendo llamado el gobernador á los principales, y puesto en su conocimiento que D. Antonio de Luna era una persona de gran influencia y muy afecta al gobierno, y que, gracias á él, el gobierno habia indicado á la autoridad del gobernador que se ampliaria el plazo para pagar las contribuciones y que se harian una estacion de ferro-carril y unos desmontes muy necesarios para aquella localidad, resultó que los mismos que nunca habian visto á D. Antonio de Luna, fueron viniendo en conocimiento y proclamando que en efecto aquel señor era el candidato natural, y que el distrito debia darle una prueba de gratitud votándole por unanimidad.

Algunos se arriesgaban á decir:

—¡Hombre! yo no conozco á D. Antonio de Luna.

—Calle V., le contestaba algun regidor que ya tenia echado el ojo á una administracion de sales, no diga V. eso, porque se van á reir de V... Mire V., don Antonio es nieto de D. Pedro Luna, que fué regidor perpetuo.

—Yo no conocí á ese regidor perpetuo.

—Yo tampoco, porque se murió cuando yo tenia seis años.

—Entónces no sé cómo podia ser regidor perpetuo.

—Pero el abuelo de mi mujer, que se murió el pobre el año pasado, me hablaba siempre de la familia de los Lunas.

En efecto, habia habido en el pueblo de... una familia Luna, ya extinguida, pues en el libro parroquial constaba el fallecimiento de todos sus individuos; pero daba la casualidad de que el tomo 2.º de Bautismos se habia quemado una noche que el sacristan, despues de haber anotado un alta en el vecindario, se habia quedado dormido sobre el libro, en una de cuyas hojas prendió la luz de la vela y todo el libro se quemó, y cuando el sacristan sintió el fuego, ya le empezaban á arder los cuatro mechones de pelo que tenia en su cabeza de chorlito.

En este libro quemado debia estar la partida de bautismo del D. Antonio de Luna, que se presentaba á reclamar los sufragios de sus conciudadanos, no en bien de su alma, sino en bien de su cuerpo, que necesitaba todas las comodidades que da una posicion política.

No sé cómo, ni creo que al lector le importe, supo él lo del libro parroquial incendiado, y desde luego se fijó para su diputacion en aquel distrito y no en otro, porque sólo en un libro que no existia podia existir su partida de bautismo con el gallardo nombre con que se habia bautizado él mismo.

El gobernador, el alcalde, los propietarios que habian de ganar con la estacion de ferro-carril y con los desmontes, los que tenian gana de tener empleo, y en fin, todos los que necesitaban un poco de influjo para alguna pretension, así como los que debian algo al municipio ó á la Real Hacienda, decidieron en junta casi patriótica votar á D. Antonio de Luna, por

ser de todos conocido, aunque no sabia nadie quién era, pero cuando el lo decia en él manifesto, sus razones tendria.

Su manifesto era muy bueno, eso sí; hablábase en él en todos los renglones de moralidad y de buena administracion, y de premiar el mérito y estimular la virtud, y como el que más y el que menos se creia en el distrito un ciudadano ejemplar, no hubo uno que no se figurase que todo aquello de premiar el mérito y estimular la virtud se decia por él, y era como asegurarle que no tardaria en recibir la apetecida credencial, ó el solicitado privilegio, ó la ansiada vara de alcalde, ó el permiso para aprovechar unas aguas, ó la autorizacion para comprar bienes nacionales á plazos más largos que los que marca la ley, y otras ventajas por el estilo.

Presentábase otro candidato en el distrito, y á este sí que le conocian los electores, como que era un gran abogado, hijo del país, y que se habia hecho una honrosa posicion con su trabajo.

Este otro candidato reunió el primer dia de eleccion bastantes votos entre los labradores que no pensaban medrar á costa del presupuesto, y esto irritó á los notables del distrito y á las autoridades; pero se removieron expedientes: á algun labrador rebelde se le desenterró una causa por desacato á la autoridad de un alguacil; á otro, que estaba un poco atrasado, se le envió un terrible apremio, y al más recalcitrante de todos se le sopló en la cárcel para que conociera el triste lugar á donde iria el dia que, de-

jándose llevar de su genio irascible, hiciera alguna fechoría; y de tal manera se compusieron los bobos entre quienes andaba aquel juego, que D. Antonio de Luna fué al fin elegido con ventajosa mayoría sobre aquel pobre abogado que con razon pudo decir que nadie es profeta en su patria.

Y ya ven Vds. qué fácilmente se hace uno diputado, sin merecerlo.

Los periódicos políticos, que suelen hacer al país el flaco servicio de presentarle y contribuir á que suban á los cuernos de la luna algunos hombres indignos, y que jamás debieran salir de la oscuridad,—testigos algunos gobernantes de este país, y que despues de todo, debiendo su encumbramiento á la prensa, son los que más la maltratan;—los periódicos, repito, publicaron sueltos encomiásticos del nuevo diputado, y la gente sensata que forma la sala, y las galerías, y el anfiteatro y el paraíso (!) del gran teatro donde se representan las farsas políticas, se asombraba cada vez más del rápido encumbramiento de aquel Sr. Luna, de quien no conocia obra alguna, y que nada habia hecho para llegar á tantas alturas; pero en política, ¿quién hace caso de la gente sensata.... La política la hacen unos cuantos que no tienen ó no quieren hacer otra cosa, y los demas nos lo encontramos así todo hecho, ó, mejor dicho, todo deshecho,—y bien se puede decir esto al considerar que el país viene, desde hace años, de mal en peor, y á medida que crece el número de los políticos, parece que tambien aumenta la ya interminable serie de los

desatinos de los gobiernos y de los partidos y de las desventuras del país.

Una comision de los electores aquellos á quienes decia:—«Ya me conoceis,»—vino á Madrid á conocerle, y quedó, en efecto, prendada de su diputado.

Uno de los de la comision se marchó llevándose el diploma de la cruz de Carlos III; otro sacó una credencial de 8.000 rs. para su hijo, que habia estudiado latin un mes, y luego se cansó; otro obtuvo una beca en Toledo para un sobrino que habia mostrado desde chiquito gran entusiasmo y vocacion por la carrera eclesiástica, y el que ménos se llevó tres estafetas de correos para tres primos de su mujer, que hasta entonces habia tenido que mantener á su costa.

Y el público, que oia hablar todos los dias de don Antonio de Luna, preguntaba:—¿Y quién es Luna?—¿De dónde ha salido Luna?—¿Qué va á hacer Luna?—¿Qué va á decir Luna? Y no oia más respuesta que estas:—¡Oh! ¡Luna!—Ya, ya verán Vds., ya es diputado Luna.—Luna tiene un porvenir brillante.—¿Luna? Luna será ministro cuando quiera.—Es mucho hombre Luna.—Ha nacido para dar mucha guerra.

Abriéronse las Córtes, y Luna tomó asiento allí donde sólo debieran sentarse los hombres venerables por su saber y su virtud, los que, desposeidos de toda mezquina ambicion personal, tuvieran solamente la de hacer el bien del país, la de poner al pueblo en condicion de instruirse y moralizarse, y la de asegurar para siempre la pública tranquilidad y el fomen-

to de la prosperidad nacional sobre sólidas y firmísimas bases.

Allí se sentó el gran advenedizo, mirando descaradamente á todos los demas y con las peores intenciones del mundo. Y poquito que cayó en gracia. El fué de la comision de actas, ¡él! ¡de la comision encargada de que no pasarán actas que no fueran perfectamente limpias, de descubrir las más disimuladas infracciones de ley, y de proponer la admision de los diputados ó su exclusion!... Era graciosa coincidencia. El fué de la comision de contestacion al discurso de la Corona. El fué de la de Constitucion, una de tantas Constituciones que se han hecho en este país, que si en Constituciones consistiera, deberia ser el mejor constituido del mundo. El fué, en fin, de la de correccion de estilo. Y está dicho todo. El hijo del sacristan habia caido de pié en el infierno de la política, infierno donde los que se abrasan son los inocentes; es decir, los que no hacen política, segun la expresion novísima que asimila la política á los buñuelos, acaso no sin fundamento.

Diputado ya D. Antonio de Luna, empezó á hacer de las suyas, y en la primera ocasion que se le presentó, votó en una cuestion, no de gran importancia, pero sí de bastante para que el gobierno quisiera en ella ver unidos á todos los ministeriales, en contra del mismísimo gobierno, lo cual hizo abrir los ojos desmesuradamente á D. Tomas Meco, el presidente del Consejo, que allí estaba en el banco azul hecho una momia propia, importándosele lo mismo de los

negocios de Estado que de su abuela, que se murió el año del hambre á consecuencia de una indigestion.

El ministro de la Gobernacion, que siempre habia considerado un grandísimo pillo al tal Luna, se volvió á uno de sus colegas, y le dijo:

—Ya decia yo que ese mocito, era, y es, y será siempre un tuno; pero, amigo, Vds. no me lo creian.

Y á propósito de la cuestion que se debatia, el citado ministro, que no tenia pelos en la lengua, aprovechó la ocasion para echar una indirecta á los diputados que para serlo se valian de la influencia del gobierno, y de otra manera no lo serian, y luego empezaban á hacer en el Congreso sospechosas evoluciones y así como alardes de independencia.

Luna se levantó severo, y dijo que él era diputado por su influencia propia y no por la del gobierno, que en *su distrito* habria triunfado de todos modos, porque se vanagloriaba de tener todas las simpatías de aquellos sencillos y honrados habitantes.

Decir esto el diputado y oirse una estrepitosa carcajada en la tribuna pública fué todo uno.

El presidente hizo la advertencia de cajon de que no se alborotasen las tribunas, sopena de ser expulsado el ilustrado concurso.

El que habia soltado la carcajada al oir aquella mentira dicha con tanto aplomo, era Ramirez, aquel diablo de médico que pegó los palos al apuesto combatiente el dia del desafio con el pobre Ramos.

Luna levantó la cabeza, y miró amenazador y pro-

vocativo á la tribuna de donde habia partido aquella carcajada tan espontánea, que le obligó á pensar:

—Ahí debe haber quien me conozca.

Y sus ojos vieron en primera fila en la tribuna el rostro franco, alegre y expresivo del médico, que le miraba riéndose todavía.

Luna fué el primero que bajó los ojos.

—Capaz es ese hombre maldecido de contar desde la tribuna que me ha dado de palos. Ese hombre me estorba, pensó el flamante padre de la patria.

Luna, votando en contra en aquella ocasion, no llevaba otro objeto que hacer que se hablase de él, porque este es un magnífico sistema; el público se acostumbra á un nombre que lee mucho en los periódicos y oye en las conversaciones.

Y no fué lo peor aquella carcajada, sino que, como la risa es contagiosa, al oirla, todos los diputados la repitieron, y hasta las señoras de las tribunas tuvieron que contenerla discretamente con el abanico.

Luna se sentó indignado.

Y durante unas cuantas sesiones calló como un muerto.

Resonaba aún en sus oídos aquella tremenda carcajada.

Pero al fin era preciso romper el silencio.

Un hombre como él, en el que se tenían tantas esperanzas, no podia condenarse al silencio, no podia inhabilitarse, no podia oscurecerse despues de haber manifestado las mayores pretensiones.

Llegaba una discusion acerca del clero.

Luna creyó que era buena ocasion.

Se estuvo en su casa, escribió una defensa del clero, se la aprendió de memoria, y se fué allá á defender al clero.

Y como tenia buena memoria, recitó el discurso que, tomando de aquí y de allí, habia escrito, reducido á sostener que él era amigo del clero, que sólo para alzar su voz en favor del clero habia venido al Congreso, y que su vocacion era haber sido clérigo, misionero, ermitaño, penitente en un desierto, etcétera, etc., cosas que no sentia y que no eran más que un pretexto para que se hablase de él.

Este discurso le valió gran prestigio.

El clero creyó en efecto que le habia salido un defensor celosísimo, y recibió innumerables felicitaciones y ofrecimientos, y las monjas le enviaron escapularios, acericos, empanadas, tocino de cielo, bocaditos de los ángeles y otras golosinas muy estimables, como hechas por tan santas manos.

Luna vió un medio de medrar, de hacerse un partido numeroso y poderoso.

Ciertos partidos tienen siempre la singular manía de ponerse mal con las clases que mayor influencia ejercen; una de estas clases es el clero, al que aquellos partidos á que me refiero combaten siempre de mil maneras, procurando humillarle ó inutilizarle, y otro partido, en contraposicion, pretende dar al clero una exagerada influencia en todo, influencia que está completamente fuera de su sagrado ministerio y que para nada necesita.

Entre estos dos extremos, el clero, naturalmente, es partidario del segundo sistema y abomina el primero, pero, dadas la ilustracion y buena fé que en el clero, siempre para nosotros respetable, resplandecen, es de creer que se pondria al lado de un gobierno ó de un partido que, huyendo de ambos extremos, tuviera con el clero todas las debidas consideraciones, le atendiera como merece, y no le diera más influencia que la que legítimamente debe tener.

Luna quiso explotar al clero, para lo cual empezó por fingir gran respeto y consideracion á la clase, y completa decision en su favor.

Con la misma facilidad con que se hacia amigo del clero, con la misma se haria su más declarado enemigo, si esto le conviniera más.

Tenia otra idea. Las mujeres son mucho más religiosas que los hombres. Las prácticas del culto les son familiares; todas tienen especial devocion á una vírgen; todas miran con respeto al anciano sacerdote, y todas se indignan cuando oyen hablar en desdoro de la religion ó de sus ministros. Y esto es lo natural y lo conveniente.

La mujer incrédula, atea, no la comprendo; no comprendo que una mujer que ha sentido los dolores y los placeres de la maternidad, pueda creer que no hay Dios, que no hay alma.

La que no enseña á sus hijos á rezar: la que jamás pide para ellos la bendicion del cielo; la que cuando los ve sufrir no los consuela con el nombre de Dios,

ni puede tener amor á sus hijos, ni luego pueden sus hijos amarla á ella.

No, no es posible que en pueblos cultos haya mujeres que nieguen la existencia de Dios y no crean en los sagrados misterios de nuestra religion.

Pero continúo.

Antonio Luna tenia puestos los ojos en la mujer de D. Tomás Meco.

Ya recuerda el lector la impresion que causó al hijo del sacristan aquella mujer.

Luna estaba enamorado de ella desde su llegada á Madrid. La mujer del ministro pasaba por lo que no era; pero por su posicion tenia que pertenecer á varias asociaciones, hermandades, cofradías, juntas benéficas, etc., etc., y el vulgo habia dado en decir que la mujer del ministro era una de las más entusiastas devotas de Madrid. Luna creyó que su discurso casi religioso, aunque la cuestion que se debatia no tenia nada que ver con la religion, haria gran efecto entre las devotas, y que en la primera reunion del presidente del Consejo, la mujer de éste no podria ménos de felicitarle y darle acaso la ocasion que hacia tiempo anhelaba de sondear el corazon de la ministra, si lo tenia. Si lograba hacer vacilar la virtud de la gran señora, ¡qué triunfo para él! ¿Qué hombre político se le podria igualar? Ocurriósele un gran medio.

Hizo una esposicion á la Corona pidiendo en ella que se restaurasen decentemente todos los conventos de España, que se dieran á las comunidades no só

qué indemnizaciones, que se les reconocieran no sé qué créditos, y que se señalase asignacion á aquellas comunidades que sólo vivian de la caridad de los fieles.

La noticia de esta exposicion llenó de regocijo á todas las señoras piadosas á quienes se invitó para que la firmaran, pues mucha más influencia habia de ejercer firmada por las señoras, desde la mujer del presidente del Consejo de ministros, hasta la más humilde esposa del tendero de la esquina.

Luna escribió la siguiente esquila á la señora de Meco:

«Para una obra piadosa y digna de la bondad y de la caridad de V. E. solicita unos minutos de audiencia su admirador Q. B. S. P., *Antonio de Luna.*»

Isabel no podia escusarse de recibir á quien de esta manera y con un objeto benéfico solicitaba una conferencia.

Luna esperó la contestacion, que un gran lacayo fué á llevarle.

La señora del presidente del Consejo tendria mucho gusto en recibirle cualquier dia despues de la una.

Isabel pensaba:

—Ese hombre... ese hombre me da miedo, no sé por qué... Siempre que le he visto en esta casa me ha mirado de una manera tan particular. Es hombre de audacia extraordinaria, segun dicen todos los que le conocen, y se sospecha que de humilde origen.

El se batió con Ramos, que en una conversacion de vagos de levita tuvo la nobleza de salir en defensa del honor de mi marido.

Me da miedo ese hombre.

Ahora se hace campeon de los curas y las religiosas, y eso me parece que es pura hipocresía.

La oscuridad de mi nacimiento me hace temer siempre. ¿Conocerá ese hombre el secreto vergonzoso de mi nacimiento? ¿Quién sabe? La verdad es que ese hombre me da miedo. Y yo tengo una vaga idea de haberle visto ántes de ahora, de haber oído su voz, de haber bajado los ojos ante su mirada insolente y casi provocativa. Pero, á pesar de todo, le recibiré. Tengo, por otra parte, deseo de convencerme por mí misma de que ese hombre no tiene nada que ver con el secreto de mi nacimiento, que es lo que más temo.

VII

La conferencia.

Isabel se había vestido modesta y sencillamente, contra su costumbre. Para recibir á un hombre que iba á hablarla de una obra buena y caritativa, y en defensa de pobres curas y desvalidas monjas, no debía hacer ostentoso alarde de su lujo y sus riquezas. A las dos en punto de la tarde detúvose un coche á la puerta de la presidencia del Consejo de ministros, y el jóven Luna entró en la casa. Un criado le hizo atravesar grandes salones, y le dejó luego bajo la guarda de una doncella, que parecia una señorita por su elegancia y distincion, la cual le condujo al gabinetito donde se hallaba la dueña de la casa.

—Beso humildemente los piés á la señora del primer hombre de Estado de España, dijo Luna.

—Gracias por la lisonja á mi marido, contestó sonriendo de una manera adorable la Presidenta.

—¡Oh! si él es el primer hombre de Estado, su compañera es tambien la primera en hermosura y en bondad.

—¡Por Dios! ya esa galantería no me agrada tanto como la primera.

—Acaso es más verdad que aquella.

—Me decia V. en su carta que se trataba de una obra buena; ya estoy impaciente por saber...

—Conociendo yo ese corazon de oro, sabiendo, porque la fama los publica, los grandes actos de caridad que V. ejerce, empleando del mejor modo posible su influencia en favor de las clases pobres y meritorias, he creido imprescindiblemente necesario el concurso de V. para un acto de justicia, que reclamo en favor de las comunidades religiosas.

—Yo doy á V. gracias por la buena, aunque exagerada opinion, que tiene formada de mí.

No soy tan buena como V. cree; me gusta hacer bien, pero en eso no hay ningun mérito, porque sobre ser una obligacion de todos hacerlo, en la posicion que inmerecidamente me ha colocado la fortuna, es obra fácil la mia, y eso disminuye mucho mis merecimientos.

Dijo todo esto Isabel con tan sencillo y humilde acento, que Luna pensó.

—¡Si será esta, en efecto, una mujer piadosa, sinceramente piadosa! ¡Si la calumniarán los que murmuran de ella!...

—Se trata, añadió, de una exposicion á S. M., pidiendo proteccion para los conventos de religiosas que no reciben ningun género de asignacion del Estado. Mi deseo es que la de V. sea la primera firma, y que V. sea tambien quien luego presida la comision que ha de presentarse á S. M.

—Muy honrosa es por cierto la mision que V. me confia, y no hay nada verdaderamente que esté tan en armonía con mis gustos y aficiones; pero una cosa así parece en desacuerdo con las ideas de mi marido. Consultaré con él, sin embargo, lo que V. me propone, y no debo ocultar á V. cuánta será mi satisfaccion si le puedo complacer.

—Es V. un asombro de amabilidad, señora.

—No tanto. V. tendrá que dispensarme que no le conteste definitivamente en el momento acerca de la honra que me quiere dispensar.

—¡Oh! señora...

—Pero si viera V., ya tengo miedo...

—¿A qué, señora?

—Al mundo. Antes, cuando yo estaba soltera, cuando no habia llegado á esta posicion que dicen que es envidiable, y debe serlo, cuando tantas me la envidian tanto, no podia yo persuadirme de que el mundo fuera lo que es; muchas veces oí decir que era el mundo muy malo, pero siempre le creí mejor; ahora, en esta posicion á que mi suerte me ha traído, tales cosas veo, que he llegado á tener miedo, y aún envidio la vida oscura de esas mujeres felices, que nunca han pasado, en cuanto á fortuna, de una

decente medianía, y á quienes nadie conoce, y á quienes nadie se atreve á infamar, como se atreve todo el mundo si se trata de mujeres que, por su nacimiento ó por su suerte, ocupan una posicion elevada.

El paso más inocente, la accion más sencilla, la más benévola intencion se interpretan siempre desfavorablemente en este gran mundo, á que nos ha tocado en suerte pertenecer, y créame V., tengo miedo.

Dios sabe lo que la malicia social y política inventará á propósito de esa exposicion cuya iniciativa ha tomado V.

—Yo me preocupo ménos que poco de eso.

—Usted es hombre, tiene medios de defenderse; pero, ¿cómo se defiende una mujer á quien se califica de hipócrita y embustera, si se trata de sus acciones cristianas, de mujer ligera, si se trata de sus amistades de sociedad?...

—La calumnia no puede llegar á mujeres como usted.

—¡Vaya si llega!

Cualquiera que oyese á Isabel la hubiera creído una mujer verdaderamente pesarosa de vivir en tan elevadas regiones. Tales eran la sencillez y conviccion aparente de sus palabras.

Isabel y Luna trataban de engañarse mutuamente.

—En prueba de lo que digo, añadió la mujer del presidente del Consejo, hace algun tiempo que todo

Madrid se ha preocupado de un duelo, á que dieron ocasion palabras aviesas y calumniosas, dirigidas en mi desdoro aparentemente, pero que se queria que hirieran á mi marido, como hombre de honor, porque para perder en la opinion á quien ocupe el poder no se perdona aquí medio alguno, por infame que sea.

Luna comprendió la intencion.

Isabel queria provocar una explicacion acerca del lance de Luna y Ramos, al que, como sabe ya el lector, dió lugar la noble defensa que hizo éste último del presidente del Consejo y de la mujer de éste, al oir cómo se hablaba en el Casino de estas dos personas, á quienes apenas trataba.

—Señora, acaba V. de evocar un recuerdo tristísimo para mí.

—¿Por qué? preguntó con el mayor candor la astuta ministra.

—¿Usted no lo sabe?

—¿Qué?

—¿No sabe V. quiénes fueron los contendientes?

—Sé quién fué nuestro valiente defensor. Ramos, un jóven noble y honrado, que ni siquiera es nuestro amigo. Su contrario me dijeron que era un hombre poco ántes desconccido, un advenedizo de tantos como se apoderan de la politica.

Luna se mordió los labios.

—Señora, veo que está V. bien informada, y celebro que sobre ese asunto haya recaido la conversacion, porque me importa mucho dejar las cosas en su lugar.

—¿Sí?... ¿Y fué V. acaso padrino en ese duelo?

—No, señora, fuí... fuí el adversario del jóven Ramos.

—¡Ah!

—Pero crea V., señora, que mi accion merece disculpa.

—Puede ser.

—Llegué yo al Casino en ocasion en que el jóven Ramos increpaba violentamente á varias personas allí reunidas, fundado en que habian hablado desfavorablemente de un personaje político, y ví con indignacion que entre todos aquellos hombres, no habia uno que recogiese la provocacion de aquel jóven.

Yo tengo ideas acaso exageradas del honor, y no pude ménos de contestarle, y de hacer lo que ellos debieran haber hecho.

Despues fué cuando supe de quién se trataba, lamenté el caso, y entónces hubiera querido á cualquier costa evitar el lance, pero el honor impone estrechos deberes á los hombres.

Yo no podia, sin deshonrarme, dar una explicacion á mi adversario.

—Reconocer un error no es deshonra.

—Para la conciencia, no; para la sociedad, sí.

—¿Cómo al empezar yo mi carrera de hombre público, en mi primer lance de honor, ántes de haber hecho mis pruebas, daba excusas á mi adversario?

No era posible.

Hubiera perdido la honra para siempre.

—¡Singular manera de entender la honra!

—Pero ahora que puedo ya sin vergüenza confesar mi error, lo confieso arrepentido y pido á V. que me absuelva.

—¡Oh! repuso Isabel sonriendo, yo no tengo las licencias necesarias. No hablemos de eso más.

—¿V. me perdona?

—De la ofensa mia, por perdonado; lo que no puedo perdonar es haber vertido la sangre de un hombre noble y valeroso como Ramos: eso es cuenta que V. dará á Dios.

Isabel habia logrado colocarse en mejor posicion que Luna. Toda la ventaja estaba de su parte. Quería seguir aprovechando esta ventaja.

—Desde que conozco á V. tengo una curiosidad extremada.

—¿Sí?

—Sí; es una idea que acaso no tenga fundamento alguno.

—Ya la tengo yo por saber qué es lo que da ocasion á esa curiosidad, por si puedo satisfacerla.

—Pues no es ningun misterio. Hace años, no muchos, poco despues de haberme casado con Tomás, conocí breves momentos á un hombre que se parecia á V. extraordinariamente.

—Ya sé por dónde vas, pensó Luna, preparándose á contestar.

—Pero no podia ser V., porque aquel era un hombre del pueblo, un verdadero palurdo.

—¡Un animal!

—No, animal precisamente, no: hablé con él bre-

ves instantes, pero no hicieron falta más para conocer que aquel jóven no era una vulgaridad, aunque su apariencia era tan vulgar. La primera vez que tuve el gusto de ver á V. en esta casa, me dije:— ¡Jesus! ¡cómo se parece á aquel jóven!

—¿Ha conservado V. tan vivo su recuerdo?

—Sí, y no tiene nada de extraño, porque ya he dicho á V. que era un hombre singular, vestido de paño burdo, y hablando como una persona bien educada é instruida.

—¡Feliz ese palurdo que logró grabar su recuerdo en la memoria de V.! Todos deben envidiarle esa dicha.

—Fué un caso original; y esto ha contribuido acaso á que no lo olvide. Se presentó en esta casa á denunciarme que se proyectaba robarnos.

Entónces no era ministro, por fortuna, mi marido.

—¿Y resultó verdadera su denuncia?

—Sí, señor: conociendo la autoridad la denuncia, fueron presos algunos hombres en quienes recayeron sospechas de tener esa intencion, y luego se tuvo ya evidencia, por la declaracion de algunos de ellos.

—¡Feliz él, repito, que tuvo la fortuna de poder evitar á V. un susto tan grande como el que produce un atentado de esa especie!

—Yo quise recompensar su buen servicio, pero rechazó mi oferta con la misma dignidad que hubiera podido hacerlo un cumplido caballero. ¿Qué dice V. de todo eso?

—Señora, oigo á V. atentamente. ¿Y dice V. que ese hombre se parecía á mí?

—Mucho; pero tampoco tiene eso nada de particular.

—No.

—Pero vestido como aquel, parecería V. el mismo. Algunas veces he sospechado si aquel sería un disfraz.

—Acaso.

—Y dispense V. que haya recordado suceso tan insignificante; en algo se ha de pasar el tiempo.

—Debo ser franco con V., y decirle una cosa.

—¿Cuál?

—Que es V. muy buena fisonomista.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque... aquel jóven que avisó á usted del peligro de ser robada su casa, aquel jóven...

—¿Era hermano de V?... Pero no; no puede ser, con aquel traje...

—No, señora, no era hermano mío; aquel jóven y yo somos una misma persona.

—¡Ah! exclamó Isabel con una sonrisa de triunfo.

—Sí, señora, yo.

—Pero... no me explico.

—Es una historia muy larga.

—¡Y yo que soy tan curiosa!

—Es simplemente mi historia.

Usted es una mujer de talento, exenta de las preocupaciones del vulgo de las personas distinguidas, entre las que hay en efecto mucho vulgo.

—Me hace V. demasiado favor; yo soy como los demas.

—A V. puedo confiarle mi secreto; y más diré á usted, hace tiempo que tenia este deseo.

Yo soy un hombre de oscuro linaje, destinado acaso á haber pasado la vida en una aldea labrando un pedazo de tierra, dando vueltas detras de un par de bueyes muchos años.

Esto hubiera sucedido si la Providencia no hubiese hecho que en aquella aldea, donde de todo se carecia, hubiera libros que pude leer á mi sabor.

Aprendí solo, y cuando supe algo, ya no podia vivir en aquel reducido campo tan estrecho á mi ambicion.

—Lo comprendo.

—Vine á Madrid, no sé á qué, á nada, resuelto y determinado á la ventura, sin dinero, sin amigos, sin proteccion, y la primera noche la pasé en una de esas casas llamadas de dormir, que hay en Madrid, y en las que todo es conveniente ménos dormir.

—Es curioso.

—Allí, tabique por medio, un tabique hecho de lienzo, dormian como yo, que nunca tuve los ojos más abiertos, dos hombres, dos ladrones, que estaban combinando la manera de dar una tremenda acometida al caudal de su esposo de V. Yo lo oí todo, y me propuse desbaratar su plan; apénas fué de dia, salí, pregunté, averigüé, y dí al fin con la casa de V.; y tuve el honor y la fortuna de hacer á V. y á su esposo un servicio insignificante.

—¡Oh! no; un grandísimo favor.

—Para mí fué decisivo aquel instante.

—Pues...

—Cuando salí de esta casa, despues de haber dado á V. aviso de la siniestra intencion de aquellos dos hombres...

—Continúe V.

—Señora, no sé si debo...

—Me enamora la franqueza.

—Pues bien, seré franco, lo diré todo. Salí decidido á ser mucho, á llegar á donde yo mismo no hubiera podido imaginar en mis sueños de ambicion.

—¿Y va V. logrando lo que se propuso?

—Aún no, acentuó Luna.

—¿Tanto ambiciona V.?

—Mucho.

—Es peligroso ambicionar demasiado.

—No temo ningun peligro.

—Se conoce.

—Y si V. me autorizara para llevar mi franqueza al extremo...

—Segun...

—Usted juzgará.

—Diga V.

—Quien hizo arraigar en mi corazon y en mi cabeza el vehemente deseo de ser mucho, de arrojar para siempre aquella horrible vestidura de la aldea, de hacerme digno de mirar frente á frente á las personas más elevadas...

—No siga V., fuí yo, ¿no es verdad?

—Usted, sí, V.... porque... ¿la ofenderé á V. si la digo que el palurdo se enamoró de V.?

—¡Oh! de ningún modo.

—¿Y qué tiene eso de particular?

Un hombre que acaba de venir de una aldea donde no ha visto más que sayas azules, piernas al aire, el cabello recogido en un rodete ridículo, tiene forzosamente que enamorarse al ver una mujer de la corte... V. se hubiera enamorado de cualquiera otra; lo natural era que se enamorase V. de la primera que viese..

—¡Oh! no. Por V. he querido romper completamente con mi pasado, y ser en el mundo algo más que la generalidad de los hombres. Sin V., Dios sabe, acaso no habría pasado de ayuda de cámara ó de una profesion oscura, é indigna de mi ambicion.

La Providencia fué, sin duda, la que me hizo encontrar á V.

—La Providencia lo hace todo.

—Y este amor inmenso...

—¡Ah! poco á poco; me parece que ya no es *este* un *aquel*.

—*Este*, *este* será siempre, señora.

—Basta, caballero; miéntras ha hablado V. de un sueño de niño, de la impresion que le causó ver una mujer del gran mundo, contraste singularísimo con las que hasta entónces habia V. visto, nuestra conversacion nada tenia de particular; pero para que no haga V. *presente* lo que es *pasado*, debo recordar á usted una cosa, que no se debe olvidar cuando se ha-

bla con una mujer: la condicion de esta mujer en la sociedad.

En una palabra: soy casada, caballero.

—¡Oh! ya lo sé; pero yo puedo decir lo que siento; puedo, aunque no exija correspondencia, aunque haya de ser este amor....

—¿Otra vez?

Caballero, siento mucho haber evocado aquel recuerdo, al que nunca dí importancia alguna.

Recibí de V. un favor, y siempre le estaré agradecida, y me alegro mucho de que mi sospecha haya sido cierta, porque así he tenido la satisfaccion de reiterar á V. las gracias.

Si por mí ha sido efectivamente por quien V. ha adelantado tanto en sus ambiciones, cosa es esa que yo no puedo estorbar; pero en cuanto á lo demas, perdonada ya la ofensa del fatal duelo con Ramos, sabe V. que soy su amiga, y que si puedo complacerle firmando esa exposicion que me ha traido en favor de las monjas, lo haré con mucho gusto.

Y recuerdo á V. esto, para que nuestra conversacion tenga tan piadoso fin como comienzo.

En verdad que nos habíamos desviado por completo del principal objeto de nuestra conferencia.

Luna estaba desconcertado.

—Veo, dijo, haciendo ademan de levantarse, que mi presencia le molesta á V.

—¡Oh! de ningun modo; miéntras me hable V. de sus recuerdos de jóven, de sus aventuras de hijo pródigo de la casa paterna. ¿Dejó V. padres en la aldea?

—No, señora; mis padres fallecieron hace mucho tiempo.

—De modo que nada que le interese á V. dejó allí.

—Nada.

—Si hubiera V. tenido padres, hermanos, una compañera querida de su infancia, una prometida, acaso no hubiera V. huido de la aldea, y á mí me hubieran robado bonitamente, añadió con tono jovial la presidenta.

—No dejé nada, no tenía nada... y puede ser que me arrepienta de haber dejado la aldea, de haberme despojado del traje de paño burdo...

—¡Oh! señor de Luna, no me diga V. esas cosas porque va V. á perder mucho á mis ojos... Sea V. sincero, yo odio todas las hipocresías...

—¿Quiere V. que sea sincero con V.?

—Sí; no hablándome de su amor de ahora, sino del de ayer.

—Pues así como V. tenía curiosidad de saber si yo era el jóven paleta que vino á avisarla del conato de robo, yo tambien tengo curiosidad de saber quién seria una dama alta, elegante, enlutada, completamente cubierta, que en una calle de Madrid, el dia de mi llegada á la corte, poco despues de mi llegada, me confió una carta para que la entregase en cierta miserable buhardilla.

—Con las aventuras de V. puede hacerse una novela, señor de Luna.

—Acaso.

Aquella dama elegante y distinguida tenia la

misma estatura de V., la misma voz, el mismo aire aristocrático. ¿Tendría también el mismo rostro?

—No sé, señor de Luna; pero esa dama no era yo.

—El día siguiente, la voz de V. hirió mi oído agradabilísimamente; era la única voz de mujer que había oído desde mi llegada á Madrid, una vez en la calle, emitida por una mujer misteriosa y encubierta, y otra emitida por V. en su casa al darme las gracias por el aviso del robo.

—Pues, hijo, no era yo, contestó Isabel riéndose. Luna la observaba atentamente.

—Aquella señora, continuó, no se me ha olvidado nunca, y juraría... ¿Tiene V. alguna hermana?

—No.

—Es singular.

—En efecto, pero yo no he tenido nunca necesidad de envolverme en ese misterioso ropaje que dice usted llevaba la dama incógnita.

—Muchos deseos tengo de hallarla: tengo que cumplir con ella un deber de conciencia.

—¿También eso?

—La carta no la entregué.

—¿Qué carta?

—La que aquella señora me confió para que la entregase á la persona que me abriera la puerta de la buhardilla.

—Tuvo V. buen modo de cumplir el encargo.

—Nadie me contestó en aquella habitación: verdad es que debí devolver la carta á su dueña, pero... acababa de llegar, tenía la astucia del pueblo, y... ver-

daderamente no sé por qué mentí... y dije que habia entregado la carta, sin haberlo hecho.

—¿Y habrá V. descubierto algun secreto?...

—No, señora... la carta no era carta; bajo el sobre habia un billete de cuatro mil reales.

—Eso es más grave.

—No hice uso de ellos por casualidad, porque en mis aventuras de los primeros dias de mi estancia en Madrid, perdí el billete ó me lo robaron. No por eso me creo ménos obligado á la restitucion de aquel dinero, á fuer de hombre honrado, y hé aquí el fundamento de mi deseo de volver á encontrar á aquella señora.

—Mientras la Providencia le proporciona á V. ocasion de hacer esa restitucion, puede V. tranquilizar su conciencia de una manera, dijo Isabel.

—¿Cómo, señora?

—Dé V. cuatro mil reales á un establecimiento de beneficencia.

—Es una idea noble y generosa, propia de un alma tan buena como la de V.

—¿Qué más puede V. hacer, no teniendo medios de restituir la cantidad á su verdadera dueña?

—Es verdad. Lo haré así... y... ¿quiere V. prestarme el señalado favor de ser mi aliada en ese acto, haciendo que por mano de V. reciban los pobres esa cantidad?

—¡Oh! no; eso V. solo.

—No debo insistir...

Luna se despidió, recomendando otra vez la fa-

mosa exposicion en favor de las monjas, y convenido de que aquella mujer sabia mucho más que él, que no era rana.

—El es, en efecto, pensó la presidenta cuando se quedó sola; él es aquel miserable... Es un malvado, mucho más temible cuanto que se cubre con el manto de la hipocresía.

Ese hombre sabe que yo era la que le entregó la carta, aunque yo lo he negado.

No sabe más que eso de aquel triste incidente, pero ya es bastante para que tenga un arma contra mí.

La maldad tiene siempre infinitos recursos.

¿Quién sabe qué circunstancias pueden sobrevenir en que pueda herirme mortalmente, sin más que una palabra?...

—¡Oh! ¿qué habrá sido de Luis y de su madre?... Desde aquel día fatal en que un movimiento de mi conciencia me hizo subir la escalera que conducía á la miserable buhardilla, no he sabido más de Luis ni de su madre.

Una mano misteriosa sacó á entrambos de allí. El día siguiente ya no estaban en la buhardilla.

Y por más pesquisas que he procurado hacer, nada, no sé nada. Luis estaba moribundo. ¿Habrá muerto? ¿Habrá hecho Dios un milagro para salvarle? Y si ha muerto, ¿le habrá sobrevivido su madre? ¡Ah! aún recuerdo la indignacion, la ira de la ciega al reconocer mi voz. Quería ahogarme entre sus brazos. ¡Oh! una madre debe querer mucho á sus hijos. ¡Yo no he tenido madre! ¡Yo no he tenido hijos!...

Y la bella señora escondió el rostro en sus manos, y así permaneció algunos momentos; pero pronto se levantó, alzó la cabeza erguida, se miró en el magnífico espejo de cuerpo entero, y lanzando una carcajada, exclamó:

—¡Já! ¡já! ¡já! léjos de mí los tristes pensamientos. Yo no me pertenezco; pertenezco al mundo, á la sociedad. Y no debo mostrarle mi rostro pálido y mis ojos escaldados por el llanto. Debo presentarme con la mirada serena, la frente altiva y la risa en los labios. ¡No tengo madre! ¡no tengo hijos! pero ocupo una gran posicion, soy mujer de un Presidente del Consejo de ministros, soy una mujer cuya felicidad envidian todas las mujeres. Hagamos honor á mi felicidad, á mi fortuna.

Y tiró de la campanilla: la doncella se presentó.

—¡El coche! dijo la señora, y ven á arreglarme el peinado y ponerme los guantes. Vamos al paseo de todos los dias, á excitar la envidia de las pobres chicas que van á pié, y de las mujeres casadas con los rivales políticos de mi marido. ¡Qué mundo!

Volvió la doncella y empezó á arreglar el peinado de su señora, y le puso flores en la cabeza y le calzó los guantes perfumados.

—Cada vez está V. E. más hermosa, dijo la doncella, que sabia la manera de captarse la simpatía de su ama.—¡Cuántos se lo dirán á V. E.!

—Todos, hija, y ya me fastidia.

Despues de mirarse cien y cien veces al espejo, salió de la habitacion hecha una reina.

—¿Dónde está el coche? preguntó á la doncella.

—En la puerta de la otra calle.

—Bien hecho; si salgo por la puerta principal me acosan los pobres y los pretendientes. En este Madrid todo el mundo pide.

Bajó la escalera, y poco despues atravesaba las calles de Madrid el magnífico coche de la presidenta, llamando esta la atencion de todo el mundo por su lujo y hermosura.

El mundo no ve nunca más que lo que salta á la vista.

VIII

La mendiga.

Al salir el diputado de la casa del Presidente, pasaba por allí una pobre mujer con una niña. Al ver esta pobre abrir la portezuela del coche que esperaba á Luna delante de la puerta, se detuvo. Acaso la persona que iba á entrar en el coche le daría una limosna. Los pobres creen caritativo á todo el mundo; alargan la mano siempre, y se hacen esta cuenta galana:—¿Se ha de negar nadie á darme un cuarto?— Se detuvo y alargó la mano.

—¡Una limosna, por amor de Dios! que tenemos mucha hambre, dijo la mendiga con débil, temblorosa voz, á tiempo que entraba en el coche el flamante personaje.

—Ahora, dijo este. ¡Qué diablos de pobres! ¡No hay país de más vagos que este!

Y él, ¿qué era?...

Y metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de plata, que dió al cochero, diciendo:

—Dásela.

En aquel momento la pobre le miró, murmurando.

—Dios se lo premie á V., buen...

Y no acabó la frase.

Dió un grito y cayó en el suelo desvanecida.

—¿Qué es eso? preguntó el señor.

—¡Tendrá hambre! observó tranquilamente el cochero.

—Pues dale la peseta al portero para que se la dé cuando le pase el accidente, y vamos.

El cochero dió al portero de la casa de Isabel la peseta y montó en el pescante, diciendo filosóficamente:

—Este Madrid está perdido. De todo tiene la culpa el gobierno.

Y como si los caballos tuviesen la culpa tambien, les arrimó un tremendo latigazo.

Los pobres animales salieron á escape á la brusca insinuacion del otro animal que los guiaba.

Y allí quedó la mendiga tendida en el suelo, con

una herida en la cabeza que se causó en la caída, y á su lado la niña, llorando y sin poder prestar auxilio alguno á su madre.

El portero de la Presidencia la levantó caritativamente y la sentó en el escalon de la puerta. Era una mujer con toda la apariencia de venida de un pueblo; una saya azul, sucia y rota, y un corpiño de paño pardo cubrian las carnes de la pobre madre. Era jóven y bella, aunque en su rostro se veia la profunda huella del sufrimiento, y sus ojos decian claramente que estaban muy acostumbrados á llorar. En sus labios pálidos y contraídos habia fija una triste sonrisa, la de la desesperacion; que tambien la desesperacion tiene su sonrisa.

—Vamos, buena mujer, ánimo, le dijo el portero.

—¡Ah! ¿dónde estoy?...

—¡Toma! ya no se acuerda de lo que le ha sucedido. ¡Lo que puede el hambre, y cómo le extravía á uno la imaginacion!

—¡Hija mia! dijo la pobre, abrazando á la niña.

—Vamos, ánimo, volvió á decir el portero.

—Sí, sí, ya me voy de aquí, no quiero estorbar... Mire V., pido porque tenemos hambre, porque tiene hambre la niña, porque si por mí sola fuera... me dejaría morir.

—¿Y su marido de V.?

—¿Marido?

—¿No es V. casada?

—No, señor.

—¿Pues y esa niña?

—Es mi hija.

—¡Ah! ¡vamos!... ¡Digo! ¡luego se quejarán las mujeres de su suerte! añadió el portero, que era un hombre muy moral y muy escrupuloso en cuestiones de honra, y lo había aprendido de su mujer, que era la más fea del mundo y la que más presumía de virtud y severidad de costumbres.

—¡Pobre hija mía! decía la pobre madre acariciando á su hija y probando á levantarse; vamos, hija, vamos á ver si nos dan para que comas un pedazo de pan... ¡Pobrecita mía! ¿qué será de tí si yo no tengo fuerzas para sufrir?... ¿qué será de mí si tú te me mueres de hambre?... ¡Oh! ¡Dios mío! castígame á mí cuanto quieras, pero vela por mi hija.

—¡Eh! buena mujer, dijo el portero, y añadió por lo bajo: Lo que es buena...

—¿Qué quiere V.?

—Tome V. la peseta que le daba aquel caballero que entró en el coche.

—¡Ah! exclamó la pobre, —ahora me acuerdo de todo... Sí, sí, aquel hombre... ¡aquel hombre!... ¡sí, sí! el mismo semblante... pero, no, no, es imposible... ¿cómo ha de ser él?... ¡con aquel traje, y en coche!...

—¿Qué le da á V. ahora?

—¡Ay! ¡Dios mío!... Aquel hombre que salía de aquí, que me alargó esa moneda desde el coche...

—Oiga V., no era un hombre, que era un caballero...

—Yo quiero volver á ver á ese hombre.

—¡Dale!... Pero, ¡ah! ya caigo, á quien querrá V. ver será al cochero, ¿no es verdad?

—No, señor, al otro... ¡Es él! un infame.

—¡Sopla! ¡un infame y todo! Esta mujer está loca.

—A buscarle he venido. ¡Ah! ¡hija mia! ¡hija mia!

—¡Vaya! tome V. la peseta, buena mujer, y vaya usted á tomar algo caliente, que le hace mucha falta.

—¿Dónde encontraré á ese hombre?

—Dios sabe; yo creo que á donde el va no irá V.

—Pues, ¿á dónde va?

—¡Toma! al Ministerio, al Congreso, á Palacio, en fin, á todos los sitios á donde van las personas de importancia.

—¡Dios mio! ¿qué voy á hacer yo sola en Madrid?... Bien me decia mi madre, bien me decia. ¡Oh! por no oir los consejos de mi madre me ha sucedido todo.

—Por eso les suceden muchas cosas á las muchachas, y á los muchachos tambien, porque por no oir yo los consejos de mi madre, me casé, y más me valiera no haber nacido.

—¡Oh! ¡Dios mio! yo creí que Madrid era otra cosa.

Me habian dicho que aquí encontraría al momento quien me diese abrigo.

—¡Sí! aquí en seguida se encuentra abrigo, si se compran mantas, observó el portero, que tenia sus puntas y ribetes de filósofo de portal.

—Creía yo que en cualquier casa encontraría, por mi trabajo, alimento para mí y para mi hija.

—¡En seguida! Los chicos ajenos no le gustan á nadie.

—¡Ah! bien lo veo; en todas partes me dicen que si fuera sola... si no tuviera una hija... pero ¿cómo puede una madre abandonar á un hijo?...

—No debe, pero lo que es poder...

—¡Qué infamia! Antes nos moriremos de hambre ella y yo.

—Diga V.: ¿y el padre de la criatura?...

—¡Ah! su padre es ese hombre.

—¿Cuál? ¿Aquel que va por allí vendiendo melocotones?

—No, señor, el del coche.

—Pues, señor, le dió por ahí. Pero, mujer de Dios, ¿cómo ha de ser padre de su hija de V. un caballero como D. Antonio de Luna?...

—No se llama así.

—Vaya, V. tiene mala la cabeza, hija, créame V. á mí.

—¡Dios mio! ¡qué infierno es este Madrid, que las gentes se llaman de otro modo!

—No lo sabe V. bien.

—La Virgen del Pilar me ampare.

—Vaya, yo no puedo estar aquí en conversacion; Dios la ampare á V.

Y el portero se metió en su portería, diciendo:

—¡Jesus! ¡qué mujeres! ¡cómo se dejan engañar!
¡Jesus! ¡qué hombres! ¡cómo engañan á las mujeres,

cuando no son ellos los engañados! El mundo está perdido. Y la culpa la tienen los hombres y las mujeres.

.....

Lector amigo, acaso habrás olvidado ya á la pobre madre. Desde el principio de esta enmarañada novela no te he vuelto á hablar de ella. Yo no sé cómo ha sido, pero no he tenido ocasion. ¿Te acuerdas ¡oh lector! y perdona la confianza, de la infancia del hijo del sacristan? Si te acuerdas, te acordarás tambien de la compañera de su infancia, de la hija de la tia Torda, aquella pobre y buena mujer que adoptó al hijo del sacristan al verle solo en el mundo, hijo desgraciado de un ladron y asesino, públicamente ajusticiado en Zaragoza. Cómo huyó de la aldea el hijo del sacristan, ya lo sabes, lector, aunque tiempo has tenido de olvidarlo. Y me parece á mí que, si atentamente leiste los primeros capítulos de esta novela, comprenderias que no sólo le hizo huir de la aldea el deseo de ver mundo y salir de aquel reducido espacio, donde todos sabian quién era su padre, sino otro motivo; el amor de su compañera de la infancia, que era amor verdadero, al que habia correspondido con la más negra infamia. Si se quedaba en el pueblo hubiéranle obligado á casarse con la incauta niña, y él no queria *cortarse la cabeza*.

La pobre niña, cuando supo su partida, exclamó:
—¡Estoy perdida!

Y cayó en la más profunda tristeza. En un pueblo no hay secretos. Su madre quiso en vano ocultar el

que habia descubierto. Pronto empezaron las hablillas. La tia Fulana notó que la chica estaba muy pallida. El tio Mengano advirtió que el vestido se le quedaba corto. El señor maestro contó que la habia visto llorando en la iglesia. El secretario del ayuntamiento propuso á un regidor que se pusiera un bando para que ninguna moza se juntase con la pobre chica, cuya única falta era haber tenido amor y no saber lo que es el mundo. Por desgracia, habia lugar y ocasion para todas las hablillas, y llegó un dia en que ya no se pudo disimular y hubo que rendirse á la evidencia. Gran sensacion en el pueblo. No recordaban las crónicas un hecho de tal naturaleza. Ninguna mujer de las allí nacidas se habia visto en tan tremendo compromiso. Era un acontecimiento que haria época en la historia de la comarca. Los padres se reunieron y propusieron que sus hijas no volviesen á tratar con la que habia pecado. Los mozos se reunieron tambien, y estuvieron acordes en que el hijo del sacristan era un pillo. Las mozas olieron tambien la verdad, á pesar de que sus padres trataban de disimularla, pero la malicia femenil lo adivina todo, y hubo entre ellas quienes se alegraron de la desgracia de su amiga, porque era en verdad la más bella y garrida en diez leguas á la redonda. Hubiérales dado más pena si la culpable hubiese sido fea como un coco. La tia Torda, la madre, perdonó á su hija. ¿No la habia de perdonar? Las madres perdonan siempre; las madres no tienen nunca odio, ni rencor, ni envidia: las madres sufren todos los golpes que sus

hijos les dan, y los bendicen aunque sean malos, aunque sean ingratos, aunque no las amen. También perdonó el señor cura, que era un buen hombre, y llamó sobre la cabeza de la recién nacida las bendiciones del cielo, al verter sobre ella el agua santa del bautismo.—¡Fatal estrella la del padre y la del hijo! exclamó el buen sacerdote, aludiendo al sacristán ajusticiado y al hijo malvado. Y empezó una vida de sufrimiento para las dos madres. Sus vecinas pasaban por delante de su puerta, mirando desdeñosamente ó cantando coplillas alusivas á su triste situación, compuestas en los ratos de ocio por el herrador, que tenía algo de poeta é improvisador.

Como, por ejemplo:

No me digas que eres buena,
ni me lo diga tu madre,
que lo que salta á la vista
no puede negarlo *naide*.

O esta otra:

Desde el día que te ví
llorando sola en las eras,
me fui diciendo bajito:
«Esa moza no está buena.»

Otra para concluir:

A la puerta de mi casa
no me vengas á llorar;
la que su mal ha buscado,
lo tenía que encontrar.

Era una pena ver á las dos pobres madres salir juntas siempre, dirigirse al campo, y allí solas con su

profunda amargura llorar las dos, la hija pidiendo perdon á la madre, y la madre procurando consolar á la hija de los agravios y desdenes de sus amigas del pueblo, donde con aquel motivo se habia recordado la historia del sacristan ajusticiado, y se decia que no podia ménos de estar maldito el hijo del ahorcado y maldita tambien la hija del hijo del ahorcado.

El señor cura se indignó al saber esto, y un domingo convocó á sus feligreses á la iglesia, y desde el púlpito les dirigió tiernísima plática, encareciéndoles la caridad cristiana, combatiendo el fanatismo, y recordándoles que Jesus perdonó á los que le crucificaban, y que detuvo á los que apedreaban á la mujer adúltera, diciéndoles: —«Quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra.»

El señor cura tenia gran prestigio entre sus feligreses. Como que siempre habia sido el primero en dar ejemplo de todas las virtudes. Y así lo hizo tambien, yendo todos los dias á visitar á la madre anciana y á la jóven madre abandonada, para hacer ver que mayor falta comete quien no perdona á quien ha delinquido, que el que delinquirió y se arrepintió. Y las palabras y el ejemplo del digno sacerdote dieron al fin el resultado apetecido. Cedió la prevencion contra la pobre madre, y ya no se gozaron sus vecinos en culparla, sino que la volvieron á amar y á compadecer.

Teresa estuvo unos cuantos años luchando con una idea fija en su imaginacion: la de ir á buscar el padre de su hija.

La pobre muchacha habia sufrido tanto, que su salud habia experimentado gravísima alteracion: conocia que su vida no seria larga.

—Muerta yo, pensaba, mi madre, la pobre tambien morirá pronto, y ¿que será de mi hija? Yo debo ir á pedir por Dios á su padre que no la abandone; yo tengo obligacion de hacerlo posible por mi hija. ¡Ah! ¿quién sabe? Puede que al vernos tenga compasion de mí, puede que al contemplar á su hija, al saber mis penas, mis trabajos, Dios toque en su corazon...

Formada su resolucion, habló á su madre, pero esta se opuso.

—No, hija mia, le dijo; no busques á ese hombre, que es muy malo.

—¡Madre! yo le perdono.

—Es un infame.

—Pero es el padre de mi hija, madre.

A este modo de argumentar no habia resistencia; la madre conoció que su hija tenia tomada su resolucion, y calló.

Y la dejó marchar, diciéndola:

—Dios te acompañe, hija mia; si no vuelves, Dios te bendiga; si vuelves, Dios permita que te vuelva á ver. Pero ten presente lo que te digo: si no vuelves, no será porque hayas encontrado amor en el padre de tu hija; será porque te habrá sucedido alguna desgracia; si vuelves, volverás convencida de que tu hija no tiene padre, y de que acaso vale más que no lo tenga, y dando la razon á tu madre.

La madre abandonada vino con su hija á Ma-

drid, unos días á pié, otros en un carro que hallaba en el camino, alentada por la esperanza, que luego habia de convertirse en tristísimo desengaño.

IX

La Chata.

La desdichada madre, con su hija, abatida, fatigada, iba... no sabia á dónde.

—¡Dios mio! decia, ¿qué será de nosotras?... Ya no me atrevo á preguntar á nadie, ni á decir mis amarguras, porque aquí todos son indiferentes, nadie se duele de mi desgracia. Y es natural: ¿qué les importa?...

Y se sentó en la puerta de un café; pero pronto salió un mozo, que la dijo con tono áspero:

—¡Eh! buena mujer, fuera de ahí, que estorba usted el paso.

Y se levantó y volvió á echar á andar.

Llegó á un puesto donde habia pan, y pidió un panecillo.

—Hoy, dijo, comeré, gracias á él, porque él era, sí, él era el que entró en aquel coche y mandó darme esta moneda.

Y dió la peseta al panadero, que le devolvió dos reales en plata y trece cuartos.

Anduvo más, y en un portal sentóse otra vez desfallecida y se puso á comer aquel pan, y dejó los cuartos que llevaba en la mano sobre el escalon donde estaba sentada.

Acababa de sentarse, cuando de allá del fondo del portal salió una voz diciendo:

—Pues, señor, mucho les gusta á los pobres este portal...

¡Jesús! ¡cuánta pobretería hay en Madrid!... ¡Eh! tú, Valiente, ¡anda!...

Y al mismo tiempo salió del patio un perrazo enorme, que se dirigió furioso, á la voz de su amo, hacia la puerta... A la vista de aquel enorme animal, y temiendo por su hija, se levantó apresuradamente, estrechando á la niña en sus brazos, y huyó.

—¡Dios mio! ¡pobre del pobre! exclamó, y siguió andando.

—¡Hombre! dijo uno que pasaba á otro que le acompañaba, ¡qué chica tan guapa!

—Sí, contestó el compañero, un poco estropeada está; pero es bonita efectivamente.

—¡Ah! exclamó la pobre, recordando que habia dejado los cuartos que poseia en el dintel de la puerta, de donde la habia despedido el perrazo.—¡Dios mio! otra desgracia.

—¿Qué te pasa, muchacha? le preguntó uno de los transeuntes que se habian fijado en su hermosura.

—Que he perdido el dinero. Se me olvidó coger-

lo... allí arriba, me senté en un portal, dejé el dinero en el escalon... y allí ha quedado.

—Anda, mujer, anda, y vamos á ver si por casualidad...

El dinero habia estado allí.

—¡Dios mio!... ¡y á dónde iremos esta noche esta pobrecita y yo? se preguntaba la infeliz.

—¿Es hermana tuya la niña?

—¿Hermana? no, señor; es mi hija, contestó con cierto orgullo, con el orgullo que no es orgullo, sino amor de madre.

Ya empezaba á formarse corro en derredor de aquellas dos miserables criaturas.

La desdichada mujer estaba avergonzada en medio de aquella gente; llegaban á sus oídos palabrotas necias y chistes groseros, y no se atrevia á moverse ni á alzar los ojos.

De pronto sintió que le cogian la mano.

Miró, y vió una mujer, ya de alguna edad, pero guapetona, de rostro franco y alegre, y vestida bastante bien.

—¿Qué le pasa á V., mujer?... la dijo con un pronunciado acento andaluz, simpático y expresivo, como lo es siempre el de las hijas de aquella bellísima y privilegiada tierra de Maria Santísima.

—Señora... murmuró la pobre con algo más de aliento al ver fijos en ella aquellos dos hermosos ojos negros de la andaluza.

—¡Jesus! dígame V. su fatiga sin más *requilorios*...

Y adivinando que la jóven estaba avergonzada y

sofocada en medio de aquel corro de gente, se volvió muy resuelta al ilustrado público:

—¡Jesus, María y José! exclamó, ¡qué Madrid este! ¡cuánta gente desocupada hay siempre!...

Y cogiendo de la mano otra vez á la muchacha, le dijo:

—Venga V., venga V., que si no se va á reunir aquí todo Madrid, y se va á poner la tropa sobre las armas.

Y arrastrando tras sí á la madre, se abrió paso gallardamente por entre la multitud, que las siguió curiosa.

Pasaba un coche, y la señora hizo señal al cochero de que detuviera el caballo, que no estaba, por cierto, deseando otra cosa, á fuer de buen caballo de alquiler.

La mendiga no se atrevia á entrar en el coche; pero su protectora la empujó, diciendo:

—Pero, mujer, no haga V. más pamemas.

Cuando estuvieron en el coche, la andaluza dió unas señas al cochero, y el caballo echó á andar, bien contra su gusto.

La gente se dispersó, al ver que el coche se alejaba; sonaron algunos silbidos, y nadie se volvió á acordar de la pobre que habia perdido los cuartos.

—Pues, hija, dijo la jamona; yo conocí en cuanto la ví á V. allí en medio, que V. era forastera y pobre. A mí me gusta hacer todo el bien que puedo, para que V. se entere... porque yo soy una señora... y ensanche V. ese pecho, jóven, que lo que es hoy no le

faltará á V. de comer y donde descansar el cuerpo... y esa muchacha... ¿es hermanita?

—No, señora, mi hija.

—¡Ah! ¿conque ya tiene V. una hija?... ¿Y su padre?...

—¡Oh! su padre...

—¡Vaya! hija, no me diga V. más, que ya estoy al cabo de la calle.

—Señora, yo he sido buena; pero...

—Sí, ya lo sé; nosotras siempre somos buenas; pero como ellos son unos pillos, por eso... ¡Vaya una baraja de hombres que hay por el mundo... ¿Y á qué ha venido V. á Madrid? y V. perdone la curiosidad.

—A buscarle. En mi pueblo era un pobre como yo, y se escapó á Madrid, y aquí, hoy mismo me parece haberle visto; juraría que era él, vestido de señor y en un coche.

—¡Y anda en coche, y cree V. que tendrá gusto en ver á su hija!... Pobre mujer, V. no sabe de la misa la media... Y no se aflija V., ¡qué demonio! porque aquí hay muchas mujeres que han pasado tantos trabajos como V. ó más, y luego han hecho una suerte loca...

—Señora, yo no comprendo...

—Ha tenido V. una desgracia, es verdad; pero no por eso es V. una mala mujer; porque una muchacha inocente é inexperta, no puede ser responsable de una falta, cuyas consecuencias no ha podido conocer, y... en fin, yo tengo conciencia, y si hoy la he recogido á V., ha sido porque, adivinando en parte su

posicion, he querido librarla acaso de mayores males... Tú no sabes, hija, y déjame que te hable de tú, á qué peligros está expuesta en este Madrid una mujer jóven, guapa, y pobre y hambrienta...

—Sin V. me hubiera muerto de hambre.

—En Madrid se da un cuarto de limosna á una vieja, á un ciego; pero á una muchacha bonita se le da limosna desinteresadamente.

—¡Qué vergüenza!

—Ese es el mundo. Pero no tengas cuidado, hija, que yo no te quiero hacer daño ninguno; al contrario, tu bien quiero, y ya verás... Mañana dejas ese traje miserable y tomas otro más propio [de tu hermosura... saldrás conmigo... irás á todas partes, y ya verás cómo encuentras padre para tu hija.

—¿Cómo?... Mi hija no puede tener más padre que el suyo.

—Sí, mujer, sí; pero te quiero decir que encontrarás... vamos... tú déjate llevar.

—Señora, tengo miedo. Yo, si no encuentro al padre de mi hija, quisiera volverme á mi pueblo.

—¡Pues la habrias hecho buena!

—¿Qué otra cosa he de hacer?...

—Eso no lo puedes decir tú; si te se presenta aquí la felicidad, ¿vas á dejarla para volver al pueblo, donde todos sabrán tu historia y no hallarás marido en tu vida?

—¡Ah! ¿para qué quiero yo un marido?...

—¿Para qué?... ¡Toma! porque una mujer no tiene otro fin en el mundo.

—Sólo podría ser mi marido el padre de mi hija...

—Pero si ese te desdeña...

—Señora, yo no sé qué decir á V., qué contestarle... yo he venido aquí buscando al padre de mi hija para decirle:—Yo te amé y tú me abandonaste... he sufrido horribles dolores por tí, he gastado mi vida por tu hija, he pasado muchos trabajos, pero no importa, no me quejo, porque te amo todavía, como que eres el padre de mi hija, y vengo á pedirte por Dios que no nos desampares.

—¡Qué inocente!

—Si mi desgracia es tan grande que no le encuentro, ó le encuentro olvidado de mí y desconociendo á su hija, entónces, cumplido ya por mi parte mi deber con él, aún me queda otro deber que cumplir, aún me queda mi madre, que sin calma me espera allá en el pueblo, temerosa de no volverme á ver y de que mi suerte sea tan negra como hasta aquí.

—Todo eso está muy bien, hija; pero... en fin, ya conocerás Madrid, y ya pensarás de otro modo, cuando te convenzas de que el padre de tu hija es un bribon como otros muchos...]

—No lo permita Dios.

—Entre tanto, no pienses en nada y no tengas miedo por nada. Ya estamos cerca de mi casa, donde nada te faltará.

Detúvose el coche delante de una casa que en la primera parte de esta embarullada novela hice ya conocer al lector. En la misma casa de la calle del Tri-bulete, donde tenian su albergue, ó uno de sus al-

bergues, los ladrones que trataban de hacer aquel robo que impidió el hijo del sacristan. Ya recordará el lector que á aquella casa tambien fué llevado el jóven, y herido al huir los ladrones en el momento en que llegaba en su busca la policía. Y tambien recordará el lector que uno de los ladrones habló incidentalmente con otro de sus compañeros de la Chata. Pues esta misma Chata fué con quien dió la pobre madre abandonada y quien la llevó á la casa de la calle del Tribulete, donde tenia una de sus varias habitaciones.

Era la Chata mujer de trastienda y de enredo, y lo demuestra la circunstancia de que en unas partes la conocian por la Chata, en otras por doña Manuela, en otras por la señora de arriba, en otras por la señora de abajo, porque la Chata tenia cuatro ó cinco habitaciones á su disposicion en diferentes casas, en distintas calles y en distintos barrios, así como tambien tenia diversidad de trajes y los vestia segun las circunstancias.

Con su vestido corto, su pañuelo á la cabeza puesto al desgaire, parecia la Chata en el Rastro ó en la Ribera de Curtidores una prendera *bien forrada*, con el riñon bien cubierto, valiéndome de una expresion vulgar, y capaz de sacar de un apuro á cualquiera, prestándole á real por duro á la semana.

Con su vestido de cola, de seda, su mantilla de encaje y sus guantes amarillos, parecia así como viuda de un teniente coronel, azafata de palacio, y sobrina de un marqués, y cuñada de un conde, y

prima de un duque, y emparentada, en fin, con toda la nobleza y la grandeza y la riqueza del mundo, porque en su familia no habia más pobre que ella, y esto por haber sido siempre muy independiente, y haber preferido hacer su regalado gusto casándose con un militar, el mejor mozo del ejército, á dar su mano, como querian sus parientes, al conde de los Siete Lagartos, que tenia un caudal atroz.

Con su vestido de hábito negro, su mantilla de manto, su rosario y su libro de oraciones en la mano, parecia la Chata una devotísima y religiosísima solterona desengañada del mundo y consagrada por completo á pedir á Dios por los pecadores.

Con su traje escotado, sus flores en la cabeza, su manga corta, para que se viera un brazo bastante perfecto, en su casa de la calle del Prado, en su salon bien puesto y bien iluminado, recibia una escogida sociedad, compuesta de señoras y señoritas de diversas categorías, variando, desde la viuda de un alférez casado sin real licencia, hasta la huérfana de un general que al morir se le olvidó reconocerla por hija, y ésta queria que lo que no reconoció el general, lo reconociera el gobierno y le diera la pension correspondiente á las viudas ó huérfanos de los oficiales generales del ejército, á cuyo efecto llevaba ya dirigidos unos cincuenta memoriales al ministro de la Guerra, y sobre doscientos á S. M., alegando que siendo hija natural de un general, no habia nada más natural que su deseo de cobrar paga. La sociedad masculina se componia de militares, periodistas, em-

pleados, gente toda alegre y divertida, que lo mismo bailaba un cotillon que ponía á la sota un duro, y le daba los golpes correspondientes.

La Chata era una señora, y no se acercaba nunca á la mesa de juego, porque no le tenía aficion, segun decia; pero si no tenía aficion á jugar, sí la tenía á que los demas se jugasen hasta la camisa, porque, aunque el que tallaba en aquella distinguida reunion era un capellan de regimiento retirado á buen vivir, hombre muy formal, no era él á la verdad el banquero verdadero, sino simplemente el digno representante de la Chata, á quien daba estrecha cuenta de la administracion de los fondos que le confiaba, y por cierto que no podia haber encontrado mejor administrador, porque rara era la noche que la banca no salia ganando.

He procurado dar al curioso lector una idea de las cuatro fisonomías que tenía la Chata.

Ahora debo decirle que conocia á todo el mundo, y que en todas partes gozaba de la mejor reputacion.

Ella tenía por amigos los más distinguidos ladrones de la corte y villa de Madrid, por quienes era grandemente respetada y admirada, porque muchas veces sacaba de entre las uñas de los curiales á mozos que pudieran haberse dado por muy contentos con ir ocho ó diez años á presidio, toda vez que lo que realmente merecian era estar en tal colegio toda la vida.

En el Rastro y todo el barrio de la gente del bronce, era la Chata una gran influencia; ella avenia,

enderezaba los matrimonios torcidos; ella hacia las bodas de la hija del matarife con el hijo del maestro de obras de afuera; ella adelantaba dinero al Tullido para que se dedicase á la industria de vender fósforos y papel de Alcoy; y ella, en fin, tenia tal influencia entre aquella gente, que bastaba una palabra suya para que se cerraran las navajas en ocasion de riña, para que se levantaran barricadas, ó para que se perdonara al polizonte cogido por algunos matones y sentenciado á muerte por el pueblo soberano, en dia de revolucion.

Pero cuando la Chata se ponía el vestido de seda y la mantilla de blonda, ya no era Chata, sino doña Manuela, no la conocian ya sus amigos y apasionados de los barrios bajos, á los que se guardaba muy bien de ir á visitar; conocíanla en cambio en muchas buenas casas, y entraba y salia en las de altos empleados y diputados influyentes, y asistia á reuniones de gente en alta posicion colocada.

Era la Chata, en fin, el mismo diablo, y gracias á los diversos caracteres que representaba, tenia una fortuna muy regular, adquirida por medios tan distintos, como distintas eran las fisonomías de la endiablada andaluza.

X

La paloma y los halcones.

Los primeros días de su estancia en casa de su protectora, no tuvo de qué quejarse, más que de su suerte, la pobre víctima del hijo del sacristan.

—Antes de dedicarte, hija mia, le decia la Chata, á buscar á ese bribon, es preciso que descanses, que cobres ánimo y esperanza, que se reponga tu hijita, que la pobre está muy delicadita. No tengas cuidado alguno, que en mi casa ningun daño has de sufrir.

Y la compró un vestido negro de merino, y ropa interior de abrigo, y un pañuelo de capucha, que en su vida habia visto otro la pobre muchacha, y á la niña le compró todo lo que necesitaba, zapatitos, medias, ropa blanca, dos vestiditos, manteleta, mantilla, en fin, la puso que daba gloria verla, y la misma niña, al verse tan maja, se reía como una loca, y coqueteaba

mirándose al espejo, y en cuanto veía entrar á la Chata, le tendía los brazos y le daba besos.

—Pero, señora, decía la madre abandonada; todo esto, ¿por qué lo hace V. conmigo?

—¿Por qué? Por hacer bien nada más.

—Dios se le pague á V.; pero ¿cómo había yo de creer que hallaría en Madrid tan grande caridad?... Perdóneme V., señora, pero al verme con este traje, al verme tan obsequiada por quien no me conoce, al ver que V. no quiere que yo la sirva de criada, que no quiere que le pague de ninguna manera lo que hace por mí, tengo miedo.

—Tú no te ocupes en nada, y confía en mí.

Pero la pobre jóven no podía tranquilizarse, á pesar de tantas pruebas de afecto y tan desinteresadas.

—Esto no puede ser, pensaba; yo tengo miedo... ¿qué va á ser de mí?...

En la casa donde se hallaba entraba y salía bastante gente, pero la Chata la recibía en otra habitación, y ninguna persona extraña vió en aquellos primeros días á la madre abandonada, á no ser una vecina, buena mujer, que al momento conquistó las simpatías de la jóven, y que, en efecto, era una buena mujer, que ignoraba la vida y milagros de la Chata, á quien debía algunos favores.

Solía la Chata salir de casa frecuentemente, pero siempre dejaba la llave de la habitación á su huésped, y la encargaba cerrase bien la puerta y á nadie la abriese.

Pasaban dias, y la muchacha comia y bebia y estaba muy maja; pero no sabia nada de lo que habia venido á averiguar.

—Pero, señora, dijo al fin á la Chata, ¿qué significa esto?

—¿El qué?...

—Yo he venido á Madrid á buscar á ese hombre, usted me ha prometido ayudarme, pero hasta ahora...

—¿Y crees tú que yo no hago nada por tí?... ¿En qué me he ocupado estos dias?... En preguntar, indagar, averiguar... Cálmate, cálmate y déjalo todo á mi cuidado. Ahora vas á recibir una visita muy agradable.

—¿Visitas yo?...

—Es una jóven guapa, alegre, servicial... una modista.

—¿Modista?... ¿Y qué es modista?...

—¡Já! ¡já! harás reir á un muerto. ¿Conque no sabes lo que es una modista?

Un golpe dado en la puerta interrumpió á la Chata.

Era la modista. Entró, y pidiendo á una chica que la acompañaba un bulto que esta traia, desató un pañuelo que envolvía un bonito vestido de raso azul.

—¿Es para esta señorita? preguntó señalando á la pobre madre.

—¡Señorita! repitió esta con asombro.... ¡Eso no es para mí!

Y ántes de que la jóven madre volviera de su sorpresa ya le habian quitado entre la modista y la Cha-

ta el vestido que tenia puesto, y le habian enca-pillado el nuevo, que era, en verdad, un precioso traje, con sus encajes de guipure, su falda doble, y hecho con toda la coquetería de la moda más reciente.

Sentábale á las mil maravillas, y nadie hubiera dicho que aquella era una pobre lugareña que en su vida habia visto cosa igual, ni tenia idea siquiera de que pudiese haber más tela de vestidos que la estameña, la bayeta y el percal...

—¡Qué hermosa eres! exclamó en un arrebató la Chata.

Y para completar el pensamiento, añadió:

—Si yo fuera hombre, me volveria loco por tí.

La modista se sonreia de una manera picaresca.

La hijita de la muchacha, al ver á su madre con aquel vestido de color tan brillante, se reia como una loca, manifestando su contento. Pero Teresa sentia oprimírsele el corazon bajo aquel raso y aquellos encajes, y cuando se vió en el espejo que la Chata le puso delante, se horrorizó como si hubiera visto en el cristal la imágen del mismísimo demonio.

Y no era la del demonio, sino la de un ángel la que se retrataba en el espejo.

—¡Dios mio! ¿qué es esto?

Y rompió á llorar. No tenia motivo alguno de queja de la Chata: su protectora no le habia dejado adivinar intencion alguna interesada, pero el instinto, que era poderoso en aquella mujer, desde tan niña acostumbrada al sufrimiento y á la reflexion,

le decia que todo aquello no era bueno, que aquel costoso traje no era el que convenia á su humildad y á su infortunio, y temia... no sabia qué, pero temia algo.

—Voy á quitarme esto, dijo la jóven cuando hubo salido la modista.

—Pues si vamos á salir.

—¿A salir?... ¿Y yo voy á salir así?... ¡Oh! nunca me atreveré.

—Pues, señor, voy viendo que no quieres encontrar al padre de tu hija.

—¡Oh! sí.

—Entónces es preciso que me seas obediente.

—Haré todo lo que V. quiera.

La Chata le arregló el cabello, la puso una rosa blanca entre aquellas trenzas de finísima seda, y retirándose á su cuarto, volvió á aparecer á los pocos minutos vestida elegantemente.

—Pero... murmuró Teresa.

—¿Qué te ocurre todavía?...

—Señora, llevo los hombros desnudos...

—¡Já! ¡já! ¿Y te asustas de eso?... Pues ya verás las demas, ya verás las principales señoras.

La Chata echó sobre los hombros de su protegida una magnífica manteleta de pieles.

—Esto es otra cosa, dijo Teresa.

Púsole luego la Chata los guantes, dióle un pañuelo de nípis y un abanico de nácar, y dijo:

—¡Vaya, vamos!...

—Pero... murmuró Teresa, ¿y mi hija?

—Tu hija queda aquí.

—¿Aquí?... ¡Oh! nunca; yo no me separo de mi hija.

—Pero, mujer... ¿qué le va á suceder aquí á tu hija?... Al sitio donde vamos, donde acaso vas á hallar al padre de esta pobre niña, no puede ir ella... Es preciso que te sometas á las costumbres y á las circunstancias... Ya sabes que todas las noches la niña se duerme á esta hora y no hace más que un sueño... Además, la señora Eugenia, la vecina de al lado...

—¡Oh! si se quedara la señora Eugenia...

—No me gusta que en mi casa quede nadie de fuera, pero por tranquilizarte...

Y la Chata llamó á la señora Eugenia, que al momento accedió á lo que de ella se solicitaba, y que como era medio ciega, no pudo notar el lujo con que iban puestas las dos vecinas, bien que para ocultar ese lujo á los demas vecinos, que no eran ciegos ni medio ciegos, cuidó la Chata de echar un gran pañuelo sobre los hombros de Teresa, y de ponerle otro de seda á la cabeza, haciendo luego ella lo mismo.

Tranquila ya la pobre madre con dejar á su hija al cuidado de aquella buena mujer, siguió á la Chata.

Ya en la calle, anduvieron algunos pasos; pero venia un coche, y la Chata llamó al cochero.

Ambas entraron en el coche.

La Chata dijo:

—Al Príncipe.

Y el coche rodó. Diez minutos despues la Chata y

la palurda entraban en el teatro del Príncipe. Teresa estaba atónita. Aquello no lo había imaginado ella nunca. Al pasar por los corredores, algunos señores exclamaban:

— ¡Qué hermosa!

— ¡Gran moza!

— ¡Bonita es la niña!

La Chata se reía: ella sentía que se le abrasaban las mejillas. Entraron en un palco. Teresa caminaba de sorpresa en sorpresa. El teatro estaba lleno. Lleno de mujeres hermosísimas y de hombres feos; lleno de luz, de perfumes: estaba, en fin, como está en noche de estreno de obra de un autor reputado. Teresa no sabía qué hacer.

—Vamos, hija, le dijo la Chata, de todo te admiras; este es un teatro; vas á ver cosas muy bonitas, y acaso, acaso, al padre de tu hija.

—Señora, perdone V.; pero esto es tan nuevo para mí...

—Bueno, asómbrate cuanto quieras; pero no estés ahí hecha una estatua... Quítate ese pañuelo y esa manteleta, y siéntate en una silla.

— ¡Quitarme el pañuelo! ¿Quitarme la manteleta?

—Pero, mujer, ¿crees que estás aquí en alguna romería de tu pueblo?... ¿No ves á las demas señoras?

Teresa se atrevió á mirar á otros palcos, y vió en efecto hombros y brazos desnudos en todos ellos. Pero no se decidía á soltar su abrigo. La Chata tiró gallardamente del pañuelo y de la manteleta que cubrían los hombros de Teresa, y la hizo sentarse en el

asiento preferente. Teresa se cruzó las manos sobre el pecho. La pobre madre tenía pudor.

—Pero, hija, si todas están lo mismo... le observó su protectora.

Teresa sentía que sus sienes estallaban; miraba y no veía; las luces, el ruido de las conversaciones, la sinfonía, todo aquello la aturdió. Quería mirar, y bajaba los ojos en seguida, porque á donde quiera que miraba veía otros ojos fijos en ella. Teresa hizo mucho efecto. Estaba verdaderamente hermosa, y su traje era muy á propósito para llamar la atención. Todo el mundo se preguntaba:

—¿Quién es aquella muchacha?

—Debe ser provinciana, porque en Madrid no la he visto nunca, decía uno.

—Alguna sobrina de doña Manuela.

Doña Manuela ya he dicho que era la Chata.

—Es preciosa mujer.

—Una mujer así ya puede venir escotada.

Se levantó el telón. La comedia empezó. Era una aldea; allí había la madre confiada y amante de su hija, la hija inocente y cándida, y el muchacho ladino, que se había criado con la hija, y, es claro, que tenía amores con ella. Teresa experimentó una grata sensación al ver aquel telón y aquellos árboles, y aquellas casitas blancas que le recordaban el sitio de su nacimiento, y sonrió al oír hablar á aquellos personajes el lenguaje del pueblo, el lenguaje que ella conocía tanto, y cuya exactitud hacía honor al talento de observación del autor de la comedia.

Acababa el acto quedando la aldeana confusa, avergonzada, reflexiva, temerosa del porvenir, y pidiendo á Dios que su amante fuera bueno, y éste, en un monólogo muy bien escrito por el poeta, indicaba su deseo de ver más mundo, de huir del pueblo, de venir á Madrid, sin que le detuviera la obligacion contraida con su enamorada amante.

—¿Te gusta? preguntó la Chata á Teresa.

—Señora... yo no sé lo que siento; pero... ¡Dios mío! ¿qué es esto?... ¿en qué pueblo estamos?...

—¡Jesus! ¡qué inocencia! Si todo eso es mentira.

—¿Mentira?

—Pues, ¿qué piensas?...

—Eso me ha pasado á mí.

—¡Toma! todo lo que pasa en las comedias pasa en el mundo; pero, hija, en el mundo pasan cosas mucho más extraordinarias que en las comedias; cosas que si se vieran en comedia se diría que eran mentira. No hagas caso. Toma, toma los gemelos, y mira á ver si está ese hombre.

—¿Dónde?

—¡Toma! Aquí, entre la gente.

Teresa miró, y no fué poca su sorpresa al ver que cerca veía la gente á traves de aquellos cristales. Pero no podía ver bien, porque á donde quiera que miraba veía otros cristales semejantes; como que todo el mundo la estaba mirando. Empezó el segundo acto. El galán habia huido del pueblo y vivia en Madrid, hecho un caballero, galanteando á otras, tratando de casarse con una viuda verde y rica, y con

una fama de tronera que no le favorecía mucho; pero en el momento en que estaba más engolfado en sus grandezas y conquistas y planes de futura felicidad, aparecía la muchacha del pueblo con su niña en brazos y desbarataba por completo los proyectos del monstruo, haciendo que la viuda verde desistiese de casarse con él, y que el hombre se diera á todos los demonios. Y tal se enfurecía que cogía una pistola y amenazaba con ella á la que había sido su amante; mas, reflexionándolo mejor, torcía contra sí mismo el cañon del arma fatal... Y entónces, la aldeana se abalanzaba á él, le presentaba la niña, se la ponía en los brazos, le quitaba la pistola y caía el telon. Teresa seguía toda esta fábula de la comedia con el mayor interes, y cuando bajó el telon en el acto segundo, gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y algunas cayeron sobre la magnífica falda azul.

—Muchacha, ¿por qué lloras? le preguntó la Chata.

—¡Ah! ¡Dios mio!... respondió únicamente la pobre mujer.

Chocó bastante la sensiblería de la muchacha; pero nadie presumió sino que le afectaban los incidentes del poema, que en verdad estaba escrito con ternura y sentimiento. En el intermedio del segundo al tercer acto tuvo una visita en su palco la Chata, un hombre ya de edad, bien vestido, muy serio, y que devoraba con los ojos á la muchacha. La Chata le recibió con señaladas muestras de distincion. El conde de Tres Puentes, que él era, se quedó detras del asien-

to de la Chata, desde donde veía á Teresa sin que el público malicioso pudiera verle.

—¡Qué hermosa amiga tenía V.! doña Manuela, dijo el conde.

—Sí, ha venido del pueblo...

De pronto, Teresa se levantó y gritó:

—¡Ah! ¡él es!...

Todo el público se volvió á mirarla.

—¿Quién? le preguntó la Chata.

—¡Aquel, aquel es!

Y señalaba á un palco donde estaba precisamente la esposa del presidente del Consejo de ministros, acompañada de Antonio de Luna, del hijo del sacristan.

—Aquel es Antonio de Luna, dijo el conde de Tres Puentes, siguiendo con la vista la direccion que señalaba la jóven... Ahora hace el amor á la hermosa Isabelita. ¡Valiente pillo!

Teresa cayó sin conocimiento.

Gran sensacion causó en el teatro aquel desmayo, y todos los jóvenes elegantes y los viejos verdes curiosos se lanzaron al pasillo del palco, para prestar auxilio á la paciente y á doña Manuela, á quien suponian señora tan sensible, que de ver desmayada á la otra, podria ella tambien desmayarse á la mayor brevedad; pero el conde de Tres Puentes, que se hallaba en el palco á la sazón, habia ya enviado recado al cochero de que acercase su carretela, y entre él y doña Manuela sacaban á la lindísima jóven desmayada todavía.

Al pasar, todos admiraban su peregrina hermosura, y envidiaban la buena suerte del conde de Tres Puentes, que tan á punto habia estado para coger en sus brazos á la sensible amiga de doña Manuela. Antonio de Luna se acercó como todos á ver á la que tan poderosamente habia excitado la curiosidad del distinguido concurso, y al mirarla exclamó:

—¡Es particular!... ¡Cómo se parece á aquella pobre!

El conde, doña Manuela y la desmayada salieron del teatro, y Antonio de Luna se volvió á la sala del teatro, donde le llamaba la presencia de la esposa del presidente del Consejo, que honraba aquella noche el coliseo, como ya he dicho.

—¿Qué ha sido eso, Sr. Luna? preguntó Isabel al joven político.

—Una joven desmayada, que, sin duda, se ha impresionado con las escenas de este drama sentimental que nos han dado esta noche.

Entre tanto, estaban ya acomodados en el coche del conde de Tres Puentes las dos mujeres y éste personaje, que preguntó á doña Manuela:

—¿A dónde vamos?

La gran lagartona dudó un momento, porque, ¿cómo habia de permitir que las acompañase el conde á su casa de la calle del Tribulete? y al fin le indicó su casa de la calle del Prado, donde recibia la señora á la buena sociedad, y que ya era conocida del conde, que varias veces la habia honrado con su presencia.

El conde de Tres Puentes hizo varias preguntas á

doña Manuela, pero estaba esta muy ocupada en procurar que volviera de su desvanecimiento la jóven; y al fin volvió al detenerse el coche en la puerta de su casa.

—¡Dios mio! fué lo primero que dijo; ¡él es! ¡él es!

—¿Quién?

—¡El!...

—Estamos enterados, murmuró el conde.

Subieron á la habitacion de doña Manuela. El conde ofreció la mano á Teresa, pero esta guardó las suyas como con miedo bajo el abrigo, y miró al conde con asombro. Cuando estuvieron en la casa, doña Manuela dispuso se hiciera té para la enfermita, y procuró tranquilizarla. Pero ésta, con un acento más firme que el que habia tenido hasta entónces, y mirando en derredor suyo, como que extrañaba el sitio en que se hallaba, exclamó:

—Señora, ¿qué es esto? ¿qué casa es esta? ¿por qué me ha llevado V. esta noche á ese lugar donde he visto copiada mi propia historia, y por fin le he visto á él?... Sí, él era, el mismo que el otro dia, á tiempo que entraba en un coche, me dió una limosna... ¡Dios mio! ¿qué es lo que por mí pasa?... Y este hombre, añadió señalando al conde, que me mira de tan extraña manera, ¿quién es?... ¡Oh! V. me tiende un lazo... V. no es buena... y estas galas, este vestido, esta miseria de lujo con que me ha querido V. disfrazar, me indican bien claramente que V. no tiene buenas intenciones... ¡Ah! ¡Dios de mi vida! ¿para qué saldria yo de mi pueblo?...

El conde estaba como quien ve visiones, y la Chata procuraba en vano calmar la excitacion de la jóven, que, con gran asombro suyo, manifestaba una extraordinaria energía y un instinto bastante claro, en medio de su ignorancia de las cosas del mundo.

De pronto, Teresa dió un grito, más que un grito, un rugido.

—¡Ah! gritó, ¿y mi hija?...

—¡Sopla! dijo por lo bajo el conde, ya hay hija de por medio. ¡Fíese V. en apariencias!

—¿Dónde está mi hija, señora?... volvió á preguntar á la Chata.

—Tranquilízate, mujer, á tu hija nada le ha pasado, y ahora mismo, si quieres, te la traeré.

—Sí, abajo está mi coche, se apresuró á decir el conde de Tres Puentes, puede V. hacer uso de él para traer á esta jóven su hija... Calme V. su inquietud, que es muy natural en una madre.

Teresa miró con agradecimiento al conde, que tan antipático le había sido ántes.

—¡Oh! sí, calme V. mi ansiedad, señora, devuélvame V. á mi hija, y luego haga V. de mí lo que quiera, pero ¡por Dios! sin separarme de mi hija.

—Bueno, mujer, bueno, para que tengas confianza en mí...

—¡Oh! V. no es madre, señora, observó el hipócrita del conde, y no comprende las impaciencias de una madre. Es muy natural que ella misma quiera ir á buscar á su hija, y yo ofrezco á Vds. mi coche...

—Acepto, pero nada más que hasta cierto sitio.

Las mujeres con el conde volvieron á bajar y entraron en el coche.

—A la Plaza del Progreso, dijo la Chata.

Al llegar á esta plaza, se detuvo el carruaje, y el lacayo bajó á enterarse del número de la casa.

—Ninguno, contestó la Chata; aquí bajamos.

—¿Nos volveremos á ver? preguntó el conde.

—Por supuesto, contestó la Chata.

—Tendré el mayor placer en poder servir á esta señorita en el asunto que la ha traído á Madrid, si es que le inspiran confianza mis años y mis canas.

Dijo estas palabras con tanta sencillez y con tanta delicadeza el conde, que la pobre muchacha contestó:

—Muchas gracias.

Las mujeres se metieron por la calle de Lavapiés: el conde dijo al lacayo, que habia quedado al pié de la portezuela:

—Entra.

—Señor...

—Entra en el coche. Quitate la librea y el sombrero; toma el mío y mi gaban, y sigue con disimulo á esas mujeres. Si averiguas dónde entran, te doy cuatro duros.

En ménos de un minuto cambiaron de traje el amo y el lacayo, y éste echó detras de las mujeres, mientras el coche rodaba por la calle de la Magdalena para que creyeran aquellas que el conde se retiraba, pero poco despues, el conde hacia volver el carruaje á la plaza.

Las mujeres dieron algunas vueltas por calles y callejas, y al fin penetraron en la del Tribulete.

—¿Qué demonios de aventuras trae mi amo? se preguntaba el lacayo.

Llegaron á la casa; la Chata abrió la puerta con llave, y las dos entraron. Acercóse el lacayo, despues que hubieron cerrado la puerta, para mirar el número y poder dar señales exactas á su amo; pero oyó sonar una llave en la cerradura de la puerta y echó á andar por la calle abajo, muy desentendido. De la casa salieron dos hombres: volvióse él á mirar, y vió que venian detrás. Los dos hombres andaban sin que se les sintiera: llevaban alpargatas.

—Ahí delante va un señorito, dijo uno.

—Es verdad; señorito, y á estas horas en esta calle... será algun conspirador ó algun rovio.

—Si le diéramos una embestida...

—¡Qué, hombre, si no llevará dos reales!

—¿Quién sabe?

—Veámosle ántes.

Los dos hombres se adelantaron y pasaron delante del lacayo, vestido de caballero.

—Lo que es el gaban, dijo uno, es de lo bueno.

—Y el sombrero flamante.

—Me parece que es cosa de aprovechar la ocasion.

De pronto, los dos hombres se volvieron y se arrojaron sobre el lacayo, al doblar éste la esquina de otra calle.

—Si hablas, mueres.

—Suelta la ropa y el dinero, le dijeron.

El lacayo no habló una palabra, en vista de la primera amenaza, y se dejó quitar el sombrero y el gaban. Dinero no llevaba.

—Poco es, dijo uno; pero, en fin, echa á andar, y cuidado con gritar, porque mueres.

Y llevaron al lacayo entre los dos, hasta dejarle cerca de la Plaza del Progreso; allí le soltaron y se perdieron en las callejuelas.

El lacayo, más muerto que vivo, se acercó á la portezuela del coche, y la abrió.

—Señor, dijo.

—¿Qué es esto?... ¿Te han robado?

—A mí no, señor.

—¿Pues cómo vienes en mangas de camisa?

—Porque le han robado á V. E. el gaban y el sombrero que me dió.

—¿Y te has dejado robar?

—Señor, eran dos contra mí, y armados; salieron de la misma casa donde entraron las señoras que V. E. trajo en el coche.

—¿De qué casa?

—De una de la calle del Tribulete.

—¡Canario! ¿Y en esa casa han entrado esas señoras?

—Sí, señor.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco.

—¿Qué trazas tienen los que te han robado?

—A V. E.

—Eso es, los que me han robado á mí.

—Pues, señor, tienen trazas de ladrones, con chaqueton, sombrero gacho, alpargatas; vestidos, en fin, de ladrones.

—¡Ah! exclamó el conde.

—¿Qué es eso, señor? ¿Se siente V. E. malo?

—En el bolsillo del gaban estaba la cartera.

—¿Y tenía V. M. dinero?

—Sí; mucho dinero, y algo más.

—¡Diablo! murmuró para sí el lacayo, ¡qué ladrones con suerte!

El conde de Tres Puentes volvió á su casa en cuerpecito gentil, sin gaban y sin sombrero, pene-gando de su aventura de aquella noche, y pensando cómo haría para volver á ver á la jóven compañera de la Chata, y para recobrar su cartera, que le importaba mucho, pues en ella tenía, no solamente dinero, sino otros papeles que contenían secretos que le importaban todavía más.

XI

Donde verá el lector cosas curiosas.

El conde de Tres Puentes estaba dado á todos los demonios, y la noche de su extraña aventura, cuando se encerró en su habitación, en lugar de leer los periódicos, como tenía por costumbre, á fuer de politicon de la alta escuela, se empezó á pasear agitado, murmurando:

—¡Maldito incidente!

¡Si las mujeres han de ser causa de todos los males!...

¿Quién demonios me mandaba á mí tener curiosidad?...

La chica es guapa, eso sí, y yo tengo esta debilidad, aunque parezca mentira... Todo el mundo cree que á mí no me gustan las mujeres, pero... ¡qué guapa es esa muchacha!...

¡El bestia de mi lacayo merecía!... ¡Ir á dejarse robar en medio de la calle, y no dar una voz siquiera! Y el caso es que estoy comprometido; en la cartera hay cartas y papeles muy graves referentes á la conspiracion que traemos entre manos para cambiar la situacion, y sabe Dios á quién pueden ir á parar esos papeles... Tambien hay bastante dinero, pero en fin, el dinero es lo de ménos...

Pero ¿qué diablo de historia es la de doña Manuela y la de esa muchacha á quien acompañaba anoche, y que no parecia estar muy segura de las intenciones de doña Manuela?... ¿Qué casa es esa de la calle del Tribulete, donde entran esas mujeres y de donde salen dos ladrones?...

¡Demonio!... ¿si será doña Manuela de la compañía?...

El dia siguiente, el conde de Tres Puentes, que habia dormido muy intranquilo, se levantó más temprano que tenia de costumbre.

—Es preciso que yo vaya á esa casa y vea á esa mujer, á doña Manuela y la otra.

Mas ir solo... no tengo miedo, no, pero... ¿Quién me acompañaría?... ¡Ah! Antonio de Luna; ninguno mejor... El me debe todo lo que es, no se asusta por nada, y sólo en él puedo confiar.

Y le escribió una esquelita, pidiéndole que viniera á verle al momento.

Antonio de Luna, ó sea el hijo del sacristan, acudió instantáneamente al llamamiento de su antiguo amo.

—¡Hombre! le llamo á V. porque le necesito, dijo el conde.

—Lo supongo, y me alegro, porque tengo ocasión de servirle á V. Nunca olvido...

—Bueno, bueno, ya sé yo lo que es la gratitud de los hombres... Anoche me ha sucedido una aventura extraña.

—¿Sí?

—Ya me vió V. en el palco de aquellas señoras...

—No recuerdo.

—¡Hombre! en el palco donde se desmayó aquella jóven...

—Sí, sí; ya recuerdo. Y ¿V. conoce á aquella mujer?

—Yo no, ¿y V?...

—Es muy parecida á cierta persona, pero ¡quía! no puede ser ella... es imposible...

—¿Quién?

—Una mujer que yo conocí hace mucho tiempo...

—¡Hombre! me alegraría de que me pudiera V. dar algunos informes de ella...

—Ya le digo á V. que no la conozco... encontré alguna semejanza entre ella y otra... pero no, si no puede ser... Conque, ¿cuál es la aventura, si se puede saber?

El conde refirió á Antonio lo ocurrido.

El hijo del sacristan, al oír la calle del Tribulete, frunció el ceño y quedó pensativo.

—¿En la calle del Tribulete? dice V.

—Sí, señor; á lo ménos esa es la calle que me dijo el lacayo.

—Es singular.

—¡Qué! ¿también le han robado á V. en esa calle?

—No, señor; pero... hace ya tiempo, cuando vine á Madrid, ántes de tener la fortuna de conocer á usted...

—Cuenta V., hombre.

—Me llevaron á esa calle, y me metieron en un cuarto, y me hubieran asesinado, á no llegar la justicia á tiempo en busca de aquellos malhechores.

—¡Demonio!

—Yo no sé lo que pasó, porque al huir me hirieron, y perdí el conocimiento.

Ya recordarán los lectores esta escena en la primera parte de esta novela.

—Me llena V. de confusiones. ¿Y cómo le llevaron á V. allí?

—¡Oh! es largo de contar... Por una circunstancia singular, yo tenía una suma que sin duda me quisieron robar, y que al fin me robaron; pero no creo que fué allí... La aventura de V. es lo que ahora interesa.

—Pues en mi gaban había una cartera con papeles que necesito recobrar... Además, yo necesito saber qué mujer es esa doña Manuela que tiene una casa en la calle del Prado, y, á lo que parece, otra en la calle del Tribulete, y, por fin, necesito también ver á su donosa compañera.

—Señor conde, vamos á donde V. quiere.

—¿Tiene V. armas?

—No he traído... sólo de noche llevo un par de pistolas.

—Tome V. estas mias, y yo llevaré estas otras. Bueno es ir prevenidos.

—Yo no tengo inconveniente en acompañar á usted, pero no sé hasta qué punto será prudente que usted se aventure en aquella casa.

—Me importa mucho recobrar los papeles que habia en la cartera... El dinero lo puedo perder, pero los papeles, no. Esos papeles pueden costar la vida á algun hombre, á algun amigo mio, á algun general del ejército.

—¡Ah! ¡Una conspiracion! Nada me habia V. dicho.

—Hombre, cada cual conspira contra el gobierno á su manera. V. conspira enamorando á la mujer del Presidente... y yo como puedo.

El conde se envolvió en su capa, guardó las pistolas en los bolsillos del gaban, y llamó al lacayo robado la noche anterior.

—Coge la capa y ve á esperarnos en la esquina de la calle del Tribulete, le dijo.

—Bien, señor.

—Ve deprisa, que nosotros vamos en coche. Y cuidado con que se hable con nadie.

—Descuide V. E.; soy mudo.

El conde y Antonio de Luna salieron poco despues, embozados hasta los ojos, y ántes de encaminarse á la calle designada, dieron por otras algunas vueltas, hasta llegar á una parada de coches de alquiler, en sitio extraviado, donde no se pudiera conocer al conde de Tres Puentes, que era harto conocido en Madrid.

En la calle Ancha de San Bernardo fué donde se metieron en un coche, y el conde dijo al auriga:

—A la calle del Tribulete, en la esquina.

—¿En qué esquina?

—En cualquiera.

Media hora despues, porque no tardó ménos en llegar el anciano y cansado jamelgo que tiraba del coche, se detenía éste en la esquina de la calle del Tribulete, por la Plaza de Lavapiés.

Los dos hombres se apearon del coche y echaron á andar.

—¡Eh! *Caballero*, dijo el cochero, ¿no me pagan?

—Espérate ahí.

—Es que le dan á uno unos *chascus*.

—Toma, y espera, dijo el hijo del sacristan tirando al cochero medio duro.

—*Estu* es otra cosa.

El lacayo del conde estaba paseándose un poco más abajo de la casa.

—¿Cuál es la casa?

—Esa.

—Bueno; pues espera enfrente de la puerta.

Y entraron bravamente por el portal adelante el conde y su acompañante.

—Esta es la casa, observó Antonio de Luna.

—¿Donde le sucedió á V. aquel lance?

—Sí, señor.

—¿En qué cuarto fué?...

—En aquel.

Y señaló la puerta de uno de los del patio.

—Antes de llamar en ese cuarto, conviene saber si esa mujer está en esta casa.

En la puerta de uno de los cuartos estaba una mujer.

—Buena señora, le dijo el conde, ¿sabe V. dónde vive en esta casa una señora que tiene en su compañía una jóven?...

—Mire V., señor, lo que es en cuanto á señoras, *semos* un monton en la casa...

—Ya me hago cargo.

—Pero en el principal, en el núm. 5, hay una señora... ¿Es ella bien parecida... así de mis carnes y de mi edad?...

—Sí, señora; precisamente...

—Pues suban Vds., que puede que sea.

En esto asomó al corredor del cuarto principal una pobre vieja, y la de abajo le dijo:

—Oiga V., *señá* Eugenia, aquí preguntan por la vecina y por la jóven que está con ella... La jóven ha venido hace pocos dias, ¿no es verdad V., caballero?...

—Sí, esa debe ser.

El conde y Antonio de Luna subieron al piso principal, y la señora Eugenia, creyendo que iba á prestar un buen servicio á su vecina y protectora la Chata, llamó á la puerta del núm. 5.

—¿Quién es? dijo una voz dentro.

—Soy yo, señora, contestó la buena mujer.

Y un momento despues doña Manuela misma abrió la puerta, y al ver dos hombres fué á cerrarla, pero

el conde habia alargado el brazo é impedido que la puerta se cerrara.

—Soy yo, doña Manuela, dijo entrando.

—¡Ah! ¡señor conde!... murmuró muy turbada la Chata... ¿V. aquí?... ¿Cómo ha podido V. saber?... ¿Y este caballero?...

—Este caballero es un amigo de mi confianza.

El conde y el hijo del sacristan entraron en una sala muy modesta, en la que se veia, ademas de la puerta de la alcoba, otra puerta de madera, que debia ser de una especie de gabinete, pero estaba perfectamente cerrada con llave.

—Señora, dijo el conde, no hablaré á V. ahora del asombro que me causa ver que V. tiene dos casas, que yo sepa, y que una de estas casas está en esta calle, donde no creia poder encontrar á una persona que, como V., alterna con una gran parte de la buena sociedad de Madrid; pero anoche, al separarse usted de mí con su compañera, tuve la curiosidad de saber á dónde venian Vds., y las hice seguir por mi lacayo, disfrazado con parte de mi traje. El lacayo cumplió mi encargo, y aquí tiene V. el modo que he tenido de descubrir su escondite; pero cuando, despues de haber entrado Vds., volvía á darme cuenta, de esta misma casa salieron dos hombres que le robaron.

—¿Es posible?

—Sí, señora, y tan posible: le robaron mi gaban, que en el bolsillo del pecho tenia una cartera que necesito recobrar.

—¿Y qué desea V. de mí? En esta casa vive mucha gente, y yo no conozco á la mayor parte de ella.

—Pues ello es preciso que yo recobre, á lo ménos, una parte de lo que la cartera contenia, unos papeles relativos á asuntos políticos.

—Señor conde, me habla V. de un asunto que nada tiene que ver conmigo, y me extraña mucho... respondió, queriendo aparentar serenidad, pero cada vez más turbada, la Chata.

—Señora, lo que á mí me parece es que V. conoce á los ladrones que anoche robaron mi gaban, dijo el conde, y va V. á servirme y hacerme el favor de rescatar la cartera con su contenido, excepcion hecha del dinero. Puedo sacrificar el dinero, pero los papeles... esos papeles deben volver á mi poder.

—Señor conde, contestó la Chata con cierto aire de dignidad, yo soy una señora, y no sé cómo se cree usted autorizado á insultarme suponiéndome...

—Señora, confieso á V. que desde anoche acá la supongo á V. eso y mucho más.

—Señor conde, circunstancias que no puedo confiar á V., ni á nadie, me obligan á estar en esta casa, y extraño mucho la insistencia de V.

La Chata estaba visiblemente contrariada é impaciente, y ya la habia sorprendido Antonio de Luna mirando con cierta inquietud á la puerta cerrada de que hablé cuando introduje á los dos señores en la habitacion de la Chata.

—¿Está V. sola aquí?... preguntó el conde, mirando tambien á aquella puerta.

—Sola... sí... digo, está la jóven que me acompañaba anoche...

—¡Ah! exclamó el conde.

Al mismo tiempo se oyó un grito de mujer, que habia sido lanzado en aquella habitacion cerrada.

El conde y Antonio de Luna se pusieron en pié.

—¿Qué es esto? dijeron á un tiempo.

—¿Qué pasa en esa habitacion, señora?...

—¿Quién está ahí dentro?

Y desde dentro daban golpes en la puerta.

—Señora, abra V. esa puerta, dijo el conde.

—Sí, abra V., añadía D. Antonio.

—¡Oh! sí, sí, ¡abrid, abrid! decia desde dentro una voz de mujer.

La Chata estaba aturdida.

—No... no tengo la llave... no sé dónde está.

La Chata buscaba la llave y no la hallaba... pero D. Antonio de Luna habia dado tan fuerte golpe á la puerta, que no era muy fuerte, que la cerradura habia saltado.

Y apareció Teresa con su hija, y dirigiéndose á Antonio, exclamó:

—¡Al fin te encuentro! ¡toma, esta es tu hija!

—¡Canario! exclamó el conde, con una interjeccion muy enérgica, al contemplar aquel cuadro.

Antonio de Luna se echó atrás y se quedó como una estatua.

No era el caso para ménos.

.....
Explicaré lo sucedido, aunque en las novelas sue-

len pasar cosas mucho más inverosímiles, que jamas se toman el trabajo de explicar sus autores, suponiendo acaso con razon que, aún explicadas, nadie las podria tragar. Teresa, rendida de la fatiga de la noche anterior, se habia dormido, abrazada á su hija, y ya contenta con haberla hallado á su vuelta del teatro. Hubo un momento en que sospechó que su fingida protectora la habia separado aquella noche de su hija para arrebatársela, pero al encontrarla despues, disipáronse todas sus sospechas, y aún estuvo por pedir perdon á la Chata por haberla juzgado ligeramente. Cuando entraron en la casa el conde y D. Antonio de Luna, todavía dormia la pobre madre, soñando la infeliz un mundo de felicidades para ambas. El conde tomó asiento en un sofá de paja, y D. Antonio de Luna en una silla enteramente enfrente de la puerta cerrada. Teresa se despertó, oyendo hablar en la sala inmediata, y escuchó. No podia entender mucho de la conversacion, pero las voces que oia no le parecian desconocidas. Llena de curiosidad, muy disculpable en quien se halla en situacion tan anómala, miró por la cerradura, y vió precisamente enfrente, sentado tan serio y como si tal cosa, á su dichoso amante, al padre de su hija, al hijo del sacristan, en fin.

—Sí, sí, es él, se dijo... está completamente desconocido... pero eso es para los demas, no para mí que le veo con los ojos del alma... ¡Ah! ¡y qué bien está con el traje de caballero!...

X lo demas ya lo sabe el lector.

Antonio de Luna se hizo atrás al presentársele la buena madre con unas intenciones atroces de darle un abrazo muy apretado.

—¿Qué es esto? exclamó el conde.

—No entiendo... contestó el aludido.

—¿No me reconoces? decia la madre... No es extraño; he sufrido mucho y estoy muy cambiada. Pero todos mis sufrimientos los doy por bien empleados habiéndote encontrado... A eso únicamente he venido á Madrid... á traerte tu hija... mírala qué bella es... la pobrecita ha pasado tambien muchos trabajos... como su madre... Tú has tenido mejor fortuna... ya sé que eres rico... Por Dios, dále un beso á tu hija... díla que eres su padre...

Y levantaba en brazos á la niña y se acercaba á Antonio.

—Señora, yo... murmuró éste al fin.

—¿Qué dices?...

—Está V. equivocada, dijo resueltamente el gran pillastre.

—¡Equivocada!

—Sin duda.

—¡Equivocada! repitió la pobre madre.

La voz de Antonio era tan dura, su mirada tan severa, que Teresa bajó los ojos.

—Pero si no puede ser... dijo la infeliz. Si eres el mismo, mi primero y único amor, mi compañero de la infancia, que tanto te queria mi madre, que cuidó de tí desde que te quedaste solo en el mundo...

—Esta mujer, dijo D. Antonio de Luna, me toma

por otro. Yo no conozco esa historia que me cuenta.

—¡Dios mío! exclamó la madre con indefinible acento. Ya ves, hija mía, tu padre no nos conoce. ¡Y para que no nos conozca he sufrido yo tanto, he venido á este maldito Madrid pidiendo limosna, he abandonado á mi pobre madre... y ahora... ahora no me conoces!...

—Tranquilízate, decia la Chata á su huésped.

—Déjeme V., señora; más valia que nos hubiera usted dejado morir á mi hija y á mí. ¡Oh! Yo no podia comprender que fuera tan ruin y miserable el corazon de un hombre.

—Señor conde, dijo el hijo del sacristan á su compañero, este incidente nos ha distraido del verdadero objeto de nuestra venida á esta casa.

—Es verdad, repuso el conde; pero si me interesa mucho el asunto que hemos traído aquí, tambien me interesa la suerte de esta buena madre y de su hija... Su dolor conmueve mi corazon, y es preciso buscar al padre de esta criatura.

—Pero, señor, ¡si es él!... ¡si es él!

—¡Está loca! dijo friamente el hijo del sacristan.

—¡Loca! repitió la madre. ¡Loca yo!... ¡Oh! ¡Per Dios, que no niegas la mala sangre que corre por tus venas, villano!

La paloma empezaba á convertirse en pantera.

—¡Loca yo! ¡loca porque te he amado y porque he creído que tendrías corazon!... ¡Oh! ¡y por él he dejado allí sola á mi pobre madre, á la que siempre me amó fiel y desinteresadamente, á la que tanto le favoreció

á él mismo, que á no ser por ella... Dios sabe!... ¡Ingrato! ¡Miserable!... Ven, hija mia, ven; despojémonos de estas infames galas que nos han puesto aquí, volvamos á vestir nuestros harapos, y huyamos, huyamos de Madrid, de este infierno donde parece que no hay más que maldades y mentiras.

Tales voces daba en su desesperacion la pobre mujer, que los vecinos de la casa habíanse reunido ya á la puerta de la habitacion, creyendo que allí dentro pasaba algo grave.

—¿Qué sucede en casa de la Chata?... preguntaba uno.

—Será algun lio de los muchos que tiene esa mujer.

—Siempre he creído yo que aquí habia gato.

—O gata, observó una vieja muy chismosa.

—Anoche ví yo á la Chata salir vestida como si fuera á Palacio, como si fuera, pongo por caso, una grande de España, y con otra.

—Señora... vecina, gritaba una, abra V. y diga qué pasa, que aquí estamos para lo que se le ofrezca.

—Abra V., vecina.

—O echamos la puerta abajo.

—O damos parte al gobierno.

—¿Qué pasa ahí?... dijo á la sazón un caballero que salia de uno de los muchos cuartos del corredor.

—¡Ah! ¡el médico! exclamaron á un tiempo todos los vecinos atraídos por la curiosidad hácia la habitacion de la Chata.

Era en efecto el médico, el mismo médico, aquel

que asistió al desafío de D. Antonio de Luna y tuvo el gusto de darle algunos palos, el mismo que se le rió en las barbas desde la tribuna pública del Congreso.

—No hay que alborotar, que en ese cuarto, dijo señalando á la puerta de la habitación de que habia salido, hay una enfermita que se muere, y los moribundos necesitan silencio y tranquilidad para pensar en Dios.

Entre tanto continuaba la escena dentro de la habitación de la Chata. El hijo del sacristan, duro como una roca, aseguraba que aquella mujer estaba equivocada. Esta lloraba y maldecía á su seductor, y luego le suplicaba, y luego volvía á maldecirle. La Chata estaba llena de temor y zozobra, habiendo oido las voces de los vecinos reunidos á la puerta. El conde pensaba que su antiguo criado, su protegido, era verdaderamente mucho más pillo de lo que á él se le habia figurado.

—¡Oh! exclamó Teresa, tú eres, tú, no me engañó, tú eres mi infame engañador, tú el miserable y traidor compañero de mi infancia, tú el hijo del sacristan...

—De sacristanes hablan ahí dentro, observó uno de los que oían desde fuera.

—Señor conde, dijo Antonio, esta escena es ya muy pesada; yo no conozco á esta mujer, y no tengo humor de oirla más tiempo.

Y se dirigió á la puerta.

—Vamos, añadió el conde; pero ántes debo decir á esta señora dos palabras:

Si de aquí á las cuatro de la tarde, no tengo en mi poder la cartera robada anoche á mi lacayo, no dormiré V. en esta casa ni en otra más que en la cárcel pública, señora doña Manuela.

El conde queria intimidarla, pero no tenia intencion de dar parte á la justicia de aquel suceso, toda vez que los papeles que habia en la cartera le comprometian gravemente.

—Advierto á V., añadió, que es inútil que trate de ocultarse, porque será V. seguida á todas partes á donde vaya.

Teresa lloraba cubriéndose el rostro con las manos, y la niña, agarrada fuertemente al vestido de su madre, la miraba, sin comprender la pobrecita aquella escena.

—Salgamos, dijo el hijo del sacristan.

Y dirigiéndose á la puerta, la abrió.

Exclamacion general de la vecindad reunida allí, en silencio desde que se habia presentado el médico.

—¡Hombre! dijo éste al ver á D. Antonio de Luna. Pues si es un conocido mio este señor.—Para servir á usted, añadió saludándole, con muchos extremos y con la sorna más fina del mundo.

El hijo del sacristan se inmutó al conocer al tremendo médico. Era el único hombre á quien tenia miedo. Detras salia el conde.

—¡Oh! exclamó el médico otra vez. Todas las notabilidades de Madrid se han reunido hoy en esta casa.—Señor conde, añadió saludando al de Tres Puentes.

—¡Oh! ¡doctor! dijo éste un poco contrariado; un asunto del señor nos ha traído á esta casa.

—¿Del señor? repitió el médico señalando al D. Antonio de Luna... Pues váyase V. con tiento, señor conde, que el señor es un señor... en fin, ya sabe él que yo le conozco. ¿No es verdad, Sr. D. Antonio de Luna?...

—Usted es quien sabe lo que le tengo prometido, dijo con desprecio el hijo del sacristan.

—Mejor sabe V. lo que yo le tengo dado, repuso con finísima ironía el doctor.

—Basta, señor mio, y tenga V. por cierto que no estoy dispuesto á sufrir sus excentricidades.

—¿Quiere V. batirse conmigo?... Eso es lo que yo quiero... á mí no me gusta matar á nadie, como médico que soy de conciencia, y para castigar á cualquiera no necesito más que los puños.

—Eso da la medida de la educacion de V.

—No, señor, la medida de mi fuerza.—Señor conde, dispense V. este incidente; siempre que nos encontramos el señor y yo solemos decirnos algunas cosas agradables... Esto sucede desde un dia que me encontré con el señor en un desafío é hirió malamente á un amigo querido... aquel dia tomé tal afecto al señor, que no puedo encontrarle sin manifestarle mi interes, y mi deseo de conocer su vida y milagros... En fin, no quiero ser indiscreto: dia llegará en que yo pueda vengar á mi querido amigo.

Y saludando atentamente al conde y mirando con una sonrisa provocativa á su acompañante, volvióse á la habitacion de la enferma á quien asistía.

El conde y Antonio de Luna bajaron en medio de los murmullos, risas y cuchicheos de la vecindad, y sin hablar palabra. En la calle estaba el lacayo.

—No te muevas de aquí en todo el día, y sigue á donde quiera que vaya á la señora que anoche vino conmigo en el coche hasta la Plaza del Progreso, y á quien seguiste luego.

—Muy bien, señor conde.

—¿La conoces?

—Sí, señor; es aquella señora que vive en la calle del Prado.

XII

Guarida de ladrones.

Dos horas ó más estuvo el lacayo del conde de Tres Puentes, en cumplimiento de las órdenes que le diera su amo, paseándose arriba y abajo por delante de la casa de la calle del Tribulete.

Y no vió salir mujer alguna que se pareciera á la famosa doña Manuela, la Chata, por otro nombre.

Pero allá, cerca del medio día, vió venir un coche de alquiler, que se detuvo á la puerta de la casa, y

del cual salió una mozuela que poco ántes habia visto el lacayo salir del mismísimo portal.

No habia duda que la mozuela habia ido á buscar el carruaje.

El lacayo, que no era del todo bruto, tuvo este pensamiento:

—¡Si será este coche para la señora que mi amo persigue!... ¿Qué demonios de aventura trae mi amo con esa mujer?...

Y miró al cochero, que se habia bajado del pescante, y hablando con el caballo se entretenia en comerse medio panecillo.

—¡Toma! si es Francisco, dijo el lacayo del conde.

—¡Toma! si es Nicolás, exclamó el cochero alquilon. ¿Qué te haces?... ¿Estás *desacomodao*?

—No; estoy en casa del conde de Tres Puentes: y tú, ¿te fuiste de casa del marqués?...

—Ya ves, todas las noches de baile y de teatro, y me debia ya seis meses... Dejéle, y mira tú, á los dos dias le embargaron los coches. Ahora estoy en el punto, en la plaza de la Cebada, para lo que gustes mandar. El diario no es mucho; pero la gente que cargo en el punto es toda gente de rumbo, tratantes en granos y en carnes, toreros, mozas de rompe y rasga, y otras honradas personas, que le ponen á uno de animal y de bruto que no hay por dónde cogerle; pero mejor dan los dos reales ó la pesetilla de propina que los señoritos cursis... y luego hay bodas, bautizos, entierros, y en todas estas fiestas rara vez falta un vaso de vino para el bárbaro del cochero... pero á

mí, dame pan y llámame tonto... Cuando me llaman animal y me dejan dos reales de propina, pongo por caso, es como si me dijeran: *¡Bendito seas, hermeso!*

—Pues yo en casa del conde estoy bien: el trabajo no es mucho, y la paga segura, y la comida buena.

Y en esto estaban, cuando apareció en la puerta toda sofocada, y colorada y amoratada la propia doña Manuela; pero no con el traje vistoso y fastuoso que llevara la noche anterior al teatro del Príncipe, sino con un modesto vestido de lana, color de Corinto, un pañuelo alfombrado sobre los hombros, y uno de seda en la cabeza.

—Ella es... pero no es ella... es decir, ella es; pero ayer era otra, pensó el lacayo del conde.

La mujer había abierto la portezuela y se había metido en el coche, sin reparar en el lacayo, ni llamarle la atención que éste estuviera hablando con el cochero.

—El mejor medio de seguirla, pensó el lacayo, que ya vamos viendo que no era torpe, será ir yo también en el coche.

Y gallardamente se encaramó al pescante con su amigo, cosa que éste no extrañó de ninguna manera; antes se alegró de llevar compañía. Tampoco la Chata, que estaba muy aturdida, sospechó nada; y bajando un momento el cristal de delante, dijo al cochero:

—A la puerta de Toledo, pasado el puente, á la derecha... detras del cementerio, digo no, delante,

digo allí á un lado... en fin, ya le diré yo á V. que pare.

—Bueno, señora, en un momento nos plantamos allí.

—Pues, señor, mi amo tiene singulares conocimientos... ¿A qué demonios irá ahora esta mujer al cementerio?...

No un momento, sino media hora, tardó en llegar el coche á las cercanías del cementerio; allí la doña Manuela mandó al cochero que parase, y bajó.

—¿Espero aquí? preguntó el cochero.

—Sí, dijo la Chata, y toma para que te echas una copa mientras, y le alargó unos cuartos.

El lacayo del conde volvió la cabeza ó otro lado, y tampoco esta vez le conoció la Chata, que echó á andar camino del cementerio.

—¿No te dije yo? dijo el cochero á su amigo; ya ves cómo esta gente del bronce tiene rumbo. Y que te voy á convidar, que es cosa que no hago yo con cualquiera.

—Gracias, hombre; pero dí: ¿y si se fuera por otro lado y no volviera?

—Hombre, eso sólo lo hacen los señoritos.

—Pues mira que pudiera suceder.

—Oye, tú, no me digas eso ni en broma; porque si me sucediera eso...

—Pues tú eres un buen muchacho y te voy á contar... Y contó á su amigo todo lo que habia sucedido la noche anterior, y cómo su amo habia venido á la casa de la calle del Tribulete, y luego al salir le ha-

bia encargado que siguiera y no perdiese de vista á la Chata, sin omitir las circunstancias de haberla acompañado el conde á la salida del teatro, y del desmayo de su compañera, y de la diferencia que habia entre el traje nocturno de aquella mujer y el que llevaba á la sazón.

—Paréceme, dijo filosóficamente el alquilon, que en todo esto hay historia.

—Ya lo creo.

—Esa mujer debe ser una lagartona, que Dios sabe cuáles serán su vida y milagros.

—Y tanto.

—Pues ahora voy temiéndome que haga lo que has dicho y se vaya por otro lado. Malos demonios me lleven si tengo ya confianza maldita.

—Esperemos. Sube ahí á esa cuesta á ver si ves dónde se mete; mientras yo cuidaré del caballo.

La Chata pasaba en aquel momento por delante de las tapias del cementerio, y daba la vuelta, ocultándose á la vista de los dos hombres. Pero el cochero, que tenia gran interes en saber á dónde iba, para tener á dónde dirigirse en caso de que la parroquiana le diera esquinazo, siguióla á distancia, favoreciéndole para no ser visto, las desigualdades, cuevas y barrancos del terreno. Detras del cementerio, y á unos doscientos metros, habia una casa que parecia haber sido en otros tiempos parador, bastante grande, y en cuya puerta se leia un letrero que decia: *Se gisa de comer con egidab y ase*. Claramente se veia que en su abecedario tenia suprimida la *u* el pintor

de la muestra, y que no era muy fuerte en abreviaturas. Y pensando un poco, cualquiera tenia que asombrarse de la rareza del dueño de aquel casaron, que en tan apartado y triste lugar habia establecido su tráfico de *gisar* de comer con aseo, porque aquel sitio, que en otro siglo habria acaso sido frecuentado, no lo era á la sazón por nadie, habiendo otros establecimientos análogos mucho más cerca y en sitio más ameno, aunque no lo son nunca mucho aquellos alrededores, á causa de la profusion de cementerios. En aquella casa entró la Chata. El cochero la vió entrar y volvió á dar cuenta del descubrimiento á su amigo. Ambos hicieron los comentarios correspondientes, de los que hago gracia al lector, que de fijo tiene curiosidad por entrar en la casa donde ha entrado doña Manuela. Vamos, pues, y ya veremos cómo salimos, porque en la casa hay gente que no es muy de fiar.

La puerta es grande; pero sólo hay abierto un postigo, y se entra en un portalón empedrado en algún tiempo y casi desempedrado á la sazón; en el fondo, al lado de una puerta, hay un mostrador de los tiempos primitivos, sobre el cual habrá hasta media docena de vasos, y dos jarros de Talavera, uno sin asa, y otro con un boquete en el mismo cuello; detras del mostrador está una mujer con bigote y barba corrida, que sentada en un taburete hace una cosa negra así como calceta, y tiene sobre la falda un gatazo largo y flaco, que cada vez que la vieja le tropieza con la aguja se extremece, se le ponen los pelos de

punta, y gruñe con visible mal humor. A los piés tiene la vieja una cazuela grande llena de lumbre, donde, cuando la vieja se duerme, se caen en un punto el gato y la calceta. Detras de la puerta de entrada hay un banco de herrador y colgadas aparecen cuatro ó cinco herraduras, no de las más elegantes, en la prevision sin duda de si pasa cercano al parador algun jinete que necesite herraduras, si no para sí, para su cabalgadura. A un lado hay una habitacion con una reja, en cuya habitacion se ve una mesa de pino, negra del uso, y todo alrededor de la estancia un banco tan estrecho, que en él habrian de sufrir gran martirio unas regulares posaderas.

Abriendo la puerta del fondo, se ve un patio con sus postes alrededor que forman una especie de galería, en cuya galería hay varias puertas, algunas con tales adornos de polvo, telas de araña y otros excesos, que parecen no haber sido abiertas hace mucho tiempo, acaso desde que el gran ventorro dejó de servir de posada á trajinantes, frailes mendicantes y otras bravas gentes que en pasados siglos florecieron, y de las que ya apenas va quedando el recuerdo en discretos y siempre curiosos libros.

En el patio, atado á un poste, y entreteniéndose en sacudir donosamente la cola, en otro tiempo poblada, y ahora reducida casi, casi á la ínfima categoría de rabo, está un caballo, que ya debe ser animal de saber y experiencia, y muy corrido, á juzgar por las infinitas mataduras que tiene en el pellejo, y más hondo, y áun, si se le mira despacio, infunde la pre-

sencia del animal cierto piadoso respeto, pues por una costura enorme que tiene en el pecho, se conoce que por allí ha entrado el asta abrasada y abrasadora de algun torito bravo en la plaza de los mismos. El pobre animal tendria largo que contar si fuera á referir su vida; pero nadie irá á preguntársela, porque si los infortunios del prójimo no suelen interesar á nadie en este valle del egoismo, ¿cómo han de interesar los de un animal?

El caballo está muy flaco, y no hay más que verle un momento para comprender que no es en él naturaleza tener tan pocas y desdichadas carnes, sino artificio de quien sea su dueño, que no debe ser muy pródigo en el alimento del animal que le sirve; el infeliz no hace más que alargar las narices y oler, lamer el poste á que está atado, como si esperase verlo convertido en pesebre, y bajar luego la cabeza husmeando por el suelo, á ver si hay por allí la más leve partícula de cebada, y aún con paja se contentaria. Y sin embargo, vean Vds. lo que son las cosas, ese jamelgo desdichado, si fuera á las carreras de la Casa de Campo, ganaria seguramente el premio, porque no hay quien le aventaje en la carrera, y tengo para mí que debe haber sido el famoso caballo Pegaso, sólo que ha abandonado las alas, sin duda para no ser conocido por los carabineros del resguardo, que son los que de ordinario le persiguen sin poderle dar alcance. En la galería del patio donde nos hallamos hay una puerta más baja que las demas, que está cerrada, pero la abriremos, y entraremos en un cuartito al que

se baja por tres escalones, y enfrente de la puerta de la galería hay otra puerta que se abre sobre una cuadra, con perdon de Vds.; pero en esta cuadra no hay caballos ni cosa que se les parezca; los pesebres están limpios de paja, ya que no de polvo, por lo cual ha de calcularse necesariamente, que cuando hay un caballo en la casa, no se le da otro abrigo que el del poste á que se le ata en el patio, como está el infeliz á quien acabamos de ver. La cuadra debe ser, sin embargo, la habitacion principal de la casa, como quien dice, el estrado, porque en ella encontramos reunida una famosa sociedad, compuesta de quince hombres y tres mujeres, que con la mayor tranquilidad del mundo beben vino, comen magras y hablan de sus asuntos particulares.

Lo que debió ser pajar en algun tiempo, se ha convertido en cocina, y allí está una famosa guisandera, friendo magras que los demas se comen con amor, salvo las que se come ella, sacándolas curiosamente de la sarteu con los dedos, y echándoselas al colete con singular donaire, demostrando que tiene el gazzate de hoja de lata ó cosa así, pues no de otro modo podria introducir en su boca los pedazos de lomo ardiendo, y de materia parecida debe tener tambien forrados los dedos, cuando así los mete en la sarten, donde chisporrotea el aceite.

En aquella cuadra, con perdon de Vds., ha entrado doña Manuela, ó la Chata, y al verla, todos los concurrentes han mostrado cierta satisfaccion, muy lisonjera para la recién llegada, y que prueba las

simpatías que tiene en aquella escogida y selecta sociedad.

—¡La Chata! exclamó un hombron, que hùbiera hecho un gran tambor mayor.

—Yo mesma!, dijo la Chata, tomando un aire de taco y con un acento avinagrado, que nadie hubiera dicho que aquella era la elegante jamona del palco del teatro del Príncipe.

—¿Usted gusta?... dijo una de las señoras que allí habia, mostrando en los dedos una magra reluciente y hermosa, que bien podria tener su media libra corrida.

—*Caproveche*, contestó la Chata, con el aire de plazuela que habia tomado.

—Ya hacia tiempo que no la veíamos á V. por aquí.

—Será porque he tenido que hacer.

—Oiga V., el *Torcio* está en la cárcel.

—¿Ha caido preso?... ¿Cómo ha sido eso?...

—Porque, como no faltan soplones... un criado de una casa de ahí de la calle del Espejo, que era cómplice con él... se arrepintió á última hora y dió el soplo, y cogieron al *Torcio* como á un cordero.

—Y es una lástima que un hombre de su talento esté en la cárcel, dijo un mozuelo, que embozado en su capa estaba allí sentado junto á la moza de la magra, á la que de cuando en cuando echaba por lo bajo algun requiebro como este:

—Si miras otra vez al *Chalao* delante de mí, te corto la cara lo mismo que soy Alifonso.

Era Alifonso un mocito que tendria poco más de una vara de estatura; pero tan aprovechado, que no le habia más listo para quitar en una apretura todos los relojes que le dieran en los ojos, y así se ponía á hacer fuego en una barricada, cuando habia ocasion, como pegaba un navajazo á un amigo, con quien tuviese unas palabras.

—La Chata, dijo el hombron que habia saludado primero la llegada de la amiga del conde de Tres Puentes, tiene influjo y sacará al *Torcío* de la cárcel, haciendo ver que ha sido una *calunia* acumularle eso del robo.

—¡Para todo os ha de servir la Chata! dijo ésta.

—Como tiene V. *enflujo, velay...* añadió la de la magra, cogiendo otra.

—El *Torcío* saldrá de la cárcel.

—¡Viva la gracia! exclamó el hombrecillo con el mayor entusiasmo, lo cual le valió un soberano pellizco de su cuya, la de la magra, que á su vez recibió de su avío una bofetada de cuello vuelto que le hizo saltar de la boca la magra, y muy bien puestos debia tener los dientes, cuando no se le fueron tambien detrás.

Este incidente dió lugar á un fuerte altercado entre la ofendida y el ofensor, y hubo necesidad de los buenos oficios de todos los circunstantes, y especialmente de la Chata, para que diesen tregua á su enojo aquellos finos amantes, y cesaran de darse puñadas, coces y mordiscos.

—Oye tú, dijo la Chata al hombron, tenemos que

hablar. Anoche habeis hecho una cosa que por poco me comprometeis á mí.

—¿*Cuál*? preguntó el tremendo con la misma calma.

—Cerca de la plaza del Progreso habeis quitado un gaban.

—Yo no; fueron el Zorro y el Lobo: yo tengo demasiada vergüenza para ir á quitar gabanes por la calle, como si fuera un pipiolo, y me extraña mucho que tú...

—En el gaban habia una cartera que me hace falta.

—¿Cuánto dan por ella?

—La pido yo y basta.

—¿De quién es la cartera?

—¿No lo has visto tú ya?

—¿Yo?... Hay muchos papeles; pero á mí los papeles, como no sean del Banco ó de la Caja de Depósitos, no me llaman la atencion.

—En fin, ¿me darás la cartera?...

—¿Con el dinero?...

—Ya sabes que puedo pedírtela.

—Sí, ya lo veo; pero no la doy.

—Puedo perderte: tengo armas terribles contra tí.

—¡Puede! Yo no tengo más que una, dijo el hombre, acariciando no sé qué por encima de la faja negra que tenia rodeada á la cintura.

—¡Bah! ¡bah! no me das miedo; ya sabes que no puedes manejar esa arma contra mí.

—Verdad... porque soy agradecido.

—Y cobarde; no lo eres frente á frente con otro hombre; pero sí lo eres para pasar en presidio el resto de tu vida ó ir otra vez á que te den garrote.

Al oír esta frase, el hombre se puso pálido como la cera, miró en torno suyo como con espanto, y dijo con voz temblorosa:

—¡Calla, calla, mujer maldita!

—A mí me debes la vida. Si esa cartera parece, si vuelve á poder de su dueño, nada tienes que temer, ni yo tampoco; si no parece pueden perderme, porque sospechan de mí, y perdida yo, te pierdes tú irremisiblemente... volverás al patíbulo... y cuando se va por segunda vez, no es fácil escapar.

—¡Oh! no me atormentes con ese horrible recuerdo. Desde entónces odio á la sociedad, la maldigo y quisiera tener poder bastante para ahogar entre mis manos á un pueblo entero... Lo que me hicieron sufrir en aquellas horribles cuarenta y ocho horas de capilla... Y luego, siempre que salgo por esa puerta de Toledo para venir aquí, me figuro ver allí en medio de la llanura la gente que corre, los sables y las baycnetas de la tropa que relucen al sol, los centinelas que me rodean, los hermanos de la Paz y Caridad, y allá en medio, dominando la llanura y la gente... aquel palo... aquel terrible palo... que me espera, donde me van á atar por los piés, por la cintura, por el pecho, y luego me van á ahogar indefenso... en un día tan lleno de sol, de aire, de vida... ¡Ah! ¡qué horrible recuerdo!... ¡Qué bien deben vivir los que son buenos!

—Hijo, para eso ya es tarde.

—Es verdad, dijo con profunda tristeza aquel hombre tan grande, y cuya fisonomía era en extremo sombría; sus ojos brillaban á veces con siniestro fulgor, y otras clavaba la vista en el suelo, y permanecía así algunos instantes... de vez en cuando observábanse en él estremecimientos nerviosos... y no era para ménos, pues un hombre que se ha visto conducido al suplicio, al pié del horrendo aparato donde le esperaba el instrumento de muerte, no puede quedar muy tranquilo para el resto de sus días.

—Es preciso que la cartera vuelva á poder de su dueño como estaba.

—Tendrás la cartera como estaba.

En el mismo instante entró corriendo un hombre en la cuadra.

—¡El Zorro! exclamó el reo indultado.

—Nos espían, dijo el Zorro. Al venir he visto un hombre que se escondía detras del montecillo de enfrente y miraba con mucha atencion... Yo tengo muy buena vista... ese hombre es uno á quien anoche quitamos el gaban cerca de la plaza del Progreso...

—¡Estamos perdidos! dijo el hombre grande.

—Eso lo veremos, observó el amante favorecido de la moza de la magra, y salió.

Como el hombre era tan pequeño, viéndole de lejos parecia un chico. El lacayo del conde de Tres Puentes, que á él era á quien se habia referido el Zorro cuando entró diciendo que les espíaban, le vió salir, pero no hizo caso, tomándole por un muchacho, y le dejó llegar.

Cuando el hombrecillo estuvo junto al lacayo, le preguntó:

—¿Busca V. nidos? En ese árbol hay uno, añadió señalando á un arbolillo que allí habia solitario y triste.

El lacayo levantó la cabeza, y miró al árbol maquinalmente; y el majito, con la rapidez del pensamiento, extendió el brazo y la navaja, que abierta tenia dentro de la chaqueta, la clavó con tal destreza en el pecho del infeliz lacayo, que éste cayó como si un rayo le hubiera herido.

Hacia muy poco que el cochero, que, como recordará el lector, fué el que primero subió á lo alto de la cuesta á ver dónde iba la Chata, habia bajado, y el lacayo del conde de Tres Puentes ocupó el puesto para ver la casa que su amigo le habia indicado.

El hombrezuelo tiró la navaja al lado del muerto, y echó á correr en direccion de la casa.

Un momento despues, la Chata y el hombre grande llegaban á donde estaba el coche, y entraban en éste.

El cochero, más tranquilo ya porque no esperaba ser chasqueado, subió al pescante, miró á un lado y á otro á ver si venia su amigo para hacerle lugar á su lado, y viendo que no venia, y apurado por la parroquiana para que echase á andar, echó á andar en efecto, volviendo la cabeza de cuando en cuando.

—¿Dónde demonios se habrá quedado? se decia.

.....
 Aquella tarde, el conde de Tres Puentes recibia en una caja lacrada su cartera intacta.

Y el día siguiente los periódicos anunciaban que cerca del cementerio de la Puerta de Toledo se había encontrado el cadáver de un hombre con una herida en el pecho, y con una navaja abierta al lado de una de sus manos, y llena de sangre, debiendo atribuirse aquella desgracia á un desafío, en el que también debía haber sido herido el matador, porque la navaja del muerto estaba manchada de sangre.

Algunos días después llamó la atención aquella casa aislada en sitio tan siniestro y apartado, completamente cerrada. Fué allá la policía, abrió la puerta, y no se encontró nada más que un gato flaco, hambriento, rabioso, que echó á correr por el campo adelante, y no dicen las crónicas á dónde llegó.

XIII

Grandes acontecimientos en la calle del Tribulete.

¡Y qué fué de la pobre Teresa, la infeliz víctima del hijo del sacristan?...

Encerrada la dejó en el cuarto de la calle del Tribulete la Chata, cuando salió para ir á la casa de las afueras de la Puerta de Toledo; pero la muchacha, al

verse sola, pensando en lo que habia oido de la conversacion entre su protectora y el conde, y desesperada al considerar la horrible sangre fria con que su seductor habia negado conocerla, comenzó á dar voces con intencion de que la oyeran y llegaran á sacarla de aquella casa donde no queria estar más.

El médico Ramirez, que, como he dicho, cuidaba á una enferma moribunda en un cuarto del corredor, oyó aquellas voces y salió con intencion de imponer silencio.

Pero ya estaban junto á la ventana que tenia sobre el corredor el cuarto de la Chata todas las vecinas, que desde la visita de los dos caballeros pensaban que allí pasaba algo y habia gato encerrado.

—¡Jesus! decia una vecina; á esa mujer la están pelando.

—Hija, decia otra desde el corredor á la que gritaba en el cuarto: si no puede V. abrir la puerta, tírese V. por el balcon.

—¡Por María Santísima! dijo el médico, que se está muriendo una mujer en ese otro cuarto.

—Pero, señor, ¿no oye V. las voces y lamentos de esa mujer que está ahí encerrada?

—Ya oigo; avisen Vds. á la autoridad, entren por el balcon y hagan lo que se les antoje; mas no griten, porque la enferma no debe distraer de Dios y la salvacion de su alma el pensamiento.

Dos de las vecinas, requiriendo ántes el auxilio y la respetabilidad de la persona más formal de la casa, que era un músico de la murga, hombre de mucha

Guillermo y Mercedes

experiencia, muchas canas y poco dinero, fueron á poner en conocimiento de la autoridad aquel misterioso suceso.

Entre tanto, el médico volvió al lado de la enferma.!

Si á Vds. les parece, entraremos en la habitación de la moribunda, donde hallaremos una de las figuras más simpáticas que hemos visto en esta novela, cuyo desenlace voy preparando. Al lado de la cabecera del lecho donde se halla postrada la que va á dejar el mundo, está Sor Dorotea, que, llamada desde el día anterior por el médico, ha corrido en seguida á cuidar de aquella pobre mujer con más afán que si hubiera sido llamada á casa de un poderoso. La enferma es una vieja, muy vieja, casi ciega; Sor Dorotea, con el mayor amor, sostiene su cabeza y le da al mismo tiempo una cucharada de la medicina que el médico le ha prescrito. Acaba de salir el sacerdote, despues de haberla administrado la Extremauncion, no habiendo podido confesarla por el estado de delirio en que se hallaba. Pero de pronto incorporóse la enferma; pareció cobrar nuevo vigor; miró en torno como queriendo buscar á alguien, y con voz fuerte exclamó:

—¡Dios mio!... yo he sido muy mala.

—¿Qué dice? preguntó el médico á Sor Dorotea.

—Sigue el delirio, contestó esta; dice que ha sido muy mala.

—Bien puede ser que sea verdad, dijo el médico; en la hora de la muerte es cuando nos conocemos.

—Muy mala, repitió la vieja.

—¿Qué tal está V?... le preguntó el médico en voz fuerte, porque la enferma oía poco.

—Muy mala, repitió.

—Sí, ya sabemos que está V. mala; pero pida usted á Dios la salud del alma, ya que no pueda ser la del cuerpo.

—¡Oh! no quiero morir sin confesion, exclamó la enferma, que estaba en toda su inteligencia; y otro médico ménos experimentado hubiera creído en una mejoría que no existía verdaderamente.

Era aquel el último resplandor de una luz que iba á apagarse para siempre.

Cogiendo con fuerza la mano del médico, continuó la enferma:

—En el jergon hay unos papeles. Cójalos V.; son muy importantes: he sido muy mala... V. hará algo para que se remedie el daño que he hecho.

Entró el confesor, y quedó solo con la enferma.

Ya habia venido tambien el inspector y dispuesto que un agente de su autoridad subiera por el balcon, ya que por la puerta no se podia entrar, y se conocia que la persona detenida en aquella casa contra su voluntad, estaba encerrada. Oyóse un grito. Y todo el mundo conoció lo que significaba. Teresa habia visto aparecer en el balcon un hombre. Despues de las emociones de la noche anterior y de aquella mañana, figúrense Vds. cuál seria el susto de la pobre madre al ver un hombre montado en la barandilla del balcon. Teresa corrió á la puerta de la sala, sin

acordarse de que ya habia visto que estaba cerrada; el agente rompió un cristal, metió la mano, abrió el balcon y entró.

—No tenga V. miedo, jóven, que nadie le va á hacer daño, dijo á la pobre madre, que, abrazada á hija, estaba llena de espanto.

—¡Dios mio! ¿qué es esto?

—No tenga V. cuidado, y diga lo que pasa. ¿Por qué gritaba V?...

—¡Oh! ¡qué desgraciada soy!

Yo quiero verle otra vez, quiero que me desconozca, que me niegue que él es el padre de mi hija.

A todo esto habiase juntado la gente en la calle; todo el mundo se preguntaba qué pasaba en aquella casa, y el inspector, en medio de la multitud, miraba atentamente al balcon, temiendo que de un momento á otro le tiraran á la calle el cadáver ensangrentado del agente que habia subido.

—¿Subo yo?... preguntó al inspector otro de los agentes.

—Suba V., dijo aquel funcionario, pero con precaucion.

El agente subió y entró. Nuevo grito de la pobre muchacha, que en su vida habia imaginado las cosas que le pasaban en Madrid.

Y se asomó el primer agente, y calló la concurrencia para oir la tremenda noticia que iba á dar sin duda aquel digno subalterno del benemérito cuerpo de vigilancia y órden público.

—Puede V. subir, señor inspector. Este fué el discurso del agente.

El inspector frunció el ceño; no le seducía la idea de escalar el balcon delante de tanta gente honrada.

—Pero, ¿qué hay ahí arriba?

—Una mujer y una chica. Está loca.

—¿Está furiosa? preguntó el inspector.

—Ahora no, pero puede estarlo y puede hacer daño á la niña.

Y el inspector preguntó quién vivía allí á los vecinos, y estos le dijeron que aquel era el cuarto de la señora Manuela, una mujer de quien no tenían queja, pero que aquel día habían pasado allí cosas extraordinarias, como ir dos caballeros de visita, y salir luego la señora Manuela en coche; y que hacía pocos días que la señora Manuela tenía consigo una joven y una niña, que nadie sabía quiénes eran.

Después de oír todas estas explicaciones, el inspector se retorció el bigote, estuvo unos momentos reflexionando, y por fin dijo:

—Daré aviso al juzgado, por lo que pueda ocurrir.

Y separando los grupos, llevando levantado el baston, para que viendo el puño de oro le abriesen paso y respetasen su dignidad los curiosos, echó por la calle del Tribulete adelante con paso presuroso, pero digno y medido, como conviene á un hombre que, por ser autoridad, debe poner todo empeño en no aparecer ridículo, como pudiera un simple mortal que no tenga ninguna importancia gubernamental ni ejerza jurisdiccion de ningun género.

Y Teresa, ¿qué hace?

Al oír que aquellos dos hombres eran dos agentes de policía, la infeliz, con desgarrador acento, exclamó:

—¡Dios mío!... Yo no he hecho nada... yo no tengo la culpa de nada; yo he venido á buscar al padre de mi hija, y le he visto, sí, aquí mismo le he visto; pero él, ¡desgraciada de mí dice que no me conoce... ¡que no me conoce!...

—¿Y qué hombre es ese? preguntó uno.

—El padre de esta niña.

—¿Y quién es el padre?

—El hijo del sacristán.

—Algun monaguillo, dijo riéndose uno de los agentes, que tenía tal sensibilidad que una persona á quien creía loca le inspiraba risa y burla.

Dejemos á los agentes sin comprender lo que Teresa dice, y á esta desesperada y llena de confusiones, que no era para ménos lo que le sucedía desde su llegada á Madrid.

El sacerdote ha confesado ya á la moribunda, y la ha absuelto y bendecido. Grandes pecados había confesado en aquella hora suprema al ministro del Señor; pero el sacerdote, inspirado por aquel sublime espíritu de amor y caridad, que es en nuestra santa religion tan grande y tan verdadero, había perdonado en nombre de Dios, conociendo que era sincero y profundo el arrepentimiento de la enferma. Esta quedó tranquila. El sacerdote llegóse al médico Ramirez, y le dijo:

—La enferma me ha dicho que confia á V. un legajo de papeles que tiene oculto dentro del jergon, y que solamente ha de abrirse despues del fallecimiento.

—Algo me habia dicho ya esa pobre, contestó el médico.

—Tambien me ha encargado que por todos los medios posibles indague el paradero de una religiosa que debe llamarse Sor Dorotea.

—¿Sor Dorotea?...

—Ese nombre ha dicho.

—Sor Dorotea es precisamente la hermana de la Caridad que está V. viendo, señor cura, dijo el médico, señalando á la religiosa que se hallaba en la puerta de la habitacion.

—¡Ah! exclamó el cura; acaso sea ella. V. lo verá, como encargado por la enferma de ese asunto.

—Y el encargo que ha dado á V. para esa religiosa, ¿puede saberse?

—Sí, señor; es únicamente el de que, averiguado su paradero, lo ponga en conocimiento de V. Lo demas pertenece al secreto de la confesion.

—¿Qué misterio será éste? pensó el médico.

El señor cura se despidió para volver luego, y el médico volvió al lado de la enferma.

Era este un médico que cuando tenia un enfermo grave no le abandonaba más que lo indispensable. Desde que la pobre vieja, que era tan pobre que vivia únicamente de la caridad, cayó en el lecho, medicinas, alimentos, todo lo que se necesita-

ba, lo facilitaba el médico, para quien su profesion no era otra cosa que el continuo y grato ejercicio de la caridad.

La enferma, en la plenitud de su conocimiento, rezaba en voz baja.

—¿Reza V.? le preguntó el médico.

—Sí, hijo mio, contestó la vieja, rezo porque pido perdon á Dios, porque he sido muy mala... ¡Oh! ¡qué vida la mia!... ¡Qué grande es Dios que me perdona! ¿no es verdad?

—Sí, señora; Dios perdona siempre, le dijo con dulcísimo acento Sor Dorotea, limpiando amorosamente el sudor que corria por la frente de la vieja.

—¡Qué voz tan dulce como la de los ángeles! exclamó la enferma... ¿quién eres tú?...

—Una hermana de V., contestó Sor Dorotea, besando la frente sudorosa de la moribunda.

—¡Tu hermana me llamas! dijo ésta, ¡qué dulce nombre!... ¡Tantos años como tengo y es la primera vez que oigo esa palabra consoladora!

—La religion nos hace hermanos á todos, señora.

—Sí, sí; ahora lo conozco... Tan olvidada de Dios he vivido, que hasta ahora no he abierto los ojos á la luz de la fé... Ahora ¡ay! los abro cuando la muerte me los va á cerrar para siempre.

—Para el mundo se los cerrará á V., pero se los abrirá en la otra vida para ver á Dios y á su Santísima Madre... La muerte, hermana mia, es el ángel de la paz, el mensajero de la Providencia que viene á llevarnos desde este mundo donde hemos sufrido tan-

tas penas y amarguras, al cielo, donde se premian todas las virtudes...

—¡Cuánto bien me hacen esas palabras que Dios te inspira, hija mia!

—Eso es, llámeme V. hija, hermana mia; si V. no ha oído hasta ahora el nombre de hermana, tampoco yo hasta ahora he oído el más dulce todavía de hija.

—¿No tienes madre? Tus palabras, hija mia, traen á mi memoria todos los recuerdos de mi vida, de mi horrible vida, que ha sido una continua ofensa á Dios. Yo quiero que sepas que he sido muy mala...

—Nada me importa la vida de V., yo cumpliría mi deber, aunque fuera V. la persona que más me hubiera ofendido, que más daño me hubiese hecho.

—Bendita seas, hija mia, y Dios te haga tan buena y tan feliz, como yo he sido mala y desgraciada. Y la enferma calló, y durmió tranquilamente.

—No está tan mala, me parece, dijo Sor Dorotea al doctor.

—Hija mia, esa es la mejoría de la muerte. Esta noche no habrá aquí más que un cadáver.

—Yo no la he de abandonar hasta que la deje en la tierra.

—Es V. una santa, Sor Dorotea.

—V. me juzga demasiado benévolutamente.

—V. dirá eso, pero yo diré siempre que no he conocido mujer más buena, alma más generosa y caritativa, ni corazón más noble, más tierno, leal y compasivo.

—Basta, doctor, que yo no soy una mujer como

las demas, aunque no más buena que todas, y no se me deben decir lisonjas ni yo las debo oír.

En esto oyóse ruido en el corredor, y el médico salió suponiendo que seria algun nuevo incidente relativo á los misteriosos sucesos de la habitacion de la nunca bien ponderada Chata, donde, como ya sabe el lector, quedó Teresa acompañada de los dos dignísimos agentes de policía que, con gran contentamiento del ilustrado público que llenaba la calle, subieron por el balcon dando pruebas de ser maestros en equilibrio. En efecto, el inspector venia con el señor juez de guardia, con el escribano de guardia y con los alguaciles de guardia. Hízose el juez explicar el caso, y armóse en aquel punto gran algarabía, porque todos los vecinos, y vecinas especialmente, querian al mismo tiempo satisfacer á su señoría, que no sin trabajo pudo hacer callar á las más parleras y establecer el órden necesario en todos aquellos actos, que por tomar en ellos parte la justicia, han de estar rodeados de cierta grave solemnidad. Algunos vecinos querian que se empezara por echar la puerta abajo, pero se opuso el juez, enemigo de toda violencia, y de esta oposicion no dejaron de murmurar todos aquellos patriotas, que eran de los primeros que en ocasiones solian salir á la calle gritando: ¡Viva la Constitucion! Las declaraciones versaron sobre la Chata, inquilina de la habitacion, su manera de vivir, los entrantes y salientes que tenia; y ¡cosa rara! los vecinos todos, que hasta entónces no habian tenido motivo de queja de su vecina, no tuvieron inconve-

niente en declarar que les parecia equívoca la conducta de la Chata y que era una mujer sospechosa; pero á este tiempo entró en la casa el casero, que venia á cobrar, y expuso que nada tenia de sospechosa, toda vez que era entre los inquilinos ella la que más puntualmente pagaba el alquiler, y no se habia quedado de los varios aumentos de precio que le habia impuesto. La declaracion del casero fué recibida con general indignacion, y oyéronse algunas voces de ¡Fuera el casero! ¡Abajo el casero! y una vecina dijo que el casero tenia algo que ver con la Chata, proposicion que ofendió los castos oidos y las pudrosas virtudes del casero, hombre en extremo devoto y prestamista, hermano mayor de dos archicofradías, y tan buen cristiano que, segun dijo, oia tres misas todos los dias. Pero el pueblo soberano no cedia en su enojo, y el juez, hombre conciliador, tuvo que rogar al casero que se retirara para evitar disgustos; el casero, que habia venido á cobrar, no queria retirarse; pero tales denuestos empezaban á llover sobre él y tal explosion del sentimiento público amenazaba, que el hombre, mohino y renegando, se eclipsó, lamentándose amargamente de la triste suerte de los que tienen casas en Madrid.

Hablando solo iba el hombre por la calle, y no era el caso para ménos, haciendo comentarios sobre lo sucedido, muy contrariado por haberse vuelto con los bolsillos vacíos, aunque era cosa á que ya estaba acostumbrado, cuando vió venir por la calle abajo á la mismísima Chata, que no tenia intencion de pararse

á hablar con el casero, pero éste la detuvo, diciéndola:

—¡Buena la ha armado V! allí dejo al juez, al escribano, á los alguaciles y mucha gente.

—¡Dios mio! Pues ¿qué ha sucedido?

—Nosé; pero parece que se trata de V.

—¡De mí! ¿La justicia en mi casa?

—Debe ser algun falso testimonio, pero en fin... esté V. sobre aviso.

—Pero la Chata no se detuvo; ántes bien siguió camino de su casa, y entró valientemente y subió la escalera del corredor, diciendo:

—Pero ¡Jesus! ¿qué ocurre aquí?...

Una exclamacion general saludó la presencia de la Chata, quien abriéndose paso por entre los vecinos, se dirigió al juez, y le dijo:

—Perdone V. S., pero yo no sé á qué viene esto.

—En el cuarto que V. habita hay una mujer encerrada.

—¡Vaya una noticia! ya lo sé.

—Se ha creido que podria haber aquí un conato de crimen.

—¿Crímen?... ¡Crímen en mi casa!... Entre V. S., señor juez, y V. S., señor escribano... ¡Ah! que es don Froilan y no le habia conocido... ¿Y la señora?... ¿y los niños?...

—¡Ah! ¡doña Manuela!... exclamó el escribano, mirando por encima de los anteojos á la Chata.

—¿Conoce V. á esta señora?

—Sí, señor, hace mucho tiempo.

—Diga V., diga V. al señor juez, añadió la Chata, quién soy yo...

—Entremos en casa de V., dijo el juez.

La Chata abrió la puerta y entró con el juez y el escribano, y ya iba á seguirlos toda la vecindad, si el escribano no hubiese cerrado la puerta, dejando á todos sumamente disgustados. Dentro de la habitacion, la Chata abrió la otra puerta que daba paso á la sala, y allí estaba Teresa en un rincon llena de miedo, con su hija, y los dos agentes de orden público cerca del balcon, por si le daba la furia á la que creian loca, poder saltar á la calle. La Chata explicó en qué circunstancias habia recogido á Teresa en su casa, contó la historia de ésta, segun ella se la habia contado, encareció la inocencia y falta de mundo de la palurda, habló de sus buenas intenciones, y manifestó su propósito de enviar á la muchacha al pueblo. El juez quiso hacer hablar á Teresa; pero esta estaba tan aturdida y aterrada, que no hubo forma de sacarle una palabra del cuerpo. Oidas las explicaciones de la Chata, atendiendo á los buenos informes dados por D. Froilan, el escribano, y conociendo que Teresa era una pobre mujer engañada, recomendó el juez á la Chata la volviese al lugar de su naturaleza, y mandó á los agentes retirarse, y se iba á retirar tambien con el escribano.

Pero Teresa, dirigiéndose al juez, le dijo:

—Yo no me quedo con esta mujer.

El juez reflexionó, y volviéndose al escribano le dijo:

—¿Usted me responde de la moralidad de esta señora?...

—Diré á V. S., dijo D. Froilan, mirando otra vez por encima de los anteojos á su amiga; de su moralidad... yo no conozco la vida privada de esta señora, pero siempre la he tenido por mujer honrada y que vive de los ahorros que hizo en el comercio: ¿no es verdad, doña Manuela?

—Nada, señor juez, repuso la Chata, ya es casi de noche, á las ocho sale el tren de Aragon, de donde procede esta tonta, á la que yo he querido hacer bien; si V. S. lo dispone, D. Froilan y yo la acompañamos al ferro-carril y la dejamos camino de su pueblo.

Consultada sobre esta proposicion la interesada, accedió.

La pobre tenia miedo en Madrid, tenia miedo á la Chata, tenia miedo al hijo del sacristan, que con tanta serenidad habia negado conocerla, tenia miedo á aquel conde, que las habia acompañado en el teatro, tenia miedo á todo el mundo... miedo por su hija, más que por ella, y queria huir al lado de su madre, al pueblo, donde todos la compadecian.

Hízose, pues, como se pensó, y hora y media despues la Chata, á quien ya no interesaba tener en su compañía á la muchacha, porque tenia otras complicaciones á que atender, le pagaba un asiento de segunda en el ferro-carril de Zaragoza.

Su intencion, al recoger á la pobre Teresa, no habia sido muy santa. Esperaba que la muchacha se dejara seducir por las galas con que la atavió para lle-

varla al teatro, y luego... no necesito decir más al discreto lector.

Y ahora volvamos á la habitacion de la enferma. Esta, como ha pronosticado el médico, tenia la mejoría precursora de la muerte; y se agrava por momentos. Su inquietud es grande. Se acerca el momento decisivo. La enferma, haciendo un último esfuerzo, coge la mano de Sor Dorotea y se la aprieta convulsivamente.

—Hija mia, le dice con voz ahogada, ¿cómo te llamas?... Que muera yo bendiciendo tu nombre.

—Sor Dorotea, replica la hermana de la Caridad.

La enferma se incorpora, lanza un grito y exclama:

—¡Sor Dorotea, perdóname!... Tu madre es...

Y le falta la voz.

Hace un esfuerzo para acabar la frase, pero extendiendo las manos, inclina la cabeza sobre el pecho de Sor Dorotea, y muere.

XIV

Ante el cadáver.

Muerta la vieja, quedó Sor Dorotea bajo la profunda impresion que le habian producido la mirada y el grito de aquella mujer al oir su nombre.

—¿Quién era esta mujer? pensaba Sor Dorotea.

El doctor, que habia presenciado los últimos instantes de la enferma, dijo á Sor Dorotea:

—En los papeles que esa mujer me ha confiado podremos hallar acaso la explicacion de ese secreto. Veámoslos.

—¡Oh! no, se apresuró á decir Sor Dorotea... hoy no debo pensar en mí ni en cosas que puedan tocarme personalmente; me debo á esta pobre mujer, que ya está en la presencia de Dios, y no he de abandonarla hasta que la deje cubierta por la tierra. Esos papeles puede V. recogerlos y llevárselos.

—Obedeceré á V. en todo.

El médico salió, y pocos momentos despues volvia un mozo que traia el ataud.

Sor Dorotea entre tanto habia lavado la cara helada del cadáver, le habia vestido con una saya negra, le habia puesto al cuello su propio pañuelo blanco, y despues le habia cruzado las manos sobre el pecho.

Ella misma levantó amorosamente el cuerpo de la vieja, como si temiera hacerle daño, y lo colocó en el ataud.

Levantó despues el escueto jergon que habia en el tablado, y allí encontró los papeles.

—Tome V. eso, doctor, dijo al médico.

Este recogió los papeles y se despidió.

Sor Dorotea quedó sola con el cadáver.

No alumbraba la sombría estancia más que una vela que ya tocaba á su fin.

Sor Dorotea queria poner luces al cadáver.

Salió del cuarto, y fué llamando á todos los demas de la casa, pidiendo por el amor de Dios para alumbrar el cadáver.

Aquel era otro acontecimiento para las vecinas de la casa, que, distraidas con lo ocurrido en la habitacion de la Chata, se habian olvidado ya de la vieja, que se hallaba en peligro de muerte.

En todas partes fué recibida con respeto la hermana de la Caridad: nuestro pueblo tiene buen sentido, y siempre mira con respetuosa consideracion lo que es noble, abnegado, virtuoso y verdaderamente reli-

gioso; el hombre más ignorante inclina la cabeza ante las severas tocas de una hermana de la Caridad; el criminal más empedernido siente consuelo en el corazon cuando le habla una de esas santas mujeres consagradas al bien, y procura dulcificar su voz, hacer tierna y humilde su mirada feroz, para corresponder á la piedad con que se le trata.

En poco tiempo reunió Sor Dorotea para comprar cuatro hachas de cera con que honrar el cadáver de la vieja.

Las vecinas, es claro, todas quisieron ver á la muerta.

Sor Dorotea se hubiera opuesto de buena gana á este deseo, pero tenia la jóven tanta tolerancia para todos, que no se atrevió.

—¡Jesús! ¡cómo habia de figurarse la señora Pepa que habia de estar tan compuesta, despues de muerta! decia una vieja, que por sus años no debia tardar mucho en hallarse en la misma posicion que la señora Pepa.

—¡Toma! y con caja, añadió otra vecina

—Esto es lo que tiene el tener al lado buenas almas.

—Yo no he comprado el ataud, se apresuró á decir Sor Dorotea, no queriendo que se le atribuyese una buena accion ajena; ha sido el médico.

—¡Ya lo creo! ¡si ese hombre es el padre de los pobres!

—Y no está desfigurada.

—Pues mire V., yo creí que se iba á quedar más

negra que un tizon, porque una mujer más mala, Dios me perdone, no la puede haber bajo la capa del cielo.

—Hermana, dijo Sor Dorotea, Dios solo ha de juzgar á los muertos.

—Perdone V., hermana, V. es muy buena, y yo soy una indina; pero yo no hablo de la señora Pepa muerta, sino de la señora Pepa viva. Era más mala que Cain.

—Sea V. indulgente con el prójimo, para que lo sea el prójimo con V., repuso Sor Dorotea con humildad.

—Hija, eso lo puede V. hacer, que es una santa; pero yo no tengo tanta virtud. Y mire V., si la señora Pepa no está á estas horas en los profundos infiernos, bailando con los mismos diablos, será porque ha tenido la fortuna de tener un ángel á su lado en su enfermedad.

—Basta ya: ofendemos á Dios con esta conversacion en presencia de un cadáver. Recemos, hermanas y hermanos míos, por el alma de esta que fué nuestra hermana en el mundo.

Y era un espectáculo consolador ver á todos aquellos hombres ignorantes y poco timoratos, á la verdad, y á todas aquellas mujeres, que no tenían nada de devotas, de rodillas alrededor del ataúd, repitiendo con humildad y fervor las oraciones de Sor Dorotea.

Cuando hubo terminado el rezo, Sor Dorotea suplicó á los vecinos que se recogiesen y la dejaran.

Todos la brindaban lecho en que descansar algunas horas, miéntras ellos velaban, de las fatigas de los dias que habia durado la enfermedad de la señora Pepa.

Pero Sor Dorotea se mantuvo firme, y ni consintió descansar, ni que nadie compartiese con ella la fatiga de la noche.

Sor Dorotea volvió á quedar sola con el cadáver.

—¡Dios mio! exclamó, ¿quién era esta mujer?... ¿Qué misterio es este?... Ella misma decia que habia sido muy mala, y esa vecina lo confirma... ¡y mi nombre solo produjo en ella tan profunda conmocion!... La infeliz queria, sin duda, hablarme, depositar en mí el secreto que tanto le amargaba sus últimos instantes... ¿Quién ha sido esta mujer?... ¡Dios mio! ¿será este el cadáver de mi madre, de mi madre á quien no he conocido nunca?... Pero no, no puede ser... En esas misteriosas cartas que tantas veces he recibido, se me decia que mi madre era rica, noble, una gran señora... Esta pobre mujer no era gran señora... ¿Lo habria sido, y habria descendido tanto que ha venido á morir, de todos abandonada, en la miseria, en brazos de la caridad?... ¿Quién puede penetrar los designios de la Providencia?... ¡Oh! si esta mujer era mi madre, ¿por qué, Dios mio, no le has permitido que pueda llamarla yo madre, y ella reconocer á su hija, y saber que iba á morir en los brazos de la que le debió el sér, ya que no la ventura?... ¡Qué gran consuelo habria sido para ella!... ¡Oh! añadió, inclinándose á mirar el rostro rígido del cadáver, como si

hubiera esperado darle vida con su aliento, ¿serías tú mi madre, pobre y desgraciada mujer?... ¿Habrá querido Dios reunirnos en el supremo instante de tu muerte?... No, no puede ser; Dios te hubiera permitido poder llamarme tu hija, porque aunque hayan sido muchos tus pecados, es grande su misericordia, y no te habría negado esa dicha, para que yo pudiera decirte que te amaba sobre todas las cosas de este mundo; que mi anhelo de siempre ha sido conocer á mi madre, buena ó mala, pobre ó rica, noble ó miserable.

Si no has sido mi madre, si has sido mi enemiga, si has sido tú quien me ha impedido conocer á mi madre, Dios te perdone, pobre mujer, como yo te perdono, y goces tanta felicidad en el cielo, como yo soy desventurada en la tierra.

¡Perdóname, Dios mio, si en presencia de este cadáver pienso en mí y olvido mi deber!... ¡Dios mio! ¡mucho tienes que perdonarme: todos me creen buena, todos creen que en mí no hay pasión ninguna mundana, y que sólo me preocupan los deberes de la caridad!... Ahora mismo, en presencia de este cadáver, que quién sabe si es el de mi madre querida, no se aparta de mi pensamiento la imagen de un hombre... de un hombre que ha hecho nacer en mi corazón un sentimiento que yo ¡insensata! me había prohibido, al consagrarme á cuidar de mis semejantes desdichados... ¡Oh! ¡quisiera arrancarme esa imagen del cobarde corazón mio; pero imposible, Dios mio, imposible!... ¡Yo amo á ese hombre con toda mi al-

ma!... ¡Perdona, pobre mujer, perdona que en este momento venga esta idea mundana á mi pensamiento!

Llegó el día, y allí estaba Sor Dorotea al lado del cadáver. A las ocho de la mañana llegaron los sepultureros á levantar el cadáver para llevarle al cementerio. Sor Dorotea se dispuso á acompañarle hasta el lugar del eterno descanso. Y así lo hizo. Cuando en el Campo Santo se abrió la caja por última vez, Sor Dorotea se arrodilló, se inclinó sobre el cadáver y le besó amorosamente en la frente.

—¡Por si es mi madre! dijo con acento lleno de dulzura y resignacion.

Un momento despues, la caja bajaba colgada de unos garfios á la sepultura, y sobre ella echaban los sepultureros espuestas de tierra.

Volvia del cementerio Sor Dorotea, y se volvia al Beaterio, para volar en seguida que fuese necesaria su presencia al socorro de otro enfermo, cuando oyó una voz que la llamaba por su nombre.

Miró, y era el médico, su compañero en la asistencia de la pobre mujer que acababa de volver á la tierra.

El médico saltó del coche y se acercó á Sor Dorotea.

—Hermana, á buscar á V. iba. He visto los papeles de la señora Pepa.

—¡Ah! ¿Y puede V. decir, sin quebrantar un secreto, algo que quiero preguntarle acerca de esos papeles?

—Lo que puedo asegurar á V. es que en esos pa-

peles hay algo que se refiere á V... pero todavía no es tiempo de que V. sepa... V. lo sabrá todo, eso sí, pero despues que yo haya cumplido mi deber, que lo cumpliré, pese á quien pese.

—Tengo completa confianza en V., y lo que usted haga, siempre será bueno y conveniente. Mentiria si quisiera hacerle á V. creer que, despues de lo que me ha dicho, no tengo curiosidad... Voy á hacer á usted una pregunta: si puede V. contestarme, le agradeceré la respuesta; si no puede V., yo le ruego que no quebrante el secreto. ¿Me lo promete V.?

—Se lo prometo.

—Pues bien: ¿era acaso mi madre esa pobre mujer á quien vengo de dejar bajo la tierra?

—¡Oh! no, hermana mia, se apresuró á decir el médico. No merece V. tener tal madre.

—Gracias, doctor, dijo Dorotea alargando su mano al médico, que la estrechó entre las suyas con alguna ménos reverencia de lo que aconsejaba el respeto á las venerables tocas de la hermana de la Caridad.

—Pronto tendrá V. noticias mias. Ahora entro yo á desenredar una madeja asaz enmarañada; pero tengo fé, tenacidad, osadía, y sobre todo, propósito firme de contribuir por cuantos medios pueda á la felicidad de V.

—¿Podré yo ser feliz?

—¿Quién lo duda? Dios es demasiado bueno para no querer la felicidad de una de sus mejores y más perfectas criaturas.

El médico volvió al coche de alquiler, porque

propio no le tenia, y Sor Dorotea siguió su camino, murmurando:

—¡Dios mio! ¿Podré yo ser feliz? ¿Podré amar á ese hombre, sin ofenderte, Dios mio?

Cuando Sor Dorotea llegó al Beaterio, despues de preguntar á la Superiora si era necesaria su presencia en casa de algun otro enfermo, y habiéndola dicho la reverenda que podia descansar hasta el dia siguiente, que acaso tendria que ir á casa de un elevado personaje que se hallaba en gran peligro, retiróse á su celda, sacó su libro de memorias, del cual ya recordará el lector que he copiado una página en esta novela, y escribió:

«Murió la anciana. ¡Dios la haya acogido en su seno! Ha habido momentos en que he creido que ella era mi madre. Pero no, mi madre, segun todos los vagos indicios que tengo, era una gran señora. Esa pobre anciana ha tenido, sin duda, alguna participacion en sucesos de mi vida. Acaso me ha hecho daño. Si es así, yo la perdono y la bendigo. Por fortuna, segun me ha dicho ese médico, que tan bueno es y tan generoso, pronto voy á saberlo todo; pronto voy á descubrir el secreto de mi nacimiento; pronto voy, tal vez, á conocer á mi madre... ¡Dios mio! ¿Serás tan bueno para mí, que me hagas conocer á mi madre?... ¡Por esta felicidad haria todos los sacrificios imaginables, todos, hasta el de mi amor; hasta el de este amor, que en vano quiero arrojar de mi corazon!... aunque con él no te ofendo, Dios mio; yo no he pronunciado esos votos solemnes que obligan á una con-

ciencia honrada y cristiana á renunciar para siempre á otro amor que no sea el de la Divinidad... soy religiosa, sí, pero voluntariamente, mientras tenga fuerzas para serlo... ¡Oh, Dios mio! perdóname si te ofendo; pero no pienso agraviarte amando con puro y casto amor á un hombre bueno y virtuoso... El no sabe mi amor, él no me ama, y es probable que yo no abandone esta vida consagrada á la caridad... ¡Oh! si él me amara, si llegase un día en que ante tus altares uniéramos nuestras almas, seríamos dos á servirte, á hacer obras de caridad en tu santo nombre. ¡Dios mio! ¡mira con ojos de piedad á tu sierva, y hágase en todo tu santa voluntad!»

XV

¡Ministro!

De ménos nos hizo Dios.

Hace tiempo, mucho tiempo, ser ministro era una gran cosa; el hombre que llegaba á ser ministro era un hombre de gran experiencia, de sabiduría, y algunas veces de virtud, que nunca ha sido artículo muy abundante en el mercado del mundo.

Los modernos lo hemos arreglado de otro modo, y hace ya bastantes años que en España es ministro cualquiera, cualquiera que sabe algo, sobre todo hacer su negocio, pero que regularmente no sabe ser ministro.

Ser atrevido, hablar con alguna verbosidad, escribir sin miedo, haber provocado algun lance de honor, y saber engañar á los periódicos para que le pongan á uno en los cuernos de la luna, ó tener un periódico propio donde darse todo el bombo que se quiera, suele bastar para hacer ministro á un hombre político que haya tenido bastante trastienda para engatusar á unos cuantos hombres de partido que le encumbren, suponiendo que de algo les ha de servir luego.

El hijo del sacristan, el famoso D. Antonio de Luna, no éra nada, no habia estudiado nada, no sabia nada; pero un hombre político, el conde de Tres Puentes, habia tenido el capricho de hacerle hombre, y no habia necesitado él más para llegar mucho más alto de lo que podia suponer su mismo protector.

El ministerio de D. Tomás Meco lo hacia malditísimamente. El país, como siempre, estaba descontento y deseaba su caída. No merecen ménos casi todos los ministerios que tenemos en este país.

Contra aquel ministerio del viejo chocho D. Tomás Meco, Tomasito, como le llamaban las viejas verdes y las cotorronas que le habian conocido pollo y gallo, se habia urdido una conspiracion por otros hombres políticos, grandes amigos suyos, eso sí, pero que

como gobernante estaban deseando que se lo llevaran cuanto ántes cincuenta pares de demonios.

En esta conspiracion habia entrado el conde de Tres Puentes, que era un hombre que no se hallaba sin poner obstáculos al gobierno, fuera el que fuera, aunque fuese de su propio partido, porque para él no habia gobierno aceptable sino el de que él formase parte, ó por lo ménos estuviera á su completa disposicion y no hiciera otra cosa que lo que él le aconsejara.

En esta conspiracion luchó, aunque el conde de Tres Puentes no queria, el elemento jóven, y este elemento jóven, naturalmente levantisco y arrojado, tenia á su cabeza á D. Antonio Luna, hombre que se habia batido, que habia hablado en el Congreso con gran desparpajo, y que habia tenido la habilidad de hacerse una reputacion con un artículo escrito por otro, por el conde de Tres Puentes. Este tuvo que aceptar á su antiguo criado por compañero de conspiracion, y los trabajos se llevaron á cabo con la mayor actividad.

Por supuesto que se trataba de la felicidad del país, al decir de los conspiradores, que en papeles clandestinos, porque en los periódicos no se podia escribir con la mayor holgura, protestaban de su amor á la Constitucion y de sus benéficos propósitos en favor de la nacion, sin olvidar el desinterés, la abnegacion y el patriotismo de los nuevos redentores.

Como en todas las conspiraciones que ha habido en España, cuyo número es imposible retener en la

memoria, en aquella se habia contado con el elemento militar.

El gobierno persiguió á los conspiradores, los llamó rebeldes, perturbadores, anarquistas, y todo lo que llaman los gobiernos que no quieren caer á los que les quieren tumbar; exoneró á varios militares, desterró á varios paisanos; prendió á alguna gente menuda... en fin, lo de siempre; y cuando más se ufanaba de haber sabido desbaratar los tenebrosos planes de los enemigos del reposo público, una mañana un regimiento salió pronunciado en no sé qué capital de provincia.

Y la conspiracion logró el triunfo, sin que se deramara sangre por fortuna, y despues de seis ú ocho dias de idas, y venidas, y entradas, y salidas, y combinaciones, y arreglos, y transacciones, el conde de Tres Puentes fué nombrado ministro de la Gobernacion, y D. Antonio de Luna, el hijo del sacristan ahorcado en Zaragoza con todo el aparato de costumbre, fué nombrado ministro de no sé qué; pero, en fin, ministro de un ramo de que no entendia una palabra, puesto que en su vida las habia visto más gordas.

El que se hizo cruces fué el médico á quien ya conocemos, y que tanta aficion tenia al D. Antonio de Luna desde aquel desafío en que Luna hirió á su contrario, amigo muy querido de aquel.

Presentóse el ministerio en el Congreso, y Antonio de Luna, despues de haber presentado el presidente al nuevo gobierno, tomó la palabra y dijo tan bonitas cosas acerca de lo que merecia el pais ser fe-

liz, y de la moralidad que venia el gobierno á plantear en todas las esferas del poder, en lo público y en lo privado, que hasta las señoras que ocupaban la tribuna hubieron de entusiasmarse y aplaudir.

Pero entre los aplausos sonó una sonora carcajada lanzada en la tribuna pública... ya sabe el lector por quién, por aquel médico que habia jurado amargar todas las alegrías del flamante político, á quien consideraba un farsante de tomo y lomo.

Los diputados se indignaron; el presidente de la Asamblea mandó llevar á su presencia al descarado espectador, y el hijo del sacristan, que sabia perfectamente quién era el autor de la carcajada, se puso más colorado que un tomate, jurando allá en sus adentros perder á aquel hombre, si podia, ó comprarle, si no le podia perder y se dejaba comprar.

En presencia del presidente del Congreso deliberante fué interrogado el bueno del médico, que, despues de declarar su nombre, ya conocido y respetado en Madrid, explicó jovialmente su carcajada, diciendo que no lo habia podido remediar, que en aquel momento le habia venido á la memoria una frase graciosa que oyera por la mañana, y no habia podido contener la carcajada, que era el primero en considerar inoportuna y extemporánea; pero él no era dueño de contener la risa cuando de algo cómico se acordaba.

Aquella carcajada se comentó mucho en Madrid.

Los periódicos de oposicion, que siempre sacan partido de todo, no dejaron de recordar que el primer

dia que tiempos atras habló D. Antonio de Luna como diputado en el Congreso, tambien sonó una estrepitosa carcajada, enteramente igual á la que aquel dia le habia saludado en su nueva posicion de ministro.

El médico Ramirez se divirtió grandemente con los comentarios de los periódicos oposicionistas, con las tonterías de los ministeriales á propósito de su carcajada, pues hasta hubo acerca del caso acerbas polémicas entre algunos representantes de la opinion pública, y tal vez hubiera concluido trágicamente la cuestion en el campo del honor, si el médico Ramirez no hubiese dirigido este comunicado á los periódicos:

«Señor director de *La Trucha*. (Pongo por caso.)

»Muy señor mio: Hace dias que el periódico que V. dirige y otros órganos de la opinion que ven la luz en esta capital, vienen ocupándose en comentar una carcajada que tuve el honor de soltar la otra tarde en el Congreso de los diputados, donde me hallaba en la tribuna pública, aficionado como soy á los grandiosos debates parlamentarios.

»Los periódicos, en sus ingeniosas apreciaciones acerca de la carcajada de mi propiedad, que se me escapó precisamente cuando los señores diputados aplaudian con entusiasmo las palabras de un nuevo ministro, cuyas manos beso, no han estado exactos; y viendo el sesgo que va tomando esta cuestion, y no queriendo yo que una carcajada mia dé lugar á trágicos sucesos, ó siquiera á divergencias lamentables entre los órganos de la prensa, he creído de mi deber

apresurarme á declarar que aquella carcajada se me fué, sin poderla detener, pero sin que fuera mi ánimo darle la menor importancia política; cada cual, señor director, se rie cuando tiene gana, y por mi parte crea V. que tengo una satisfaccion en reirme á carcajadas mejor que en llorar á lágrima viva.

»Es de V. afectísimo servidor,» etc.

Esta carta, publicada en algun periódico enemigo del ministerio, vino á hacer más cómica la situacion, y el público tuvo nueva ocasion de divertirse á costa del ministro, que fué quien, despues de todo, quedó en ridículo; nadie al verle podia disimular una sonrisa, recordando aquella tremenda carcajada.

Hablemos un poco del flamante ministro.

A los pocos meses de su entrada en el poder, empezó la gente á murmurar del excesivo lujo del ministro. En efecto, daba el hombre convites que le costaban mucho más que el sueldo que cobraba, y tenia en su casa tal fausto, que contaban maravillas los favorecidos. No hay para qué decir que con tales circunstancias no le faltaria lucida cohorte de aduladores, y defensores, y preconizadores de su honradez, severidad de costumbres y buenas prendas. El poder le cegó. Pudo aquel hombre, en aquella posicion á que la suerte le habia conducido, hacer el bien del país y hacer el suyo propio; pudo haberse hecho perdonar la infamia de su origen; pudo haber adquirido para el resto de su vida la tranquilidad de la conciencia y el aprecio de sus conciudadanos; pero no tuvo otra mira que su engrandecimiento personal, ni otro

afan que enriquecerse, enriquecerse pronto. La murmuracion fué aumentando. Todo el mundo decia en reuniones y cafés que el ministro hacia negocios, y aunque sus parásitos aduladores salian al encuentro de todas estas que llamaban calumnias infames, y encarecian el desprecio con que el ministro miraba á sus detractores, y los tribunales condenaron severamente á un pobre periodista que se atrevió á aludirle claramente en unos versos, la murmuracion seguia, y el bueno de D. Antonio de Luna era mirado con no poca prevencion por las personas honradas. Quién decia que en cierto contrato le habian quedado muchos miles de duros, que el Estado tenia que pagar, y que podia haberse hecho con gran ventaja para el Erario. Quién contaba bajito que á un amigo suyo se le habia ofrecido una credencial si daba el importe de una anualidad del sueldo correspondiente al destino que se le proponia. Quién aseguraba que la consignacion de gastos secretos se la tragaba el ministro bonitamente. En fin, fué generalizándose de tal modo la opinion de que D. Antonio de Luna era un tunante, que sus mismos compañeros de ministerio deseaban librarse de él; pero el poder los hacia débiles; la idea de tener que volver á la vida privada les hacia callar y compartir ante la opinion la responsabilidad de los actos de su compañero. Este habia logrado imponerse á todos, y no era empresa fácil echarle del poder. Habia buscado ademas un gran punto de apoyo: las mujeres; en la alta sociedad tenia gran partido, porque no habia hombre más amable, más galante, más

decidor y más dispuesto á servir en sus pretensiones á las señoras, y sabido es que las señoras siempre tienen algo que pedir. Además, la esposa de D. Tomas Meco, del viejo chocho del ex-presidente del Consejo de Ministros, seguía teniendo en la corte omnimoda influencia, y la orgullosa, la altiva Isabel, era la amante de Antonio de Luna, quien esperaba impaciente la muerte de D. Tomas Meco para casarse con aquella mujer y apoderarse de la enorme fortuna del viejo, que, no teniendo otros herederos, sería toda de su viuda. En la provision de empleos era el ministro más fresco y desenfadado que podía imaginarse. Con el mayor descaro, con el mayor cinismo, arrojaba todas las censuras, desafiaba todos los odios que en contra suya se iban amontonando, y hacia prodigios de habilidad para sostenerse en el poder. Todas las conspiraciones las descubría; á muchos de los que llamaba sus detractores, los hacía callar en la prision ó en el destierro; á los periodistas que tímidamente le censuraban enviaba satélites suyos que les provocaran, ó que les ofrecieran una credencial, en la mayor parte de los casos rechazada, pero por algunos admitida; mas lo que le inquietaba sobremanera, lo que le desesperaba era que cada dos ó tres días se leía en cafés, en sociedades, en casinos, en todas partes, una hoja, en la que se le trataba de bribon redomado, y se daban algunas noticias sobre su historia, que siempre eran exactas. Aquellas hojas clandestinas circulaban por el correo, y el mismo don Antonio de Luna encontraba en su correspondencia

un ejemplar en papel muy fino, como para quien era, que así lo rezaba la hoja en una nota que iba al pié. El autor de aquellos papeles, ya lo ha adivinado el lector, era el médico, el implacable enemigo de aquel farsante. En vano la policía buscó al autor ó al impresor. D. Antonio de Luna tenia miedo al médico, y quiso vencerle por el halago, ya que no podia meterle en presidio por toda la vida con una mordaza en la boca, que así le hubiera querido ver. Un dia salió en la *Gaceta* un decreto nombrando una comision que fuera á estudiar los hospitales y clínicas más notables de las principales capitales de Europa, y el presidente de aquella comision, con un gran sueldo, era el médico Ramirez, de quien se hacia un extremado elogio. Este contestó exponiendo que no podia aceptar tan señalada distincion, porque no tenia corazon para abandonar á sus pobres enfermos; que otros doctores más sabios y prácticos que él habia para desempeñar tan delicada mision, y que en aquellos momentos se ocupaba en redactar una obra que consideraba útil para el país, y esta era otra razon que tenia para declinar el honroso cargo que se le conferia. El ministro bramó al leer este documento, que se publicó en muchos periódicos. Pasaron algunos dias sin que se publicara ninguno de aquellos papeles que tanto daño hacian á Luna en la opinion pública, y ya empezaba á creer que el médico habia desistido de continuar la obra útil á su patria. Pero ¡cuál fué su sorpresa al recibir una carta fechada en el mismo lugar de su nacimiento, que sólo contenia los siguientes renglones:

«Sr. D. Antonio de Luna.

»Aquí me tiene V. á sus órdenes, en esta aldea, donde estoy hace cuatro dias recogiendo datos para escribir la historia de *El Hijo del Sacristan*. ¿Qué le parece á V. el título?... Tengo el sentimiento de anunciar á V. que Teresa se muere. Su breve estancia en Madrid le hizo un daño horrible; la pobre muchacha volvió aturdida, sin darse cuenta de lo que le habia sucedido; no era extraño: la pobre es demasiado inocente para comprender lo que es el mundo; se muere sin comprenderlo; únicamente sabe del mundo que el hombre es un sér vil y miserable, sin alma y sin corazon. Como el único que ha conocido tiene esas cualidades, la infeliz cree que todos son iguales. En fin, la pobrecita se muere, no tiene remedio... Acaso será así más dichosa. Páselo V. bien, y váyase armando de toda su benevolencia para recibir y leer la historia de *El Hijo del Sacristan*, que me parece, y no es inmodestia, que no ha de serle á V. indiferente, aunque el autor no merezca todas sus simpatías. No envíe V. á nadie á buscarme aquí, porque yo llegaré poco despues que la carta. Sabe V. que siempre está pensando en V., ***.—El de las hojitas.»

Esta carta exasperó á D. Antonio de Luna, porque se consideraba impotente contra aquel implacable enemigo, que por lo visto se habia propuesto acabar con él, anularle completamente, hacerle caer del puesto que ocupaba, y publicar todo aquello que más interes tenia en ocultar. Decidióse á tratar cara á cara y frente á frente con su enemigo, y buscar un medio

de que cesara éste en su persecucion. No tenia gran confianza, porque ya habia tenido ocasion de conocer que el médico era un carácter firme, indomable, que no cedia á la amenaza ni á la seduccion.—¡Bah! se dijo, en último extremo le ofreceré un millon. ¡Un millon! ¿Quién no hace por un millon una cosa tan fácil como es no volverse á acordar de mí para nada?... Todos los hombres son capaces de venderse; lo que varia es el precio. ¡Un millon es una fortuna!... Pero le conozco, es capaz de arrojármelo á la cara, y entónces... ¿qué hago?... ofrecérselo á un hombre que le asesine... ¡Ah! un asesino se encuentra por mucho ménos... Casi me saldria más barato este medio. ¿Cuál será el lado flaco de ese hombre?... se preguntaba. Todos los hombres tenemos alguna debilidad, todos tenemos una cuerda sensible... lo difícil es acertar cuál sea. ¿Le satisfaria una gran cruz? Hay personas muy formales, inteligencias muy distinguidas, que tienen la debilidad de creer que un hombre que lleva una placa sobre el frac es un sér casi sobrenatural á quien se debe respeto y obediencia. Y las mujeres, ¿no tendrán influencia alguna sobre ese hombre? Las mujeres no, pero alguna mujer sí. Pero ¿quién conoce á la mujer capaz de dominar la firme voluntad de ese hombre?... Isabel le conoce, pero no conseguiria nada. ¿Qué habia de conseguir!...» Dos dias despues de recibir la carta fechada en su pueblo, el ministro se informó de que se hallaba en Madrid el médico, y le dirigió un atento B. L. M., suplicándole que se pasara por el ministerio ó le seña-

lase hora en que pudiera verle en su casa. Al atento B. L. M. contestó el médico: «Si está V. enfermo y desea que le asista, lo haré con mucho gusto y con toda mi conciencia de profesor de medicina; pero si quiere V. otra cosa, no puedo ir á visitarle, y no le aconsejaré que venga á esta casa, porque nada tenemos que tratar entre los dos.»

XVI

Junta de médicos.

La opinion pública fué mostrándose cada vez más contraria al ministro improvisado.

El descontento era general, como sucede siempre que un mal gobierno comete un error tras otro error, y se propone por sistema chocar por completo con la opinion, no de los políticos, sino de la mayoría independiente y contribuyente.

Como todos los gobiernos desprestigiados y en lucha abierta con la opinion pública, iba caminando de desacierto en desacierto, y no parecia sino que tenia empeño en provocar las iras del país ofendido y maltratado.

Otro partido, como sucede siempre, compuesto de hombres que ya habian sido gobierno y que lo habian hecho todo lo mal que podian, que era muy mal, se aprovechaba de aquella actitud del país, y conspiraba contra el de que formaba parte D. Antonio de Luna, como éste habia conspirado contra el anterior, que este es el sistema en nuestra pobre España.

Y comenzó el nuevo gobierno á caer como habia empezado á caer el anterior, haciendo alarde de gran fuerza, apostrofando y provocando á los enemigos, asegurando que aplastaria á quien tratase de alterar el orden; y á todo esto, cada nueva medida del gobierno venia á demostrar su ignorancia, su temeridad, su ceguedad. Gritaba mucho, se hacia el valiente, pero tenia un miedo supino. Los gobiernos en semejante situacion son como los chicos cuando van de noche solos temblando y cantando.

Ramirez se habia hecho conspirador, no por ambicion política, porque él no queria empleos ni honores, sino porque tenia formado empeño de desenmascarar á aquel bribon y contribuir á su caida.

No se habia puesto de acuerdo con ningun partido político, toda vez que él no queria servir á ninguno, sino solamente á su país, para el que juzgaba una ignominia estar bajo el poder de semejante aventurero.

Tres amigos decididos de Ramirez, dispuestos á secundarle en todo, estaban en el secreto, hasta cierto punto.

Un dia les reunió y les dijo:

—Compañeros, aquí veis á un hombre que va á derribar un gobierno.

—Si tú eres el jefe de la conspiracion...

—Se trata de hacer que el famoso ministro D. Antonio de Luna, saltando por todas las fórmulas parlamentarias, constitucionales y cancillerescas, me presente su dimision.

—¡Canario! ¿vas á subir al trono?...

—¿Te vas á hacer dictador? Nunca hubiera imaginado que un médico tuviese tan altas pretensiones.

—No, amigos, mis pretensiones están completamente conformes con la honrosa profesion que ejerzo. Trato de hacer una amputacion.

—¡Sopla!

—Cortar un miembro podrido del país.

—Gran patriota te has hecho.

—No soy más que un hombre de bien avergonzado de que sobre diez y seis millones de habitantes logre encaramarse cualquier advenedizo que no merece más que el desprecio.

—Pues, hombre, dispon y ordena, y te ayudaremos en la buena obra que te propones.

—¿Qué habrá que hacer?

—Un dia de estos, para ver cuándo se muere un enfermo grave que tengo, propondré en la casa una consulta. Vosotros sois médicos, y propondré que os llamen.

—Bien, ¿y qué?...

—Nada, asistís á la consulta, vemos al enfermo,

y luego... en fin, lo que ocurrirá luego ya lo vereis.

El enfermo era D. Tomás Meco. Hacia dias que el pobre viejo estaba bastante malo. Isabel, su mujer, no se cuidaba mucho de su salud. Habia llamado á tres ó cuatro médicos, que cada cual atribuia el mal á una causa diferente, y entre todos, ni ellos entendian que el enfermo tenia otra cosa que mucha edad, ni éste se aliviaba, sino por el contrario.

Isabel, ya lo sabe el lector, era ya amante de don Antonio de Luna, y el viejo le estorbaba; nunca le habia amado, pero desde que la ingrata, que con todos habia de serlo, habia olvidado sus deberes, aumentó su aversion á aquel anciano, á quien ella no debia más que beneficios, pero que tambien pagaba así su pasada vida, que á la verdad no habia sido muy edificante, pues al tal D. Tomás Meco no tenia el diablo por dónde desecharle.

Isabel, que le habia dominado por completo, se habia apoderado de todo cuanto pertenecia á su marido; ella tenia en su poder gran parte de la enorme fortuna del ex-presidente del Consejo, ó más bien la tenian ella y su cómplice, el flamante ministro.

Un dia D. Tomás Meco tuvo un momento lúcido, y llamando á un criado de su confianza, le dijo:

—Con estos médicos no adelanto nada.

—Ya lo veo, señor. ¿Quiere V. E. que indique algo á la señora?...

—No, porque ella creerá que siendo esos médicos tan reputados, será aprension mia la poca confianza que en ellos tengo, y ya sabes que nada le niego yo

á mi mujer... De fijo que me convencería... Vas á ir á sus casas, á dar á cada uno una onza por las cuatro visitas que me ha hecho, y á decirles que no se molesten más en venir, y á la señora le dices que no quiero otro médico que Ramirez, ya le conoces.

—¡Ah! sí, señor; ese sí que es buena persona. Ya no viene por aquí.

—Mi mujer le tiene antipatía, no sé por qué; pero en fin, despues de hecho lo que te digo, se conformará.

El criado hizolo todo como le dijo su señor.

Todo esto pasaba cinco ó seis dias ántes de la conferencia que tuvo Ramirez con sus tres amigos.

Ramirez recibió al criado del magnate.

—¿Y qué tiene tu amo? le preguntó.

—¡Vaya V. á saber!... Un médico dice que asma, otro que una gastrítis, otro... no sé qué, y otro... qué sé yo...

—¡Cuatro médicos!... Milagro que con uno se salve un enfermo... conqu con cuatro... ¿Y dices que los ha despedido á todos?

—Sí, señor; ahora mismo vengo de dar á cada uno una onza y las gracias.

—Estas podias haberlas escusado, porque no habrá de qué... Pues, amigo, yo no quiero nunca sustituir á ningun compañero en la asistencia de un enfermo, ni me gusta encargarme de enfermos que ya han sido tratados por otros, porque si el enfermo se muere me echan á mí la culpa, y si se pone bueno se atribuyen ellos el milagro; pero en favor de tu amo

haré una excepcion en mi sistema y acudiré á su llamamiento.

Isabel fué á las habitaciones de su marido y preguntó qué habian dicho los médicos.

—Señora, contestó el fiel criado, los médicos no han dicho nada porque hoy no han venido.

—¿Cómo?

—Los he despedido.

—¿Usted?...

—Sí, señora, de orden de S. E.

—¿Cómo se ha atrevido?...

—Señora, los enfermos tienen caprichos... tiene la manía de que con esos médicos no adelanta nada.

Isabel fué á interpelar á su marido.

—No me riñas, hija, dijo éste... pero hace cuatro dias que esos médicos no hacen más que hablar entre sí, hacer disertaciones muy científicas, no lo dudo, sobre muchas cosas, torcer la cabeza, mirarse... y en fin, Isabelita, yo quiero que venga Ramirez.

Isabel se puso lívida. Sabia que Ramirez era el enemigo de su amante; éste se lo habia dicho todo.

—Ramirez no vendrá. ¡Vaya un médico! Un jóven, un hombre sin experiencia. Es preciso que se le avise que no venga... Yo no tengo confianza en él... ¡Jesús! ¿á quién se le ocurre llamar á Ramirez?

—Señora, á los piés de V. E., dijo Ramirez entrando en el gabinete que precedia á la alcoba.—Un médico puede entrar sin anunciarse, y creo que he venido á tiempo, porque me parece que al entrar he oido pronunciar mi nombre.

—No, dijo Isabel, hablaba de otro Ramirez.

—Hay muchos de este apellido, dijo jovialmente el médico. Conque ¿qué tiene mi Sr. D. Tomás?... añadió entrando en la alcoba.

El enfermo hizo la explicacion de los *síntomas* de su mal, si bien le corregia y rectificaba frecuentemente su mujer.

El hombre tenia por el dia un sueño abrumador, durante el cual sufría angustiosas pesadillas, y luego por la noche no dormía. En todo el dia se le apagaba la sed, por mucha agua que bebiese, y en fin, se hallaba en un estado de inquietud, angustia y desasosiego, que nunca en sus varias enfermedades habia advertido tales síntomas.

—¡Bah! dijo Ramirez con la mayor naturalidad del mundo, esto no es nada.

Isabel se sonrió con satisfaccion, así como afirmando las palabras del médico.

—¿Y qué medicina se le ha de dar? preguntó la taimada mujer.

—Ninguna, contestó el médico, por ahora. Si tuviera que darle alguna, yo mismo se la daria.

El médico se despidió, no diciendo que volvería á hora fija, sino cuando lo creyese conveniente.

.....
Cuando por la noche recibió Isabel la visita de su amante, éste le preguntó por el enfermo. Isabel le contó lo sucedido, y al saber Antonio de Luna que Ramirez era el médico llamado á reemplazar á las eminencias de la ciencia, exclamó:

—Isabel, si ese hombre vuelve, estamos perdidos.

Isabel se puso pálida como la cera.

—¡Oh! nada temas, le dijo su cómplice; ese hombre callará; aún tengo yo el poder; aún puedo hacerle desaparecer.

—¿Qué intentas?... Me das horror y me doy horror yo misma.

—No es ocasion de recriminaciones... Hecho está lo hecho, y ya no tiene remedio.

—Me has perdido.

—Ten valor, y no te perderás tú, ni yo tampoco.

—Pero ¿qué haremos? Hace poco has dicho que estábamos perdidos si ese médico volvía.

—No... no lo creas... en fin... no hablemos más de eso... Yo me encargo de arreglarlo todo... ¡Qué situación!... Tengo encima una conspiracion tremenda contra el gobierno, y cada vez veo más difícil la manera de conjurarla y desbaratarla. La revolucion puede estallar de un momento á otro... Ya no tenemos confianza en nadie; ya los mismos que más amigos parecían nos vuelven la espalda, y se ha formado alrededor del gobierno el vacío, precursor de las grandes catástrofes. Isabel, es preciso que estés á todo apercibida... Tendremos que huir...

—¡Yo!...

—¡Tú! ¿Olvidas que eres mi cómplice, que tu existencia está ya completamente ligada á la mia?... Somos dos desheredados del mundo, dos seres sin nombre: tú, porque no sabes quién fué tu padre; yo, por-

que no puedo decir quién fué el mío, y la fatalidad nos ha unido.

—¡Suerte funesta!...

—¿Por qué funesta?... Ambos habíamos nacido para ser unos miserables, y hemos logrado riqueza, honores, poder... Tenemos algunas contrariedades, es verdad, pero... ¿para qué sirve la fuerza de voluntad?...

En aquel momento el criado llegó á anunciar que habia vuelto el médico.

—¡Ese hombre! murmuró Antonio de Luna. Isabel, ¿no puedes hacer que yo vea y oiga al médico sin que él me vea?

—Sí; la alcoba de mi marido tiene una puerta que comunica con su despacho, al cual se entra por un pasillo que va de mi *boudoir*... Hay una cortina... Por allí nadie tiene que entrar ni salir.

—Pues guíame.

Colocado el ministro en su escondite, Isabel, procurando serenarse, cosa que no le costaba gran trabajo, porque era consumada actriz, volvió á su gabinete, y desde allí se dirigió al en que estaba la alcoba de su marido.

—¿Cómo encuentra V. al enfermo? preguntó al médico.

—No está peor, dijo Ramirez con la mayor naturalidad. Yo espero que tendré la fortuna de conservar á V. su esposo, pero para ello me ha de conferir V. plenos poderes.

—Concedidos los tiene V. por el enfermo, que es á quien yo debo obediencia y respeto.

—Pues bien: voy á traer una hermana de la Caridad, una santa mujer, en quien tengo absoluta confianza, para que le cuide en aquellos momentos en que V. tenga necesariamente que separarse de la alcoba de su esposo. No quiero que le cuiden criados. Para cuidar á los ancianos se necesita la misma paciencia, la misma asiduidad que para cuidar á los niños... ¿Me da V. su venia?

—Sí, señor, dijo imperturbable la esposa del enfermo.

—Doy á V. gracias por la confianza que me dispensa. V., que tantas obras de caridad hace, como sabe todo el mundo, aunque V. procura ocultarlas cuidadosamente, no habia de ver con desagrado en su casa á una hermana de la Caridad, que es un modelo de virtud y de abnegacion.

—Tendré mucho gusto.

—Ademas, para caminar con más seguridad en el tratamiento del enfermo, tendré una consulta con otros profesores.

—¡Ah! entónces es decir que le encuentra usted grave.

—No, señora, no: ya he dicho á V. que á su edad hay que prevenirlo todo.

—¿Y cuándo va á venir esa religiosa?

—Esta misma noche, si V. lo permite.

Isabel volvió á su gabinete, y pronto se le reunió su cómplice.

—¿Qué hacemos? le preguntó Isabel con ansiedad.

—Nada hay que temer: ese hombre no sospecha

nada. De todos modos, es preciso, ya que no sospecha, como creo, no dar lugar á que pueda sospechar. El es muy taimado, acaso quiere probar...

No tardó en volver el médico, acompañado de sus tres amigos, que venian á celebrar la consulta anunciada.

Examinaron al enfermo, les explicó Ramirez los síntomas, y despues de una breve conversacion, acordaron, por indicacion del médico de cabecera, escribir un acta de la consulta, cuya redaccion se confió á Ramirez, quien ofreció tenerla escrita el dia siguiente.

Cuando los reunió para leerles el acta, les dijo:

—Amigos, ser médico es más difícil de lo que se cree.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vosotros tres teneis mucho talento, y, sin embargo, anoche os habeis equivocado grandemente.

—Ese hombre tiene asma.

—Justo, asma tiene.

—Eso decís, porque no le conoceis; y no arguye en vosotros falta de ciencia, no, porque los síntomas que ahora presenta son los del asma, pero el médico tiene muchas veces que mirar más las condiciones de vida del enfermo, las personas que le rodean, y otras mil circunstancias, para poder apreciar con exactitud su estado. ¡Ese hombre está envenenado!

—¿Qué dices?...

—Digo lo que es verdad, y lo juro por mi honor...
¿Por quién? Por quien tiene interes en su muerte.

—Pero es un crimen: hay que dar parte.

—No; ya ha desaparecido la huella del veneno, y acaso no lo podríamos probar... Era un crimen bien inútil, porque el hombre se muere sin necesidad del veneno... tiene una lesion cerebral que le quitará la vida muy pronto.

—¿Es su mujer la autora del crimen?

—No lo sé, pero mañana caerá el gobierno.

—Pero, hombre, ¿qué tiene que ver el gobierno?...

—Oid la relacion de la consulta.

Decia así:

«Los que suscriben, profesores de medicina, declaran que el Excmo. Sr. D. Tomás Meco ha sido envenenado, segun han podido observar en la consulta celebrada, etc., etc., y están dispuestos á sostener ante la justicia su aserto.»

—¿Teneis confianza en mí?

—Completa.

—Pues bien: firmad este papel, que despues de todo no dice más que la verdad, y juradme por vuestro honor no decir á nadie una palabra sobre este asunto.

—Lo juramos.

Firmaron los tres amigos, y dos horas despues recibia en el ministerio D. Antonio de Luna una carta que decia así:

«Adjunta envío á V. copia de la opinion de los médicos que han reconocido á D. Tomás Meco, envenenado por V. y por su cómplice, la mujer del enfermo. Si hace V. hoy dimision de su cargo, y evita V. así

un levantamiento que habria de producir mucha sangre y muchas lágrimas, el original del adjunto papel será inutilizado por mí; si mañana sigue V. afligiendo al país con su gobierno, llevaré á los tribunales la acusacion más categórica contra V. y su cómplice.»

El día siguiente, cuando ya se iban á echar á la calle los conspiradores, cuando ya se disponian las tropas á salir al primer aviso, cuando todo Madrid esperaba una lucha sangrienta en las calles entre la parte del ejército fiel á su deber y el pueblo, llenó de júbilo á España la noticia de que habia caido el odiado gobierno.

—¿Veis, dijo Ramirez á sus amigos, cómo era cierto cuanto os decia?... ¿Os convenceis ahora de que el enfermo estaba envenenado?

—Sí, hombre, sí, eres el mismo demonio.

—Pero siendo cierto el crimen, ¿por qué ha de quedar impune?

—¿Y se os figura que quedará impune?... Los hombres pueden ignorarlo, pero Dios hará justicia. No sabeis vosotros qué tremendo castigo preparo yo á los criminales.

—¿Tú?...

—Yo, sí; yo soy el instrumento de que la Providencia se sirve.

.....

Aquella misma noche en que se celebró la consulta, á las doce, llegó á la puerta de la casa de D. Tomás Meco la hermana de la Caridad, Sor Dorotea.

Advertidos los criados por el médico de que vendría, la condujeron á la alcoba del enfermo.

Cuando entró, Isabel, que iba á salir en aquel momento de la alcoba, volvió la cabeza.

—Ambas se miraron, y ambas exclamaron:

—¡Ah!

—Ya se habian visto otra vez, ya lo recordará el lector, en la misera buhardilla donde vivian muriendo la pobre madre ciega y el hijo enfermo y desesperado.

XVII

De cómo se van muriendo los personajes de esta novela.

D. Tomás Meco estaba tan inútil y postrado, que no podia resistir á una medicacion fuerte y enérgica, cual la tuvo que emplear Ramirez para combatir el efecto del veneno que corria por sus venas.

El veneno quedó sin efecto, pero el hombre quedó reducido á la menor expresion, y en las mejores disposiciones para morir al primer dolor de cabeza que tuviese.

Así es que D. Tomás estaba en un estado de los más graves. Parecía un niño. Tenía caprichos y rarezas singulares; unas veces se ponía hecho una fiera, y otras lloraba como un chiquillo; á ratos le daba por contar sus borrascas de la juventud, complaciéndose en los más cinicos detalles, y á ratos se le veía compungido y devoto rezar Padrenuestros y Ave-Marías, aunque no recordaba muy bien estas sencillas y sublimes oraciones que aprendemos en la infancia, y que tantos olvidan despues, porque al par que se adquieren vicios y malas costumbres se pierden las buenas...

Sor Dorotea, que le cuidaba con el mayor cariño, con la más tierna solicitud, le oía murmurar á veces nombres de mujeres, y en verdad no eran pocas las que el hombre habia conocido en su larga carrera... pero Sor Dorotea no ponía cuidado en escuchar aquellas frases incoherentes, vago recuerdo de las proezas de la juventud y de la edad madura de aquel hombre que ya no era más que una sombra de hombre, reducido, arrugado, consumido. Cuando le oía rezar, entónces sí acompañábale en aquella accion piadosa, y oyéndola el enfermo rezar iba él repitiendo las palabras que murmuraba Sor Dorotea, á quien se habia acostumbrado tanto, que no queria ver otra persona á su lado, ni se acordaba siquiera de su mujer, á quien ya no nombraba ni por casualidad.

Un dia el médico dijo á Sor Dorotea:

—Hermana, se acerca el término.

—¿Qué quiere V. decir?...

—Que ya es imposible alargar más la vida de este hombre, y es preciso que se prepare para entrar en otra vida mejor.

—¿Tan malo está?

—Sí, hermana, tan malo está; son muchos sus años y pocas sus fuerzas.

—¡Pobre anciano! me da pena considerar que está tan solo, que su mujer apenas asoma por aquí alguna rara vez...

—Tiene la mejor compañía que puede tener, la de V. Su mujer... ¿no ha conocido V. que á esa mujer le importa poco la vida de su marido?... Esos hombres que, despues de haber sido unos libertinos, se casan, vienen á dar casi siempre con mujeres que se encargan de su castigo.

Isabel, como habia dicho Sor Dorotea, no parecia apenas por el dormitorio de su marido, y cuando entraba no hablaba con la hermana de la Caridad, á quien miraba con desden, sin que este desden turbara un momento la calma de Sor Dorotea, que siempre estaba en actitud humilde, y cuidaba del enfermo como si otra cosa no le preocupase.

D. Antonio de Luna no habia dicho á su cómplice el extraño resultado de la consulta habida entre los médicos que llevó aquel maldito que le habia hecho dejar el puesto más pronto que lo hubiera dejado si hubiese estallado la sublevacion preparada. Estaba seguro de que el médico cumpliria su palabra de no divulgar aquel espantoso secreto, porque sabia que el médico cumplia lo que ofrecia.

En cuanto muriera el viejo, él sería dueño de la fortuna de éste; su cómplice tendría que continuar unida á él, pero si se arrepentía y no quería ya unir su suerte á la suya, medios tenía para arrebatársela aquella fortuna tan codiciada.

Isabel, por su parte, había empezado ya á sentir aversion á su cómplice, y soñaba como una felicidad verse libre de aquel hombre, cuya fortuna, cuyo encumbramiento, cuya osadía la habían ofuscado y hecho faltar á sus deberes de esposa. ¡Cuán cierto es que el crimen no puede engendrar más que odios y desventuras! El cómplice de un delito odia al fin al que le acompañó en la perpetración del crimen, y por esto son tan desgraciadas las pobres mujeres que faltan á sus sagradas obligaciones de esposas y de madres de familia.

Su castigo es odiar y ser odiadas. No puede haber amor donde hay delito.

El amor es todo pureza, bondad, ternura.

Y el adulterio no es amor nunca, aunque quiera tomar ese nombre; es vicio, y vicio repugnante, que acaso la sociedad no lo castiga, pero que tiene tremenda expiación en la conciencia.

¡Quién sabe los terribles tormentos que sufrirá en su conciencia la que no puede mirar frente á frente á su marido, la que tiene que avergonzarse en presencia de su mismo cómplice, que tampoco la puede estimar y considerar como á mujer honrada!...

¡Ah! ¡con qué envidia debe mirar la mujer culpable á la esposa casta, virtuosa, que se presenta en to-

das partes honrada y honrando á su marido, rodeada del respeto de todos y desafiando todas las malicias y todas las murmuraciones, que de ninguna manera le pueden alcanzar!

D. Tomás Meco se empeoraba cada vez más, y el médico aseguró que le quedaban pocas horas de vida.

—Haga V., dijo á la hermana de la Caridad, una buena obra más.

—¿Cuál?

—Incline V. á ese hombre á cumplir con Dios, muriendo confesado y arrepentido.

No le costó gran trabajo á Sor Dorotea convencer al enfermo.

A las primeras palabras que le habló, palabras de esperanza en Dios, pareció como que aquella inteligencia cobraba el vigor perdido, y ante ella se abrian nuevos y consoladores horizontes, desapareciendo el velo tupido del error y la indiferencia que le habia tenido ciego.

D. Tomás Meco no habia hecho nunca profesion de ateo; al contrario, porque así servia á sus planes políticos; pero habia sido indiferente en materias religiosas.

Hay, por desgracia, no pocos ejemplos de hombres de claro entendimiento, que, preocupados por las ambiciones de la vida, entregados por completo á los placeres de la fortuna, halagados por todos, acostumbrados á no tener penas, pasan su vida en la mayor indiferencia de las cosas espirituales, y llegan

á la hora de la muerte con una enorme deuda para con su Criador.

En aquellos supremos instantes que ya no hallan consuelo mirando al mundo, del que nada esperan, Dios toca en su corazon, como para decirles: —Ingrato, ¿por qué te olvidaste de mí?—Y abren los ojos á la purísima luz de la verdad.

Esto le sucedió á D. Tomás, que á la primera insinuacion de Sor Dorotea pidió humildemente confesion y perdon, y Dios le concedió este grandísimo consuelo.

Despues de terminado este acto cristiano, cayó en una congoja, y cuando volvió el médico, el enfermo tenia ya el penoso estertor de la agonía.

Ramirez le examinó, le interrogó: el enfermo abria con mucho trabajo los apagados ojos; pero no podia pronunciar palabra.

—Sor Dorotea, dijo á la hermana: si es V. prudente, voy á decirle algo que le interesa á V. vivamente. ¿Hará V. lo que yo le diga y nada más?

—Lo prometo.

—Pues bien: bese V. al moribundo, y dígale V.

—¡Oh! por piedad, acabe V.

—Dígale V.... «Dios te bendiga, padre.»

—¡Oh! ¡Mi padre! exclamó Sor Dorotea con un acento indefinible, y se abalanzó al lecho del moribundo.

Besóle con lágrimas de ternura, y repitió las palabras del médico:

—¡Padre, Dios te bendiga!

El enfermo se estremeció, abrió los ojos, miró á la religiosa, hizo esfuerzos para hablar, sacó los brazos, y al sentir en su mano helada la abrasada mano de su hija, logró por misericordia de Dios pronunciar clara y distintamente esta dulce palabra:

—¡Hija!

Y en los brazos de ésta reposó la cabeza, y suspirando dulcemente espiró.

.....
Aún acariciaba las mejillas de la hermana de la Caridad el calor del último suspiro de su padre, cuando apareció Isabel en la puerta de la habitación mortuoria.

—¿Qué es esto? dijo al ver á Sor Dorotea llorando, abrazada al que había sido su esposo.

—Esto es, señora, dijo el médico, que acaba V. de quedar viuda.

—¿Ha muerto?...

—En este momento.

—¿Y esa mujer?...

—Esta mujer llora porque tiene alma buena y generosa.

—Muerto mi esposo, ha concluido la misión de esa señora en esta casa.

—Segun y cómo, señora.

Dijo estas palabras el médico con tan severo acento, que Isabel se estremeció.

—No comprendo... dijo, después de un momento. Su actitud cuando he llegado á este aposento y ahora mismo, no es la que conviene á una persona de su

respetable carácter y completamente ajena á la familia.

—Permítame V., señora, que le diga que la actitud de V. no es tampoco la que conviene á una esposa que acaba de perder al hombre que le dió su mano y su nombre en los altares.

—¡Caballero! La mision de V. ha concluido tambien.

—No, señora; me falta extender la certificacion que acredite de qué ha muerto su esposo de V.

Isabel estaba desconcertada.

—En efecto, aún falta esa formalidad.

—Muy importante, señora, añadió el médico, acentuando la frase.

—Pero yo quisiera saber por qué esta señora...

—Respete V. su dolor.

—¿Su dolor?...

—Sí, señora; su dolor.

—Cada vez entiendo ménos.

—Es raro, porque abrazadas á un cadáver, sólo pueden estar una esposa tiernísima, una madre amorosa, ó una hija buena. Madre no la tenia su esposo de V.; su esposa es V... Conque esta señora, esta santa, será, sin duda, su hija.

—¡Su hija! repitió Isabel, dando un grito que parecia una blasfemia, allí delante de un cadáver. ¿Mi esposo tenia una hija?... ¡Mentira!

—Señora, respete V. á los muertos.

—¡Una hija!... Y yo no lo sabia...

—No, señora; V. no lo sabia, y ha sido fortuna.

Ahora ya no le extrañará á V. la actitud de una hija unto al cadáver de su padre.

—Yo soy la esposa legítima, soy la dueña de mi casa, llevo el nombre de mi marido, y no puedo consentir que esté aquí una hija ilegítima, una hija natural del que fué mi esposo... Así, pues, que salga de aquí esa mujer, y si tiene algun derecho que alegar, que lo haga en ocasion oportuna.

Sor Dorotea colocó cuidadosamente la cabeza del muerto en la almohada, le cruzó las manos sobre el pecho, y volviéndose con dignidad, dijo, secando sus lágrimas:

—Señora, yo no tenia padre; no sabia quién era mi padre: en el momento de morir este anciano me ha llamado *su hija*. Quien tantos años ha pasado pidiendo á Dios que le hiciera conocer á su padre, ¿qué habia de hacer en el momento de conocerle?... Abrazarle y bendecirle. Yo no le he quitado á V. su amor, yo no he recibido de él más caricia que ese supremo consuelo de oir de sus labios, con el extoror de la muerte, el dulcísimo nombre de *hija*. Perdone V., pues, señora, á una hija infeliz que haya venido á recoger el último suspiro de su padre. Si yo no hubiera estado aquí, nadie lo habria recogido... porque usted, que tenia ese derecho, ha llegado tarde...

Está V. en su casa, es cierto; puede V. despedirme de ella; es cierto tambien: V. es la esposa legítima y honrada, yo la hija miserable y sin nombre, la hija ilegítima, lo confieso; pero en estos momentos olvide V. todo esto, señora, y no vea en mí más que

una hermana de la Caridad que, habiendo cuidado de un enfermo, que Dios ha llamado á sí, quiere velar su cadáver hasta que haya de ser sepultado. Y luego, señora, que yo haya cumplido este deber, V. queda en su casa, V. queda honrada con el nombre del que fué su esposo legítimo, y yo me iré á mi beaterio, sin nombre, sin decir á nadie que he encontrado á mi padre.

Al médico le faltaba poco para llorar.

—Por el eterno descanso de este anciano, de su esposo de V., señora, ruego á V. que me conceda este favor, y eterno será también mi reconocimiento. Deme V. el triste consuelo de ver á mi padre durante veinticuatro horas, ya que en tantos años no le he visto.

Había tanta humildad, tanta ternura en las palabras de Sor Dorotea, que Isabel se sintió avergonzada y vencida.

Fija en su rostro la mirada límpida y serena de la hermana de la Caridad, la mujer de D. Tomás Meco tuvo que bajar los ojos, y sin pronunciar palabra, fué á salir del aposento.

Sor Dorotea la siguió humildemente y la detuvo.

—Señora, le dijo; no quiero permanecer aquí sin permiso de V. Si V. me lo otorga, si V. me concede el gran consuelo de poder rezar junto al cadáver de este anciano, yo aseguro á V. que nadie sabrá que él era mi padre; nadie verá en mí más que una religiosa que cumple su deber.

Isabel vacilaba.

Levantó los ojos y miró á la hermana, y era tan humilde y resignada la actitud de ésta, que, acaso contra su misma voluntad, se le escapó la frase:

—Cumpla V. su deber, como quiere.

Sor Dorotea se postró ante aquella mala mujer, y le cogió la mano para besársela.

El médico quiso impedirselo, pero no pudo.

—Hermana, la dijo; no es V. la que debe humillarse.

—Yo no me humillo nunca, contestó Sor Dorotea. La religion me manda ser humilde. Quien se humilla es quien comete malas acciones, ó no agradece los beneficios... Esta buena señora me ha hecho el mayor beneficio que yo pudiera desear en el mundo, permitiéndome permanecer al lado de ese cadáver, y yo se lo agradezco y la bendigo.

Isabel no pudo contener dos lágrimas, y salió llena de confusion.

Cuando estuvo en su habitacion, encontró á Antonio de Luna, que la esperaba.

Al verle, sintió un estremecimiento, y...—acaso Dios tocaba en el corazon á aquella mujer...—indicándole la puerta, le dijo:

—Salga V. de aquí: mi marido ha muerto. Salga usted de aquí.

XVIII

Un entierro de pájaro gordo.

Corrió por Madrid la noticia de la muerte del grande hombre político, y todo Madrid se conmovió.

Habia sido aquel un gobernante bastante infeliz, por cierto; pero, muerto el perro, se acabó la rabia.

Los partidos contrarios, que naturalmente se alegraban de que se les hubiera quitado aquel estorbo de en medio, los que le habían hecho más cruda guerra, los que de todas maneras habían procurado desprestigiarle, en cuanto le vieron estirado para siempre, se dieron á elogiarle de tal manera, que toda persona desapasionada y ajena á las cosas políticas tenia que decir, al ver aquellos elogios y al recordar los insultos y censuras de otro tiempo:

—Pues, señor, si lo que dicen ahora del difunto es cierto, estos políticos mentían como bellacos cuan-

do afirmaban, viviendo D. Tomás Meco, que era poco ménos que un pillo de playa, ó mienten ahora si decían la verdad entónces.

De manera que de cualquier modo que la cosa se considerase, no salían muy bien paradas la buena fe y la moralidad de los hombres políticos.

Así es el mundo político. Un personaje que se muere es uno ménos en el oficio, y es natural que se le elogie por el rasgo de desprendimiento notable de dejar un puesto más á disposicion de las ambiciones de los que se dedican á la patriótica tarea de gobernar el país, que á fe no estaria peor gobernado sin ellos.

En una sala toda cubierta de negro, llena de blandones, con guardia, y sobre una cama imperial, está expuesto en una caja de plomo, metida en otra de palo santo, metida esta en otra forrada de terciopelo, el cadáver embalsamado de D. Tomás Meco, que, embalsamado y todo, y con tantas cajas, se pudrirá y será comido de gusanos ni más ni ménos que cualquier otro cadáver, porque contra la ley de Dios no valen composiciones químicas ni embalsamamientos, y lo que de la nada salió, á la nada ha de volver, sin que lo puedan impedir todos los sabios de la tierra.

En aquella sala negra se destacaba sobre una figura negra tambien, una cabeza cubierta con una toca blanca lo mismo que la nieve.

Era Sor Dorotea.

Con la cabeza baja, sin levantar la mirada, y los brazos cruzados debajo del manto, la hermana de la

Caridad estaba allí junto al cadáver de su padre, rezando fervorosamente, y sin reparar en la multitud que acudía á ver al muerto.

Nadie podía sospechar que bajo aquel modesto sayal se ocultaba una hija del grande hombre, tan buena hija, que sin haber debido á su padre un nombre ni una caricia, le habia amado tanto, y tanto le agradecia aquel dulce nombre de *hija!* que fué la última frase que Dios le permitió pronunciar.

Cuando llegó la hora de levantar el atahud para trasladarlo al carro fúnebre, Sor Dorotea se levantó y salió de la casa; en la calle habia un gentío inmenso, coches, tropa, en fin, todo el acompañamiento que va á despedir á un muerto de campanillas. Sor Dorotea esperó.

—¡Anda! no me enterrarán á mí con ese lujo, decia un cesante con el traje muy llevado, y que, debiendo su cesantía á la munificencia del muerto, tenia así como cierta satisfaccion viendo el entierro.

—¿Quién sabe, señor? observaba una verdulera que, con una cesta en cada brazo, no podia moverse y estorbaba á todo el mundo, puede que llegue V. *entoadía á ministro* como el *defunto*, que tampoco habria nacido con sombrero de tres picos y casaca con ringorangos.

—Pero, buena mujer, decia á la vendedora una señora á quien se le habia enganchado la mantilla en la cesta, ¿á dónde va V. con esa cesta?

—Ya ve V., señora, á Palacio, de *vesita*... ¿no lo ha conocido V. en el traje de etiqueta?

—Aquí en estas apreturas no debía V. haberse metido con la cesta.

—Si me hubiera V. enviado recado de que iba usted á venir, me hubiera ido por la Ronda para no estorbarla.

—¡Jesus! ¡cuánto tardan ¡en sacar el cuerpo! decia una viuda que allí estaba con sus tres hijas vestidas de dia de fiesta, y en disposicion de sacar un novio, si habia ocasion.

—¿Cuál de aquellos tres oficiales te gusta más? decia la mediana de las tres hijas á la mayor.

—A mí el de los bigotes largos.

—¡Jesus! si parece un demonio.

—Tiene tres galones. A mí no me parece tan feo.

—Oiga V., decia un alguacil á la vendedora, aquí está V. estorbando con las cestas.

—Pues, señor, ¡dichosas cestas! ¿quiere V. que me las meta en el bolsillo?...

—Debia V. haberse ido por otra calle.

—Mire V., señor *arguacil*, si todos hiciéramos lo que debíamos...

La de las cestas queria moverse, pero el público hacia gran resistencia, y la mujer exclamaba:

—Pues, señor, si me estoy quieta estorbo, y si me quiero marchar tambien. Si hubiera en el suelo trampas como hay en el *trato*, era el único modo de que yo me fuera sin incomodar á nadie. ¡Vaya! no hay más que tener paciencia, y cuando se vaya el muerto y pase la tropa, me iré con las cestas. Oye tú, angelito, ¿qué estás haciendo?

Dirigíase la vendedora á un niño que se estaba entreteniendo en coger los tomates de una de las cestas y apretarlos para ver salir el zumo, con lo que se ponía los deditos que daba gusto; pero el chico se los limpiaba luego en los faldones de las levitas ó en los pañuelos y abrigos que tenía más próximos.

La vendedora no se pudo contener, y pegó á la criatura un gran pellizco: el muchacho puso el grito en el cielo, y su madre, que le tenía de la mano, una honrada botonera que habia tenido obrador en los portales de Santa Cruz, y ya no lo tenía desde que tomó estado, exclamó dirigiéndose á la vendedora:

—Diga V., señora... hortelana, ¿quién le ha dado á V. *sastifacion* y *secultades* para pegar á este chico?... Este chico es mio, aunque me esté mal el decirlo, y mejorando lo presente, y yo le puedo ahogar, aunque sea; pero V. manda en él como yo en la *cratedal* de Toledo.

—Mire V., señora, y V. dispense la *preposicion*, replicó la vendedora; pero me parece que no habré *matado* al chico.

—Entonces ya la hubiera yo *ahogao* á V. entre estas manitas.

—Ya hubiera sido *argo* ménos... Le he dado un pellizco al niño, porque ya ha visto V. que me está cogiendo y despachurrando los tomates, y poniéndose las manos por lo consiguiente, como se puede acreditar.

Y la buena mujer fué á cogerle al chico las ma-

Quelha y Quilha

nos, que las escondia detras, para mostrárselas al ilustrado concurso.

—No me toque V. al pelo del chico.

—No, señora, al pelo no, á las manos, para que vean Vds. cómo se las ha puesto de tomate.

El chico se desgañitaba, llorando como un desesperado, y la reyerta entre la madre y la vendedora empezaba á tomar cierto carácter de batalla campal; pero un movimiento de la escolta de caballería introdujo el desórden en la enorme masa de público, y la vendedora, con sus cestas, se encontró llevada en volandas, á gran distancia de la botonera, que á su vez se vió separada tambien del tierno vástago que habia dado ocasion á aquella escena tan poco culta y poco apropiada á la circunstancia.

Los tambores batieron marcha, y apareció en el portal de la casa la clerecía con estandartes, mangas, bajones y bajoncillos, y detras el atahud conducido por ocho grandes lacayos, que lo colocaron en el carro fúnebre, y se puso en marcha la comitiva.

El fúnebre cortejo, con tanto clero, con tanta tropa, con tantos uniformes relucientes y tantos coches, recorrió lentamente las calles de la villa, cuajadas de gente curiosa, y más dispuesta á decir un chiste á propósito del difunto, que á rezarle un Padrenuestro.

Y no parecia aquel entierro la procesion de Villamanrique, donde detras del último no iba ninguno, porque detras del último cabo de la escolta de infantería iba una mujer.

•Sor Dorotea!

Cuando el muerto y su acompañamiento llegaron cerca del cementerio, Sor Dorotea se adelantó, y aunque habia orden de no dejar entrar más que á la gente del entierro, los dos centinelas no se atrevieron á detener á la hermana de la Caridad.

Los soldados tienen gran respeto á estas buenas mujeres, que son las enviadas de la Providencia en las inicuas y fraticidas guerras á que da lugar la ambicion de los hombres.

Hubo en el cementerio solemne responso, y ántes de proceder á colocar el atahud en el panteon, varios personajes políticos tomaron la palabra, y dijeron primores del mismo, causando gran sensacion el discurso del conde de Tres Puentes, que era gran enemigo del difunto, y le habia hecho la oposicion más inicua, y en aquella ocasion vino á cantar las virtudes de D. Tomás, mereciendo por este rasgo las mayores muestras de entusiasmo de todos los circunstantes.

Una hora despues, el muerto estaba ya en su panteon, el nicho tabicado convenientemente, y el cementerio en silencio.

Sor Dorotea, cuando el albañil hubo concluido de tabicar el nicho, se acercó al enterramiento, se arrojó piadosamente, y besó aquellos ladrillos, puestos para siempre entre el atahud de D. Tomás Meco y el mundo.

Cuando salia se santiguó al pasar por delante de ella dos hombres conduciendo otro cadáver en unas angarillas, que lo iban á echar en el hoyo grande.

¿Qué diferencia habia entre aquel cadáver y el de D. Tomás Meco? Ninguna. Por más diferencias que el mundo quiera establecer entre los muertos grandes y poderosos y los muertos miserables, los muertos siempre son iguales.

Dios es sabio y misericordioso.

XIX

Un ángel y un demonio.

Don Antonio de Luna conocia que se le iba á escapar su presa: comprendió que Isabel, muerto su marido, queria sacudir el vergonzoso yugo que la unia á él, porque habia conocido, aunque tarde, toda la maldad de aquel hombre que llegó á ponerle en las manos un dia un veneno para que se lo hiciera beber al anciano y confiado esposo. Isabel sufría horriblemente.

Hacia seis dias que habia sido enterrado el excellentísimo Sr. D. Tomás Meco. Isabel, llena de confusiones, estaba pensando en aquella hermana de la Caridad, en aquella humilde hija del que habia sido su marido.

--¿Qué es esto que pasa por mí?... se preguntaba. La primera impresion que hizo en mí esa mujer, fué de antipatía... Me sentia como humillada por ella, como envidiosa... ¡Oh! y es razon que la envidie. Ella, con ser tan desgraciada, es más feliz que yo, mucho más... Ella sabe quién ha sido su padre, no tiene nada de qué avergonzarse, no tiene ningun crimen sobre su conciencia... ¡Ah! quisiera volver á ver á esa mujer, pero ¿cómo?...

En aquel momento su rostro se cubrió de rubor, sus ojos se animaron con siniestro brillo; Isabel se puso en pié.

En un espejo que tenia enfrente habia aparecido una figura muy repugnante ya para Isabel, la figura de D. Antonio de Luna.

—¿Te sorprende mi venida? dijo éste.

—No la esperaba.

—Sí, ya sé que habias dado tus órdenes para evitar que llegara yo hasta aquí, pero habiendo criados y dinero, no hay puertas cerradas. Tenemos que hablar, Isabel.

—He dicho á V. que quiero olvidar lo pasado y hacer otra vida.

—Esos son muy buenos propósitos, pero no siempre se puede hacer lo que se quiere. Yo vengo á pedirte el cumplimiento de los que teníamos hechos. Tú me has prometido casarte conmigo.

—Imposible.

—Estamos unidos por el terrible lazo de un crimen.

—¡Oh! ¿y quiere V. que yo sea esposa de quien quiso hacerme matadora de mi marido?...

—Tienes que partir conmigo la herencia de ese hombre.

—Esa herencia no es 'mia. Mi marido tiene más legítimo heredero que yo.

—Isabel, ¿qué es esto?...

—Nada más debo decir; tranquila espero que vengan á pedirme cuentas de la herencia de mi esposo.

—Todo te pertenece á tí, y yo te traigo la prueba. Aquí está el testamento de tu esposo.

—¡Un testamento!

—Sí, mírale; un testamento que tiene la fecha del día de tu casamiento con D. Tomás. No sé por qué te extrañas de lo que habíamos convenido.

—Pero ese testamento...

—Ese testamento tiene la firma exacta de tu marido... está registrado y archivado en la escribanía correspondiente, y nadie podría dudar de su autenticidad. Por él tu esposo te hace dueña de su inmensa fortuna, de sus propiedades en Madrid y en el extranjero.

—Ese testamento es falso. Mi marido, que temía mucho á la muerte, no hablaba jamás de testamento.

—Isabel, no sé á qué plan obedece la mudanza que se ha operado en tí hace días, pero te advierto que yo no cedo, que tienes que escoger entre la felicidad ó la perdición para los dos.

—Es V. un miserable.

—Allá nos vamos, contestó con repugnante cinismo D. Antonio.

—Señora, dijo desde la puerta una doncella.

—¿Qué quieres?

—Una señora desea ver á V. E.

—¿Quién es?

—Es la hermana de la Caridad que cuidó al señor en su última enfermedad.

—¡Ah! Dios la envia, exclamó Isabel: y en el acento con que dijo estas palabras podia comprenderse que Dios habia tocado en el corazon de aquella mujer.

—Que me haga el favor de esperar un momento en mi tocador, dijo á la criada.

—¿Tienes ya amistad con beatas? preguntó don Antonio de Luna irónicamente á Isabel.

—Sí, contestó esta; y ¡ojalá no hubiese tenido nunca otras amistades!

—No me opongo: pero acabemos. Toma el testamento de tu marido.

—Yo no recibo ese documento.

—Como quieras. A las cinco de esta tarde volveré á saber tu resolucion definitiva. De tí depende que ambos vivamos felices ó que ambos nos perdamos para siempre.

Y guardando el testamento, salió.

Isabel fué á su tocador. Allí estaba, en pié, Sor Dorotea, que traia un papel en la mano, en la actitud humilde y resignada de siempre. Cuando Isabel entró, la miró con ternura, y le dijo:

—Señora, la bondad de V. me dispensará si soy importuna.

—No, por cierto; al contrario, la visita de V. me hace bien, dijo Isabel, cogiendo la mano de Sor Dorotea y queriendo llevarla á sus labios.

—¡Oh! yo soy quien debe besar la de V.... murmuró Sor Dorotea, y ántes de que Isabel pudiera retirarla se la besó.

—Vengo, dijo Sor Dorotea, á cumplir un deber de conciencia. En estos dias, señora, he sabido la historia de mi origen. Yo soy hija del que fué esposo de usted, hija de una gravísima falta suya, de un crimen, y puedo darle este nombre sin ofender la memoria de mi padre, porque este es el nombre que él mismo da á su falta. Mi padre abusó del candor de una jóven, y yo fuí el fruto de aquella grave falta. Todo pasó en el más profundo misterio, y yo fuí llevada á un convento, donde me criaron sin saberse allí quiénes eran mis padres. Salí del convento porque no me sentí con valor bastante para pronunciar eternos votos, sobre todo, porque yo queria estar en condiciones más favorables para encontrar un dia á mis padres. Encerrada en aquella santa casa, es seguro que no hubiera sabido jamás quiénes eran los autores de mi existencia. Ahora veo que aquella resolución fué voluntad de Dios, ahora que he sabido quién fué mi padre. ¡Bendito sea Dios!

—¿Y cómo ha sabido V.?...

—Hace poco tiempo murió en una mezquina vivienda de la calle del Tribulete una viejecita; en su

cama, debajo de su escueto jergon, habia unos papeles, entre los cuales se ha encontrado la prueba de mi origen.

—¡Es singular! ¿Y quién era esa viejecita?...

—Por una serie de rarísimas circunstancias, los papeles habian venido á su poder: la casualidad, no la casualidad, la Providencia, hizo que yo fuese á cuidar de aquella anciana en sus últimos momentos, y ella, inspirada por Dios en la hora suprema de la muerte, confió aquellos papeles al médico que la asistia, el mismo que ha asistido á su esposo de V.

—¡Ramirez!

—Sí, señora, el hombre más honrado del mundo. Ayer me ha dado conocimiento de todo aquello que podia comunicarme, y me ha entregado esto.

Y presentó un pliego á Isabel.

—¿Qué es esto?

—El testamento de mi padre.

—¡Ah! exclamó Isabel con un acento indefinible.

—He venido á dar á V. conocimiento de este documento que expresa la voluntad de mi padre. Si quiere V. escuchar su lectura...

—Escucho, hermana mia, dijo Isabel.

—Gracias por ese nombre, dijo Sor Dorotea, y miró con amorosa ternura á Isabel.

«En el nombre de Dios, empezó Sor Dorotea, leyendo el testamento, declaro que esta es mi voluntad, para que se cumpla cuando Dios se sirva disponer de mí.

»Hace años cometí una mala accion, un crimen,

abusando torpemente de una mujer buena, sencilla y confiada, y de este crimen nefando mio ha nacido una niña, que fué criada en el convento de... y aún debe existir en él. Un juramento me obliga á no descubrir este misterio durante mi vida, pero quiero que despues de mi muerte, si aún vive mi hija en el convento ó fuera de él, sepa quién fué su padre y le perdone, y reciba la posible compensacion de lo que habrá sufrido, sabiendo ser hija de desconocidos padres.

»Si fallezco soltero, quiero y mando que todos mis bienes sean de esa pobre niña, y si es religiosa profesa, quiero que sean del convento á cuya comunidad pertenezca mi hija.

»Si yo estuviera casado al ocurrir mi fallecimiento, y tuviese otros hijos, quiero que mis bienes se dividan en tres partes, una para mis hijos legítimos, otra para mi esposa y otra para mi hija natural.

»Si fallezco siendo casado, pero sin sucesion, pido y encargo á la que fuere mi esposa que adopte por hija suya á la mia, quien, dueña absoluta de mis bienes, cuidará de que viva con decoro y holgura la que le doy por madre, á falta de la suya, cuyo nombre no puedo decir, porque á este silencio me obliga un juramento, y sólo ella, la que fué víctima de mi liviandad, puede descubrir ese secreto.»

—¡Oh, Dios mio! exclamó Sor Dorotea, interrumpiendo la lectura, ¿no me concederás que yo sepa quién es mi madre? Este es, señora, el testamento de mi padre.

El queria que V. fuese mi madre; pero hay cosas

que no se pueden mandar ó que no se pueden obedecer. Yo dispuesta estoy á cumplir el precepto de mi padre, y á ser hija de V. sumisa. Mi padre me hace dueña de sus bienes, y yo, como dueña que soy de ellos, todos se los dejo á V., nada quiero para mí.

Isabel sentia una emocion indefinible.

—Señora, continuó Sor Dorotea, he sido muy desgraciada, pero ya lo soy ménos, y aún espero que Dios ha de hacerme completamente feliz, haciéndome conocer á mi madre.

Un torrente de lágrimas saltó á los ojos de Isabel. Dios la habia redimido, Dios la habia perdonado. Isabel se arrojó en brazos de Sor Dorotea, y pasó bastante espacio sin que los sollozos le permitiesen hablar.

—¡Ah! exclamó al fin, hija mia, hermana mia, permíteme que te hable así, como se habla á una hija, como se habla á una hermana... Tú eres más feliz que yo: tú eres buena y yo no; tú has sabido quién es tu padre, yo no sé aún quién fué el mio; tú fuiste llevada á un convento, yo fuí arrojada á la calle como un perro.

—¡Qué horror!...

—Sí, hija mia, sí; yo, envidiada de todo el mundo; yo, cuyo lujo ofusca á todas las mujeres; yo, tan activa, tan orgullosa; yo, que te miraba con desden, que te veia con enojo, soy la mujer más desdichada y miserable del mundo.

—¡Hermana mia!

—Si tu historia es triste, más triste es la mia... Tú estás libre de toda culpa, yo estoy abrumada

bajo el peso de tantas. ¡Oh! tú, sobre quien Dios ha derramado su gracia; tú, que viste esos sagrados hábitos; tú, pura y buena como un ángel, perdóname en nombre de Dios.

Isabel se arrodilló delante de la hermana de la Caridad.

—Hermana mia, yo soy tan débil, tan mala, acaso más mala que tú.

—¡Oh! perdóname. Una palabra tuya de perdón confortará mi espíritu, y me dará fuerzas para confesarte mis culpas. Yo, hermana mia, tuve una madre adoptiva, buena y cariñosa, y la abandoné; yo tuve un compañero de mi infancia que me amaba sobre todas las cosas de este mundo, y causé su muerte.

Sor Dorotea se estremeció.

—Yo, continuó Isabel, engañé miserablemente á tu padre, y sin amarle, quise casarme con él por vanidad, por orgullo, por codicia. Yo, en fin, falté á mis deberes de esposa y de mujer honrada, é hice mi cómplice á un miserable, á un infame; yo, en fin, hija mia, he querido envenenar á tu padre.

Sor Dorotea no pudo contener una exclamación de horror.

—¿Ves, hija mia, ves, continuó Isabel, cómo mis culpas son indignas de toda misericordia?... ¿Ves cómo Dios no me puede perdonar?

—¡Oh! sí; Dios te perdona y yo te llamo mi hermana.

Y otro estrechísimo abrazo unió á las dos mujeres.

—¡Ah! exclamó, ahora es cuando sé lo que es ser

feliz, ahora que siento más aliviada mi conciencia, ahora que pienso en Dios y conozco que una vida de arrepentimiento y oracion me podrá llevar al lado de Dios, redimidas todas mis culpas. ¡Oh! nunca nos separaremos: ¿verdad, hermana mia?

—Nunca.

—Pero... ¡ay! ese hombre.

—¿De qué hombre hablas, hermana?

—De mi cómplice... Va á venir.

—¿A qué?

—Ha imaginado otra infamia.

—¿Cuál?

—Tiene un testamento falso de tu padre.

—No le temas, hermana; tengo yo un aliado poderoso que le arrancará ese testamento y le obligará al silencio.

—Don Antonio de Luna, anunció un criado presentándose en la puerta.

—Que entre, dijo Sor Dorotea, y si viene el doctor Ramirez no le detenga V. ¿Quieres que entre, si viene, hermana?

—Dispon lo que quieras. A tí me entrego enteramente.

Antonio de Luna entró y se detuvo muy contrariado al ver allí á Sor Dorotea.

—Si está V. ocupada, me retiro, dijo á Isabel.

—No, señor, se apresuró á decir Sor Dorotea; yo puedo oir todo cuanto V. diga á mi madre.

—¿Madre?... repitió con una diabólica sonrisa el siniestro personaje.

—O mi hermana, como V. quiera.

Isabel, alentada por la serenidad de Sor Dorotea, exclamó:

—Sí; mi hermana que todo lo sabe, que Dios me la ha enviado para redimirme y salvarme. Salga V. de aquí, salga de esta casa, donde nunca debió entrar.

—Isabel, ya sabe V. mi resolución.

—Nada me importa lo que V. haya resuelto. Me causa V. horror. Es V. un miserable.

—No, exclamó Sor Dorotea con sublime actitud é inspirado acento; el señor es un hombre olvidado de Dios; cuando vuelva á él los ojos será un hombre bueno,

—Isabel, estoy perdido, exclamó Antonio; el pueblo ha sabido no sé qué delitos que mis enemigos políticos me atribuyen sin fundamento, el gobierno acaso á estas horas ha decretado mi prision... Huyamos, Isabel; nuestra suerte está unida...

—No, dijo Isabel con varonil acento, V. es un infame. Antes la muerte que seguir unida á V.

Antonio rugia de cólera; en aquel momento tenía en su cerebro un infierno de codicia, de despecho, de soberbia... Amaba á Isabel entónces, pero con un amor infernal, y permítaseme llamar en esta ocasion infernal el amor de Antonio, que no era amor sino horrible pasión de esas que tan sólo puede inspirar el mismo Satanás... Estaba loco...—Isabel, gritó, si prefieres la muerte, la tendrás... te mataré y me mataré yo...

Sor Dorotea, que seguía sus movimientos, cubrió

con su cuerpo el de Isabel, al mismo tiempo que Antonio sacaba una pistola.

La hermana de la Caridad apartó su manto, y mostrando á Antonio la cruz que llevaba sobre el pecho le dijo:

—Tire V.

Antonio, ciego de cólera, poseído del demonio, disparó la pistola.

Y al mismo tiempo que sonó el tiro, cayó el infame en el suelo con la cabeza bañada en sangre.

Isabel dió un grito. Sor Dorotea no se habia movido. La bala de la pistola le habia pasado por debajo del brazo, agujereándole el manto, y rozando los cabellos de Isabel, que estaba detras de ella.

Pero, ¿cómo habia caído bañado en sangre el asesino?... Muy sencillamente. El médico Ramirez habia entrado en la habitacion en el momento en que Antonio hacia fuego sobre Sor Dorotea, y con el baston de puño de hierro que llevaba habia abierto la cabeza al infame, que perdió el conocimiento.

—Loado sea Dios, exclamó el médico.

—Loado sea, repitió Sor Dorotea, que me ha salvado.

—Huyamos de aquí, hermana mia, dijo Isabel, no repuesta todavía. La vista de ese hombre me causa horror.

—A este hombre, añadió el médico, si no se muere, le espera un presidio. Llamemos para que lo quiten de aquí y lo entreguen á la autoridad.

—No, dijo Sor Dorotea; yo, en nombre de Dios, re-

clamo á este hombre, que es un desgraciado hermano nuestro, un hermano vencido, que sufre y necesita cuidado.

—Señora, por María Santísima, dijo el médico... aunque le abandonemos como á un perro, no haremos nada malo.

—¡Qué horror! nunca me lo perdonaria. Usted me va á ayudar á llevarle á un lecho, y á curarle.

—Señora, confieso que... V. me humilla y me confunde...

Y el médico se arrodilló y examinó la herida de Antonio. Sor Dorotea esperaba impaciente. Isabel no sabia lo que le pasaba.

—Poco ha faltado para dejarle en el sitio, dijo el médico, y mucho temo...

Sor Dorotea le dió su propio pañuelo para atajar la sangre, y entre ella y el médico fué Antonio de Luna llevado al lecho.

—¡Es una santa! murmuró Isabel.

Los criados de la casa, al oir la detonacion, habian corrido á la habitacion de su señora.

Sor Dorotea les dijo:

—Nada, no es nada; á este caballero se le ha disparado casualmente una pistola, y creyendo haber causado una desgracia, ha caido lleno de emocion y se ha herido. Se le va á curar, y no hay que hablar del asunto.

La explicacion satisfizo por el momento á los criados, aunque no era muy admisible.

—Hermana, dijo Sor Dorotea á Isabel, yo te pro-

meto convertir á este hombre, si Dios quiere conservar la vida y la razon... Si podemos hacerle bueno, si podemos vencer su soberbia, ¿no vale más que abandonarle y perderle?... Dios nos manda que seamos buenos con el bueno y con el malo; con el bueno para que nos ame; con el malo para que se arrepienta, viendo que es mejor ser bueno que ser malo. En todo se ve la mano de la Providencia. Ella ha sido la que ha traído aquí á ese hombre, acaso á merecer el perdón de todas sus faltas.

Antonio no volvió en sí en toda la noche, y no se separó de su lado la hermana de la Caridad, olvidada ya, en presencia de un hermano que sufría, de que era inmensamente rica, y hasta de aquel amor que ocultaba en el fondo de su corazón. Ya no la preocupaba otra cosa que el estado del herido, á quien cuidaba con tanta solicitud como hubiese cuidado á su propio hermano.

Dos días estuvo Antonio sin conocimiento, entre la vida y la muerte.

El médico, el que le había causado aquella tremenda herida con el puño de hierro del bastón, hizo prodigios para salvarle.

El tercer día lo pasó sumido en pesado sueño, y Sor Doretea se alarmó.

—Si no se muere hoy, si no le sobreviene un derrame cerebral, dijo el médico, ya no se muere, y le habremos quitado al demonio una de sus más brillantes adquisiciones, si es que V. le convierte, hermana.

—Tanto espero de la misericordia divina.

—No seré yo quien niegue su infinito poder; pero mire V. que este hombre es muy malo.

—El bueno no necesita convertirse.

—Que es ateo.

—A quien no conoce á Dios, Dios le ofrece medios de conocerle.

Por fin el herido abrió los ojos y estuvo tranquilo.

Cuando Sor Dorotea le preguntó si sufría, contestó tranquilamente que no; miró en derredor con extrañeza, y se incorporó en el lecho, pero volvió á caer desvanecido.

—¿Qué ha sido esto? dijo despues de un momento.

—Tranquilícese V., le dijo la hermana.

—¿Quién me habla?

—Una enfermera.

—¿Yo estoy enfermo?

—Está V. herido, pero sin peligro.

—¡Herido!... ¡Oh!... ¿Qué me pasa?... ¿Quién es V.?... ¡Una monja!...

—Una hermana de la Caridad.

—¡La caridad!... ¡Ah!... ¡V. es aquella mujer!... añadió mirando fijamente á Sor Dorotea... aquella mujer...

—Soy su hermana de V.

—¡Mentira!... Yo no tengo hermana ninguna... Pero... ¡ah! ya, ya recuerdo... ¡Isabel!... ¿Dónde está Isabel?... ¿Ha muerto?...

Sor Dorotea calló un momento, y luego dijo:

—Sí. ¡Isabel ha muerto!

Antonio quedó suspenso, con los ojos fijos, como si quisiera recordar algo.

—¡Ah! sí, sí, exclamó; yo la maté, yo. Era preciso.

Y comenzó á delirar otra vez.

Dejémosle con la buena compañía de la hermana de la Caridad, y sigamos desatando los diversos nudos que han formado la tosca urdimbre de esta novela.

XX

Otro difunto.

—Pues, señor, dirá el lector, ya *le veo de venir*, como dicen en Lavapiés, al autor de este novelon tremendo; ahora va á matar á todos los personajes, y así se acaba la novela por fuerza.

En efecto, le toca morir al Excmo Sr. Conde de Tres Puentes. No tenia en verdad maldita la gana de morirse, ni pensaba siquiera en ello; ántes por el contrario, nunca habia estado tan satisfecho como desde la muerte de su temible rival el Sr. Meco, suponiendo acertadamente que, muerto este, tenia uno ménos que le estorbaba para llegar al poder.

El conde de Tres Puentes comia mucho, tenia esta debilidad, y bebia en proporcion; se habia puesto muy gordo, y él no lo notaba, porque á haberlo notado, hubiese tenido alguna más prevision. Asistió á una comida en cierta embajada, y tan bien servida estuvo, que el conde se despachó á su gusto. Cuando volvió á su casa, el conde traia un gran peso en la cabeza y otro no más leve en el estómago, pero no hizo caso, y se puso á leer los periódicos. Entró luego el criado á presentarle en bandeja de plata una esquila de invitacion para otro convite, y le halló inmóvil, con los ojos abiertos y con todas las señales de un ciudadano que se iba por la posta, sin moverse del sillón.

El pobre conde de Tres Puentes tenia lo que le hacia falta; es decir, no le hacia falta verdaderamente, pero sí le hacia falta para morirse; tenia una apoplejía más fulminante que un barril de pólvora fina.

El criado le llamó, le movió, y el bueno del conde le miró con unos ojos que parecia se le iban á saltar de las órbitas, y la única contestacion que le dió fué una especie de rugido. Llamó el criado á los demas, y poco despues apareció en la puerta de la habitacion del conde de Tres Puentes la bella y severa figura de la condesa, á quien vimos un momento en la primera parte de esta novela, pero poco ó nada dijimos de ella. El apoplético fijó sus ojos en la condesa; quiso hablar, pero no pudo. La condesa se acercó al sillón de su marido sin que en su rostro se advirtiera la

más leve emocion. Era la suya una fisonomía bella, pero triste, pálida, inmóvil.

—¿Y el médico? dijo.

—Señora, contestó un criado, vendrá al momento; se le ha avisado.

—El conde está muy mal, añadió.

Despues se arrodilló delante del enfermo, y fijando en él la mirada, le dijo, señalando con la mano al cielo:

—Dios lo perdona todo.

La mirada del apoplético seguía fija, clavada en el rostro de su mujer.

—Piense V. en Dios, añadió la condesa.

Los criados se miraron al oír que la condesa hablaba con tan poca confianza á su marido. Verdad es que ya podían haber advertido que el conde y la condesa, aunque vivían en la misma casa, hacían vida completamente separada. Llegó el médico.

—El enfermo se muere, dijo, apenas le hubo examinado.

—¿Puede recibir á Su Divina Majestad? preguntó la condesa.

—Sería preciso que Dios quisiera hacer un milagro.

—¿No tiene V. ninguna esperanza?...

—Ninguna. No puede recibir más auxilio espiritual que la Santa Uncion.

—Mateo, vaya V. á la parroquia y avise... ¡Ah! despues avise V. á los hermanos del señor conde.

La condesa tomó entre las suyas la mano del conde, y éste se estremeció. Luego la llevó á sus labios y la besó. Y en aquel momento, por las encendidas mejillas del apoplético se deslizaron dos lágrimas, que cayeron abrasadoras sobre la mano de la condesa. Y al mismo tiempo surcaban tambien las pálidas mejillas de la condesa otras dos lágrimas. La condesa acercó sus labios al oído del enfermo, y le dijo:

—¡Perdon!

El conde oyó, sin duda, porque se vió que hacia un esfuerzo para mover sus labios.

La condesa comprendió lo que el enfermo anhelaba, y volviendo á inclinarse sobre él, le dijo:

—¡Perdonado!

Llegó el sacerdote, administró la Extremauncion al moribundo, y para que no quedara nada por hacer, el médico dispuso infinidad de remedios, tan ineficaces los unos como los otros, como que todos se dirigian contra lo que no tiene remedio ni encuentra enemigo á quien no venza, contra la muerte.

Larga fué la agonía del conde, pues hasta la aurora del siguiente dia no entregó á Dios el alma pecadora, que siendo alma de hombre político, pecadora habia de ser forzosamente.

En el momento de su muerte hallábanse allí sus hermanos y otras personas de su familia, á quienes habia avisado la esposa del difunto.

Como el conde no tenia hijos, hallábanse en la mejor disposicion para heredarle, y sin duda esta cir-

cunstancia hacia que fuese corta la pena que les habia causado aquella desgracia.

Buscando se hallaban todavía el testamento, cuando se presentó la esposa del conde, vestida de riguroso luto, con mantilla, como quien va á salir, y una cajita en la mano.

—Muerto, dijo, el que fué en el mundo mi marido, ha terminado mi mision en esta casa, y vengo á decir á Vds. que por dueños de ella quedan.

—Señora, esa precipitacion... dijo uno de los hermanos.

—Es natural, caballero; miéntras vivia el conde de Tres Puentes, que era á los ojos del mundo mi marido, mi deber estaba en esta casa; ahora que soy libre, mi deber está en otra parte. Yo no he sabido nunca los negocios de mi marido, ni puedo dar respecto de sus intereses noticia alguna. Todo lo que hay en esta casa era suyo; yo no tenia aquí absolutamente más que las pobres alhajas que llevo en esta caja, y que son todas recuerdos de mis padres.

—Es preciso que se sepa con seguridad cuál era la voluntad de nuestro hermano respecto de V.

—Estoy segura de que respecto de mí no hallarán ustedes nada en las disposiciones testamentarias del conde, si las ha dejado, que lo dudo; y en el caso improbable de que me hubiese hecho su heredera, yo renuncio desde luego á todo.

En vano hicieronle observaciones los hermanos del difunto. La condesa salió de aquella casa, donde

habia vivido tantos años, y al traspasar el umbral alzó los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Al fin! ¡Ah! ¡perdóname, Dios mio!

¡A dónde iba aquella mujer, que con tal premura huía de la casa de su marido?

Ya la encontraremos pronto, sin necesidad de seguir sus pasos.

Excuso decir á Vds. que el conde fué llevado al cementerio y enterrado, porque este es un accidente que le ocurre á todo aquel que emigra de este mundo, pero no estará de más decir que fué sepultado en el mismo Campo-Santo donde lo habia sido D. Tomás Meco, y en el nicho que estaba precisamente al lado del de su enemigo.

Aquellos hombres, que tan cruda guerra se habian hecho en la vida, venian á estar tan unidos en la muerte, que sólo les separaban unos cuantos ladrillos..

No hay como la muerte para poner de acuerdo á unos hombres con otros.

XXI

Otra gran alegría.

Antonio de Luna, gracias á los cuidados de Sor Dorotea y del médico que le habia abierto la cabeza, se vió fuera de peligro.

No es posible expresar la abnegacion, el cariño, la solicitud con que cuidaba de él la hermana de la Caridad, sufriendo, en los primeros dias que recobró el conocimiento el enfermo, los malos modos de éste con cristiana resignacion.

Y aquí empezó el gran trabajo de Sor Dorotea, que se habia propuesto redimir aquella alma perversa y volverla á Dios.

Hablóle tal lenguaje, de tal manera le pintó los puros afectos del alma, las satisfacciones que da el bien que se hace, las inefables alegrías de quien se consagra al sacrificio y á la abnegacion, que aquel

hombre, que nunca habia oido semejante lenguaje, reflexionó y sintió conmovidas las hasta entónces insensibles fibras de su corazon. Antonio de Luna refirió á Sor Dorotea su historia; nada le ocultó, y vió con asombro que la hermana de la Caridad miró con cariño al hijo del ladron y el asesino, y estrechó su mano y le llamó *¡hermano mio!*

Cuando Antonio de Luna estuvo restablecido, se dispuso á cumplir su deber de alejarse para siempre de Isabel, y otro deber que hacia mucho tiempo tenia contraido con la pobre víctima de su liviandad, que allí habia dejado en la aldea, entregada al desconsuelo y á la vergüenza, y luego habia desconocido villanamente cuando vino á buscarle á Madrid. Isabel, al ver aquella trasformacion, no dudó ya que la Providencia, siempre piadosa, era quien habia dispuesto todos los sucesos, quien habia elegido por digna intérprete de su voluntad soberana á la hermana de la Caridad.

Antonio de Luna era ateo. Desde que huyó de la aldea de su nacimiento, donde el bueno del cura le habia hablado de Dios, no volvió á acordarse de Dios. Sor Dorotea emprendió, como ya he dicho, la buena obra de volver á Dios aquella alma; y era de ver con qué atencion oia el incrédulo las sencillas y tiernas palabras de la hermana de la Caridad. Al principio quiso negar, quiso rebatir los argumentos de Sor Dorotea, pero ésta le salia al encuentro siempre con tales ejemplos, con tales pruebas, con tan profunda conviccion, que al fin tomó el partido de oir y callar...

Todavía aquella alma soberbia se rebelaba á confesarse vencida.

Sor Dorotea le refirió su vida, y cómo teniendo siempre esperanza y confianza en Dios, habia llegado providencialmente á encontrar á su padre.

—¡Oh! añadió, y ahora tengo la esperanza de encontrar á mi madre. Dios no deja nunca empezada su obra. El ha sido quien me puso al lado de mi padre en sus últimos momentos; él tambien me pondrá junto á mi madre.

—¡Tiene V. mucha fé!

—¡Oh! fé completa, inmensa. Y bendigo á Dios que me ha concedido este supremo bien, porque sin la fé, hubiera sido yo la criatura más desdichada del universo, y ¿quién sabe si la más criminal? Si no hubiese tenido fé habria sufrido horriblemente al pensar en mi triste suerte, habria tenido envidia á las mujeres que, más dichosas que yo, han nacido y han crecido al halago del amor paternal, habria acaso abandonado el propósito de consagrarme á la caridad, tal vez habria odiado al mundo y le hubiera acusado de injusto... tal vez, en fin, llegado el caso que me ha hecho conocer á V. y contribuir á salvarle, le habria dejado perecer, acordándome más que de la caridad, de la accion de V. al dirigir contra mi pecho inermes el cañon de su pistola.

Antonio de Luna bajó la cabeza avergonzado.

—Tenga V. fé, añadió Sor Dorotea con angelical sonrisa; que la fé es la verdadera riqueza, la perfecta tranquilidad, el supremo goce del corazon cristiano.

¿Cree V. que yo he conseguido todo lo que deseo para mi felicidad?... Mucho he conseguido, gracias á Dios; pero aún he de conseguir mucho más, si Dios lo quiere; que habiéndome dado tantas pruebas de bondad, hasta ahora, firmemente creo que todavía ha de seguir siendo generoso conmigo.

Y aquí, si el lector ha seguido, que lo dudo, con interés el hilo ó la cuerda de esta novela, supondrá que los deseos de Sor Dorotea no se referían sólo á la anhelada dicha de encontrar á su madre, sino también á cierto misterioso amor que he tenido buen cuidado de indicar muy ligeramente en algun capítulo anterior.

—¿Quién diablos es el amor de esa buena mujer? dirá el lector.

Siento no poder decirlo todavía; dispense el lector; pero yo le aseguro que no pasarán muchos años sin que lo sepa, si es que no lo adivina ántes... que todo puede esperarse de la perspicacia del lector, mucho más perspicaz que el autor, la mayor parte de las veces, pues mientras éste piensa que nadie sabe á dónde va á parar, ya el lector lo ha penetrado todo, y lee la novela como quien ve una comedia que conoce de memoria, y sabe cuándo han de salir los actores y por dónde, mejor que ellos mismos, que despues de muchas representaciones de una misma obra, todavía están colgados del traspunte para las salidas.

Pero continúo.

Sor Dorotea logró al fin conmover el corazón empedernido del hijo del sacristán.

—Señora, le dijo, creo en Dios, creo en Dios firmemente, porque sólo Dios puede inspirar á V. las nobles acciones y las santas palabras con que me admira y me sorprende. Yo no sé si puedo ser bueno, pero sé que quisiera serlo.

—Ser bueno es muy fácil; basta cumplir con su deber.

—Yo cumpliré con el mio. Volveré á la aldea.

—Eso es lo primero.

Sor Dorotea obligó al pecador arrepentido á que devolviera á Isabel cuantos papeles tenia suyos, y habiéndole entregado Isabel los que tenia de su antiguo amante, los quemó todos, que no otra suerte merecian aquellas infames pruebas de un amor nefando y criminal. Antonio é Isabel eran ya completamente extraños uno á otro. Pero era preciso que Dios los perdonase por medio de uno de sus sacerdotes; era preciso que se acercasen ambos al sagrado tribunal de la penitencia, á confesar sus culpas y pecados. Sor Dorotea lo propuso. Isabel aceptó desde luego. Antonio luchaba todavía con su diabólica soberbia, que no queria darse por vencida. Pero Sor Dorotea consiguió al fin lo que deseaba.

—Hay en Madrid, dijo á los que llamaba sus hermanos, á Isabel y Antonio, un humilde templo del Señor, una santa casa donde viven en rigurosa clausura unas cuantas mujeres virtuosas, que han tenido fuerza bastante de voluntad para huir del mundo y consagrar todos sus pensamientos á Dios. En ese convento, hermanos mios, me crié yo, en ese conven-

to debiera estar hoy alabando á Dios, si mi ardiente afan de encontrar á los autores de mi existencia no me hubiese inducido á vivir, aunque religiosa, en el mundo, que es donde los podria hallar, donde he hallado ya á mi padre; pero tengo amor y agradecimiento para ese asilo de la virtud, para esa santa casa, donde no tienen cabida las pasiones del mundo y donde corrieron tranquilos los dias plácidos de mi infancia, y donde aprendí, en fin, á amar á Dios sobre todas las cosas de este mundo, y al prójimo como á mí misma; es decir, más que á mí misma. En ese convento, en esa iglesia, á la que me ligan tantos vínculos de amor y gratitud, quiero que los tres purifiquemos nuestras almas de toda culpa, y hagamos propósito firme de la enmienda. Será para mí un dia feliz aquel en que los tres juntos nos acercaremos al altar, despues de hecha nuestra confesion, á recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor en la Hostia consagrada.

—¡Oh! para mí tambien lo será, hermana mia, exclamó Isabel, abrazando á Sor Dorotea. ¡Bendita seas tú, que has venido á ser mi salvacion y mi ventural

Decidióse seguir en todo el dictámen de la hermana de la Caridad, y cuatro dias despues, ántes de rayar el alba, se vió entrar á una señora, un caballero y una religiosa por el postigo que acababa de abrirse del convento de... al mismo tiempo que la campana sonaba dulcemente, anunciando que en aquella casa saludaban las vírgenes el nuevo dia,

alabando á Dios, mientras Madrid entero dormía perezo.

La iglesia estaba imponente. Nada turbaba la majestad de aquel sagrado recinto. En el altar mayor brillaban dos luces delante de la imagen de la Santísima Virgen, y allá en el fondo del coro se oía el suave y acompasado murmullo que formaban las voces de las religiosas rezando las oraciones de la mañana.

No eran ellas solas las que rezaban. Otra persona habia madrugado más que nuestra hermana de la Caridad y sus dos protegidos. Era una mujer. Allí estaba delante del altar, vestida de riguroso luto y con el rostro perfectamente cubierto con el velo. La actitud fervorosa de aquella mujer hacia comprender que la meditacion ocupaba completamente su pensamiento. No advirtió siquiera que en la iglesia habia entrado gente. Pasaron algunos momentos. Un sacerdote, un venerable anciano, salió de la sacristía, y despues de postrarse y rezar sus oraciones en el altar, se encaminó á un confesonario. La tapada se puso en pié y siguió al sacerdote. Y al mismo tiempo que llegaba al confesonario, llegaba tambien Sor Dorotea. Las dos mujeres se miraron. Y ambas dijeron al mismo tiempo:

—¡Ah! V. está ántes.

—Usted ántes que yo, dijo la encubierta...

—De ninguna manera, señora.

—¡Oh! sí, me hará V. ese favor... V. es una religiosa, y yo la debo respeto...

—Puedo esperar...

—Yo tambien... y así pediré todavía á Dios que me mire con ojos de piedad.

Sor Dorotea no insistió, y se arrodilló á un lado del confesonario, dispuesta á hacer su confesion.

La dama misteriosa volvió á orar delante del altar.

.....

—Vamos á ver, pregunta el lector: ¿qué misterio es el de esa dama misteriosa? ¿A qué ha ido tan temprano á la iglesia? ¿Qué le ha sucedido? ¿Es acaso una tremenda pecadora que necesita mucho la misericordia de Dios? ¿Quién es esa mujer? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?...

—Señor lector, esa dama es una viuda; porque en el capítulo anterior tuve el gusto de matar á su marido, el señor conde de Tres Puentes. Ahora le voy á contar á V. la historia de esta viuda.

XXII

La víctima de un infame.

Sor Dorotea era hija de la condesa de Tres Puentes.

Es, decir, no era hija de la condesa de Tres Puentes, sino de María Carvajal, que así se llamaba la condesa ántes de casarse con el conde de Tres Puentes.

No dejará de sorprender al lector que una señora á quien he presentado como una mujer virtuosa, caritativa y buena en todos conceptos, tenga en su vida una mancha tal como el nacimiento de una hija natural.

Y sin embargo, María Carvajal ha sido un ángel siempre.

Pero los ángeles están mal en el mundo.

Dios los envía á sufrir para que nos den ejemplo

de virtud, y luego los premia en el cielo, teniéndolos por hijos predilectos, é interpretes y ejecutores de su divina voluntad.

María Carvajal era hija de una opulenta familia, que por vicisitudes de los tiempos vino á ménos rapidísimamente. La nobleza de su familia se remontaba á los más remotos tiempos, y esto tenia grandemente enorgullecidos y ufanos á los padres de María, que sufrían con estóica resignacion su mala fortuna, pero habrían vivido en la desesperacion si hubiesen perdido sus títulos y pergaminos que acreditaban la antiquísima y mil veces probada nobleza de su sangre.

En la mala fortuna, los padres de María habían hallado un gran amigo, un eficaz auxiliar en el anciano padre de D. Tomás Meco, el cual había hecho de manera que la familia de Carvajal pudiera ocultar y disimular el mal estado de sus negocios, es decir, de su fortuna, porque en negocios no se ocupaba aquella nobilísima familia, y hubiera creído un gran agravio que se le hubiese atribuido profesion ú ocupacion alguna... Así entendían la nobleza algunas gentes. D. Fernando Carvajal era título diez ó doce veces, señor de no sé cuántas villas, corregidor perpetuo, y otra infinidad de honrosísimas cosas.

Y por no ocuparse en negocios, ni en los propios se ocupaba, que para eso tenía su alta servidumbre para la administracion y demas asuntos arduos, y su baja servidumbre para los demas oficios; y así, cuando quedó el hombre arruinado, sus criados altos y

bajos quedaron todos, como vulgarmente se dice, con el riñon bien cubierto.

D. Tomás Meco tenia, como ya ha comprendido el lector, mucha más edad que María.

Eran el gavilan y la paloma.

María le tenia mucho cariño, como que veia que su familia y la de aquel infame estaban unidas por estrechísima amistad, y á quien hubiera dicho á don Fernando Carvajal que uno de los Mecos era capaz de cometer una villanía, hubiérale sin duda tratado de calumniador el buen anciano.

Y sin embargo, D. Tomás Meco, el hombre de mundo, cometió la mayor de las villanías.

En cierta época, María pasó una temporada en una casa de campo que poseia la familia de Meco, y entónces D. Tomás, aprovechando las ocasiones que tenia, gracias á la grandísima confianza que á su propia familia y á María inspiraba, abusó indignamente de la tierna jóven, como hubiera podido hacer el más desalmado facineroso.

La pobre niña cobró invencible horror á su verdugo, pero no se atrevió á quejarse; la vergüenza propia y las amenazas que le hacia D. Tomás, sellaron sus labios; pero llegó un momento en que ya era imposible ocultar aquella desdicha. Un dia se presentó al anciano padre de D. Tomás Meco, que la queria como á hija propia, y, vertiendo llanto abrasador, delató al infame raptor de su honra. El pobre viejo oyó con horror la triste relacion del crimen de su hijo, y llamó á éste para tener con él una explicacion.

Nadie supo lo que pasó entre los dos, pero debió ser una escena horrible. Una hora despues de haber entrado el hijo en la habitacion del padre, abrióse la puerta, y el hijo salió violentamente empujado por el padre, que, con un estoque en la mano, exclamaba:

—¡Maldito seas, hijo infame!... ¡Maldito el miserable que levanta la mano sobre su padre!

D. Tomás Meco huyó y se ausentó de Madrid y de España, y su pobre padre, herido de muerte por la villanía de aquel hijo ingrato, murió poco despues.

Vean Vds. si con razon he dicho siempre que don Tomás Meco habia sido toda su vida un pájaro de cuenta.

El padre y la madre de María sufrieron el más rudo golpe que pueden sufrir los que han dado el ser á una hija para que venga luego un miserable á hacerle la más villana afrenta. D. Fernando Carvajal, tan orgulloso de su nombre, tan celoso de su honra, quiso correr contra el malvado, pero detuviéronle las lágrimas de su mujer, la desesperacion de su hija...

Entre tanto avanzaba el tiempo y hubo necesidad de sustraer á María á todas las miradas, porque don Fernando no hubiera podido resistir á aquella afrenta, si se hubiese hecho pública, y hubiera sido capaz de matarse y de matar á su propia hija.

Y á medida que el tiempo avanzaba, nacia en el alma de María un sentimiento tiernísimo, que en medio de las amarguras de su situacion, en medio de la

vergüenza y la desesperacion, la alentaba y allá en su soledad la consolaba.

Y era que sentia nacer en su seno una nueva vida, era que aquel ser que se agitaba en sus entrañas le decia con un acento sólo comprensible para una madre:—¡Yo soy inocente!—Y el amor maternal llenaba ya todo aquel generoso corazon.

Pero tenia que ocultar estos sentimientos en el fondo de su alma, porque su padre los habria creido una nueva afrenta para él. Eran tan exageradas las ideas del noble Carvajal, que el odio que rebosaba en su corazon contra el criminal raptor de la honra de su hija, lo hacia extensivo á la inocente criatura, fruto de aquel nefando crimen, y no pudiendo vengarse en el malvado Meco, queria vengarse en el hijo que naciera, desconociendo que aquel hijo era tambien su propia sangre.

Ya faltaba poco tiempo para que viera la luz del mundo aquel tierno inocente sér; María, alejada de su casa, encerrada, acompañada únicamente de su buena madre, y vigiladas ambas por el implacable D. Fernando Carvajal, esperaba con indefinible angustia aquel momento, y endulzaba mucho su amargura el santo y puro sentimiento de la maternidad.

En vano habian procurado María y su madre averiguar qué intentaba hacer el airado caballero, el implacable padre, con la criatura inocente que iba á venir al mundo: una noche, pocos dias ántes del nacimiento de la hija de D. Tomás Meco, María se echó á los piés de su padre, y le rogó con tan desgarrada

dores sollozos, con tan profunda humildad, con tan conmovedor acento, que un instante cedió la inquebrantable fortaleza de aquel hombre, y prometió solemnemente á su hija que la criatura próxima á nacer no seria muerta ni abandonada en un asilo de beneficencia...

Llegó el momento supremo. D. Fernando no queria que tuviera su hija otra asistencia que la de su madre, pero no contaba con que Dios habia de disponer las cosas de otro modo. Así es la soberbia humana.

El hombre, en su ceguedad y en su pequeñez, pretende que la Providencia misma esté propicia siempre á servir sus deseos, y acaso se rebela contra ella cuando no los ve cumplidos.

Maria sufrió horriblemente; un dia entero y una noche estuvo la infeliz devorando los más crueles dolores, y ni una sola palabra de queja ó reconvencion salió de su boca, ni un grito de los que arranca el sufrimiento... y era que no sólo no queria irritar á su padre ni mostrarse desobediente y soberbia, sino que temia que al menor esfuerzo, al más leve grito, podia comprometer la vida que iba á nacer de la suya. Sólo una madre es capaz de esta abnegacion, de este heroismo.

De tal manera se agravó el segundo dia el estado de la paciente, que la esposa de D. Fernando Carvajal creyó que ya no podia seguir obedeciendo las terribles órdenes de su marido, que era un crimen dejar á su hija morir sin la asistencia inteligente de un facultativo,

—Es preciso llamar á un médico, dijo á su esposo.

—Nunca, contestó éste; nadie en el mundo, más que nosotros y el infame autor de nuestra afrenta, ha de saber la deshonra de nuestra hija.

—Nuestra hija se muere.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—La voluntad de Dios es que hagamos por nuestra hija todo lo humanamente posible. Y si no lo hacemos, todavía seremos más criminales que el mismo autor de nuestras desventuras, porque seremos asesinos de nuestra hija. Ella y yo te hemos obedecido en todo: ella está todavía dispuesta á obedecerte, muriendo, sin exhalar una queja; pero yo no puedo obedecerte más, y si tú no llamas á persona que pueda salvar á nuestra hija, yo misma, yo salgo, diciendo á gritos que se muere mi María, y todo el mundo sabrá lo que tanto empeño tienes en ocultar.

D. Fernando Carvajal se desesperaba; si accedía á los ruegos de su mujer, creía él que hacía pública la deshonra de sus canas; y si sostenía su cruel resolución, era inevitable la muerte de su hija.

Dios, en su gran sabiduría, le ponía en esta alternativa para humillar su soberbia, para probar su valor, para aquilatar su fé religiosa.

D. Fernando no tuvo más remedio que ceder: era cristiano.

Salió desesperado y fué á buscar á D. Serafin, aquel médico que vimos asistiendo al hijo de la ciega, al pobre Luis, el compañero de la infancia de Isa-

bel. D. Serafin era un hombre de bien, y D. Fernando tenia en él más confianza que en ningun otro.

D. Fernando, con amargas lágrimas, le refirió el suceso, y le exigió el secreto.

Como propia sintió D. Serafin la afrenta de su amigo, y en cuanto al secreto que habia de guardar, díjole:

—Me ofendes suponiendo que pueda quebrantarlo.

Pocas horas despues, María Carvajal, cuidadosa y hábilmente asistida por D. Serafin, daba á luz á la que andando el tiempo habia de ser Sor Dorotea.

La pobre madre no pudo saber quién le habia asistido, porque momentos ántes de llegar el médico perdió el conocimiento, y no lo recobró sino despues de algunas horas de haber salido de aquel trance.

María no se atrevió á preguntar nada, pero miró á su madre de tal manera, que ésta, para darla consuelo, le dijo:

—Hija mia, espera y confia en Dios.

Entre tanto, D. Fernando Carvajal, cumpliendo su palabra de no atentar á la vida de aquella criatura, ni abandonarla en un asilo de Caridad, la hizo bautizar sin padres conocidos, y la confió al convento donde ahora poco hemos visto providencialmente reunidas á la madre y á la hija.

María calló y esperó en Dios.

Pero sus penas no habian de concluir en mucho tiempo.

Algunos años despues, llamóla un dia su padre y le dijo:

—Hija, ha llegado el momento de fijar tu suerte.

—¡Mi suerte, padre!

—Sí; mi amigo el conde de Tres Puentes tiene un hijo y quiere casarlo contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, el hijo de mi amigo está distraído de sus deberes y derrocha la fortuna de su padre. Este ha creído que quien podría corregirle y traerle á buen camino sería una mujer propia, y habiendo hablado con su hijo acerca de esto, le ha contestado que sólo hay una mujer que él tomaría por suya, y que ésta eres tú.

—Padre, por Dios...

—No trato de violentar tu voluntad; pero este enlace me ofrece mil ventajas. En primer lugar asegura tu suerte.

—Mi suerte, padre mio, sería poder encerrarme con el fruto de mis entrañas en el más apartado rincón del mundo, pobre y olvidada.

—Sabes que mis negocios están en lastimoso estado. El conde de Tres Puentes, mi noble amigo, me hace un gran favor, me ayuda á levantar mi fortuna, á desempeñar mis propiedades; de manera que, negándote tú á secundar mis deseos, no sólo pierdes tú, sino condenas á la ruina á tu padre y á tu hermana menor. Esta es la verdad; ahora haz lo que quieras. O la fortuna para tí y tu familia, ó la ruina.

—¡Por Dios, padre!

—Hasta mañana tienes espacio para elegir tu suerte y la nuestra. Dios te inspire. Si complaces mis deseos, habrás dado un alivio á mi profunda pena; si

no quieres, no te reconvendré, y sufriré resignado lo que Dios quiera.

Puesta en esta alternativa, María no sabia qué hacer. Repugnábala unir su suerte á la de un hombre á quien tenia que engañar ó confesarle la verdad. Por otra parte, ¿cómo resistiria al espectáculo de la miseria de su anciano padre y de su familia? Don Fernando Carvajal era muy apegado á las vanidades mundanas, y seria condenarle á muerte privarle de ellas. ¿Qué podia hacer la atribulada madre? Salvar á su padre, y resignarse á seguir sufriendo, á sufrir cada vez más. El dia siguiente, María dijo á su padre que en todo le obedeceria. La pobre mártir se casó con el conde de Tres Puentes. El dia de su boda, María, que ya estaba decidida á sufrirlo todo, habló así á su marido:

—V. y yo hemos obedecido á nuestros padres y hemos cumplido un deber filial, pero ahora yo tengo una confesion que hacer á V.; dispuesta estoy á cumplir mis deberes de esposa fiel y honrada, pero hay en mi vida una tristísima página.

Y María refirió á su esposo el crimen de que habia sido víctima, callando el nombre del infame, que habia jurado no pronunciar jamás.

El conde de Tres Puentes oyó la confesion de la que era su mujer, y le dijo:

—Señora, no dudo que es V. una mujer honrada, y que es la verdad cuanto me acaba de decir; comprendo su abnegacion al casarse conmigo para salvar á su padre, pero me falta saber una cosa.

—¿Cuál?

—El nombre del infame.

—No lo puedo decir; un juramento me lo impide.

—Yo necesito saber su nombre para matarle.

—Yo no lo puedo decir.

—Entonces, señora, V. es mi mujer, porque la Iglesia nos ha unido, mas de hoy en adelante V. vive en mi casa, pero léjos de mí, hasta el día en que pronuncie V. el nombre del villano; entre tanto, no se presentará V. jamás á mi lado en ninguna parte, porque no quiero que V. se avergüence delante de nadie, y que ese miserable pueda decirse á sí mismo, al verme con V.: —Ese hombre es un infeliz, que lleva tan ufano de su brazo á la que ha sido mi manceba.

—Caballero, yo no he sido manceba de nadie; encontré un ladrón en mi camino, y me robó la honra y la felicidad. Esta es una desgracia, pero no una falta mia.

—Es verdad; pero mi resolución es irrevocable.

—Yo acepto la posición que V. me ofrece.

—Tanto mejor.

—Sea V. feliz; á mí ya no me sorprende ni me asusta la desgracia.

Y de este modo se separaron el día de sus bodas María y su marido.

El heredero del conde de Tres Puentes tenía, entre sus mil defectos, una buena cualidad; amaba mucho á su padre.

Por darle gusto se había casado, y por no darle un

gran pesar le ocultó que su amigo D. Fernando de Carvajal le habia engañado.

Así vivieron siempre amigos el conde y D. Fernando, y éste volvió á figurar en la corte con el lujo y la ostentacion que tanto echaba de ménos, y murió con la fama de un hombre de bien, buen padre, buen esposo y todo lo demas que se dice de todo el que se muere.

El conde de Tres Puentes murió tambien poco despues, dejando á su primogénito una gran fortuna y todos sus títulos de nobleza.

Entregado por completo á la política y á sus vicios, el conde no modificó nunca la situacion que habia creado á su esposa, que vivió resignada, con la única esperanza de encontrar un dia á la hija de sus entrañas.

Esta es la triste historia de la madre de Sor Dorothea, hija infeliz de un crimen horrendo, y heredera de la resignacion y la humildad de su madre.

Me parece que no he tardado mucho en contársela al discreto lector, á quien vuelvo á suplicar un poco de paciencia para que con ella me aliente á concluir esta novela.

XXIII

Explicaciones.

El mismo día de la confesion de Sor Dorótea, Isabel y la condesa de Tres Puentes, reconocieron aquella y esta como hija y madre, para lo cual hizo prodigios de ingenio el confesor, interesado en que madre é hija se reconocieran, y celoso al mismo tiempo de los deberes de su sagrado ministerio, acerca del secreto de la confesion. Cuando hubo concluido de decir la misa que oyeron despues de la confesion las penitentes, la condesa de Tres Puentes se acercó á él y le preguntó si podria ver á la superiora de la comunidad.

—En este convento, le dijo, tuve yo un pedazo de mi alma, y quisiera saber si hay algun indicio que me dé á conocer la suerte de aquella persona para mí tan querida.

—Señora, la dijo el confesor, no habrá inconveniente en que hable V. á la señora Abadesa cuando esta haya terminado sus oraciones.

Y condujo á la condesa á una habitacion que servia de locutorio, donde ya estaban Isabel y Sor Dorotea, que tambien deseaba hablar á la superiora del convento donde habia pasado los dias de su infancia, y ademas iba á presentar á su *hermana* Isabel. El sacerdote creyó el momento propicio, y habló á Sor Dorotea de su infancia.

Cuando la condesa de Tres Puentes supo que Sor Dorotea habia vivido en el convento, le hizo varias preguntas llena de curiosidad, y el buen cura llevó la conversacion de tan ingeniosa manera, que cuando la madre superiora apareció en la reja del locutorio, estaban estrechamente abrazadas la madre y la hija.
.....

—Vamos, señor autor, oigo que dice el lector amabilísimo, á V. se conoce que se le olvida lo que escribe, y no es extraño, pues á mí tambien se me ha olvidado cuántos años ántes de Jesucristo empezó á publicarse esta novela.

—Señor lector, me parece que todavía no puede usted decirme si se me ha olvidado algo.

—Lo digo, porque no trata V. de decirme quiénes diablos fueron los padres de Isabel, de quien siempre me ha dicho que se la encontraron en el arroyo los de aquel pobre pintor, á quien dejó V. hace mucho tiempo moribundo, y no se ha vuelto á saber de él pelo ni hueso, aunque ya supongo que estará comido

de gusanos, pues tiempo sobrado ha habido para eso.

—Señor lector, es V. implacable, recordándome mis faltas; pero debo advertir á V. que de todo eso pensaba hablar á V. ántes de poner fin á la novela.

—Entonces no digo nada, aunque no me falta motivo para decir mucho. A ver, ¿quién fué el padre de Isabel?... ¿Quién fué la madre? ¿Fueron tambien algun señoron y alguna señorita desgraciada?

—No, señor.

—Pues no tendria ella mal disgusto cuando supiera que sus padres pertenecian á la plebe.

—Por eso no lo supo nunca, porque yo no la he querido dar ese disgusto.

—Pues mire V., señor autor, como á mí no me dará V. disgusto alguno con que la Isabelita sea hija de un monarca ó de un matachin del Rastro, hágame V. el favor de decirme de quién fué hija.

—Hija fué de un tuno redomado y de una mujer más mala que la peste.

—¡Bonitos padres tuvo la pobre! ¿Y cómo fué aquello de tirarla á la calle?...

—Fué un arrebato de la madre.

—¿Fué la madre la que la abandonó?... ¡Qué horror!...

—Hay fenómenos en la naturaleza, y uno de estos es una madre que abandona á sus hijos. Desgraciadamente, amigo lector, hay ejemplos. Apenas pasa una semana sin que se encuentre en la calle algun niño abandonado, casi siempre muerto.

—¿Y cómo pasó?

—La madre de Isabel era una buena moza, eso sí, y el padre un buen mozo. Aquella estaba enamorada de éste, y éste, como todos los hombres que tienen quien les quiera mucho, tenía mucha afición á las demas, y daba á aquella muchos motivos de celos. La mujer era una fiera cuando le acometía algun acceso de esta terrible enfermedad, y habia prometido á su amante que el día que éste le hiciera alguna partida serrana, abandonaría á su hija, amenaza terrible para él, que amaba mucho á la tierna niña.

Un día supo que el buen mozo andaba entretenido con otra buena moza, y loca de celos, de odio, de despecho, cogió á su hija y cumplió la horrible amenaza.

Poco despues de haber abandonado á la pobre criatura, se despertó en ella el sentimiento del amor maternal, y volvió á buscar á su hija al sitio donde la habia dejado. Ya no estaba allí. Los padres del pintor la habian recogido amorosísimamente.

—Diga V.: y el padre de la chica, ¿no deslomó de una paliza á la madre?...

—No, señor; porque aquel hombre, que era de lo más bárbaro que puede imaginarse, en presencia de aquella mujer era un chiquillo, y ademas ella tenía en su mano vengarse de él, haciéndole llevar á chirrona por mucho tiempo, que era verdaderamente donde merecia estar el hombre.

—¿Era ladrón?

—Y asesino.

—¡Aprieta, manco! Pues, señor, tienen unos as-

cendientes los personajes de la novela de V., que me río yo.

—¿Ve V. cómo he sido discreto y compasivo haciendo que Isabel ignore quiénes fueron sus padres?

—Sí señor, sí; ha hecho V. bien.

—Y además, amigo lector, he querido que el castigo de las faltas cometidas por Isabel, sea el de no conocer á sus padres, y es suficiente castigo á fé vivir y morir en esa horrible incertidumbre, en esa amarguísima pena de no conocer á quién se debe la existencia; pero Isabel, regenerada ya, sufrió con resignacion su castigo, y se consoló con el espectáculo de la felicidad de Sor Dorotea, que habia encontrado á su madre, y de la condesa de Tres Puentes, que habia encontrado á su hija.

—Pero todavía no me ha dicho V. á mí en confianza quiénes fueron los padres de Isabel.

—Hombre, yo creí que lo habia V. adivinado.

—No, señor, ni quiero tomarme el trabajo de pensarlo, para que luego salga V. por los cerros de Ubeda.

—Pues, señor lector, el padre de Isabel fué un sujeto de quien se habló mucho en los papeles públicos, y que fué llevado dos veces á un sitio á donde regularmente no va nadie más que una vez.

—¿Al patíbulo?

—Lo acertó V.

—¿Y cómo fué eso?

—Muy sencillo; la primera vez fué indultado cuando ya se hallaba á punto de sufrir la pena, y la segunda vez...

—¿La sufrió?...

—Sí, señor.

—Entonces... calle V.... el padre de Isabel era sin duda aquel hombre que estaba en el tugurio de fuera de la puerta de Toledo el día que fué muerto el cochero del conde de Tres Puentes, encargado de seguir los pasos á la Chata.

—Precisamente, aquel mismo.

—Entonces la madre sería la Chata.

—Justamente.

—¿Y la Chata era?...

—La Chata era una mujer de historia, que no sé en qué correccional murió ha poco. Había representado muchos papeles, siendo el principal el de cómplice de ladrones, encubridora de todo género de delitos, corredora de vicios y perseguidora de virtudes, señora á ratos, mujer política, y agente de policía. Con todas estas industrias, y su sale-ro y sandunga, había vivido haciendo tales cosas, que para referirlas habría que escribir otra novela. Y tal llegó á ser su influencia, que ella sola salvó la primera vez á su amante del garrote vil, y no le salvó la segunda porque tiró el diablo de la manta, y se descubrieron todos los crímenes de ambos, y gracias á su sexo, libró la piel, aunque para verse encerrada durante toda su vida en una casa de correccion, donde no dicen las crónicas si se corrigió; pero no será temerario suponer que, si no hizo más desaguisados, fué porque no pudo.

—Bien, dice ahora el lector, me doy por satisfecho

con las explicaciones que V. me ha dado sobre ese punto de quiénes eran los padres de Isabel; pero todavía no ha acabado V. de explicarse.

—¿Por qué lo dice V.?...

—Porque todavía falta saber quién era aquella vieja que se murió en la calle del Tribulete, y en cuyo jergon se encontró un legajo de papeles, entre los que estaba el testamento de D. Tomás Meco en favor de su hija.

—Pues mire V., señor lector, si V. no me lo recuerda, ya me iba yo á olvidar de la vieja aquella, que estará gozando de Dios, pensando piadosamente.

—Pues no le falta á V. sólo dar noticia de la historia de aquella señora. También me tiene V. que decir á dónde diablos se ha ido el hijo del sacristan, y qué fué de él.

—Para que lo sepa V., será preciso que volvamos á los primeros capítulos de la novela.

—Hombre, ¡por María Santísima! aunque me dé usted para un coche no vuelvo yo á los primeros capítulos de este novelon tan descosido, y de fijo no encuentra V. ningun lector dispuesto á esa heroicidad. Pero, en fin, sepamos: ¿quién era aquella vieja?...

—Aquella vieja habia sido jóven y guapa, y habia servido en clase de doncella en casa de D. Tomás Meco. De doncella pasó á ser ama de gobierno.

—Era un ascenso justo.

—Estaba en todos los secretos de su amo.

—Ya me hago cargo.

—Ella sabia lo de la niña que tuvo D. Tomás y

que habia desaparecido del convento; ella sabia que D. Tomás tenia hecho un testamento en favor de aquella, sabia dónde lo tenia, y sabia otras muchas cosas, y habia estado esperando toda su vida que don Tomás, por conciencia y conveniencia, se casara con ella, que mil ejemplos se han visto de excelentísimos señores que se han casado con fregonas, ó doncellas de labor, ó amas de llaves. La pobre mujer era tonta de capirote.

—Ya lo voy conociendo.

—D. Tomás Meco la dejaba creer todo lo que queria. Así tenia una criada fiel, que no le quitaba lo que tenia, porque pensaba que todo iba á ser suyo un dia ú otro, y que le cuidaba con gran esmero, como que veia en él su futuro marido. Pero llegó el dia en que D. Tomás Meco se volvió tonto, en que Isabel le barajó los sesos y se casó con esta. La criada vió por tierra todas sus ilusiones. Habia sido cariñosa, fiel y cuidadosa, y todo en vano. Se encontraba vieja, sin ahorros, sin sus esperanzas de ser señora... Y como tenia tan poco talento, imaginó lo que va V. á leer.

—Este tunante, se dijo, y sus razones tendria para llamar así á su amo, se va á morir cualquier dia... Pues yo me llevo el testamento en que reconoce á su hija, sin decir el nombre de la madre, y me presento con él como madre de esa hija, á quien ántes buscaré por todas partes.

Y robó los papeles á su amo, y se dedicó á buscar á Sor Dorotea, á quien no encontró hasta que estuvo postrada en su miserable lecho de muerte. La pobre

mujer pasó muchos trabajos desde que salió de casa de su amo, tuvo enfermedades, y vino á caer en la más horrible miseria; y en lugar de devolver los papeles á su señor y dueño, y pedirle amparo, continuó buscando en vano á la hija de aquel, de la que sólo sabia el nombre, y al fin vino á morir en la triste situación en que ya la vió V., amigo lector.

—Pero, hombre, yo le paso á V. muchas cosas, aunque sean un poco duras de creer; pero ¿cómo don Tomás Meco no advirtió que le habian robado el testamento?

—Señor lector, desde que aquel hombre se casó perdió el juicio; de tal manera le mareó Isabel, y además de este mareo, tenia el de ser ministro y presidente del Consejo, y no tiene nada de extraño que el hombre no fuese á ver el testamento, que creia tener en sitio bastante seguro. ¿Me lo pasa V. ahora?... sal

—Bien, hombre, bien; ya he llegado á tal extremo de aburrimiento, que se lo paso á V. todo. —

—Gracias. Pues ahora vamos á ver cómo acaba su carrera el hijo del sacristan, y á tener el gusto de conocer al sér afortunado que consiguió inspirar un amor puro y grande á Sor Dorotea; y con eso y con dar al lector alguna que otra explicacion, si la desea, concluiré la novela. —

XXIV

El fin del hijo del sacristan.

—¡Hombre! exclama el lector; vea V. un caso en que siento no ser yo sacristan ó cosa así para echar las campanas á vuelo. ¡Gracias á Dios que va V. á acabar la novela!

—No se entusiasme V. tanto, señor lector, que todavía no hemos llegado...

—No hemos llegado, ¿á dónde?... Crea V., señor autor de los demonios, que con ningun otro he llegado yo á donde he llegado con V., á tan alto extremo de paciencia y benevolencia. Pero no tengo muchas ganas de conversacion con V. Acabe V. de una vez la novela, y le perdono de buen grado todo lo que hasta ahora me ha desesperado.

—Pues, amigo, lo siento mucho, pero está V. equivocado; no es la novela lo que va á acabar, sino el hijo del sacristan.

—¡Ah! ¿le va V. á matar?... —

—Me parece que sí.

—Es el mejor medio de acabar con la gente. ¿Y de qué va á morir ese infeliz?...

—Dudando estoy.

—Mátele V. de un tiro.

—¿Y quién se lo pega?

—El mismo, hombre.

—Por Dios, señor lector, ¿cómo quiere V. que un hombre que acaba de confesar sus culpas, poniéndose bien con Dios, vaya á cometer un espantoso crimen?...

—Hombre, es verdad; tiene V. razon, contra su costumbre.

—No se le puede matar de un tiro, como no se lo pegue otra persona, y no hay persona que pueda hacerlo.

—Pues, mire V., precisamente estamos en época en que los tiros abundan en muchas partes.

—No importa; en la aldea á donde volvió el hijo del sacristan era toda gente buena, incapaz de pegar un tiro á nadie.

—¿Volvió á la aldea?

—Sí, señor; ya se lo dije á V. en los primeros capítulos de la novela; aquel hombre que salió del tren y se dirigió á la casa de la tia Torla, que estaba sumamente afligida por la pérdida del buey, aplastado por la locomotora, era el mismísimo hijo del sacristan.

—Sea en hora buena.

—Ya recordará V. que la tia Torda, la madre de la pobre Teresa, á quien sedujo aquel hombre, y esta fué su primera hazaña, al verle se horrorizó, se desmayó y se murió.

—Sí, señor, ya me acuerdo; sin duda la pobre mujer adivinó esta novela, y no quiso tener en ella una parte principal.

—Señor lector, ya no hago caso de pullas.

—Ni yo tampoco de las cosas que V. me cuenta.

—Entónces, si le molestó á V....

—No, hombre, no; siga V., á ver por dónde diablos sale V. de este laberinto.

—Pues, con permiso de V.

—V. lo tiene.

—El hijo del sacristan, á quien no conocieron los mozos ni los viejos de la aldea, tanto habia variado en la córte, fué á confesarse con el señor cura, que le reconoció en seguida.

—¿Otra vez á confesarse?

—Sí, señor; habia sido tan grande pecador, que nada tenia de extraño que, habiendo pasado tanto tiempo sin acercarse á Dios, quisiera recuperar el tiempo perdido.

Despues de haber referido al señor cura todas sus aventuras y todas sus faltas, y manifestado el propósito de la enmienda, y de reconocer por su hija á la pobre Andrea, y dedicarse por completo á la pobre criatura, el cura se encargó de comunicar á esta la buena nueva; pero Andrea rechazó á su padre, y dijo que mejor queria pedir una limosna toda su vida

que seguir á aquel hombre que habia causado la muerte de su abuela.

Andrea, cuando veia llegar á su padre, temblaba como una sensitiva, y se amparaba del señor cura; éste le habia contado la triste historia de su madre, le habia dicho que cuando esta fué á buscarle á Madrid, el seductor la habia desconocido y rechazado, y la pobre niña decia:—Pues hago con él lo que él hizo con mi madre.

—¡Pero, hombre! era su padre, y los hijos no deben erigirse en jueces de sus padres.

—Tiene V. razon, y me alegro de tener lectores que piensan con tanta cordura; pero conocerá V. que la muchacha tenia razones para no tener la mayor aficion á su padre.

El bueno del cura emprendió la buena obra de hacerla comprender que debia amor y respeto á su padre, olvidando las faltas de éste para recordar sólo los beneficios que le venia á hacer, reconociéndola por hija suya y sirviéndola de guia y sosten en el mundo.

Algun trabajo costó esta empresa al anciano sacerdote, pero al fin logró que la niña viera sin espanto á su padre.

Este se estableció en la aldea, dió grandes limosnas á todas las familias pobres, é hizo lo posible por hacerse amar.

—Y despues de todo esto, ¿le va V. á matar?

—Sí, señor; aquel hombre que habia hecho sufrir tanto á la pobre inocente madre de su hija, á la des-

dichada abuela, á su misma hija, y ademas á todo un pueblo, en general, con sus abusos en el poder, y en particular á no pocas familias, quitando los destinos á honrados padres para venderlos á quien más daba, debia sufrir tambien.

—¿Y qué sucedió?

—No sé si se acordará V. de aquel pobre perro, propiedad de cierto cazador de la aldea y su único amigo, que una tarde fué víctima tambien del hijo del sacristan.

—Tengo una idea.

—Aquel perro le hacia grandes caricias una tarde en el campo, y en pago recibió un disparo de perdigones que le dejó ciego. El hijo del sacristan, en un arranque de soberbia, no vaciló en herir tan cruelmente al noble animal y en llenar de amargura el alma de su dueño, que no tenia más familia, más amigos, más fortuna que el pobre perro.

El dueño de este, cinco ó seis años despues, murió, y el perro le sobrevivió, llegando á edad muy avanzada, á que pocos perros llegan.

Todos los vecinos daban de comer al viejo animal, cuando bajaba al pueblo; ordinariamente pasaba muchos dias en el monte mismo donde solia en vida de su amo acompañar á éste á la caza, y venia al pueblo, guiado por su buen instinto, cuando, despues de recorrer el monte, se convencia de que no estaba allí su amo, y volvía al monte cuando se convencia de que tampoco estaba en el pueblo.

Así vivió el perro, y ya en el monte, ya en el pue-

blo, se le oían dar tristes alaridos llamando á su amo.

Cuando volvió á la aldea el hijo del sacristan, el perro no habia bajado del monte hacia tiempo, y todos creían que habia muerto, bien cayendo en algun barranco, de donde no podría salir, ó á consecuencia de una asquerosa erupcion que le habia salido en todo el cuerpo.

Una tarde, dos meses despues de la llegada del hijo del sacristan á la aldea, salió éste al monte con ánimo de cazar alguna delicada perdiz que ofrecer á su hija; al primer disparo que hizo vió venir un perro enorme; pero espantoso, flaco, con el pelo erizado.

El hijo del sacristan no habia disparado más que uno de los tiros de los dos cañones que tenia su escopeta, y al ver venir aquel animal enfurecido, creyó que era un lobo y disparó sobre él.

Sonar el tiro y verse el hijo del sacristan tendido en el suelo y cogido por la garganta fué cosa de un instante. Pasado el primer momento, vió que el perro yacia á su lado muerto, y que él estaba lleno de sangre. El animal, al sentirse herido, habia dado un salto sobre el matador, le habia derribado y mordido en la garganta, cayendo despues para no volver á levantarse.

—¿Y mató al hijo del sacristan?

—El hijo del sacristan se levantó, se lavó la garganta en el rio y se ató un pañuelo sobre la herida.

—Vamos, es decir, que no fué nada; me habia V. asustado.

—Pues no hay de qué.

—Yo creí que me iba V. á contar una cosa más grave.

—Mire V., no dejaba de serlo, porque el perro, en el momento de morder al hombre, estaba atacado de hidrofobia.

—¡Canario!

—Me parece que habia motivo para asustarse.

—¡Ya lo creo! ¿Y rabió el hijo del sacristan?...

—Dos meses despues, cuando ya no se acordaba siquiera del perro, se presentaron en él los primeros síntomas de la enfermedad.

Llamáronse saludadores que le curasen, acudióse á todos los medios, pero en vano; el hijo del sacristan murió, despues de edificar á todos con su resignacion cristiana, haciendo dueña de todo su caudal á su hija, y encomendándosela á Isabel, su antigua amante, convertida tambien, como sabe el lector, al buen camino.

—Y ahora, ¿qué falta?

—Ahora, señor lector, falta saber quién era el amor de Sor Dorotea, para lo cual me hará V. el obsequio de tener paciencia hasta el capítulo siguiente.

XXV

Un muerto resucitado.

Ya recordará el lector...

—¡Hombre! ¿qué diablos he de recordar ya, señor autor, si desde que V. empezó á publicar esta novela ha habido tiempo bastante para que se acabe el mundo y vuelva á formarse otro?

—Tiene V. razon que le sobra, señor lector, y no me haga más cargos, que al fin estamos ya de la novela, y voy á dejarle á V. en paz.

—Ya es hora, señor autor.

Luis, el jóven pintor, aquel desdichado que volvió de su viaje á Italia lleno de ilusiones, creyendo que iba á casarse con su querida Isabel, despues de todos los incidentes que referí en diversos capítulos, y especialmente de la visita de Isabel á la miserable buhardilla, donde se habia refugiado con él la pobre

madre ciega, quedó en un estado tal que D. Serafin, el médico, creyó llegada la última hora de aquella vida tan breve y tan castigada por el destino.

Lo mismo creyó Sor Dorotea, que se habia constituido en madre de la anciana, á quien la desgracia de estar ciega habia privado de dar á su hijo los cuidados de una madre cariñosa, y en madre tambien, ó hermana, mejor dicho, de aquel infeliz que caminaba á la eternidad sin poder lanzar del pecho un amor funesto.

Recordará el lector, y si no lo recuerda el lector lo recuerdo yo, que la anciana y su hijo no estaban ya en la buhardilla la noche del dia en que Isabel se atrevió á profanar con su presencia aquel triste templo del sufrimiento.

El médico, al saber la crisis terrible que produjo al enfermo la presencia de la mujer que le habia vendido, dijo á la noble hermana de la Caridad:

—El muchacho se muere, no hay remedio, y bien sabe Dios que á toda costa quisiera prolongar su vida, no sólo porque es un alma noble y buena, sino porque es un artista de genio.

—¿Y no hay remedio, D. Serafin?

—Dios puede hacerlo todo. Seria preciso sacarle de aquí, llevarle á un sitio apartado de la ciudad, á una casa que tuviera vistas al campo, donde el pobre tenga aire que respirar, donde pueda ensancharse su oprimido corazon...

—¡Oh! sí, sí. ¿Y qué haremos?

—En Carabanchel, en la parte más elevada, posee un amigo mio una casa que no habita. Corro á

hacer una obra de caridad, á pedirle que nos la prestase para nuestro pobre enfermo.

Y en efecto, dos horas despues, en una camilla el enfermo, y en un coche la anciana, eran trasladados á la casa del pueblo. El enfermo habia perdido el conocimiento despues de la violenta escena con Isabel, y esta circunstancia facilitó mucho su traslacion. La pobre madre creyó que su hijo habia muerto y la sacaban por eso de la casa; pero con ella iba Sor Dorotea que le refirió la verdad, y la anciana tenia tanta fé en las palabras que pronunciaba aquella boca, nunca manchada con la mentira, que pronto se tranquilizó y áun cobró ánimo su abatido corazon. Instalados ya en la nueva casa aquellos dos desgraciados seres, pasó toda la noche el enfermo sumido en profundo sopor, pero á la salida del sol, hirió su oido el canto alegre de dos pajarillos que en una jaula dorada habia en la ventana del aposento.

Luis abrió los ojos y respiró con más libertad, y pareció complacerse en aspirar aquel aire puro. Miró y desconoció todo aquello. La habitacion era grande y estaba amueblada con gusto y sencillez. La cama tenia colgaduras blanquísimas; al lado de ella habia una butaca, donde estaba sentada, dormida, su inocente madre; enfrente del lecho se abría una ventana grande, por la que penetraban los tibios fulgores del sol saliente; y se veía una espesa enramada y un horizonte dilatado. A los pies del lecho estaba Sor Dorotea, que observaba fijamente la impresion que hacia en el enfermo aquel cambio.

—¿Dónde estoy? dijo con débil acento.

—Donde recobrará V. la salud, si Dios quiere.

—Voz de un ángel debe ser la que oigo, dijo el jóven, y procuró levantar la cabeza para ver quién le hablaba. Miró á Sor Dorotea, y exclamó: —¡Qué hermosa!

—¿No me conoce V.? dijo esta:—soy la misma de siempre, la religiosa que ha cuidado á V. estos dias pasados, estos tristes dias, que ha estado V. tan mal.

El jóven estaba tambien hermoso, áun en aquel estado; la aureola del sufrimiento le daba un encanto indecible; aquella frente juvenil, nublada por el dolor, aquella palidez, aquella triste mirada, aquella sonrisa que se dibujaba en sus descoloridos labios, dábanle el aspecto de un mártir.

Sor Dorotea le miró, y sintió en su corazon una cosa que no es posible explicar; sintió una profunda compasion, y un deseo intensísimo de conservar aquella vida de que Dios parecia que ya habia decidido disponer.

Al mismo tiempo que por las mejillas del enfermo se deslizaba una abrasadora lágrima, otra abrasadora lágrima surcaba las límpidas mejillas de la hermana de la Caridad.

El amor habia penetrado en aquel corazon hasta entónces consagrado exclusivamente á la caridad.

Pero ¿no era tambien caridad amar á aquel pobre jóven?...

.....
—Mire V., dirá el lector, que eso de que una her-

mana de la Caridad, una religiosa, se enamore de un enfermo, de un moribundo, no es muy católico que se diga.

—Sí, señor, que es católico, porque ha de advertir V. que la hermana de la Caridad era completamente libre de sus acciones, y al consagrarse al auxilio y cuidado de los enfermos, no habia pronunciado otros votos; precisamente por no pronunciarlos habia abandonado el convento donde corrieron los primeros años de su vida.

—Bien, hombre, bien; ya lo sabemos. Pero, ¿cómo nos quiere V. hacer creer que aquel jóven, que por las señas estaba tísico pasado, se curó? Los tísicos no se curan.

—Los tísicos, como todos los enfermos, se curan, si Dios quiere, y Dios quiso que se curase Luis. ¿Le pesa á V. acaso, señor lector?

—No, hombre, no; á mí ¿qué me ha de pesar?... Mas parece inverosímil, porque cuando habló V. del pobre hombre en otra ocasion remota, nos lo pintó V. tan malito, que, francamente, todos los lectores hemos creído que estaba enterrado hacia mucho tiempo.

—Pues ya ha visto V. cómo un autor puede resucitar á un muerto cuando le da la gana.

—Ya lo veo; pero, en fin, ¿qué sucedió? ¿Se dijeron una madrugada, ó una tardecita, que se amaban, y él se puso bueno en seguida?

—No, señor, no se lo dijeron en todos los años que pasaron despues.

—Eso sí que es grande.

—El habia hecho un juramento: el de no ser esposo de otra mujer que de Isabel. Habia ademas otra razon: Luis habia inspirado en Italia, como ya referí en otra ocasion, una intensísima pasion á una noble niña que murió de amor al verle volver á España y abandonarla...

—Pues si murió...

—Y Luis no queria amar ya. Amando á Isabel habia sido tan desgraciado, y amado por otra habia sido ésta tan desdichada, que Luis tenia la preocupacion de que el amor habia de serle fatal... Ademas, aquella mujer, vestida con el severo traje de la Caridad, le infundia un respeto tal, que nunca se hubiera atrevido á decirle una frase de amor mundano.

—Vamos, el chico era respetuoso.

—Y sobre todo no habia podido adquirir ni el más leve indicio de que Sor Dorotea le amase.

—Pero, diga V., ¿y cómo se dijeron al fin esos pobres enamorados que se querian?... Porque presumo que los va V. á casar...

—¿Quiere V. que los case?

—Sí, hombre; cáselos V., hágalos V. felices, aun que sea por lo civil, como ahora se estila.

—Pues oiga V. lo que sucedió.

Sor Dorotea habia encontrado á su madre.

—Sí, la condesa de Tres Puentes, ya me lo ha dicho V. varias veces.

—A su madre le contó su vida toda, le descubrió su alma, le habló de aquel amor infinito que tenia encerrado en el fondo de su corazon.

—Ya me hago cargo, y la madre buscó los medios de que un felicísimo enlace coronase aquel amor.

—Un día la condesa viuda de Tres Puentes se dirigió á la casa del pintor...

—Pérdone V., señor autor, que se me ha ocurrido una pregunta. ¿Y de qué vivía el pintor despues que se puso bueno?... ¿Mantenía al hijo y á la madre la hermana de la Caridad?

—No, señor: el pintor, que se había trasladado á otra modesta casa en el mismo pueblo, pintaba, y don Serafín, el médico, era el encargado de vender sus cuadros en Madrid. Y habiendo significado á su generoso amigo que deseaba pagarle todo lo que le había facilitado en su larga enfermedad, el bueno del doctor se iba cobrando de una manera muy singular. Traía un cuadro á vender, y le decía luego que le había vendido, por ejemplo, en veinte duros, y sólo le daba diez y seis, descontándose cuatro por aquel concepto. Ya comprende V., señor lector, que esta era una generosa mentira para satisfacer la susceptibilidad del jóven.

—Pues mire V., sus apurillos pasaria para vivir de la pintura, porque las bellas artes en España dan de comer á muy pocos.

—No, señor, porque sus cuadros eran preciosas obras de arte, y entre cuatro ó cinco inteligentes los adquirían todos.

—Bueno, bueno, siga V. su cuento, á ver si acabamos.

—Decía que un día, la madre de Sor Dorotea fué

á casa del pintor. No se dió á conocer; Luis y su anciana madre no sabian todavía la grande alegría de su amiga Sor Dorotea; hacia muchos dias que no la veian, pero no lo extrañaban, porque estaban acostumbrados á aquellas ausencias, justificadas por los deberes que le imponia su caritativa mision.

La condesa pretextó el deseo de saber si el pintor queria hacer el retrato de una hija suya.

Contestó Luis que su oficio era pintar y que lo haria de buen grado.

—Enseña á esta señora, dijo la anciana ciega, algun cuadro ó retrato de los que tengas en casa. ¡Ay! señora, yo estoy condenada á no ver las obras de mi hijo, y tengo una alegría muy grande cuando las ve delante de mí otra persona, porque es fijo que ha de hacer grandes elogios de mi hijo. Dispense V. esta inmodestia á una pobre madre.

—A la condesa le conmovió aquel infortunio llevado con tanta resignacion, y le impresionó vivamente el amor purísimo de la madre al hijo y del hijo á la madre.

—Digno es, pensó, de ser amado por mi hija este hombre.

—Señora, dijo este, mi madre, como es ciega la pobre, ve con la imaginacion en mis obras perfecciones que no existen.

Salió un momento y volvió con un cuadro, diciendo:

—Voy á enseñar á V. lo que más estimo.

Y colocó el cuadro delante de la condesa.

—¡Ah! exclamó esta.

El cuadro representaba una hermana de la Caridad, y esta era la viva imagen de Sor Dorotea.

—¿Le agrada á V., señora? preguntó la pobre ciega.

—Es admirable. Quiero que me pinte V. uno igual.

—¿Igual?... ¿Una hermana de la Caridad?...

—No; esta misma hermana de la Caridad.

—Señora, creí haber entendido que deseaba V. el retrato de su hija.

—Es verdad, el retrato de mi hija, y de V. depende que lo tenga desde ahora, porque mi hija es el original de ese cuadro.

—¡Tableau!

—¿Toma V. á risa, señor lector, esta situación que yo habia preparado con ciertas pretensiones de hacer efecto?... Pues en castigo, dejo la conclusion de la novela para el capítulo siguiente.

XXVI

Cae el telon.

Ya supone el lector que lo que el pintor no se habia atrevido á decir jamás á Sor Dorotea, se atrevió á decírselo á la condesa de Tres Puentes, no bien supo que esta era la madre de su amada. Esto era lo que esperaba precisamente la buena señora, que sabia que su hija no sería feliz sino unida á aquel hombre de bien. Más de dos horas duró la conferencia del enamorado y la que iba á ser su suegra, y habiendo referido esta alguno de los episodios de su vida y de la historia de su familia, la ciega, que oía atentamente llena de alegría, porque vislumbraba la próxima ventura de su hijo, vino en conocimiento de que la familia Carvajal habia estado íntimamente unida á la suya por los lazos de una sincera amistad. La condesa de Tres Puentes salió de la casa del pintor ale-

gre y satisfecha, y corrió á comunicar á su hija la noticia de su próxima ventura. Luis le habia pedido formalmente la mano de la incomparable Dorotea, contando con que esta consintiera. Ya sabia la condesa que su hija consentia. Isabel, Sor Dorotea y la condesa vivian juntas desde que los sucesos, ó más bien, desde que la Providencia las quiso reunir. La condesa volvió muy animada y expansiva, contra su costumbre, pues aún despues de haber hallado á su hija, habia nublado su frente una profunda melancolía.

Isabel le preguntó cuál era la causa de aquella mudanza.

—La más legítima, amiga mia, la ventura de mi hija. Dios ha querido que yo le facilite el camino; Dorotea va á ser feliz.

—Y yo tambien, porque desde que me aceptó por tierna hermana suya, su felicidad es la mia, como son mias sus penas.

—Pues bien: Isabel, no se lo diga V. á Dorotea, porque quiero yo ser la primera que le hable del asunto... Dorotea va á casarse.

—¿A casarse?... Nada me ha dicho.

—No, si ella no lo sabe; si ella no piensa casarse...

—No comprendo.

—Dorotea ama á un hombre dignísimo de su amor, que la ama tiernamente tambien; pero nunca se lo han dicho. Yo, que sabia el secreto de mi hija, he hecho de manera que hoy mismo, hace dos horas, ese hombre me ha pedido la mano de mi hija.

Sor Dorotea entró. Venia del Beaterio, despues de haber asistido tres dias á una hermana moribunda. La condesa la abrazó tiernamente.

—Hija mia, le dijo; ya es tiempo que cambies estos hábitos por otros vestidos más propios de tu edad y tu hermosura.

—Madre, ningun traje más honroso que este humilde que visto. Yo le amo más que á todas las riquezas y galas que pudiera ofrecerme el mundo. Este humilde hábito ha sido la salvaguardia de mi virtud, el que ha alejado siempre de mí toda idea de ambicion y vanidad, todo pensamiento mundano. ¡Bendita sea esta cruz que he llevado siempre sobre el pecho, y me ha dado fuerzas contra toda humana passion!... Así sirvo á Dios: ¿qué mayor felicidad puedo apetecer?...

—Dios, dijo despues de un momento la condesa, te quiere dar todavía mayor premio. Existe en tu corazon, hija mia, un íntimo secreto que sólo á mí has confiado...

—¡Ah! no me recuerde V. ahora, madre... Esa es una ilusion... ¿quién no las tiene?... Ya pasó...

—¿Y si yo te dijera que esa ilusion querida de tu alma puede ser una realidad con sólo que pronuncies una palabra.

—No entiendo lo que me dice V., querida madre de mi alma.

—Pues entiéndelo de una vez: la Providencia me ha proporcionado la ocasion de conocer á Luis, á ese inspirado artista á quien tú salvaste de la muer-

te, y á quien amas, segun tú misma me has confesado.

—¿V. le ha visto?

—Sí; y he podido convencerme de que en su corazon guarda un tesoro inmenso de amor para tí.

—¡Ah! madre mia, no despierte V. en el mio ese amor.

—Me ha pedido tu mano.

Sor Dorotea no podia dominar su emocion. Su voluntad no podia ya hacer callar, como hasta entonces, la voz de su corazon lleno de amor; este amor se despertaba gigante en su alma.

—¡Madre mia! dijo abrazando á la condesa, ¡bendita madre mia!

Ambas confundieron, estrechamente abrazadas, sus lágrimas.

—Pero, dijo Sor Dorotea, soy religiosa... ¿he de abandonar á los desgraciados?... ¿he de privar á Dios de una de las intérpretes de su misericordiosa voluntad? ¿Puedo dejar estos hábitos sin que el mundo tenga derecho de culparme de cobardía? ¿Puedo desertar de entre las buenas hermanas de la Caridad á quienes me uní voluntariamente?

—Sí; ningun juramento te liga. Dios te inspiró cuando no quisiste obligarte bajo juramento á vivir en ese estado honrosísimo en que has vivido hasta hoy. Dios ha visto con cuánta abnegacion has cumplido hasta ahora tus deberes de religiosa, y Dios bendecirá tu nuevo estado, en el cual le puedes servir tambien, y puedes ser, como hasta aquí, consue-

lo de los que sufran. En todos los estados y situaciones de la vida se puede ejercer la caridad y amar y servir á Dios.

—Bien, hombre, bien, dice el lector; basta de palabra: ya presumo que la madre convenció á la hija de que debía casarse. ¿Y se casaron?

—Sí, señor; pero tenga V. un poco de paciencia y déjeme concluir.

—Ultimo favor que le hago á V.

—Muchas gracias. Sor Dorotea pidió consejo á su confesor y á la superiora del Beaterio, y uno y otra estimaron, como era justo, que la hermana de la Caridad era absolutamente libre de sus acciones.

Isabel estaba con gran curiosidad.—¿Quién es el hombre á quien ama Dorotea? se preguntaba. ¿Cómo ella que ha sido tan expansiva conmigo, me ha ocultado cuidadosamente ese secreto?...

Pero respetaba mucho á Sor Dorotea; no podia olvidar que esta habia sido siempre un alma pura y que ella habia cometido gravísimas faltas. Cuando Dorotea nada le habia dicho, sus motivos tendria; ella no debia hacer más que callar y esperar.

Habíase fijado la ceremonia del casamiento para el dia de la Virgen del Cármen, á quien siempre habia tenido por patrona y protectora la religiosa.

Esta buscó á Isabel y le dijo:

—Tú, hermana mia, habrás extrañado que nada te haya dicho de quién es el hombre que va á ser mi esposo.

—Lo que tú haces, hermana, bien hecho está; te

confieso que he tenido gran curiosidad; pero este es un resabio de mi antiguo carácter. Tú que eres tan buena, serás tolerante con quien no lo ha sido hasta ahora, que te ha tomado por ejemplo. Si quieres ahora satisfacer mi curiosidad, no lo hagas, por Dios te lo pido; quiero castigarla yo misma, no satisfaciéndola hasta que te vea unida ante el altar con tu esposo.

—Pero...

—Nada me has de decir...

—Yo queria...

—Perdona, no lo quiero saber hasta mañana. Será para mí un día feliz el de tu ventura. Ahora, ya no me falta para vivir tranquila más que una cosa en el mundo.

—¿Cuál?

—Saber si aquella noble anciana, que fué mi madre, y aquel tiernísimo hermano mío, con quienes tan ingrata fui, me perdonaron al morir, porque los dos murieron ¡ay! y murieron por mi causa.

—Hermana mía, yo estoy segura de que te han perdonado.

—¿Tú lo sabes?...

—Sí.

—¿Cómo?...

—Y sé también que no han muerto.

—¿No han muerto?...

—No.

—¡Dios mío!... ¿Y tú sabes?... Yo quiero ir á pedirles perdon, yo quiero besar la mano de aquel hombre, y los pies de aquella santa mujer.

—Cálmate, hermana; realizarás tu deseo: yo te lo prometo.

—Yo quiero saber que son felices y que me han perdonado.

—Lo sabrás: ellos mismos te lo dirán.

—¡Ah! ¡cuán compasivo es Dios conmigo!

—Lo es siempre con todos sus hijos.

—Es verdad... Hermana, un deseo voy á expresarte.

—¿Cuál?...

—Tú dejas mañana ese humilde sayal y esa toca; yo recojo uno y otra; yo te reemplazo entre las hermanas de la Caridad.—Yo, sí.

—¿Lo has pensado bien? Es una vida de sacrificio, de abnegacion, de sufrimiento, lo que descas emprender.

—Es todo lo que anhela mi corazon.

.....
A los primeros albores de la mañana se verificó el casamiento.

Luis y su madre estaban ya en la iglesia cuando llegaron Dorotea y la condesa.

La iglesia estaba oscura todavía; Luis no fijó la atencion en una persona que estaba arrodillada detrás de una columna. Daba el brazo á su madre, que, ciega y muy vieja, andaba con suma dificultad.

Aquella persona era una mujer, una hermana de la Caridad.

Cuando vió pasar á la vieja apoyada del brazo del jóven, latió su corazon violentamente, y se acordó de la que fué su madre y del que fué su prometido,

pero no podia presumir que fueran ellos, ni tampoco imaginó que eran el novio y la madre del novio.

Luego vió en el altar á Dorotea dar la mano á aquel hombre mismo, y á la condesa sosteniendo á la anciana impedida y ciega.

Isabel se acercó al altar, y en el momento en que el sacerdote terminaba el acto del casamiento, oyóse un grito, pero no de espanto, no, sino de alegría.

Era Isabel, que habia conocido á los dos séres cuyo perdon era el único bien que anhelaba; Isabel que de rodillas ante la pobre ciega, besaba sus ropas, sus manos, sus mejillas, y la pedia perdon.

Luis no la habia conocido.

—Es mi hermana, le dijo Dorotea, y tú has sido su hermano en tu juventud y ahora lo vas á volver á ser.

.....
Me parece que no hay necesidad de decir al lector que la pobre ciega fué feliz, que el pintor fué feliz tambien, y Dorotea... no se diga.

Isabel, perdonada por el pintor y por la que le habia servido de amorosísima madre, fué feliz tambien, dedicándose en su nuevo estado de hermana de la Caridad á imitar el alto ejemplo de virtud que le habia dado Sor Dorotea. La fortuna de D. Tomás Meco, que era de esta, sirvió para hacer felices á muchos pobres, y á los diez meses de matrimonio tuvieron Luis y Dorotea una hermosa niña; un ángel les enviaba Dios al mismo tiempo que se les llevaba otro al cielo, la pobre anciana ciega, que murió bendiciendo á sus hijos y á Sor Isabel, quien la lloró largo tiempo.

—Diga V., pregunta el lector, ¿y Andrea, la hija del hijo del sacristan, que en paz descanse?...

Vino á Madrid, é Isabel cuidó de ella; pero vivió poco. Fué tal su terror al ver morir á su abuela en el momento de presentarse á su vista el hijo del sacristan, que quedó sumamente delicada, y á pesar de los cuidados que se le prodigaron, su existencia fué la de una flor que en el momento de abrir su capullo recibe el soplo del huracan.

—Y de todos los personajes de segunda fila de esta novela, ¿qué diablos ha hecho V?...

—Mire V., señor lector, de buena gana quisiera contarle á V. de ellos curiosísimas cosas; pero fué el caso que cuando vino el cólera á Madrid la última vez, se me murieron todos.

—Dios los haya perdonado y á V. tambien, que tanto ha abusado de la paciencia de sus lectores.

—Señor lector, yo doy á V. gracias por el buen deseo, y le suplico encarecidamente dispense las graves faltas de esta obra. Preparando estoy otra...

—¿Y creará V. que yo la voy á leer?...

—Sí, señor, lo creo firmemente; en cuanto vea V. el título, entrará en deseos de leerla.

—¿Cómo se titula?...

—*Las Madres*. ¿Puede haber título de libro más simpático que éste?...

—Verdad es, pero ¡por Dios! que escriba V. bien ese libro.

—¿Qué más quisiera yo?...

FIN

INDICE

	Páginas.
I. El hijo y la madre en el hospital.....	5
II. El hijo del sacristan hecho un caballero.....	37
III. Como la espuma.....	55
IV. Sigue subiendo.....	73
V. Sor Dorotea.....	86
VI. ¡Diputado!.....	112
VII. La conferencia.....	126
VIII. La mendiga.....	144
IX. La Chata.....	155
X. La paloma y los halcones.....	166
XI. Donde verá el lector cosas curiosas....	184
XII. Guarida de ladrones.....	201
XIII. Grandes acontecimientos en la calle del Tribulete.....	216
XIV. Ante el cadáver.....	232
XV. ¡Ministro!.....	241
XVI. Junta de médicos.....	253
XVII. De cómo se van muriendo los persona- jes de esta novela.....	266
XVIII. Un entierro de pájaro gordo.....	277
XIX. Un ángel y un demonio.....	284
XX. Otro difunto.....	299
XXI. Otra gran alegría.....	305
XXII. La víctima de un infame.....	313
XXIII. Explicaciones.....	325
XXIV. El fin del hijo del sacristan.....	334
XXV. Un muerto resucitado.....	341
XXVI. Cae el telon.....	350

LIBRO DE ANUNCIOS

El tipo para la impresion y pago de los anuncios será *una página*; ésta se dividirá, para los que quieran reducir el anuncio y que les cueste ménos, en página, media página, tercio de página, cuarto de página y octavo de página, como se verá en la tarifa de precios.

Todo el que inserte un anuncio en el LIBRO de los CUENTOS DE SALON tendrá derecho á recibir GRATIS el tomo ó tomos donde se insertare aquél.

Los anuncios se recibirán en la Administracion, plaza de Matute, 2, hasta el día 20 de cada mes, para que puedan imprimirse en el tomo que se ha de repartir en los últimos días del mismo. Se admiten *clichés*, teniendo en cuenta el lugar que han de ocupar.

TARIFA DE PRECIOS.

	Un mes.	Dos meses.	Tres meses	Semestre.	Año.
	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.
Una página.....	100	180	260	500	900
Media página.....	60	100	140	260	500
Tercio de página.....	40	70	100	180	320
Cuarto de página. ...	30	50	80	140	240
Octavo de página.....	20	30	40	70	120

LECCIONES DE MUNDO

Y

LECCIONES FAMILIARES

POR

D. TEODORO GUERRERO.

A los suscritores de los *Cuentos de salon*, *Los Niños* y *El Cascabel*, que pidan ejemplares de los dos libros juntos, se les dará á PESETA el tomo en toda España.

Pedidos: á la Administracion, plaza de Matute, 2, ó al autor, calle de San Andres, 1, principal. Madrid.

JARABE PECTORAL CUBANO

PREPARADO EN LA HABANA

POR EL DOCTOR LE-RIVEREND

SEGUN FORMULA DEL DOCTOR GANDUL

Este Jarabe depurativo de la sangre tiene un poder cicatrizante incontestable, y calma muy pronto la tos por rebelde que sea. Esta propiedad es de una importancia inapreciable, sobre todo en la tisis pulmonar cuando viene acompañada de este incómodo síntoma, que no deja descanso á los pacientes.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, al quitarles la tos, les devuelve la calma, procurándoles el descanso necesario para alimentarse.

EL JARABE PECTORAL CUBANO, unido á las Píldoras de YODOFORMO FERRADAS, es una poderosísima medicacion para curar la hemotisis, catarros crónicos y agudos, tisis pulmonar y laríngea incipiente, y en general todas las enfermedades del pecho.

Se vende en Madrid, en la farmacia del Dr. Ble-sa; y en todas las boticas de la Isla de Cuba.

LOMBRIZ SOLITARIA.

Gisbert, especialista en la expulsion de la ténia, con su cabeza, en doce dias. No cobra hasta la cura total, Leon 18, principal, de una á cuatro.

PREPARADOS ESPECIALES

DEL DOCTOR DON TOMÁS PADRÓ.

Tintura-Padró para teñir instantáneamente el pelo sin manchar el cutis, ni atacar la sustancia capilar, la más barata y la más fácil de aplicar por ser la operación sencilla..

¡Transformación sorprendente!

¡Éxito seguro!—Una caja, 18 rs.

Tricófero para restablecer, conservar y embellecer el cabello, extirpar la caspa y las costras, precaver la calvicie, curar las enfermedades de la piel y lavar la cabeza en pocos minutos.

Este preparado no debe faltar en el tocador de ninguna persona que desee conservar la cabeza limpia.—Un frasco 6 rs.

Depilatorio imperial para quitar en seis minutos el vello de las partes pilosas sin consecuencia alguna, pues que en su composición no entra ninguna sustancia cáustica. El vello llega á desaparecer por completo despues de repetidas depilaciones.—Un bote 10 rs.

El mejor de los pectorales, legítima Pasta de jaramago.—La brevedad con que cura la tos seca y húmeda, la coqueluche, la ronquera seca ó con extinción casi completa de la voz, el mal de garganta y demás afecciones de los órganos respiratorios, le ha hecho alcanzar un renombre merecido.

Los oradores la usan ántes de tomar la palabra, ó así que cansados de perorar se les debilita la voz.—Una caja 4 rs.

Pastillas de leche de burra.—Estas pastillas se usan como alimento y medicamento, contra la tos reciente y crónica, los catarros crónicos y envejecidos, las afecciones de los pulmones en todos sus periodos, las alteraciones de las vías respiratorias, las inflamaciones bronquiales y de la garganta, la consunción lenta, la fiebre aguda y lenta, la ronquera, las indisposiciones catarrales ocasionadas por los cambios atmosféricos, y contra los desarreglos del estómago.

La leche de burra tiene suma importancia en la tereapéutica, y es tanto su consumo en el día, ya como alimento, ya como medicamento, que ha llamado nuestra atención al averiguar si sería posible en casos dados administrarla en una densidad determinada, reduciéndola á pastillas ó en su estado natural.—Una caja 4 rs.

Pastillas de azufre.—Estas pastillas curan todas las afecciones cutáneas, como la sarna, las herpes, la tos herpética, y las enfermedades que dimanen de la sangre.—USO.—De cuatro á seis pastillas diarias.—Caja 4 rs.

BARCELONA.—Farmacia de la Sra. Viuda de T. Padró.

MADRID.—Farmacias de Ulzurrun, Sanchez-Ocaña, Moreno Miquel, Simon, Yust, R. Hernandez, etc.

EL ÚLTIMO FIGURÍN

SEMANARIO DE LITERATURA Y MODAS

DIRIGIDO POR

LA BARONESA DE WILSON.

El más barato de los de su clase, con magníficos figurines de Jules David, 48 hojas de patrones, y dibujos y grabados de Preval, excelente papel, y contando por colaboradores á los más distinguidos escritores españoles y americanos.

Se dan números grátis para muestra.

Sus editores son los conocidos señores J. Castro y compañía.—Tabernillas, 8—Madrid.

En la misma casa se publica por cuadernos de 32 páginas, á medio real, la novela original de la Baronesa de Wilson, *La miseria de los ricos*.

LA GUIRNALDA

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO

DIRIGIDO POR

DON JERONIMO MORAN.

Publica: Poesías, novelas, artículos amenos é instructivos, charadas, acertijos y jeroglíficos.

Reparte: Grandes pliegos de dibujo, para bordar al realce, con lausín, sedas y oro, cuajados de letras, cifras, emblemas y caprichosas fantasías; otros para crochet, láminas en colores para cañamazo; figurines hechos *ex profeso* en París, y piezas de música lujosamente grabadas, para canto y piano, ó para piano solamente.

La administración se halla en Madrid, calle del Barco, 2, tercero.

Precios.—4 rs. al mes en Madrid, y en provincias 14 reales trimestre, 28 semestre y 50 al año, pagado adelantado.

Se suscribe además en las principales librerías.

DROGUERÍA

MEDICINAL Y PARA LAS ARTES

DE EUSEBIO TORNERO

Plaza de Guipúzcoa, 6, San Sebastian.

Fundada en el memorable año 1868.

Surtido general para la medicina, la industria y las artes.—Productos químicos y naturales.—Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras.—Pinturas, barnices, brochas y esponjas.—Fuchsinas, añil y demás artículos tintóreos.—Thé negro y verde de varias clases, etc., etc.

VENTA POR MAYOR Y MENOR

Superioridad y pureza en todos los productos.

Renovacion constante facilitada por extensas relaciones en los puntos productores y con las principales fábricas del reino y del extranjero.

Depósito especial del afamado *Almidon de arroz* de S. Berger y compañía, de Londres, premiado en varias exposiciones; de la verdadera *Agua de Colonia* de D. Juan Maria Farina, pl. Juliers, núm. 4—Cologne; del *Extracto de carne de Liebig*; del *Papel Rigollot* para sí, napismos, etc, etc.

Para los pormenores pídase el *Catálogo*.

SOCIEDAD VINÍCOLA DE ESPAÑA

MADRID

Calle de Preciados, número 6, bajo.

Vinos y licores extranjeros y del reino, de los mejores y más especiales que se conocen. Se reciben pedidos en dicho depósito y se llevan á domicilio. Se recomienda el vino de los Grandes de España.

MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO

NO MÁS CABELLO BLANCO

POMADA REGENERADORA.

Unica composicion que devuelve al cabello su primitivo color rubio, castaño ó negro, sin ninguna preparacion ni mancha.

Depósito en todas las capitales de España, y en Madrid, Puerta del Sol, núm. 5, portería; Concepcion Jerónima, 18; calle de Atocha, 87.

ROB DEPURATIVO

DE GANDUL.

Es el mejor de cuantos medicamentos se conocen para purificar la sangre, como lo comprueban los experimentos comparativos hechos en los hospitales y práctica civil por los más acreditados facultativos de la Habana y de orden de la Inspeccion de Estudios de las islas de Cuba y Puerto-Rico; y habiendo salido triunfante en todas las pruebas, esta ilustre corporacion no pudo ménos de conceder á su antor privilegio exclusivo, y lo propio aconteció en la Academia Nacional de Medicina y Cirugía de Cádiz.

Las curas prodigiosas efectuadas en diez y siete años que cuenta del dominio público, son la mejor garantía que podemos ofrecer al público. Sin grandes y pomposos anuncios, de los que se sirve el charlatanismo, bastará preguntar á los miles de ejemplos vivos que circulan por la isla para que respondan entusiasmados elogiando sus virtudes, y podemos presentar testimonios de infinidad de personas que despues de haber tomado inútilmente la Zarzaparrilla de Bristol, la de Townsend y el Rob de Lacteur, no han logrado curarse sino con el ROB DE GANDUL. Esta es la causa de la gran boga que ha adquirido, no sólo en la isla de Cuba, sino en Puerto-Rico, en España y el Pacífico, para donde son muchos los pedidos.

Sirve para curar las úlceras de todas clases, herpes y todas las enfermedades de la piel, y las que provengan de impureza de la sangre por malos humores adquiridos ó heredados.

Se vende en todas las boticas de la isla de Cuba.—En Madrid, farmacia del Dr. Blesa, que sirve los pedidos que se le hagan de provincias y el extranjero.

LA VOZ DEL CREYENTE,

POESÍAS CATÓLICAS

DE

D. ANTONIO ARNAO

Obra aprobada por la Autoridad eclesiástica.

Un tomo de 400 páginas magníficamente impreso en excelente papel.

Se vende á 16 reales en las librerías de Madrid y en la Administracion de *El Cascabel*, con las demas obras del autor.

En provincias, 20 reales, librando su importe á los editores Sres. Medina y Navarro: Arenal, 16.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA

Se han publicado cinco tomos, y se está publicando el sexto.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel. con profusion de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid, 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

Se está imprimiendo, para regalo, el magnífico

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1873

Es la publicacion más elegante, más útil y mas artística.

ULTRAMARINOS

DE LEON DEL PUEYO Y HERMANOS

Calle de la Luna, núm. 2.—Madrid.

En este antiguo establecimiento, uno de los primeros en su clase, tanto por el inmenso surtido y variedad de artículos, como por la excelente calidad de los mismos, encontrarán sus numerosos favorecedores:

El tan exquisito salchichon de Vich, que desde largos años tienen acreditado, por recibirlo siempre con la pimienta en grano y fabricado segun los últimos adelantos.

Los ricos aguardientes de Oggen y tambien de arroz, que con tanto éxito vienen expendiendo, debido á su inmejorable bondad.

Aceites de Córdoba filtrados, como tambien de Valencia, Marsella y Niza.

Ciruela imperial (francesa) en latas de 12 libras, la más superior que en esta fruta se conserva, procedente de las mejores fábricas de Nantes.

Un surtido completo de azúcares, cacao, canelas, thés, cafés pastas y conservas.

Vinos generosos y licores, tanto del país como extranjeros, de las casas más acreditadas; y en suma, todo lo que abraza el ramo de Ultramarinos.

AL EQUIPO NUPCIAL

Obrador de confeccion de ropa blanca.—Modas de señoras y niños.—Camisería.—Corbatas.—Canastillos para recién nacidos.—Trousseaux y equipos para novias.—Novedad y elegancia.

Calle del Arenal, núm. 22.—Madrid.

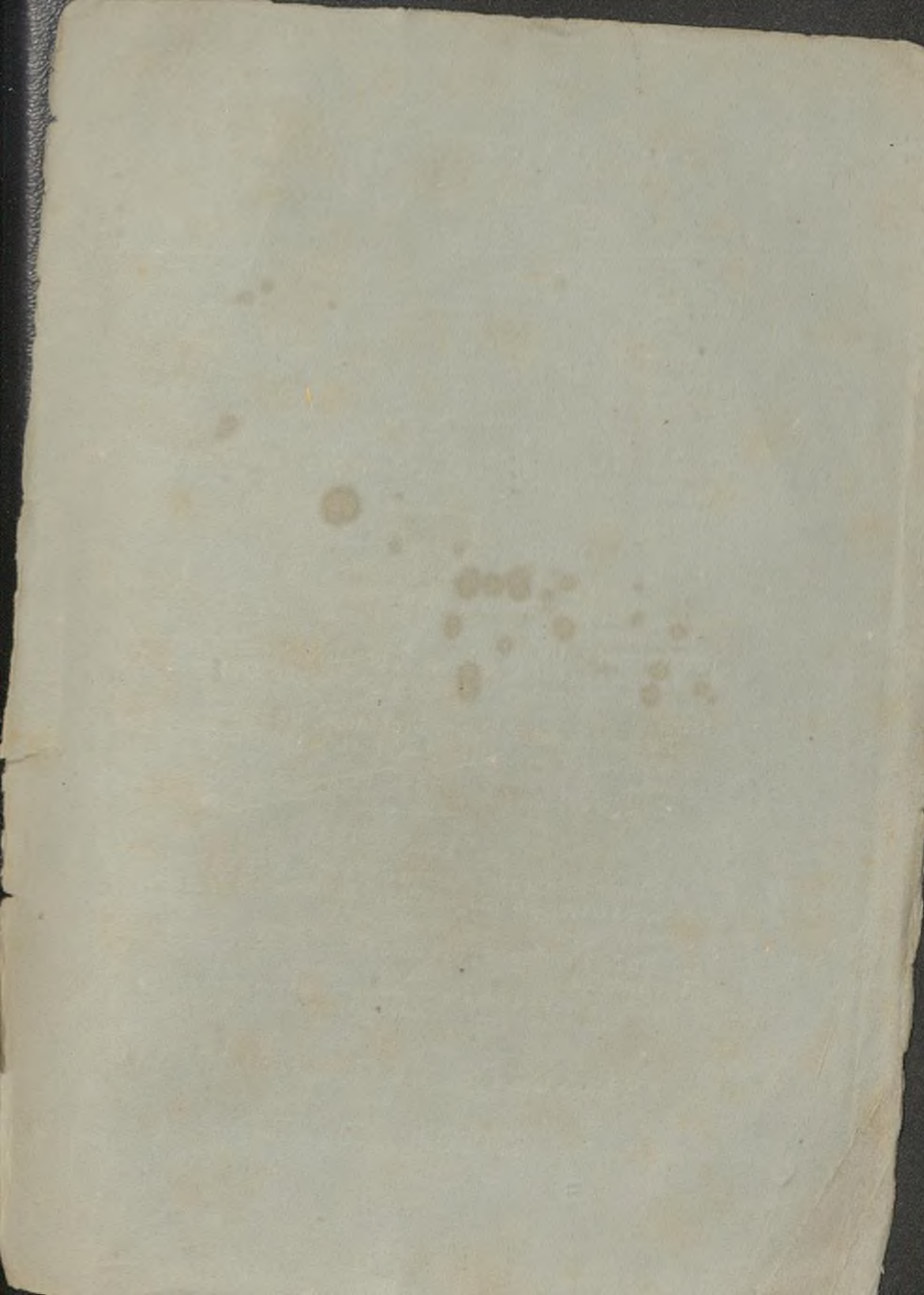
OBRADOR DE ENCUADERNACION

DE EUGENIO SOBRINO

En este establecimiento se hace toda clase de encuadernaciones con prontitud, elegancia y baratura.

Se venden á 6 rs. los tomos de los *Cuentos de salon*, encuadernados en tela inglesa fina, con tapas doradas de todo lujo.

Madrid: calle de Vergara, núm. 10.



ALMANAQUE DE SALON PARA EL AÑO 1873.

por

T. GUERRERO Y C. FRONTAURA.

Contiene el Santoral completísimo; un *Calendario de las letras, las ciencias y las artes*, en que figuran las personas notables que han nacido ó alcanzado el presente siglo; graciosas caricaturas; y juguetes literarios, en prosa y verso, de los señores Guerrero y Frontaura.

Se vende á 4 rs. en la administracion, Plaza de Matute, 2, y en las librerías. Se remite á provincias librando su importe.

OBRAS PUBLICADAS.

Una perla en el fango, por Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El Vellochino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Madrid por dentro (1.^a y 2.^a parte), por Guerrero. Dos tomos.

El hijo del sacristán, por Frontaura. Dos tomos.

ADVERTENCIA.

El que compre seis tomos de la coleccion de los *Cuentos* recibirá de regalo un ejemplar del *Almanaque de salon*.

En Noviembre se publicará el tomo once, que contendrá los cuentos

LA MANZANA DE LA DISCORDIA

y

EL SUEÑO DE LA FELICIDAD

por

TEODORO GUERRERO.